

Dr. Cornelis van der Waal

# **SOLA SCRIPTURA**

Guía para leer la Biblia

Tomo 1

EL ANTIGUO TESTAMENTO

## INTRODUCCIÓN

### **La Biblia es la Palabra de Dios**

#### *Sola Scriptura*

Creemos que esta Santa Escritura contiene de un modo completo la voluntad de Dios, y que todo lo que el hombre está obligado a creer para ser salvo se enseña suficientemente en ella. Pues toda forma de culto que Dios exige de nosotros se halla allí extensamente descrita,...

Art. 7 de la Confesión de Fe de las Iglesias Reformadas de los Países Bajos (Confesión Belga)

La Biblia, la Biblia sola.

¿Por qué? Aparte del cristianismo hay otras ‘religiones del libro’. Entonces, ¿por qué la Biblia y no el *Corán*, las *Eddas*, o los libros sagrados de la India? ¿Por qué dejar de lado

todos estos libros, que también contienen gran sabiduría, y centrar toda la atención en ese único ‘libro de libros’?

No se puede dar otra respuesta que ésta: la Biblia misma dice que nos ofrece la única revelación del Dios verdadero. Y... ¡la fe lo repite!

La fe dice, basándose en el testimonio que la Biblia da de sí misma, que la Escritura nos revela de un modo completo la voluntad de Dios. Aquí se halla la lámpara que ilumina el camino de nuestra vida. ¡Ay de aquel, que añada o quite algo! La Escritura sola, *Sola Scriptura*.

La lucha de la Reforma contra Roma se centró una y otra vez en este punto: ¿tiene la Biblia la única palabra, o hay otra autoridad aparte de las Escrituras? ¿Se puede poner a la tradición, a los padres de la iglesia o comunidad, a los concilios, a los decretos papales al lado de la Biblia? La iglesia o comunidad de Roma pone a la Escritura y a la tradición más o menos en el mismo nivel. Roma acepta la Biblia porque la iglesia o comunidad la ha aceptado. La autoridad de la Escritura depende así de la tradición y de la autoridad de la iglesia o comunidad.

Pero la Reforma se aferraba a la Escritura sola, y confesaba su autoridad, suficiencia, claridad y necesidad absoluta. Y cuando también en el círculo ‘protestante’ se levantaron personas que empezaron a menoscabar esta doctrina, la Reforma se ha mantenido firme. Los anabautistas ponían la luz interior por encima de la letra ‘muerta’ de la Escritura; el que podía preciarse de revelaciones extraordinarias era un profeta, a él había que escuchar, porque el ‘Espíritu’ vivifica, mas la ‘letra’ de la Biblia mata, decían ellos.

De manera muy clara todo esto ha sido reconocido como herejía y rechazado una y otra vez por la Reforma. Los *Cánones de Dort* dicen por ejemplo, que la seguridad de la perseverancia de los santos no proviene de “alguna revelación especial ocurrida sin o fuera de la Palabra, sino de la fe en las promesas de Dios, que Él, para consuelo nuestro, reveló abundantemente en su Palabra” (cap.5, X).

*Sola Scriptura*, sólo la Biblia.

En ella se halla “toda forma de culto que Dios exige de nosotros”. ¿Es esta confesión también la tuya? ¿Aceptas la Escritura como la única e infalible Palabra de Dios, porque ella misma presenta la prueba y en ella oyes hablar al Creador y Salvador de tu vida?

### **El Autor de la Biblia es el Espíritu Santo**

La Escritura es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16). Los hombres hablaron inspirados por el Espíritu Santo (2 P. 1:21). Esto no quiere decir que los autores fueran meramente robots,

máquinas de escribir, que, sin involucrarse ellos mismos, anotaban automáticamente lo que el Espíritu les dictaba.

Dios ha llamado a personas vivas a su servicio, y no a figurantes sin voluntad. Todos los escritores de la Biblia muestran una individualidad propia, aunque esto no implica que lo que escribieron, contuviera errores o contradicciones. No debemos decir: la Palabra de Dios está en la Biblia, sino que La Biblia en su totalidad es la Palabra infalible de Dios. Este tiene que ser nuestro punto de partida.

### **La Biblia tiene autoridad**

Puesto que la Escritura es dada por el Rey de reyes, tiene autoridad. Tenemos que inclinarnos sin reservas ante la Voz que escuchamos en ella. No podemos decir: Vivimos en un tiempo y una sociedad diferentes; en el tiempo de los apóstoles la gente respetaba todavía ese lenguaje radical, pero eso era inherente a su época. No, la Escritura es la Palabra para mil generaciones. También nosotros tenemos que someternos a ella, en un tiempo que no quiere saber nada de autoridad.

### **La Biblia está completa**

La expresión *Sola Scriptura* encierra que no se puede añadir nada a la Escritura en el tiempo en que vivimos. No hay una revelación continua. Lo que el Señor estimó necesario que conociéramos, nos lo ha revelado. No debemos ir más allá de lo que está escrito (*1 Co. 4:6*). ‘Ir más allá’ significa no perseverar en la doctrina de Cristo (*2 Jn. 9*). No hay que añadir un ‘quinto Evangelio’. Lo que nos es dado es suficiente para poder conocer a Dios y servirle. “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (*1 Co. 2:9; Is. 64:4*), eso es lo que encontramos en la Escritura.

### **No hay un canon abierto**

Muchos opinan que hay una revelación continua. Estas ideas vienen del lado liberal. Además de la Biblia también se estiman mucho otras expresiones religiosas. Es evidente que esto es contrario a la pretensión que tiene la Biblia misma. La Palabra de Dios no permite otra palabra con la misma autoridad a su lado.

No obstante, también hay otros que, aunque quieren respetar la autoridad de la Biblia, remiten a *Juan 16:13*, donde Cristo dice a sus apóstoles que el Espíritu les “guiará en toda verdad”. Hay quien, basándose en este versículo, ha esperado un nuevo período del Espíritu

en la Historia, que iba a traer un segundo Pentecostés. Pensemos en los avivamientos del siglo XIX y los movimientos carismáticos del siglo XX.

Todas estas esperanzas implican que podría haber un ‘canon abierto’. Nuevas revelaciones a través del Espíritu serían posibles.

Sin embargo, en *Juan 16:13* no hay ninguna base para esta idea. ¡En el tiempo apostólico entre los años 30 (Pentecostés) y 70 (destrucción de Jerusalén) Cristo cumplió su promesa a sus apóstoles! El Espíritu les guía al revelarles ‘la verdad’. El resultado de ello está depositado en la Escritura. ‘Verdad’ significa para Juan concretamente la realización de las sombras y los modelos del Antiguo Testamento. El Espíritu explicó a los apóstoles y sus colaboradores en qué sentido Jesús era el Mesías profetizado en el Antiguo Testamento.

No debemos pensar que podemos repetir la historia de la salvación al restaurar fragmentos de la primera época cristiana. El Espíritu ha guiado ya a toda verdad. No somos apóstoles que puedan esperar una inspiración especial o una nueva revelación. Tenemos a Moisés y a los profetas, además de las instrucciones apostólicas del Nuevo Testamento, que nos ayudan a explicar lo anterior. Tenemos la Palabra de la cruz y la señal de Jonás. Eso tiene que bastarnos. En ello está dibujado el cumplimiento, se señala la ‘verdad’, la realización de las sombras. Esa ‘verdad’ es Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida.

No se debe ir más allá de lo que está escrito (*1 Co. 4:6*). ¡No hay un ‘canon abierto’! Pero recuerde, que somos inmensamente ricos con la Palabra. No debemos anhelar más revelaciones. La Palabra, pues, es la espada del Espíritu (*Ef. 6:17*).

### **Ninguna profecía de la Escritura permite una interpretación arbitraria**

Hay que interpretar la Escritura a la luz de la propia Escritura. La Escritura es su propia intérprete. Debemos leer lo que está escrito y luego esforzarnos por entender lo que está escrito.

Esto no es fácil para el hombre pecador. Siempre estamos inclinados a suavizar expresiones que nos chocan. Somos expertos en ello por naturaleza. Y a veces queremos dar más significado a lo que la Biblia dice realmente. Estamos buscando una ‘verdad detrás de la verdad’.

A lo largo de los siglos se ha aplicado la alegoría a la Biblia. Se espiritualizaban grandes porciones en lugar de entenderlas en el sentido literal. De esta manera se podía ir con una historia a cualquier lado. El propio Lutero, en su época anterior a la Reforma, aseguraba que las cuatro patas del burro del samaritano indicaban los cuatro evangelios. Hoy día, la gente también intenta dar un significado simbólico a los hechos de la salvación de la

Escritura. Misticismo, espiritualismo y horizontalismo se han esforzado en distorsionar el sentido de la Biblia por medio de trucos ingeniosos.

Pero la Biblia no es un rompecabezas. Es la Palabra clara y concreta de Dios, manifiesta e inteligible para todo el mundo, y se opone con fuerza a la prestidigitación con textos.

### **La Escritura es clara**

No nos dejemos engañar por los que dicen que la Biblia es un libro oscuro. La Escritura es una luz, una lámpara (*2 P. 1:19; Sal. 119:105*).

Esto no quiere decir, que no haya ningún texto ‘difícil’; pero lo que sí quiere decir es que el mensaje de la Escritura se entiende perfectamente, no es un misterio que solamente un iniciado nos puede explicar. “La exposición de tus palabras alumbrá; hace entender a los simples” (*Sal. 119:130*). La Escritura contiene el misterio revelado (*Ro. 16:25, 26; Col. 1:26*). “No hablé en secreto, en un lugar oscuro de la tierra” (*Is. 45: 19; cf. Jn. 18:20*). También es verdad que si estudiamos la Escritura mientras estamos orando, llegaremos a una comprensión cada vez más clara. El Señor remunera el estudio de su Palabra. Lo experimentaremos una vez que nos pongamos a ello. El Antiguo y el Nuevo Testamento se iluminan el uno al otro. Los textos se aclaran en el contexto del capítulo, del libro en cuestión y a la luz del resto de las Escrituras. Al estudiarla, la Biblia misma nos capacita para seguir de poder en poder.

Leyendo la Biblia con toda atención, uno llega a ser “poderoso en las Escrituras” (*Hch. 18:24*). ¿Quieres serlo también?

### **Sobre los manuscritos bíblicos**

Puesto que la Escritura tiene su origen en la historia del Pacto, está escrita naturalmente en las lenguas que se hablaban cuando se escribieron los diferentes libros. El Antiguo Testamento está escrito en hebreo – algunas partes de *Esdras* y *Daniel* en arameo-; el Nuevo Testamento está escrito en la lengua que entonces se entendía en todo el Imperio Romano: el griego.

Obviamente, ya no tenemos los manuscritos originales; la Biblia nos ha llegado en copias. Hasta hace poco se conocían del A.T. solamente manuscritos del año 1.000 d.C. aproximadamente. Sin embargo, a partir de 1947 se han descubierto cuevas cerca del Mar Muerto, que contenían libros del Antiguo Testamento y fragmentos de ellos, fechados en el primer siglo después de Cristo, y puede que más antiguos aún. Procedían de una secta judía,

los esenios, que habían fundado una especie de monasterio en Qumrán. Cuando en el año 66 los judíos se rebelaron contra los romanos, también Qumrán sufrió las consecuencias. “Según todas las apariencias, los miembros de la hermandad intentaron poner a salvo sus tesoros más importantes al acercarse el enemigo. Estos eran sus libros sagrados, copiados con mucho celo y leídos y escuchados piadosamente. Había en Qumrán y alrededores centenares de rollos, la mayoría de cuero o pergamino, y también algunos de papiro, que era más barato y menos duradero. Había textos de todos los libros bíblicos, pero sobre todo de *Deuteronomio*, de *Isaías* y de los *Salmos*... Las obras bíblicas, y posiblemente también las demás, se envolvieron en telas de lino y se metieron cuatro o cinco juntas en grandes tinajas, que fueron cerradas con una tapa... Cuando todo estaba empaquetado, se dirigieron a las cuevas que había en la cercanía para esconder sus valiosos tesoros en las más inaccesibles de ellas. Las tropas romanas, después de tomar el edificio e incendiarlo, hicieron incursiones en los alrededores, encontraron algunas de estas cuevas y destruyeron los libros sagrados que hallaron allí. Un número de los manuscritos que se salvaron de los estragos de su vandalismo, ha sido encontrado en siglos posteriores” (1). Y el resto ha sido descubierto ahora, gracias al buen ‘olfato’ de beduinos y científicos. Pero lo que nos interesa ahora es esto: el texto de los manuscritos bíblicos esenios se diferencia muy poco del texto que ya conocíamos de rollos con fecha más tardía. Esto muestra que los escribas judíos antes y después del exilio copiaron el texto con una corrección más que minuciosa. Naturalmente, en algún que otro versículo los eruditos pueden diferir en la lectura, una palabra puede ser omitida o reflejada de forma errónea. Puesto que en el hebreo primitivo no se escribieron los vocales sino que se añadieron más tarde, puede haber discrepancias sobre algunas palabras. Corresponde a la crítica textual ahondar en las diferencias entre los manuscritos y acercarse al texto original. Pero las diferentes versiones no afectan al texto transmitido en sí. El hallazgo de los manuscritos en el desierto de Judea muestra que el Señor ha hecho que el Antiguo Testamento fuese guardado cuidadosamente a lo largo de los siglos. Lo que los creyentes de todos los tiempos siempre han tenido por seguro, ha sido afirmado una vez más por el hallazgo de los rollos del Mar Muerto: la Palabra de Dios no ha sido objeto de falsificaciones.

Esto es verdad tanto para el Antiguo Testamento como para el Nuevo. También el texto del Nuevo Testamento nos ha sido transmitido fielmente por el trabajo de los monjes en los monasterios. Ciertamente, cuando se compara la primera traducción de la Reina Valera con otra más moderna, uno puede comprobar de vez en cuando que esta última se basó en otra versión del texto. Con frecuencia se han encontrado antiguos manuscritos, y las excavaciones en Egipto sacan a la luz fragmentos de papiro, que contienen porciones de la Biblia. Las

traducciones del siglo XVI se basaron en el texto griego del Nuevo Testamento fechado en torno del año 600. Actualmente se conocen textos mucho más antiguos. Tischendorf logró encontrar, gracias a tres expediciones que hizo en 1844, 1853 y 1859, un manuscrito en el monasterio ruso-ortodoxo de Santa Catalina en el monte Sinaí, el *Códice Sinaítico*, probablemente completado en el siglo IV. Algunos incluso suponen que el emperador Constantino encargó este códice en 331 para el uso eclesial. En todo caso, se entiende que el Museo Británico en Londres está orgulloso de poseer este libro, que fue comprado al gobierno soviético en 1934 por 100.000 libras esterlinas. Aparte de este códice, hay otros conocidos de la misma época, por ejemplo el *Códice Alejandrino* y el *Códice Vaticano*. En los monasterios de Oriente hay todavía muchos tesoros guardados. En 1949 y 1950, una expedición americana grabó en microfilme unos 2.700 manuscritos procedentes del monasterio del Sinaí y de las bibliotecas de los patriarcados griegos y armenios en Jerusalén, entre los cuales había textos en árabe, armenio, copto, gótico, latín, y persa; liturgias primitivas cristianas; escritos de padres de la iglesia o comunidad que citan el Nuevo Testamento. Comparando este material se espera encontrar el texto más exacto del Nuevo Testamento. Los hallazgos de papiros aportan lo suyo al estudio del texto del Nuevo Testamento. Se descubrió una porción del *Evangelio de Juan* que parece ser de alrededor del año 200. Hay incluso un fragmento de *Juan 18* del año 120. Más de la mitad del texto del Nuevo Testamento ya ha llegado a nosotros por los hallazgos de papiros.

Pero de nuevo: las diferencias entre los manuscritos no afectan a los libros del Nuevo Testamento en sí. Solo con respecto a pequeños detalles, uso y orden de las palabras, puede haber diferencias. Esto no es de extrañar, considerando que los antiguos manuscritos se escribieron solo en letras mayúsculas, sin espacio entre las palabras. La primera frase del *Evangelio de Juan* se escribiría entonces de la siguiente manera: ENELPRINCIPIOERAELVERBO. Se entiende que en el momento de separar las palabras, a veces surgieron problemas y confusiones. Los copistas, al leer y separar mal las palabras, a veces llegaron a hacer una copia inexacta. Y de vez en cuando se saltaban letras o palabras por error. Y al copiar el texto de *Lucas* les sonaba el eco del texto de *Mateo*. Copiar no es tan fácil: se necesita mucha paciencia. El estudio tiene aquí un campo rico para la investigación.

Todo esto no quita nada del hecho de que confiamos en la Escritura como una revelación fidedigna de Dios. En contra de todo tipo de pronósticos por parte de algunos eruditos, los hallazgos han confirmado precisamente la fiabilidad de la Palabra de Dios. Y, aunque aceptamos con gratitud todos estos resultados de las exploraciones en Oriente Medio,

también sin ello la Escritura es una lámpara con una luz clara para nosotros. “La exposición de tus palabras alumbra” (*Sal. 119:130*).

### **Canónico y apócrifo**

Hay otra pregunta: ¿cómo ha obtenido la Biblia, tal como es, la autoridad que tiene? ¿Por qué no han sido incluidos otros libros, como por ejemplo los que llamamos apócrifos?

Echemos una mirada a la Biblia hebrea. Ésta tiene un orden de los libros algo diferente del Antiguo Testamento de nuestras versiones. Primero vienen los cinco libros de Moisés, como en nuestra Biblia. Éstos forman el fundamento del Antiguo Testamento y se entiende que por ser la Ley, la *Torá*, fueron respetados en gran manera. Allí no sólo estaban las leyes, sino que también se hallaba descrito en ellos cómo actuaba el Señor de forma redentora y misericordiosa; una y otra vez se podía leer, cómo aceptaba por gracia al pueblo de Israel.

Después de la Ley siguen los así llamados ‘Profetas anteriores’: desde *Josué* hasta 2 de *Reyes*. Ese nombre podría indicar que quienes hicieron el trabajo de recopilación fueron profetas. Encontramos en ellos otra vez la historia del Pacto; y se entiende que más tarde hubo gran interés en conservar estos libros históricos para la posteridad. En la vida de los reyes, en la descripción de las reformas y de la apostasía, así como en los relatos de la actuación de los profetas, en todo ello había una gran lección para el pueblo de Dios.

En la Biblia hebrea siguen luego los ‘Profetas posteriores’: *Isaías*, *Jeremías*, *Ezequiel*, y los doce profetas menores. El hecho de que estos libros se añadieron a la ‘Biblia’ de Israel, es fácil de comprender. ¿No hablaba el Señor en ellos a su pueblo? Al principio nadie habría dudado de la autoridad de los profetas. Más tarde, fueron los saduceos liberales e iluminados, los que solo aceptaron los libros de Moisés y rechazaron la autoridad de los profetas.

La Biblia judía tiene como tercera sección, después de la Ley y los Profetas (cf. *Lc. 16:29; Hch. 24:14*), la de los ‘Escritos’ (cf. *Lc. 24:27, 44*). En ella han sido recogidos algunos libros que se leían en días de fiesta: *Cantar de los Cantares* (en la Pascua); *Rut* (en Pentecostés); *Lamentaciones* (en el día de la destrucción de Jerusalén); *Eclesiastés* (en la fiesta de los tabernáculos); *Ester* (Purim). Los escritos contienen además: *Job*, *Salmos*, *Proverbios*, *Daniel*, *Esdras*, *Nehemías*, *Crónicas*.

Debido a las necesidades de los judíos emigrantes que se establecieron en regiones donde se hablaba el griego (particularmente Alejandría), el Antiguo Testamento fue traducido al griego. En cuanto a la historia exacta de su origen, los eruditos todavía no la conocen; la leyenda dice que a instancias del rey Ptolomeo (283-247 a.C.), por seis veces doce eruditos

fueron enviados a Alejandría por el sumo sacerdote de Jerusalén; en 72 días habrían traducido los cinco libros de Moisés, en la isla de Faro. Hay quien piensa que en todo caso esta traducción, llamada *Septuaginta* (LXX) por los setenta (y dos) traductores, fue completada antes del año 130 antes de Cristo. Esta traducción ordenó los libros del Antiguo Testamento según el mismo orden que tenemos actualmente. Pero también ha añadido más libros al Antiguo Testamento que los que contiene la Biblia judía. Estos fueron llamados *apócrifos* (libros ocultos) por los rabinos. No los guardaban en el armario sagrado de la *Torá*, y no los reconocieron como normativos. La iglesia o comunidad católica romana, por vía de la *Septuaginta* (LXX), sí ha recogido algunos de estos libros en su Biblia. También la primera versión de la Reina Valera incluía el texto de libros apócrifos, según la costumbre de aquella época. La Reina Valera, sin embargo, lo hizo acompañar de una advertencia, en la cual estos libros apócrifos quedaban separados claramente de los libros canónicos, que la iglesia o comunidad sí aceptaba como norma para la fe y la vida. La palabra Canon indica la lista, el catálogo, de los libros aceptados de la Escritura. Los libros *apócrifos* pueden ser usados como ‘lectura edificante’; pero la doctrina de la iglesia o comunidad no puede estar basada en ellos. Hay cosas en ellos que son contrarias a las demás Escrituras.

¿Qué pensar de la historia que relata el libro de *Tobías*?: Tobías padre se vuelve ciego y pobre. Manda su hijo Tobías a Media para exigir que le devuelvan un dinero prestado. Este encuentra un compañero de viaje, que más tarde resulta ser el ángel Rafael. Éste le aconseja sacar del río Tigris un pez muy peligroso agarrándole de las aletas; y luego al comerlo, guardar el corazón, el hígado y la vesícula biliar. La bilis, según se creía, era un buen remedio contra la ceguera, y los demás órganos –puestos encima de brasas ardientes– despedían un olor que ahuyentaba a los malos espíritus de hombres y mujeres. Esto último venía muy bien porque Rafael se lo lleva a alguien en Media que tiene una hija que ha visto morir ya a siete esposos en la noche de bodas. A Tobías hijo le dan por esposa a esa hija, y el olor de los órganos a la parrilla ahuyenta al demonio Asmodi: la fosa que el suegro ya había cavado para Tobías, se puede volver a tapar. La bilis, para completar el final feliz, sirve para curar las cataratas de Tobías padre. Se nota que aquí entramos en el mundo de los cuentos, de las fábulas judías.

Cuando en *2 Macabeos 12:42* leemos acerca de un tiempo de oración organizado por Judas el Macabeo, a la vez que ofrecía en Jerusalén unas ofrendas expiatorias, todo ello por difuntos que habían llevado amuletos paganos, es lógico que frunzamos el ceño. La mención de que Judas hace esto porque creía en la resurrección de los muertos y en la vida eterna, no mejora las cosas. Se entiende por qué la iglesia o comunidad Católica Romana tenía tanto

interés en añadir este libro apócrifo al canon: porque proporciona un fundamento para propagar las oraciones por los muertos. Seguro que el lector se extrañará cuando el libro de *Jesús Ben Sirá (Eclesiástico)* declara que ni un campesino, ni un ebanista, o herrero, o alfarero, etc., pueden ser escribas (38:25 ss.). Aquí se ve el orgullo del rabino que menosprecia a los trabajadores, que inevitablemente están allí, pero que en la congregación no pueden ostentar ningún cargo de gobierno. Y cuando el *Libro de la Sabiduría* 8:20 dice que el autor era bueno y que por eso recibió un cuerpo inmaculado, parece como si no existiese el pecado original o el alma antes que el cuerpo.

Estos son algunos ejemplos que muestran que los Apócrifos no siempre se expresan conforme a las Escrituras. Se podrían dar más ejemplos. Por lo tanto, la iglesia o comunidad no podía aceptar estos libros como normativos, como parte del canon. Esto no quita que husmear en ellos pueda ser algo instructivo. Encontramos en ellos la ‘lectura interesante’ del mundo greco-judío, en torno al comienzo de nuestra era.

Digamos ahora algo sobre el origen del Nuevo Testamento.

Al principio sólo existía la tradición oral sobre Cristo. Muy pronto, varias personas se esforzaron en registrar este testimonio, que tenía un carácter algo estereotipado. El Espíritu Santo ha querido que tenemos cuatro ‘evangelios’, y además tenemos a *Hechos* como quinto libro histórico, escrito por Lucas -una crónica del Evangelio victorioso en el Imperio Romano-. Por supuesto, se entiende que más adelante estos escritos fueron conservados cuidadosamente, y que empezaron a desempeñar un papel muy importante en los cultos, a medida que iban falleciendo los testigos oculares. Tampoco es difícil entender que recopilasen las cartas de Pablo que se habían conservado (2 P. 3:16). Es evidente que daban la misma consideración a las cartas paulinas que a las demás Escrituras, así como atribuían a las Palabras de Jesús la misma autoridad que al Antiguo Testamento (1 Ti. 5:18). De igual modo sucedió con las cartas de otros apóstoles y hermanos del Señor. Las palabras que contenían, impusieron tal autoridad, que añadieron estas cartas al canon, la lista establecida de los libros de la Biblia. También el libro anónimo de *Hebreos* y el libro profético de *Apocalipsis* fueron aceptados como Escritura divina.

Los primeros siglos de la era cristiana conocieron también el problema de los Apócrifos. Ocurrió que algunas iglesias, en su ignorancia, se pusieron a leer estos libros. Se produjo una avalancha de falsos evangelios, hechos de los apóstoles, cartas y revelaciones, que muchas veces eran de carácter herético. Conocemos historias que se parecen a las del libro de *Tobías*. Aquí sigue otro ejemplo más: el supuesto *protoevangelio de Santiago* relata el nacimiento milagroso de María, de sus padres Ana y Joaquín. A la niña la llevaron al

templo cuando tenía dos años de edad; se quedó allí hasta los doce años en forma de paloma que picoteaba su alimento de la mano de un ángel. Luego los sacerdotes, que querían deshacerse de ella, convocaron una reunión para viudos; al que le floreciera la vara, este podría casarse con ella. Y he aquí, de la vara de José salió una paloma volando por encima de su cabeza. Los pseudo-evangelios más tardíos han ido embelleciendo las cosas; y nos encontramos aquí en el ambiente de las leyendas de los santos. En caso de que conozca usted las *Leyendas de Cristo* escritas por Selma Lagerlöf, es bueno saber que estas tienen su origen en aquellos antiguos evangelios apócrifos.

Es comprensible que la iglesia o comunidad, para poder contrarrestar semejante exuberancia de leyendas, haya levantado una barrera aceptando el canon. También ha habido ciertas dudas acerca de algunos libros que ahora tenemos en el Nuevo Testamento; por ejemplo *Santiago, Hebreos y Apocalipsis*. También hubo libros que antes estaban dentro del canon, como el *Pastor de Hermas* y la *Doctrina de los doce Apóstoles (Didajé)*. Sin embargo, por el contenido mismo de los libros, se ha llegado a una separación definitiva y generalmente aceptada, a lo que contribuyeron hombres como Agustín y Atanasio. En el sínodo de Hippo Regius (393), y el de Cartago (397), ambos en el norte de África, donde en aquél tiempo prosperaron las iglesias, se aceptó el canon actual.

No obstante, no tanto porque la iglesia o comunidad acepta estos libros los aceptamos nosotros como norma para nuestra fe y nuestra vida; sino porque el Espíritu Santo da testimonio en nuestros corazones y porque tienen la prueba de ello en sí mismos (*Art. 5 de la Confesión Belga*).

## LA BIBLIA Y LA CRÍTICA HISTÓRICA

### División en las fuentes del Pentateuco

Es evidente que en el Antiguo Testamento a veces se hace referencia a alguna otra ‘fuente’ (*Nm. 21:27-30*). Otra cosa completamente distinta es la idea de que los cinco libros de Moisés (también llamados *Pentateuco*) tuviesen su origen en la historia de Israel, que hubiesen sido compuestos por un redactor a partir de toda clase de fuentes, mucho tiempo después de Moisés.

En el siglo XIX el pensamiento evolucionista empezó a tener mucha influencia. Esto también alcanzó el terreno de la ciencia bíblica. Algunos investigadores, entre los que se puede mencionar el nombre de Julius Wellhausen (1844-1918), opinaron que dentro del Pentateuco hay que discernir entre diferentes fuentes. Los nombres de Dios *Elohim* y *Yahvé*

motivaron el hecho de que empezaran a hablar del ‘Elohista’ (E) y del ‘Yahvista’ (J). Además, distinguían un código sacerdotal (P) y un Deuteronomista (D). En tiempos de los reyes después de Salomón surgieron, así lo afirmaban, las series de relatos J y E. La obra del Deuteronomista fue la causa de las reformas en el templo acometidas por el rey Josías, aunque D luego fue ampliado. P tendría su origen en el círculo de los sacerdotes durante el exilio, que querían confirmar su propia autoridad con historias antiguas sobre el sacerdocio.

Con la división en fuentes han ido muy lejos, tanto, que empezaron a hablar de J, J1, J2, J3, E, E1, E2, E3, etcétera. El último redactor, utilizando el método de ‘cortar y pegar’, habría hecho a partir de todas estas fuentes un solo conjunto, que ahora conocemos como los cinco libros de Moisés.

La fecha tardía tenía que ver con el argumento de que mucho de lo transmitido no era históricamente fiable. Alrededor de un núcleo de verdad habían construido sus propias proyecciones. Las leyendas y sagas sobre los patriarcas y el éxodo, como eran corrientes en el tiempo después de Salomón y del exilio, se registraron como una confesión de fe. Costumbres cúllicas de la época habían sido trasladadas al tiempo más temprano de Moisés. No se trataría de la fiabilidad histórica de lo transmitido, sino solamente de su mensaje.

### **El Antiguo Testamento bajo la crítica bíblica**

Esta corriente no se limitó a una crítica al Pentateuco. Todo el Antiguo Testamento llegó a estar bajo la lupa de los investigadores de despacho. Capítulo tras capítulo se examinó críticamente. Constataron que también aquí se podía distinguir todo tipo de fuentes. Redactores posteriores habrían trabajado con ello e introducido concientemente cambios en los textos.

Todo esto tuvo como consecuencia que empezaron a considerar al Antiguo Testamento como un conglomerado de muchas formas de pensar, que se contradecían o se impugnaban. Dentro del Antiguo Testamento se podrían señalar diferentes ‘teologías’. El objetivo consistía en descubrir el ‘Antiguo Testamento original’, despojado de todos los añadidos, que a lo largo de los siglos se sumaron a ello.

La crítica histórica originó una crisis de fe en muchas personas. La masa dio la espalda a la iglesia o comunidad y la incredulidad creía poder defenderse a base de argumentos científicos. La aplicación del principio de la evolución a la Escritura fomentaba la evolución de la apostasía.

Por otra parte, se pusieron en marcha las excavaciones en Oriente Medio. Se encontraron los relatos babilónicos de la creación y el diluvio. La conclusión se sacó pronto:

las historias de la Biblia son variaciones de antiguos relatos orientales. La Biblia viene realmente de Babel.

### **El Nuevo Testamento y la crítica bíblica**

También con respecto al Nuevo Testamento se manejaba el método de la división en fuentes. Para empezar, pusieron bajo la lupa los primeros tres ‘evangelios’, los ‘evangelios sinópticos’. Se suponía que hubo un Marcos primitivo y además una fuente con las Palabras de Jesús (llamada Q, de la palabra alemana *Quelle*, que significa fuente). De ahí habrían surgido los primeros tres ‘evangelios’, a través de todo tipo de redacciones y cambios sufridos. Generalmente se fechaba la redacción definitiva de *Lucas* después del año 70. También en *Juan* se señaló el uso de fuentes y la fecha de su origen a veces se fijó al principio del segundo siglo.

En cuanto a las cartas de Pablo, a veces incluso llegaron a negar que hubiese escrito *Efesios* y *Colosenses*, *1* y *2* de *Timoteo* y *Tito*. Lo hicieron en base a consideraciones lingüísticas y por su contenido. Igualmente *Apocalipsis* fue sometido a toda clase de hipotéticas divisiones.

### **Teología comunitaria**

Tenemos que darnos cuenta de que los hombres que venían con todas estas teorías de fuentes, adoptaron una postura crítica frente a la Escritura. El interés en la “historia de las formas” (*Formgeschichte*) de los ‘evangelios’, surge de la idea de que la comunidad cristiana hubiera usado palabras existentes de Jesús como punto de partida para sus propias meditaciones. Y encontraríamos un sedimento de ello en el Evangelio que nos ha sido transmitido. La tarea de la ciencia entonces sería encontrar las palabras reales de Jesús. También los relatos de los milagros fueron considerados más como una presentación de la predicación de la comunidad que como una reproducción de hechos reales. De la misma manera que suponían que la comunidad desde los tiempos de Salomón hasta después del exilio nos ha entregado una redacción de ‘la ley y los profetas’, así también opinaron sobre la obra de los evangelistas y apóstoles. La congregación habría reproducido su fe en todas esas historias y discursos de Jesús.

Además, dentro del Nuevo Testamento se podría señalar todo tipo de ‘teologías’, que a veces incluso se diferencian en cuanto a su contenido. Una ‘teología de Jesús, de Lucas, de Pablo, etc. Está claro que todo esto lleva a una fragmentación del Nuevo Testamento. De esta manera quieren justificar las opiniones enfrentadas dentro del Consejo Mundial de las

Iglesias, ya que, según dicen, dentro del Nuevo Testamento mismo ya se constatan contradicciones.

### **Desmitificación**

Rudolf Bultmann (1884-1976), catedrático en Marburg (Alemania), pronunció en 1941 en Alpirsbach un discurso sobre “Nuevo Testamento y Mitología”. En él se afirmaba que la imagen del mundo en el Nuevo Testamento en el fondo era mítica. Se habla de cielo, tierra e infierno, ángeles y demonios. Pero en este tiempo de técnica y ciencia, dice Bultmann, esto ya no es aceptable para el hombre moderno. “No puedes hacer uso de la luz eléctrica y de la radio, y en caso de enfermedad querer tener el derecho a medicamentos y tratamientos clínicos modernos, y a la vez creer en el mundo de los espíritus y milagros del Nuevo Testamento. Y quien piensa que esto es posible, tiene que darse cuenta de que cuando se pronuncia a favor de la postura de la fe cristiana, con ello hará incomprendible e imposible la predicación cristiana en la actualidad.” (2)

Bultmann sostiene que la tarea de la teología ahora es librar la Biblia de su imagen mítica del mundo. Se trata del mensaje del Nuevo Testamento. Este lo ve en el llamado a ser libres (la fe) del mundo, a no vivir de la materia, sino del espíritu (el Espíritu). El hombre tiene que llegar a ser lo que es, lo que significa de hecho: morir y resucitar con Cristo.

La resurrección de Cristo no es, según Bultmann, un hecho histórico. La fe cristiana de Pascua no está interesada en la pregunta si Cristo ha resucitado de verdad. Se trata de la fe escatológica de Pascua que también estaba presente en las experiencias visionarias de los discípulos.

Aplicar esta desmitificación significa que se sacrifica el contenido del Nuevo (y del Antiguo) Testamento. Lo que no le gusta al hombre natural, lo quita. Lo que queda es un evangelio según el propio corazón humano. Ahí no hay lugar para una confesión de Jesús como Hijo de Dios o para una fe en el perdón de pecados y en la reconciliación. Pero sí hay lugar para una ‘teología de la comunidad’ que dice lo mismo que los filósofos actuales.

En nombre del lema: ‘tenemos que ser sinceros (*Honest to God*) y ganar al hombre de hoy por el Evangelio’, eliminan lo fundamental del Evangelio y se quedan con un evangelio falso. En el fondo, lo que vemos que ocurre aquí es lo que intentaba la gnosis desde el siglo II: usar los términos del Evangelio (en concreto de Juan), y cargarlos con un contenido completamente distinto.

**¿Pueden las excavaciones probar la fiabilidad de la Escritura?**

La fe en la Escritura tiene que apoyarse en la Escritura misma. No podemos basarla en los resultados de excavaciones.

Las excavaciones nunca pueden probar completamente la autoridad de la Escritura. La Escritura tiene una autoridad propia, que no depende de ninguna otra cosa. Puede ocurrir, como una bendición para la fe, que gracias a un descubrimiento se corrobora la verdad de una información controvertida en la Biblia con datos extra-bíblicos. Hallazgos del antiguo Oriente acerca de tratados diplomáticos pueden mostrar cómo la estructura del pacto que encontramos en la Biblia ya era conocida en tiempos de Abraham. El conocimiento de la civilización del antiguo Oriente ha contribuido a que figuras como los patriarcas ya no son caracterizadas tan fácilmente como míticas, sino que puede encajar lo que sabemos sobre ellos y su cultura en la imagen que tenemos del antiguo Oriente.

El hallazgo de los manuscritos de Qumrán ha hecho aumentar el respeto por el texto del Antiguo Testamento. El hallazgo del *Evangelio de la Verdad* (alrededor de 150 d.C.) entre los rollos gnósticos en Nag Hammadi en 1945 ha contribuido a la refutación de la opinión de Bultmann, que Juan se adhirió a la esperanza gnóstica, pre-cristiana, de un salvador celestial. Ahora se demuestra que la relación es justo al revés: la gnóstica tomó prestado los términos de Juan.

La investigación arqueológica ha demostrado también que situaciones como las descritas en *Hechos*, concuerdan con lo que sabemos ahora del mundo grecorromano de aquella época. Ya son muchas las objeciones en contra de la Escritura, que resultaron ser completamente incorrectas. Se puede afirmar que, según avanzan las excavaciones y el estudio de textos antiguos, seguramente más ataques a la fiabilidad de la Biblia serán desenmascarados como inservibles.

Pero, no hay que apoyarse en la arqueología en el sentido de: ¡La Biblia tiene razón! La fe en la veracidad de la Escritura tiene que ir delante. Este punto de partida es además la única arma contra aquel que esgrima argumentos a favor de la teología de la comunidad y de la desmitificación. La fe en la Escritura trae su propia bendición, al leerla y explicarla. También para el hombre moderno, si quiere escucharla con respeto. Quien quita del Evangelio, se queda sin el verdadero evangelio para poderlo presentar al hombre de hoy.

### **No hay contradicción entre el Antiguo y el Nuevo Testamento**

La crítica al Antiguo Testamento ha recurrido al Nuevo Testamento. El ‘espíritu de Jesús’, que solo habló de amor, sería incompatible con el del Antiguo Testamento, en el cual Dios es representado como un Dios de venganza.

Marción, ya en el siglo segundo, acabó con el Antiguo Testamento, y publicó un Nuevo Testamento abreviado en el que había intentado borrar todo lo que recordaba al Antiguo Testamento. En los siglos pasados, se alzaron voces que aseguraron que el Antiguo Testamento como ‘libro judío’ ya no era aceptable para el hombre de hoy.

Sin embargo, el Antiguo Testamento no es un ‘libro judío’ que está contrapuesto al Nuevo Testamento. Del Nuevo Testamento mismo se puede desprender que Jesús y los apóstoles consideraban el Antiguo Testamento como su Biblia. Cristo es el fin de la ley (*Ro. 10: 4*). Moisés ha escrito sobre Él (*Jn. 5:46*). Él ha venido para cumplir la ley y los profetas, no para abrogar (*Mt. 5:17*). Empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, Cristo explicó a los dos discípulos en el camino a Emaús todo lo que las Escrituras decían de Él (*Lc. 24:27*).

Cuando Cristo dice en el Sermón del Monte: “¡Pero yo os digo!”, eso no quiere decir que se enfrenta con Moisés. Se enfrenta con los rabinos, que con su aplicación caprichosa de la Ley la dejaron sin fuerza.

El nuevo Pacto no es tampoco una dispensación con una estructura diferente a la antigua dispensación. El Evangelio del nuevo Pacto solamente proclama que Cristo, por medio de su sangre, ha cumplido las imágenes, las sombras, los modelos del antiguo Pacto y ha traído un perdón completo. También recibió el Espíritu Santo, que capacita a la iglesia o comunidad para ejercer su mandato en todo el mundo. En la extensión de la iglesia o comunidad por toda la tierra se ve lo que ha profetizado Isaías (*Is. 42:1-7*). El nuevo Pacto, intenso y válido, es un cumplimiento del antiguo, porque en el antiguo Pacto el Señor daba sus promesas, a la vez que exigía obediencia y amenazaba con castigar la apostasía, y eso lo encontramos igualmente en el nuevo Pacto.

Por lo tanto, no se puede decir que Jesús era el Hombre del amor, que contrasta con las amenazas del Antiguo Testamento. No es verdad que los salmos imprecatorios no sean cristianos porque el nuevo Pacto solamente conoce la gracia.

El siguiente cuadro puede aclarar, cómo el Nuevo Testamento cita estos salmos y hace alusión a ellos:

<u>Salmo</u>	<u>Nuevo Testamento</u>
2:9	Ap. 12:5; 19: 15; 2: 26
69:22, 23	Ro. 11:9, 10

69:24	Ap. 16:1
69:25	Hch. 1:20
109:8	Hch. 1:20
137:8	Ap. 18:6
137:9	Lc. 19:44

Dios es amor (*1 Jn. 4:16*). Pero también Él es fuego consumidor (*He. 12:29*). Tenemos que tomar en serio al Nuevo Testamento en esto. El “Jesús te ama” de las pegatinas motiva a formar una imagen equivocada de nuestro Salvador. Él es el mismo que pronunció el “¡Ay!” y Él viene para juzgar. Su Padre es el Dios del antiguo Pacto, que sigue siendo el mismo en el nuevo Pacto. No habla con dos bocas distintas.

### ¿Contradicciones en la Biblia?

Sobre todo, por parte de los que están a favor de la crítica bíblica, se enfatiza mucho las llamadas contradicciones de la Biblia. El hecho de que estuvieran ahí, suministraría una prueba para la teoría de las diferentes fuentes, que se usaron para la compilación de, por ejemplo, el Pentateuco y los evangelios sinópticos, como E, J, P, D, Marcos primitivo y Q.

A menudo, la afirmación de que la Biblia como libro humano está llena de errores, se suaviza diciendo que realmente lo que más importa es su mensaje, el objetivo de la Escritura. El que haya o no contradicciones o errores, eso no importa tanto.

Lo decisivo aquí es la actitud.

Si uno parte de la posición de que la Palabra de Dios es un libro falible, eso influye su ‘hipótesis de trabajo’ cuando lo lee. Está ansioso por probar su punto de partida, y mira con ojos de águila para captar conflictos en el registro de algo que haya en la Biblia.

Cuando, sin embargo, uno parte de la confesión de que la Palabra de Dios ha sido escrita y transmitida por hombres, pero que es la Palabra de Aquél que es imposible que se contradiga, entonces tiene continuamente presente la presuposición de que está tratando con la Palabra infalible de Dios. Es muy probable que uno a veces encuentre cosas que son difíciles de compaginar. No obstante, su actitud entonces no es orgullosa o racionalista, pensando: Aquí he encontrado otro error más. No, uno piensa: En este momento no lo entiendo bien, pero se deberá a mi capacidad de comprensión limitada que también sufre las consecuencias de la caída en el pecado. Es muy probable que con un estudio detenido y una reflexión madurada, uno llegue a un discernimiento más claro.

Hay, además, varios factores a tener en cuenta.

A veces puede ser que una supuesta contradicción (p. ej. respecto a un número) se debe al error de un copista. Como solían expresar los números por medio de letras, ha podido confundir una letra con otra.

También ocurre que nosotros, desde nuestra forma de pensar occidental que ordena cronológicamente, empezamos a leer la Biblia y nos encontramos con el hecho de que cosas que ocurrieron más tarde, van delante. Conscientemente, el autor bíblico ha puesto cierto acontecimiento, en relación con el tema, al principio. Lo hace Lucas por ejemplo, cuando menciona la actuación de Jesús en la sinagoga de Nazaret al principio de su relato (*Lc. 4:16-30*), mientras que Mateo lo menciona mucho más tarde, en el capítulo 13, después de todas las parábolas (vv. 53-58). Aquí no se puede señalar un error, sino una composición deliberada.

Juan menciona al principio de su libro que Jesús purifica el templo (*2:14 ss*). Mateo y Lucas hablan sin embargo de una purificación del templo al final de sus libros, antes de la Pascua en que Jesús fue crucificado. Además, se pueden observar diferencias entre el relato de la purificación del templo de Juan y de los otros evangelistas.

¿Acaso Juan ha distorsionado un acontecimiento que en realidad ocurrió dos años después? Pues no, Juan, que todo lo ordena tan conscientemente de forma cronológica, describe aquí la primera purificación del templo y además nos comunica la palabra de Jesús (*Jn. 2:19*), que más tarde fue tergiversada y usada en contra de Él por falsos testigos (*Mc. 14:57-59*). Por lo tanto, no se trata aquí de una repetición o una contradicción.

También hay que tener en cuenta que la transmisión de las palabras de Jesús no siempre se hace al estilo de un acta notarial o un reportaje periodístico. Este hecho explica muchas supuestas diferencias. A veces se puede ver claramente que han hecho una paráfrasis (cf. *Mt. 24:15* con *Lc. 21:20*). Los autores tenían en cuenta el cuadro de referencias de sus lectores. Esto no quiere decir que introducían cambios en las palabras de Jesús. Para Pablo, el Evangelio de Jesús constituye el trasfondo y la subestructura de sus escritos, pero muchas veces utiliza palabras e imágenes propias para reflejarlo. No es que con ello construya una teología propia o diferente.

Muchas de las supuestas contradicciones pueden ser remitidas al reino de las fábulas cuando se está dispuesto a tener en cuenta las circunstancias de aquella época. Leemos en *Lucas* que el ciego Bartimeo fue sanado antes de que Jesús entrase en Jericó (*18:35 - 19:1*). En *Mateo* se nos habla de dos ciegos que son sanados, cuando sale de Jericó (*20:29 ss.*). Por parte de los críticos este contraste ha sido señalado triunfalmente para denunciar la deficiencia de la información del Evangelio. Si recordamos que existió una ciudad vieja de Jericó, pero que Herodes había construido un poco más allá una ciudad nueva, entonces los problemas

desaparecen de repente. Mateo escribe para los judíos y habla de la vieja Jericó; Lucas escribe para Teófilo, que conoció la nueva Jericó helenística. Lucas se concentra en una persona, Bartimeo, y menciona también a la nueva Jericó porque quiere contar con mucho detalle la historia de Zaqueo el publicano, que vivía en la parte helenística de Jericó.

Podemos estar seguros de que la ‘investigación puramente científica’, que se presenta tan orgullosa y autoritariamente, se equivoca muchísimas veces cuando quiere demostrar que la envoltura del mensaje bíblico es defectuosa.

En varias universidades, institutos y centros educativos de todo el mundo, se ha convertido en un deporte el intentar arruinar la fe desde el conocimiento moderno; lo mismo ocurre también en zonas donde trabajan las misiones entre iglesias ‘jóvenes’ en Latinoamérica, África y Asia. No hay que dejarse impresionar por ello. Repetir como un loro lo que haya demostrado esa ‘ciencia’ no es ningún golpe. Por la fe somos más que vencedores (*Ro. 8:37*), incluso sobre la crítica bíblica agresiva. Tenemos un arma muy fuerte: la Palabra de Dios misma, que es la espada del Espíritu. En ella leemos:

“Destruiré la sabiduría de los sabios,  
Y desecharé el entendimiento de los entendidos (*Is. 29:14*)  
¿Dónde está el sabio?  
¿Dónde está el escriba?  
¿Dónde está el disputador de este siglo?  
¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (*1 Co. 1:19-20*)

Sin miedo podemos ir al encuentro de la crítica bíblica. Cuando refutamos con argumentos una pretendida contradicción, enseguida tendrán otras cien preparadas para poner en su lugar. No hay que dejarse amilanar por ello. ¿Dónde están ahora todos esos escribas liberales que querían minar la Biblia? La Escritura sigue en pie y se defiende a sí misma.

Esto no significa que podamos luchar con ayuda de argumentos baratos y a gritos. Desgraciadamente eso se hace demasiado, y así se cometen los mismos errores que el adversario. La crítica bíblica nos tiene que obligar a profundizar en la Escritura misma. De esa manera nos asombraremos de las coherencias que vamos descubriendo y de la unidad tan grande que muestra.

“Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la Palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de

hombres, sino según es en verdad, la Palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes”  
(1 Ts. 2:13).

## LA BIBLIA COMO UNIDAD

### No a la atomización

Antes hemos visto cómo la crítica bíblica divide la Escritura en diferentes ‘fuentes’, que hacen oír distintas voces, cada una con una teología propia. Esto no es en absoluto beneficioso para la fe en las Escrituras.

Hay que tener en cuenta además, el hecho de que muchas personas solamente conocen una parte de la Escritura, y que prefieren vivir con unas pocas historias o palabras de la Biblia antes que con toda la Palabra. Eso tampoco ayuda a conseguir una visión de la unidad de la Biblia y su coherencia.

Ya se sabe cómo suele pasar: nuestro primer contacto con la Biblia muchas veces consiste en las historias bíblicas que nos han contado en la infancia, las que leímos en una Biblia para niños. Para hacerlas más fascinantes, han sido dramatizadas, romantizadas, o maquilladas... Esto tenía como consecuencia que nuestra atención no disminuía, pero también que recibimos la impresión que en la Biblia solo había historias emocionantes sobre personajes interesantes. Cuando más adelante empezamos a leerla por nosotros mismos, experimentamos una cierta decepción.

En primer lugar, las historias de la Biblia no están escritas al estilo de una historia de aventuras. La forma de expresión es bastante sobria y concisa. Y muchas veces no cuentan lo que la profesora de la escuela dominical nos había explicado. Y a veces es justo al revés, cuando hay mucho que no nos ha contado.

Si uno se ha criado con historias sobre ‘personajes bíblicos’ y textos sueltos, seguramente se extrañará cuando empieza a leer los profetas o las cartas. Tendrá que hacer un esfuerzo para entender que todas esas leyes, proverbios y cartas ‘dogmáticas’ forman una unidad con esas historias ‘bonitas’ que escuchó en la infancia. Si uno se ha criado con fragmentos, ¿cómo y dónde hay que encajar todo lo demás? Muchos, cuando eran niños, pensaban: Todo lo de la Biblia que no aparece en esas historias bonitas, es para los adultos. A menudo, lo que pasó cuando ellos mismos llegaron a ser adultos, fue que preferían quedarse con aquellas historias románticas y no estaban dispuestos a escuchar esas cosas complicadas que decían los autores de los libros de sabiduría, los profetas y apóstoles. Sus oídos estaban cerrados para aquello.

Si queremos escuchar a la Biblia, tendremos que empezar por confesar que el Señor es uno (*Dt. 6:4; Zac. 14:9; Mc. 12:29; St. 2:19*). Por lo tanto, también su revelación es una, una unidad, una unidad coherente. El Señor es el Rey, que se dirige a nosotros en su Palabra Real. Todo en ella es importante, aunque no nos llegue de la forma que quizás preferiríamos. Se nos llama a reconocer y vivir la unidad de aquella Escritura más y más.

Aquí habla el Dios del Pacto único en Cristo. No es un relato deshilvanado. El Antiguo Testamento viene a nosotros como un canon del antiguo Pacto, muy coherente y lleno de sentido. Y lo mismo se puede decir del Nuevo Testamento como canon del nuevo Pacto, que además nos ayuda a explicar el Antiguo Testamento de forma cristocéntrica.

### **Coherencia dentro del canon del Antiguo Testamento**

El fundamento del Antiguo Testamento está formado por los ‘cinco libros de Moisés’, el Pentateuco. En él se lee la historia de la redención, que precedió la celebración del Pacto (*Gn. 1:1 - Ex. 18:27*): la creación, la caída en el pecado, el diluvio y el pacto con Noé, los pactos con los patriarcas, el viaje a Egipto y el éxodo desde Egipto.

En *Éxodo* 19-24 leemos acerca del pacto que el Señor estableció con su pueblo en el Sinaí. En ese pacto ocupan un lugar central los diez mandamientos, seguidos por el libro del Pacto. Desde *Éxodo* 25 hasta el final de *Deuteronomio* leemos acerca del viaje por el desierto, y sobre las ordenanzas del Pacto que van detallando la obediencia a los diez mandamientos. También se subraya una y otra vez la bendición y la maldición del Pacto.

A partir de *Josué* siguen las historias escritas desde el punto de vista profético de la época de la conquista de Canaán, la época de los jueces y de los reyes (*Jos. – 2 R.*). *1 y 2 Crónicas, Esdras y Nehemías* forman una unidad que nos muestra que el Señor no abandona sus planes sobre el templo, y que a pesar de la infidelidad y el exilio de su pueblo, Él sigue viviendo entre ellos y guarda un resto, un remanente para sí mismo.

Ninguno de estos libros tiene como tema central los acontecimientos románticos de los personajes. Los ‘libros históricos’ nos muestran cómo el Señor cumple su Pacto, para bendición y para maldición. Estas cosas han sido escritas para consolarnos y advertirnos (*1 Co. 10:11-12*).

Una y otra vez queda claro que el Señor cumple sus juramentos. La descendencia de la serpiente intenta destruir la iglesia o comunidad. Pero la fidelidad de Dios se extiende por encima de las aguas del diluvio y más allá del exilio. Los ‘libros históricos’ dan un testimonio conmovedor de la impotencia de los mediadores del Pacto para salvar al pueblo. Nos presentan a sacerdotes que no son en absoluto inmaculados, falsos profetas, y reyes que se

apartan del camino. También leemos acerca de profetas fieles que son rechazados por el propio pueblo, y sobre reyes que a veces intentan hacer lo bueno, pero que no pueden parar la decadencia del pueblo. ¡Cómo resuena por todo el Antiguo Testamento el clamor por Jesucristo, el gran Sacerdote y Rey! ¡Cómo señalan todas esas leyes acerca del tabernáculo y los sacrificios, lavamientos y fiestas hacia el Salvador, que es tanto Sacerdote como Sacrificio!

Los demás libros del Antiguo Testamento se unen a ello. Los *Salmos* y *Lamentaciones* nos hacen vivir la relación que Israel tenía con su Dios, y cómo luchaba para poder recibir las promesas del Pacto. Es como si estuviéramos presentes en el culto del templo. Vemos dentro del corazón de los que oraban. Vemos cómo recordaban a Dios y a sus promesas, cómo se lamentaban del padecimiento que les sobrevino, cómo confesaban sus pecados, cómo daban gracias de todo corazón por la salvación recibida y cómo esperaban una redención aún más grande. Vemos cómo Israel estaba convencido de lo que dice el cántico de Moisés: “El Señor juzgará a su pueblo” (*Dt. 32:36; Sal. 135:14; Ro. 12:19; He. 10:30; Ap. 18:20; 20:4*).

Los libros sapienciales, como el de *Job*, *Proverbios* y *Eclesiastés*, quieren ayudar al pueblo a seguir en el camino del Señor y aceptar su dirección. *Proverbios* nos ofrece una explicación de la Ley de los Diez Mandamientos, y no solamente un poco de sabiduría por experiencia de la vida. Encontramos aquí aplicado el temor del Señor, que es el principio de la sabiduría.

Lo mismo se aplica a los profetas.

Al leer sus libros asistimos a un informe sobre un ‘culto’ del antiguo Israel. Escuchamos cómo los profetas apelan al Pacto de Dios y llaman al pueblo a servir al Señor. Los profetas mayores y menores hablan de las promesas de Dios, de sus requisitos y sus amenazas. Y lo hacen de muy diferentes maneras. No obstante, se apoyan en la Ley de Moisés, vuelven a aferrarse a las ordenanzas del Pacto o remiten a bendiciones anteriores que serán garantía de la redención mesiánica que ha de venir. Apelan también a las sanciones, las amenazas de la Ley, que se harán realidad en la Historia si el pueblo del Señor no se arrepiente. Siguen la enseñanza de Moisés y muchas veces también se apoyan mutuamente.

Sobre la base del Pentateuco está construido el canon del Antiguo Testamento:

---

Profetas  
advertencias y promesas según el Pacto

---

---

Libros poéticos  
sabiduría y canto del Pacto

---



---

Libros históricos  
mantenimiento del Pacto por parte del Señor

---



---

Pentateuco  
precedentes  
instauración del Pacto  
ley del Pacto

---

### **Coherencia dentro del Nuevo Testamento**

En el Nuevo Testamento encontramos un patrón similar al del Antiguo Testamento. En los ‘*evangelios*’ (en realidad sólo hay un Evangelio) vemos dibujada primero la historia previa de la salvación que ha venido por medio de Cristo. A continuación viene el relato de su sacrificio en la cruz, donde vertió su sangre para la reconciliación en el nuevo Pacto, y también la resurrección, que mostró que este sacrificio no había sido en vano. Aquí hay similitud con el Pentateuco. Por lo que llamaremos a los evangelios el *Tetrateuco* (cuádruple).

Sobre la base de los evangelios está *Hechos* como un ‘libro histórico’. Este muestra cómo funcionaba el nuevo Pacto en capacitar la congregación (Pentecostés), en el llamamiento evangélico dirigido a Israel para aceptar a Cristo, y en la expansión del Evangelio hasta en Roma.

Las *cartas* y *Apocalipsis* concuerdan a su vez con las profecías del Antiguo Testamento. Es como si escucháramos la predicación en una congregación del tiempo del Nuevo Testamento. Porque, ¿no estaban destinadas tanto las *cartas* como *Apocalipsis* a ser leídas en el culto? (*Col. 1:16; 1 Ts. 5:27; Ap. 1:3; cf. Jer. 29:1 ss.*). De esta forma el Señor instruía a su pueblo acerca de sus promesas, demandas y amenazas: “El que no amare al Señor Jesucristo sea anatema. El Señor viene. La gracia del Señor Jesucristo esté con todos vosotros” (*1 Co. 16:22-23*). Y todo ello sobre el fundamento de los evangelios (*Tetrateuco*).

### Coherencia del cánon veterotestamentario y neotestamentario

Existe una gran coherencia entre el canon del Antiguo y del Nuevo Testamento, como también la hay dentro del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Los profetas apelan a la Ley de Moisés, el Pentateuco. “Maldito el varón que no obedeciere las palabras de este pacto, el cual mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciéndoles: O d mi voz, y cumplid mis palabras, conforme a todo lo que os mando; y me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios” (*Jer. 11:3-4; Dt. 27:26; 4:13, 20; Lv. 26:3, 26*). Lo mismo hacen los Salmos: “Ha manifestado sus palabras a Jacob” (*Sal. 147:19*).

Los apóstoles apelan al Evangelio, el *Tetrateuco*. “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (*G . 1:9*).

Todo el Nuevo Testamento se deshace en referencias al Antiguo, al Pentateuco, a los libros históricos, a los escritos y a los profetas. Existe una gran coherencia; por todas partes hay enlaces.

El siguiente esquema puede mostrar esto, aunque sea de una manera insuficiente:

Precedentes al establecimiento del Pacto; promesa, demanda y amenaza del Pacto	Génesis – Deuteronomio ( <i>Pentateuco</i> )	Mateo – Juan ( <i>Tetrateuco</i> )
El mantenimiento del Pacto en la historia de la salvación por parte de Dios	José – Ester	Hechos
La predicación acerca de la promesa, la demanda y la maldición del Pacto	Profetas, cánticos, libros sapienciales	Cartas, Apocalipsis

###  Oye y lee, Israel!

La Biblia es un libro extenso. Encontramos en ella toda una biblioteca de 66 libros, un archivo completo.  Por qué nos presenta todas esas leyes y esas historias de guerras sangrientas?  Por qué ese tronar reiterativo de los profetas y esas cartas profundas de Pablo?  Por qué *Crónicas*, además de *Reyes*, por qué cuatro ‘evangelios’?

 No ser a mejor tener un breve catecismo como conducto de la revelación de Dios?  No es la forma un obstáculo para el hombre moderno?  No se han molestado muchos por

causa de esos pasajes que son todo menos ‘edificantes’? ¿No hubiera sido mejor tener un ‘evangelio reducido’?

No tenemos que querer ser más sabios que Dios, que por su buena voluntad nos dio la Biblia. Nuestra inteligencia o nuestros sentimientos no deben ser la norma al juzgar lo que tendría o no que incluirse en la Escritura. Porque ¿qué nos imaginamos que somos, sino hombres liliputienses? El Señor, en su sabiduría infinita, nos ha querido dar esta colección, que se formó en un intervalo de tiempo de muchos siglos – por lo menos los que separan a Moisés de Pablo.

Esa extensión, de la que habla también el art. 7 de la *Confesión Belga*, es una bendición. ¿Por qué? Porque el Señor nos muestra en ella cómo ÉL, en cuanto Dios del Pacto, se introdujo en la Historia humana, por así decirlo. La Palabra se hizo Escritura. El Señor muestra en su Palabra cómo se ha revelado en una historia de salvación de largos siglos. Y cómo avanzaba en su obra hacia la venida del Salvador.

Por eso no hay que irritarse por el hecho de que tengamos un libro tan extenso, aunque seamos personas de este siglo apresurado. La extensión de las ‘historias de nacimientos’ y genealogías, leyes y profecías, crónicas y evangelios, no significa un déficit para la iglesia o comunidad evangelizadora, sino sólo ganancia.

Ahora todo el mundo puede ver cómo se ha ocupado Dios de su pueblo. Y esto se expone una y otra vez desde ángulos distintos. No es que haya unas pocas historias y discursos aburridos y cartas, no, aquí encontramos los documentos de la fidelidad de Dios a sus promesas. En toda la variación hay una gran coherencia.

Si el hombre de hoy se siente molesto por esto, ello significa que rechaza la gracia del Señor. Todos los eslabones de esta cadena son importantes. El hombre moderno, que se está convirtiendo en presa de una gris uniformidad, puede estar agradecido de que en la Escritura haya semejante falta de monotonía. Nos pinta un cuadro de la salvación con muchos colores vivos y brillantes. Las formas cambian continuamente: crónicas, leyes, profecías, cánticos, cartas. Y en todas ellas suena: Así habla el Señor. ¡Oye, Israel, aquí está tu Dios!

Hay muchas personas que por nada en el mundo se atreverían a afirmar que la Biblia no sea la Palabra infalible de Dios. Sin embargo, solamente quieren conocerla parcialmente. Viven con un pequeño fragmento de la Palabra de Dios. Conocen algunos textos, pero si se les preguntara qué es lo que dice un libro en particular, y cuál es su mensaje, no saben contestar.

Esto no solo ocurre con personas que se han unido a la iglesia o comunidad a una edad tardía, sino también con los que pertenecen a la iglesia o comunidad desde su juventud, y que suelen hablar sobre la Palabra de Dios como el único fundamento.

Cuando leemos una carta de alguien, no leemos solamente un fragmento de en medio, sino toda la carta. Y también tenemos en cuenta la correspondencia anterior. Si conocemos al escritor y su forma de hablar, también podremos leer entre líneas. Además hay que tener en cuenta el trasfondo de esa carta.

Así hay que hacerlo también cuando leamos la Biblia. Este libro que el lector tiene en sus manos se ha escrito para ayudarlo en ello. Este autor es consciente de que ha aportado sólo un pequeño granito a este respecto. El objetivo del presente libro es aclarar algo del patrón, del tenor, del mensaje de cada libro de la Biblia, en relación con la totalidad de la Escritura. La Biblia no debe seguir siendo un libro prácticamente cerrado para el lector.

Dios obra a través de los medios. Por eso es importante que usemos el medio de la imprenta y que leamos la Biblia por nosotros mismos.

Hay una tradición muy buena de leer la Biblia a la hora de comer -juntos en la mesa-, que no se puede dejar de recomendar nunca suficientemente. Cuando es otra persona la que lee en voz alta, es mejor que nosotros también tengamos una Biblia delante para poder seguir la lectura, y no distraernos. Leer la Biblia a la hora de comer tiene la ventaja de que puede surgir una conversación sobre el contenido. Esta conversación es necesaria para captar bien lo más importante de lo leído y aclarar pasajes incomprensibles.

Desde luego hay que estudiar la Biblia también a solas, y no únicamente cuando tengamos que preparar algo para una reunión o estudio bíblico. La lectura bíblica tendrá que abarcar todos los libros de la Escritura, incluidos aquellos que hasta ahora no comprendemos o no conocemos todavía.

Existen muchas versiones de la Biblia. Se recomienda hacer uso de ellas, pero para el uso diario es mejor consultar una traducción no demasiado libre. No hay que tener miedo a marcar lo que le interesa. La Biblia es para que la usemos. Es bueno apuntar textos relacionados, y subrayar palabras y expresiones que se repiten en un pasaje. Para señalar la estructura de una porción uno puede servirse de números o letras, y marcar con un círculo lo más importante de aquello que trata el texto. Hay que ser consciente de que el Espíritu Santo ha compuesto la Biblia y no hay que tener miedo de constatar qué bien 'encaja' todo.

El Libro de libros es una obra concienzuda. No hay que tratarlo con indiferencia. El lector debe dedicarse por completo a ella y dejarse cautivar. Va a necesitar una vida entera para intentar penetrar en ella.

Hay muchas herramientas que pueden ayudarle a orientarse en la Escritura: Biblias con anotaciones, comentarios, atlas, enciclopedias y diccionarios bíblicos. Al usarlos tendrá que hacer valer su propio juicio, guiado por la Palabra de Dios mismo.

Este libro se ha escrito en primer lugar para los jóvenes, y así mismo ha surgido del contacto con personas jóvenes. La juventud de hoy está llamada para formar las futuras fuerzas de choque del Mesías, si el Señor nos da ese futuro. El Señor se acuerda para siempre de su Pacto, la Palabra que mandó para mil generaciones (*Sal. 105: 8*). En algún lugar de esta cadena de generaciones puede estar nuestro lector también. Ponga pues toda su existencia bajo la luz de su Palabra de consuelo y de autoridad. “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud” (*Sal. 110:3*).

(1) J. van der Ploeg: *Vondsten in de Woestijn van Juda, De Rollen der Dode Zee* (Hallazgos en el Desierto de Judá, los Rollos del Mar Muerto), Utrecht - Amberes 1957, pág. 78

(2) R. Bultmann en: Hans Werner Bartsch (ed.), *Kerygma und Mythos I*, Hamburg – Volksdorf 1948, pág. 18

## GÉNESIS

### El libro de los ‘orígenes’

El primer libro de la Biblia, llamado *Génesis* (que significa ‘formación’) por los traductores griegos del Antiguo Testamento, forma junto con los cuatro libros siguientes el Pentateuco, los cinco libros de Moisés, la *Torá*, la Ley. Mientras que a continuación, en *Éxodo*, se nos relata la salida de Egipto y cómo Dios da sus leyes en el monte Sinaí, en *Génesis* se nos da a conocer la historia que lo precede. *Éxodo* menciona que Dios se acuerda de su Pacto con Abraham, Isaac y Jacob (*Ex. 2:24*); *Génesis* describe cómo el Señor hizo este Pacto con los patriarcas, y cómo a partir de ellos empezó a reunir su iglesia o comunidad para un día poder bendecir a todos los pueblos. Y toda esta Historia de salvación se coloca en *Génesis* ante el trasfondo de la Creación del mundo, la caída del hombre, el diluvio y la decadencia de los pueblos. En trazos negros se nos dibuja el principio de la Historia del mundo. Pero no falta la luz. En cuanto Israel empezó a leer la *Torá*, se vio confrontado desde el primer libro de la Ley con la promesa del Mesías y con el Pacto. Algún día, el Señor haría que en la simiente de Abraham todas las naciones fueran benditas.

Este poderoso primer libro de la Biblia nos enseña a no separar la Historia del mundo de la Historia de la salvación, la Historia del Pacto. Ello nos da de repente un panorama grandioso de todos los acontecimientos, el Señor revela algo del propósito de su actuación. ¿Por qué esta tierra, y para qué existe? ¿Cuál es el sentido de la vida humana?, y ¿cuál el significado de la iglesia o comunidad? En *Génesis* recibimos respuestas a estas preguntas. Empezamos a entender que aquella creación del mundo, aquella historia de la formación del género humano, ¡tiene como objetivo la reunión de la iglesia o comunidad! Y las fuerzas destructivas no tienen la última palabra en este endemoniado mundo: Cristo es el Triunfador, el descendiente de la mujer aplastará la cabeza de la vieja serpiente.

Por lo tanto, el libro de *Génesis* no es un manual para la ciencia y la Historia, aunque contiene verdadera Historia que tenemos que conocer. *Génesis* es un libro de consuelo, que en

esta tierra maldita nos desvela lo que es eternamente cierto: que el mundo ha sido creado por Dios, y el Todopoderoso no lo abandona, a pesar del pecado, sino que Él continúa su obra por medio de la iglesia o comunidad y del Pacto hacia el nuevo paraíso.

La división de la Biblia en capítulos, como la conocemos ahora, no viene de los autores de la Biblia, sino de un tal Stefanus Langton, que murió en 1228. La división en versículos la encontramos por vez primera en una edición de 1551 en París. Como en cierto sentido estas divisiones son artificiales, no siempre hacen justicia al contenido de la Escritura. A veces separan lo que tendría que ir junto, y a veces juntan algo que hubiese sido reflejado mejor por separado.

Por eso siempre es bueno preguntarse si es que los autores originales de la Biblia introdujeron algún tipo de división.

Respecto a *Génesis*, de hecho es fácil encontrar la respuesta, ya que en él leemos diez veces sobre los *Toledot*, las historias de nacimientos o generaciones. Y estas indicaciones nos dan una división:

Estas son las *toledot* de:

El cielo y la tierra cuando fueron creados (2:4)

Adán (5:1)

Noé (6:9)

Los hijos de Noé (10:1)

Sem (11:10)

Taré ( 11: 27)

Ismael (25:12)

Isaac, el hijo de Abraham (25:19)

Esaú, el cual es Edom (36:1)

Jacob (37:2).

Todas esas veces son un nuevo comienzo que se relaciona con el anterior; cada vez un génesis, una formación, un origen. Pero por esta vía el Señor llega a realizar la salvación, así reúne a su pueblo Israel. Así también llega el 'génesis' de Jesucristo (*Mt. 1:1*).

### **En el principio**

Goebbels escribió en su diario el día 12 de mayo de 1943:

“El *Führer* se pronuncia de forma muy áspera sobre la actitud arrogante del alto y bajo clero, pues la locura de la doctrina cristiana de salvación se ha demostrado absolutamente inservible para nuestro tiempo. Sin embargo, hay hombres eruditos, educados, con altos cargos en la vida pública, que siguen siendo fieles como niños a esta fe. Es simplemente incomprensible, que se puede seguir considerando la doctrina cristiana de salvación como una guía para transitar por esta vida difícil. En cuanto a ello, el *Führer* menciona un gran número de ejemplos que son extraordinariamente reveladores y a veces incluso grotescos. Por supuesto, esos locos papistas saben exactamente cómo funciona el mundo. Mientras hombres sabios y muy eruditos de la ciencia se esfuerzan su vida entera para desentrañar solo una de las misteriosas leyes de la naturaleza, hay un insignificante cura en la zona rural de Baviera capaz de emitir un juicio sobre aquello en base a sus conocimientos religiosos. Ante esta actitud repulsiva solo cabe mostrar desprecio. Una iglesia o comunidad que no va al paso de los criterios de la ciencia moderna, se condena a la ruina. Esto puede llevar tiempo, pero se arruinará inevitablemente. Un hombre que está en medio de la vida cotidiana y que solamente puede barruntar vagamente los secretos místicos de la naturaleza, usará de la mayor modestia frente al universo. El clero que no tiene ni idea de esta modestia, se coloca frente a los problemas del universo con una insolencia soberana” (1).

Y ahora, leamos en el primer versículo de la Biblia: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.” Ya por esa primera frase uno está obligado a elegir. Elegir a favor o en contra de la revelación de la Escritura. Si uno decide a favor, entonces oye gritar a Goebbels: ‘eso es una arrogancia disparatada’. Pero, aquel ‘profeta de la bestia’ no está solo. Así se expresa también la opinión corriente de hoy: la iglesia o comunidad tiene que ir al paso de los criterios de la ciencia moderna acerca de la Creación. Así que: hay que aceptar la evolución, o si no, se es un ignorante. La primera frase de la Biblia ya nos confronta con la pregunta: ¿queremos considerar la revelación sobre el Creador y el Salvador “como una guía para transitar por esta vida difícil”? ¿Estamos dispuestos a aceptar lo que la Palabra de Dios dice sobre la creación, como un elemento de la doctrina cristiana de la salvación? ¿Estamos dispuestos a creer que Él, que hizo el Pacto, también es el Creador de los cielos y la tierra, y que Él es tan fiel como poderoso? ¿No vamos a tropezar por la irritación que suscita la doctrina cristiana de la Creación y la salvación, etiquetada como ‘totalmente inservible para nuestro tiempo’? No lo olvidemos, igual que esta frase nos obliga a tomar una decisión, así realmente cada frase de la Biblia nos colocará ante una elección. No podemos ir repitiendo siempre este mismo comentario, y por eso lo enfatizamos ahora, al principio. En este tiempo

de exploración del universo, la Biblia pretende ser nuestra guía a la verdad, nuestra única guía a través de esta vida llena de dificultades.

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Esto es lo que leía cualquier israelita, rodeado de pueblos que creían en los mitos más extraños acerca del origen del mundo, que adoraban a animales y estrellas como si fueran dioses, que creían en la actuación poderosa de fuerzas malignas en el mar y en el aire. Todas esas ideas paganas lo influenciaban y amenazaban apoderarse de su forma de pensar. Entonces es cuando viene Dios, al comienzo de la Ley, y se pone frente a todo tipo de teorías idólatras de Babilonia y Canaán que hablaban de la formación del mundo a partir de un principio primitivo, de una lucha entre dos fuerzas hostiles, de un maridaje cósmico entre dioses. Pero el cielo y la tierra no se formaron de elementos primitivos y eternos, sino que fue aquel único Dios de Israel quien creó el tiempo y el espacio, quien gobernó las estrellas y quien por su Palabra hizo todas las cosas en una semana que terminó en *shabbat* [reposo, cesación].

Israel conocía en su culto el *shabbat*, el día de reposo después de seis días de trabajo. Pues bien, la historia de la creación le mostraba que esa idea del *shabbat* ya estaba fundada en la Creación de Dios. Así habló el Señor desde el Sinaí: “Acuérdate del día de reposo...porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó” (*Ex. 20:11*).

Cuando leemos lo que pasó en los diferentes días de la Creación, es posible constatar una cierta coherencia:

1. Luz	4. Cuerpos celestes
2. Aguas en la tierra y la expansión	5. Peces y pájaros
3. La tierra se seca y crecen plantas y árboles	6. Animales de la tierra y el hombre

¡El hombre!

Él es la pieza final de la Creación. La tierra es decorada y hecha habitable como una casa para el hombre. Las grandes lumbreras y las estrellas se le dan para servirle de calendario y reloj. Los animales de la tierra y del mar tienen que someterse a él. Porque Adán, el hombre, no es igual a las demás criaturas, no es un capricho de la naturaleza. No, el Señor creó el hombre a su imagen, eso quiere decir: como su representante, su virrey en la tierra. El

hombre, creado varón y hembra, recibió el mandato de multiplicarse, de señorear la Creación, de cultivarla. Y cuando la descripción de los días de la Creación termina diciendo cada vez que Dios vio todo lo que había hecho, y que era bueno – después de la creación del hombre leemos: he aquí, que todo era bueno en gran manera. Entonces ya puede llegar el *shabbat*. Dios cesa o reposa de toda la obra que ha creado.

### **La generación (*toledot*) de los cielos y la tierra, cuando fueron creados (2:4 – 4:26)**

Después de la introducción siguen los diez *toledot*.

Una vez que la Creación es un hecho cumplido, comienza la Historia del Pacto. La Versión Reina Valera 1960 empieza aquí con un nuevo epígrafe, porque aquí se nos presenta cómo fue creado el hombre, y cómo es puesto en el huerto del Edén.

El Paraíso... Leemos acerca de un huerto con muchos árboles, de un árbol de la vida y de un árbol de la ciencia del bien y del mal, y de un río de vida. El hombre recibe un cometido positivo de labrar el huerto y de guardarlo. Así que desde el principio se vislumbra una situación de peligro. Y además recibe un pacto de prueba. No puede comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Si lo hace, la muerte será su castigo. Otra vez recibe el hombre una advertencia: tiene que guardarse de la tentación.

Como ayuda idónea recibe a su mujer, y lo hace con un canto. La primera canción en la Biblia es un cántico de bodas (*Gn. 2:23*). Y ¿no viene el último clamor en la Biblia de una novia, la iglesia o comunidad (*Ap. 22:17*)? El principio y final de la Historia de la salvación se encuentran. El Paraíso se pierde, pero todo volverá de nuevo: el río de vida y el cántico de bodas.

El Paraíso perdido...

La ‘Varona’ ha bajado la guardia. Se deja engañar por la serpiente, que con la semilla de la mentira y de la duda envenena su corazón y le anima a comer del fruto codiciable del árbol de la ciencia del bien y del mal. Y Adán come junto con ella.

De repente se rompe la armonía. La armonía entre Dios y hombre y entre el hombre y su mujer. El hombre y la mujer sienten vergüenza ante Dios; se hacen delantales de hojas de higuera. Y cuando el Señor viene y les llama ante su tribunal, se traicionan mutuamente y descargan la culpa en el otro.

Entonces viene el juicio, que también decidirá sobre la descendencia de Adán. La serpiente es maldita, la tierra es maldita por culpa del hombre. La posición del hombre y de la mujer en la vida se ve dificultada sobremanera. Su existencia se va a parecer a un círculo: polvo eres y al polvo volverás.

Pero sin embargo, no todo es oscuro. El hombre no ha sido maldito. Una luz sigue brillando. Porque se oye la primera promesa: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón” (*Gn. 3:15*).

Con razón se ha visto en este anuncio una profecía de la venida del Mesías. Pero esta profecía dice algo más. Dos simientes, dos pueblos, dos grupos están enfrentados. Por un lado los que siguen a la serpiente, los hijos de Satanás. Pero por otro lado la simiente de la mujer, los hijos de la promesa, la iglesia o comunidad. En Apocalipsis 12 podemos leer sobre una visión que desarrolla esta idea con más detalle.

El hombre va a ser expulsado lejos del árbol de la vida por los guardianes del trono de Dios, los querubines; no porque tenía que ser infeliz eternamente, sino porque ya no le correspondían esos frutos que garantizaban la vida. Pese a todo juicio, la luz sigue brillando: la mujer de Adán puede ser llamada madre de todos los vivientes, Eva. La promesa echa su luz también sobre la humanidad caída. La Historia de los cielos y la tierra está en manos del Dios del Pacto. Fijémonos que a partir de *Génesis 2: 4* no aparece como antes solo el nombre de Dios (*Elohim*), sino además el nombre específico de *Yahvé*, el Dios poderoso del éxodo de Egipto. Israel veía en lo que ocurrió después de la creación, la obra de su Dios libertador. Acordémonos bien de ello. ¡Podríamos decir que aquí actúa el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!

Sí, tengamos esto en mente, ¡cómo brilla la gracia y cómo nos ilumina desde estos primeros capítulos! Y esto salta aún más a la vista cuando lo comparemos con otras ‘historias de la creación’ y con la teoría de la evolución. De Babilonia se conoce un mito en el que se relata cómo el dios principal de Babel, Mardoc (Merodac, *Is. 39:1*) mantiene una dura lucha con el monstruo del caos Tiamat, lo derrota, y forma de su cuerpo el universo. En ese mito no se habla de una creación en el sentido propio de la palabra, sino de una formación del mundo a partir de material disponible. Allí no está la Palabra creadora del único Dios. Actúan muchos dioses, y los poderes benignos y malignos parecen estar enfrentados desde el principio, con igual fuerza. Mardoc mismo descende del primitivo Tiamat. En realidad se trata de una evolución, un desarrollo del mundo por las fuerzas de ese mundo. Tampoco se habla de una creación verdadera. Es un dios nacional que vence a las potestades del invierno, cada año de nuevo, y hay muchos dioses en torno a él. No se habla de una caída en el pecado; y el ‘bien’ es en realidad familia del caos, del mal.

Así resulta que el relato original bíblico es irreconocible. No queda ni rastro de una promesa (*Gn. 3:15*), porque la ‘Creación’ es vista como la derrota de un dragón y se pierde la revelación sobre la Creación como un acto de poder del Dios todopoderoso y único, no es de

extrañar que no haya lugar para una lucha y una victoria de Cristo, la simiente de la mujer, sobre el dragón, Satanás y sus fuerzas. El que no quiere hablar de una primera creación verdadera por medio de la Palabra de Dios, sino que quiere pensar que todo se desarrolla a partir de una célula primitiva, una fuerza del caos, o un huevo cósmico, impide la visión de la revelación de una re-creación de Dios, de nuevos cielos y una nueva tierra, gracias a la salvación de Cristo.

Frente a todos los mitos, antiguos o modernos, la Escritura se aferra a:

la creación,

la caída y el pecado; y también

la salvación.

Esto se muestra claramente en lo que sigue.

En la primera familia nacen niños: Caín y Abel (¿son gemelos?). Como una ofrenda de Abel es aceptada y la de Caín no, Caín mata a su hermano por celos. Por vez primera se derrama sangre en la tierra (*adamá*) de la que ha sido formado el hombre. Y esa sangre clama al cielo; seguirá clamando, a lo largo de toda la Historia (cf. *Job 16:18; Sal. 9:12; Mt. 23:35; He. 12:24; Ap. 6:10; 16:5-7*). Clamará por un juicio, hasta que la Voz de la sangre de Jesús clamará más fuerte aún, que traerá el juicio final, pero que también habla de completo perdón y redención.

Caín recibió como castigo una maldición. Pero también en esta ocasión hubo una suavización. Dios le dio una señal para asegurarle que no le iban a matar por venganza. De Caín nació una generación de gente que llegó muy lejos culturalmente. Leemos de una 'ciudad', del descubrimiento de la forja, de la música, del principio de la vida nómada. Pero también leemos de la jactancia y fanfarronada de Lamec, que canta una oda a la venganza (*Gn. 4:23-24*).

A la vez se menciona que en sustitución a Abel nació Set, que a su vez tuvo también un hijo: Enós (que significa hombre, mortal).

Es significativo que justo después de esto se nos informa que entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre del Señor. No es que antes no adoraran a Dios. Pero a causa de los nuevos principios volvieron a tener esperanza, una perspectiva mesiánica. Invocaron a *Yahvé*, el Dios del Pacto.

Se distinguen dos frentes, dos comunidades, la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, iglesia fiel e iglesia apóstata. Aquí no se nos da una historia tribal, sino la Historia de la salvación. Las promesas de Dios se cumplen en el curso de la Historia.

### **Las generaciones (*toledot*) de Adán (5:1 - 6:8)**

La historia de las generaciones de Adán nos remite a una larga genealogía. A nosotros, los occidentales, eso no nos suele gustar demasiado. A lo mejor ni siquiera sabemos cómo se llamaba nuestro bisabuelo. Pero para los pueblos primitivos las cosas son diferentes; ellos enseñan a sus hijos desde muy pequeños a recitar los nombres de los antepasados de corrido. Para ellos, una genealogía es una canción. Algo similar vemos también en Israel; la Biblia está llena de ‘árboles genealógicos’. Pero al mismo tiempo esa genealogía en la Escritura no es una glorificación de los grandes antepasados, sino una descripción del camino que el Señor hizo andar a su iglesia o comunidad; el camino de la salvación, se entiende.

Por lo tanto, fijémonos en el hecho de que esta primera genealogía ya no menciona a la tribu de Caín. Solamente se nombra a los descendientes de Set. De entre los nombres llama la atención el de Enoc, que caminó con Dios y Él se lo llevó (cf. *He. 11:5; Jud. 14-15*). Lamec profetizó sobre Noé, su hijo, que este traería consuelo (probablemente el nombre de Noé tiene relación con la palabra descanso), en vista del duro trabajo de cultivar la tierra (*Gn. 5:29*). Y así este registro nos lleva a Noé; el deseo de un ‘consolador’ se hizo oír en un mundo que gemía bajo la maldición del paraíso.

A la vez era un mundo que estaba madurando para el juicio.

La veneración de la fuerza y la sensualidad obraron un relajamiento en la forma de vivir. Los ‘hijos de Dios’ (¿reyes?) tomaron mujeres cuantas querían, según su gusto, siguiendo el ejemplo de Lamec (*4:19; 6:2*). Se desarrolló una generación de gigantes; ¡una mejora de la raza! Pero al mismo tiempo se acercó el juicio. Parecía que la iglesia casi había desaparecido de la tierra. Dios fijó el tiempo para el hombre en ciento y veinte años, como un aplazamiento de la ejecución. Pero la iglesia y el mundo se habían fundido en una cultura gigantesca y a la vez demoníaca. Dios se dolió de haber hecho el hombre. Solo Noé halló gracia en sus ojos.

Así termina esta historia de las generaciones.

Dios tiene que proteger al hombre contra el hombre.

Aunque el linaje de Set produce creyentes, todavía no hay un padre de los creyentes, no hay un pacto especial con una generación. El linaje de Set clama por esa alianza. Y el primer mundo clama por otro mundo.

### **Las generaciones (*toledot*) de Noé (6:9 - 9:29)**

Después de 120 años de plazo para reflexionar, el mundo resultó ser aún más corrompido.

Entonces Dios trajo el gran Diluvio. Pero a Noé le enseñó el camino de salvación. Tenía que construir un arca, un barco enorme con forma de caja. Si calculamos que el codo medía medio metro, llegamos a 150 metros de largo, 25 metros de ancho y 15 metros de alto; un contenido total de 60.000 metros cúbicos. Tenía que dividirla en tres plantas. Aparte de Noé y su familia el barco gigante tenía que albergar a siete pares de los animales puros y un par de los impuros. Un tragaluz y provisiones hacían la vida en el arca posible.

Después de entrar en el arca, se desata el temporal, el cual por un lado causa la muerte de todos los seres vivos en la tierra, pero por otro lado produce una masa de agua que levanta al arca y la saca a flote. Luego para de llover y el arca encalla finalmente en los montes de Ararat (en Armenia).

Cuando al dejar salir a unas aves, quedó claro que la tierra era habitable de nuevo, llegó el momento de salir del arca por orden de Dios. Y lo primero que hizo Noé fue construir un altar y hacer el sacrificio de animales más grande que el mundo nunca había visto, una ofrenda universal. Durante todo el año anterior tuvo guardado en el arca el material de ofrenda, los animales puros. Entonces Noé ofreció en nombre de toda la creación un sacrificio para aplacar la ira del Señor. Y el Señor aceptó aquel sacrificio, que le era de grato olor. De esta manera Noé ‘compensó’ verdaderamente por la maldición de la tierra. Porque el Señor iba a establecer su pacto con Noé. Nunca más iba a descargar semejante diluvio; en adelante las estaciones se sucederían sin interrupciones. El mundo iba a ser una plataforma de trabajo para formar la iglesia. Y en el fondo, detrás del sacrificio de Noé tenemos que ver el sacrificio de Jesucristo. Por Él existe el mundo todavía, y por su reinado que avanza. El Calvario está unido al curso de la Historia, al cambio de las estaciones, al equilibrio del universo. La segunda venida de Cristo pondrá fin al esquema de este mundo (2 P. 2:5; 3:6-7). ¡No lo olvidemos!

Por eso se puede repetir la bendición de la creación (*Gn. 9:1 ss.*). El hombre recibe el dominio sobre los animales. Solo se le prohíbe beber su sangre para evitar prácticas paganas. Ya que la sangre es considerada como el origen de la fuerza. Además el derramamiento de

sangre humana es rechazado con mucho énfasis. Porque el hombre fue creado a imagen de Dios.

La señal del Pacto que se estableció entonces con Noé, su descendencia y todos los seres vivos, sería el arco iris. Dios se acordará de su Pacto eterno... No lo olvidemos nunca cuando veamos ese arco. Y pensemos en el sacrificio de Noé, que trajo el descanso.

En este contexto queremos echar un vistazo a otras historias del Diluvio. Hay muchas en el mundo. Pero la de Babilonia muestra rasgos que nos recuerdan la historia bíblica. El Noé de Babilonia, Utnapistim (que significa 'él encontró la vida'), construye un barco, con el que se protege a sí mismo, a su familia y a los animales; también deja volar pájaros (paloma, golondrina, cuervo), encalla en un monte y prepara un sacrificio al salir del barco. Pero todo está situado en el contexto de una historia de dioses; la verdad es detenida con injusticia. En siete días Utnapistim terminó su barco y la lluvia cayó durante una semana solamente. La causa del diluvio es sobre todo una decisión irreflexiva, impuesta por Enlil, del concilio de dioses; y el dios Ea va a Utnapistim a darle la información. Antes de entrar en el barco los ciudadanos son invitados a un banquete. Este 'Noé' babilónico no es en absoluto un predicador de justicia. Y después de salir del barco ofrece un sacrificio, pero... los dioses acuden como moscas a ello, la diosa principal Ishtar (Astarot) agita el matamoscas... Luego Enlil, el dios principal y causa de todo el desastre, le concede a Utnapistim y a su mujer la condición de dioses. Aquí desaparece por completo la idea de pecado y de juicio, el Noé babilónico se convierte en un *Übermensch* (superhombre), y los dioses riñen por el hecho del diluvio. No se habla de que se establezca un pacto. Utnapistim resulta ser la gran excepción que encontró la vida.

Pero, ¿qué diferente presenta la Escritura a Noé!

Porque Noé no fue trasladado con los que habitan el cielo. El diluvio no era el juicio final, y por eso todo sigue de la misma manera que siempre. Noé vuelve a labrar la tierra y planta una viña. Los efectos de beber vino originan una crisis en su casa. En Cam se revela un mismo espíritu perverso que más adelante se verá presente en los descendientes de su hijo Canaán. ¿No tenía que extinguir Israel más tarde a los cananeos, porque su impiedad había llegado al colmo? Y ¿no se expresaba su pecado en excesos sexuales, en el culto a Baal y Astarot (Ishtar)?

En un sentido profético, Noé había visto algo del futuro cuando se despertó de su borrachera. Y advertimos que de nuevo vemos aquí el brillo de la promesa mesiánica, ya que es sobre todo Sem quien recibe la bendición: una indicación de que el Mesías vendría de ese hijo de Noé. También Jafet recibe una bendición, mientras Canaán, uno de los hijos de Cam,

es maldito. Tiene que ser el siervo de sus hermanos. El porvenir proyecta ya sus sombras. Israel podía leer aquí que el Señor dispuso todo según su plan para la iglesia. De Sem nacería luego una nación aparte, que engendraría al Mesías y de esa manera sería bendición para todos los pueblos, incluso para el maldito pueblo de Canaán (cf. *Mt. 15:21-28*).

Ha habido personas que opinaban que todos los descendientes de Cam, y en particular los negros, seguían estando bajo la maldición de Noé incluso después de Pentecostés. El predicador Isaac Da Costa, en su atrevido ensayo titulado *Bezwaren tegen den Geest der Eeuw* (Objeciones contra el Espíritu de nuestro Tiempo, 1823) dice que el hombre negro, por el orden establecido por Dios, está sometido al hombre blanco, el cual en carne y en espíritu está en un nivel mucho más elevado. Aparte de que el librito de Da Costa ya por sí muestra que lo sublime de la civilización occidental es criticable, hay que destacar que no todos los descendientes de Cam han sido malditos, sino solamente Canaán. Y esta maldición se cumplió en la historia de Israel. A partir del día de Pentecostés ninguna discriminación de ningún pueblo es admisible. “Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia.” (*Hch. 10:34-35*). En este mundo en el que desde la perspectiva etnológica ‘Sem’, ‘Cam’ y ‘Jafet’ están mezclados, suena el Evangelio de Cristo: Aquel que reinará para siempre viene a traer consolación a los pueblos.

### **Las generaciones (*toledot*) de los hijos de Noé (10:1 – 11:9)**

En adelante, la revelación del Señor se va a limitar al círculo de la descendencia de Abraham, pero antes de que se despidan de los pueblos, estos aparecen una vez más en la escena. Israel no es la causa de que los pueblos caigan en el olvido. Es que se produce un estrechamiento en la historia de la salvación. Y esto es necesario para la continuidad de la iglesia o comunidad en el mundo. Esa historia tiene que quedar contenida dentro de los límites de un pueblo en particular para así evitar la destrucción del Pacto. Pero cuando el Mesías venga, se extenderá otra vez a todos los pueblos.

---

comunidad de todos los pueblos... período desde Adán hasta Abram.

comunidad de la descendencia de Abraham... período desde Abram hasta Pentecostés.

comunidad de todos los pueblos... período después de Pentecostés.

---

Así que, cuando leemos el árbol genealógico de los pueblos, no se trata aquí solo de un ¡adiós!, sino también de un ¡hasta luego! Israel es colocado en medio de los pueblos para ser

algún día una luz para los pueblos. El Diluvio destruyó a todos los descendientes de Caín. Todos los pueblos existentes ahora descienden de Set y Noé, y por tanto han nacido en la familia de la comunidad de Dios. Esta genealogía, que presta poca atención a pueblos no muy conocidos como el de Jafet, y mucha atención a los descendientes de Sem y Cam, contiene un mensaje claro: ya que la humanidad es de una sangre, Israel no ha de extrañarse cuando luego es llamado a ser bendición para las naciones.

La división de los pueblos después de la construcción de la torre de Babel era necesaria en cuanto al plan de Dios para Israel. El pueblo de Dios estaría rodeado por enemigos en el futuro, pero estos a su vez estarían divididos también entre sí. La dispersión sobre la tierra creó una situación de equilibrio que frenaría la propagación del pecado. La situación de antes del Diluvio no volvería. También hoy, en este tiempo de internacionalización, las diferencias entre razas y culturas obstaculizan la centralización. Y a través de ello se da en parte el alto al avance del poder del pecado. En la variedad de los pueblos podemos ver hoy una muestra del favor de Dios para con su iglesia. Se impide la formación de una superpotencia aplastante; la iglesia no tiene que enfrentarse a un único enemigo, sino a muchos enemigos.

### **Las generaciones (*toledot*) de Sem (11:10-26)**

Otra vez una serie de nombres, de los cuales muchos han sido mencionados en el capítulo anterior.

Sí, pero la estructura de este listado es diferente. Porque en el anterior se trataba de los pueblos, con Israel como centro invisible, y aquí todo converge en el patriarca de ese único pueblo que el Señor iba a incluir en su Pacto. *Génesis 10* muestra un ‘mapa de los pueblos’: el amplio territorio que iba a ser el terreno de trabajo del Mesías. Pero *Génesis 11* dibuja cómo el Hijo de Dios se abre un camino a través de las generaciones para llegar hasta el nacimiento y Pentecostés. Aquí vemos la línea santa que nos transmite la revelación de Dios, a partir de Sem.

Ciertamente, también en aquella generación se produjo una deformación. Josué dice en su discurso de despedida que sus antepasados en Mesopotamia sirvieron a los ídolos (*Jos. 24:2,14-15*). Pero la gran longevidad (existe la posibilidad de que la genealogía haya omitido nombres y que se extienda sobre un período más largo de lo que uno podría pensar, ya que no se da una cronología completa) ayudaban a preservar la tradición. La reforma en la familia de Taré podría tener su origen en historia conocida, en hechos de Dios que no habían sido olvidados todavía.

### **Las generaciones (*toledot*) de Taré (11:27 – 25:11)**

El cauce ancho se hace más estrecho. Las generaciones del cielo y de la tierra y de todos los pueblos convergen en las de Taré. Su pequeña familia, y en particular su hijo Abram, que no tenía hijos, están en el foco de interés a partir de ahora.

La historia de Taré empieza con un éxodo. El viaje va desde Ur, una ciudad altamente civilizada, pero también profundamente pagana, hasta Harán, donde muere Taré. Pero la gran migración continuará.

Porque Abram recibe el llamamiento de dejar su parentela y de dirigirse a la tierra que Yahvé le mostrará. Además él, que no tiene hijos, recibe una promesa: de él saldrá una gran nación, y en él serán benditas todas las familias de la tierra.

¡Benditas! ¡Las generaciones de la tierra maldita!

Aquí se ve la línea de las promesas de Dios claramente trazada.

Primero nos ha sido presentada la miseria, que ha venido sobre la tierra por causa del pecado de Adán. Espinos y cardos. La tierra se empapó de sangre. Un gran diluvio tenía que arrastrar toda la violencia. De la iglesia o sociedad surgió un lamento por el duro trabajo en la tierra que el Señor maldijo (5:9).

Pero después del holocausto que Noé ofreció, Dios dijo: “No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre” (8:21). Y a través de la promesa a Sem, se puede proclamar ahora la bendición a Abram. Y los pueblos de la tierra no quedan abandonados: “Bendeciré a los que te bendijeren... Serán benditas en ti todas las familias de la tierra”.

Así vemos salir a Abram, con esas tremendas promesas mesiánicas que le garantizan “sangre y tierra”, para ir a la tierra de Canaán. Abram, sin tierra y sin hijo. Un nómada, tolerado como extranjero en el profundamente pervertido Canaán, donde cada lugar de acampada era también un lugar de culto a Baal y Astarot. Sangre y tierra - la idolatría cananea las divinizaba. Por algo es que *Génesis 12:6* dice que el cananeo estaba entonces en la tierra. Abram tuvo que soportar duras pruebas en aquel entorno opuesto a Dios.

Por eso se le apareció el Señor cuando plantó sus tiendas cerca de Siquem, la ciudad más importante de Canaán. Tenía que aprender a esperar todo de Yahvé. Allí recibió la promesa: “A tu descendencia daré esta tierra.” Y Abram respondió a esta promesa con un “amén”, porque en aquel lugar, el centro de culto de la religión cananea a Baal Berit, construyó un altar al Señor que solamente por el camino de la obediencia de la fe da el fruto de la descendencia y la tierra (12:7).

En lo que sigue hay que recordar que la promesa de Dios es el tema dominante. Dios, en su gracia, guarda un resto, un remanente en medio del mundo apóstata. Este remanente, la iglesia o comunidad, la nueva humanidad, tendrá un futuro y una herencia. Pero no se conseguirá por medio de los esfuerzos humanos; ninguna ‘carne’ tendrá razón de gloriarse. Por medio de la maravillosa y libre soberanía de Dios, en contra de los pensamientos y métodos de los hombres, se cumplirá la promesa de Dios.

Los patriarcas tienen que aprender a aferrarse por la fe a estas promesas invisibles.

Por eso hay que leer lo siguiente como una historia de esta promesa. El libro de Génesis no es una colección de biografías de héroes de la fe. Al contrario, vemos muchos pecados en las tiendas de Abraham, Isaac y Jacob. La Biblia, lo notaremos una y otra vez, no encubre nada, menciona las cosas por su nombre. Sin embargo, también pasa cosas por alto; no relata nada acerca de muchas cosas que despiertan nuestra curiosidad. Porque, repito, no tenemos aquí un montón de novelas, de historias con un significado moral, sino que encontramos la crónica del comienzo de la iglesia o comunidad de Dios, el curso del favor de Dios para con su pueblo, el acercamiento al futuro mesiánico según la promesa del Señor.

Tengamos esto en mente cuando sigamos leyendo, y apliquémoslo también a los otros libros de la Biblia. De esta forma evitaremos decepciones y no tendremos que preguntarnos por qué esto está en la Biblia y aquello no. Porque así estudiamos con reverencia la Historia del Pacto de Dios y de la salvación de Dios. Y tenemos que saber que el Señor es el mismo hoy, ayer y para siempre. Él es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de los vivos. Y en su Historia de salvación quiere implicarnos a nosotros también.

Su Historia de salvación...

Cuando continuamos leyendo en *Génesis*, vemos que Abram cambia temporalmente la tierra de la promesa por Egipto, a causa de una hambruna. El delta del Nilo era un granero y Abram, como extranjero transeúnte no podía beneficiarse de la cosecha de un cultivo propio. Para no poner en peligro su propia vida, Abram recurre a una estratagema. Sarai tiene que callar el hecho de que es su esposa, porque existe la posibilidad de que la incluyan en el harén del faraón. Y aquí destaca otra vez la gracia soberana de Dios, cuando Abram quiere poner a salvo su prometida paternidad.

Es gracias a la intervención del Señor, que Abram y su mujer podrán volver sanos y salvos a Canaán. Se muestra claramente que cuando la promesa se cumple, esto no viene del hombre, sino del Dios que elige. Sola gracia (12:10-20). Seguro que Abram reconoció esto en su adoración ante aquel altar hecho tiempo atrás cerca de Betel (13:4).

Hasta entonces Lot había acompañado a Abram. Pero tenía que producirse una separación puesto que Abram era el depositario de la promesa. A raíz de una disputa entre los pastores, Abram propone a Lot a elegir otro territorio. Este eligió entonces la llanura del Jordán, cerca de Sodoma y Gomorra. El paisaje recordaba al Paraíso; sin embargo, la población perversa hacía un gran contraste con ella (13:10,13). Así que Abram se quedó en la zona montañosa y árida; pero... ¡él tenía la promesa! (13:14-17). Y pronto quedó claro, que Lot sólo se podía librar de los problemas que tenía con la gente entre la que vivía con la ayuda militar de Abram (*cap. 14*). En aquella ocasión Abram se encontró con el rey y sacerdote Melquisedec de (Jeru)Salem, que le bendijo y a quien dio el diezmo del botín que obtuvo de sus enemigos. La carta a los Hebreos habla mucho de Melquisedec, pues Abram, el antepasado de Leví, la tribu israelita de los sacerdotes, reconoció entonces el ministerio del real sacerdocio que era mayor que el sacerdocio que empezaría con Leví más adelante. El gran Hijo de Abram, Jesucristo, también sería más que un sacerdote levítico: rey y sacerdote según el orden de Melquisedec (ver *Sal. 110:4*, y *He. 4:14 - 5: 10*).

Aunque Abram era en aquellos días un hombre importante con quien había que contar, sin embargo era un extranjero, un huésped. Y además sin hijos.

Por eso el Señor venía a animarle repitiendo las promesas. Sí, Él iba a establecer un pacto con él, como prueba de que la herencia era segura y que vendría el heredero: un hijo carnal.

Ya con Noé leímos acerca de un pacto, y vimos que se estableció después del gran sacrificio de Noé. Pues bien, el pacto con Abram también tenía que ser confirmado por medio de un sacrificio. El patriarca mató animales de diferentes tipos para el sacrificio, y puso los trozos unos enfrente de otros, y luego esperó. Ahuyentó a los buitres. Mientras tanto, se puso el sol, Abram se durmió y una oscuridad profunda y angustiosa cayó sobre él como una pesadilla. Un poco más tarde vio un horno humeante y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos. Simbólicamente todo era una predicción del futuro. Eso lo aclararon las palabras del Señor. El Señor le daría descendientes. Estos serían oprimidos durante largo tiempo en tierra ajena (buitres, oscuridad, o sea bajo la opresión egipcia). Pero la cuarta generación desandaría el camino, heredaría Canaán y destruiría a los corrompidos amorreos (horno humeante = nube y columna de fuego, éxodo de Egipto, Sinaí). La buena voluntad del Señor iba a realizar contra todo pronóstico la promesa del pacto (*cap. 15*; cf. *Jer. 34:18*).

Abram iba a ser padre entonces.

Esa promesa impulsó a Sarai a dar su sierva egipcia Agar, según era la costumbre, a Abram, para que tuviera un hijo de ella. De las excavaciones arqueológicas se ha podido concluir que el hijo eventual de la esclava era considerado como un hijo verdadero de la señora, según las leyes de la época. Y efectivamente, Agar tuvo un niño: Ismael. Sin embargo, esto no ocurrió sin causar antes un conflicto entre Agar y Sarai. A causa de las humillaciones por parte de su ama, ella huyó, pero el ángel del Señor la obligó a volver y le dio también una promesa: su hijo sería rebelde como el burro salvaje, pero de él saldría una nación. Leemos aquí por primera vez acerca del ángel del Señor; se trata de un mensajero que representa al Señor, y habla y actúa en su nombre; se le ha llamado a veces el siervo de Yahvé. Sabiendo que los descendientes de Ismael son los árabes, que dieron origen al Islam, nos llama la atención aquí el cuidado especial que muestra el Señor para con el padre de este pueblo. Dios ha querido que los ismaelitas nacieran de la tienda de Abram.

Pero sin embargo, Ismael no era la simiente prometida. El camino de Abram para llegar a la realización de la promesa por medio de él, no tenía salida. Ese camino era un camino inventado, un camino según la carne. Abram tenía que empezar a creer que Dios era un Dios de vivos, un Dios de Pascua, que vivifica a los muertos. Él podía dar vida a la matriz estéril de Sarai (cf. *Ro. 4:16 ss.*). Y para que Abram diga amén a esta promesa, vemos cómo el Señor reafirma su alianza con él y le cambia el nombre por Ab-raham, porque será padre de muchas gentes. También cambia el nombre de Sarai por Sara, y promete que va a ser madre de naciones, reyes de pueblos vendrán de ella. La señal de este Pacto iba a ser de ahora en adelante la circuncisión.

Aquella señal tenía que hacerse a niños de ocho días. Consistía en quitar una parte del prepucio (el pliegue de la piel que hay alrededor del glande) del pene, así que era una incisión alrededor (circuncisión) del órgano genital. Al pueblo que saldría de Abraham le sería recordada la relación entre la procreación y el Pacto del Señor. Hay otros pueblos que también practican la circuncisión: en Egipto se circuncidaba a los reyes y sacerdotes; entre los pueblos africanos la circuncisión muchas veces forma parte de los ritos de la pubertad, de la incorporación al grupo de los hombres adultos y los guerreros. Pero para los hijos de Abraham la circuncisión tendría otro significado que para los paganos. Sellaría las promesas de Dios a la descendencia y la promesa de una tierra, el futuro mesiánico y la fidelidad inamovible de Yahvé. La circuncisión, efectuada en un órgano tan vital, les enseñaría a no decir nunca: ¡Nosotros hemos formado un pueblo! Aquí también escribió la mano de Dios: ¡por gracia sola!; y: ¡circuncida tu corazón!

Es difícil vivir por la gracia. Por eso el Señor anunció una vez más el Evangelio a Abraham y su mujer. El patriarca vivía entonces cerca de Hebrón en el encinar de Mamre, un lugar donde Abraham había construido un altar. Le visitaron tres hombres, a quienes recibió con mucha hospitalidad. Uno de ellos era Yahvé mismo, que ante la risa incrédula de Sara (18:12-15; cf. 17:17) anuncia de nuevo el nacimiento de un hijo.

El Señor iba a revelar también otra cosa. La región donde vivía Lot, iba a ser destruida a causa de la gravedad del pecado de sus moradores. Cuando Abraham lo oye, empieza a abogar de una forma conmovedora por la salvación de Sodoma. Y el Señor le promete no destruirla si hubiera diez justos en ella. Pero cuando a continuación los dos ángeles se dirigen a la ciudad, se mostró hasta qué punto la maldad lo había corrompido todo. La palabra ‘sodomía’ recuerda todavía hoy a las relaciones perversas entre hombres, que se practicaban en Sodoma (cf. Ro. 1:24-27). La salvación de los habitantes de Sodoma por Abraham y sus aliados no fue aprovechada en absoluto para reformar la vida de aquellos. Sodoma no podía producir ni siquiera diez justos. Los ángeles tuvieron que evacuar a la familia de Lot (cap. 19). La mujer de Lot se paró en el camino y miró atrás (cf. Lc. 17:28, 29, 32). “Acordaos de la mujer de Lot”, dijo Cristo. Su juicio no se puede desviar, de repente cae sobre nosotros. Por la descripción que recibimos de la familia de Lot (19: 8,14, 31-38) es evidente que les fue difícil mantenerse libres del ‘espíritu’ de Sodoma. Por un incesto le nacieron a Lot Moab y Amón, patriarcas de pueblos vecinos de Israel, que muchas veces causaron problemas. Y, sin embargo, Rut era moabita, antepasada de David y del Señor Jesús. Siempre vemos brillar de nuevo la gracia; hasta que vuelva Jesús hay oportunidad para escapar del espíritu de Sodoma.

En la revelación de Dios, Sodoma aparece con colores muy oscuros (Is. 1:10; 3:9; 13:19; Jer. 49:18; 50:40; Ez. 16:48 ss.; Am. 4:11; Sof. 2: 9; Dt. 32:32; Lm. 4:6; Ro. 9:29; 2 P. 2:6; Jud. 7; Ap. 11:8). Hay que señalar que en los textos mencionados no sólo Moab y Amón se ven confrontados con un juicio semejante al de Sodoma, sino también la propia descendencia de Abraham, la iglesia o comunidad. No hay ninguna razón para enaltecerse diciendo: somos simiente de Abraham. El Pacto tiene siempre un carácter condicional. Abraham, como padre de los creyentes, tenía la obligación de mandar a sus hijos y a su casa que obedecieran el camino del Señor, haciendo justicia y juicio, para que el Señor hiciera venir sobre Abraham lo que habló acerca de él (Ge. 18:19). ‘Sodoma’ y el juicio posterior sobre los habitantes de Canaán siempre acompañarán las promesas del Pacto: si no os volvéis al Señor, pereceréis de la misma manera.

Después de que en el capítulo 20 se muestra cómo Abraham cae otra vez en el viejo pecado de decir una media verdad, durante su estancia obligada en la tierra de los filisteos, el

capítulo 21 anuncia el nacimiento de Isaac (que significa: *se ríe*), un nacimiento milagroso según la promesa. Así Abraham se convirtió en padre y recibió una descendencia. Por la fe (*Ro. 4*).

Así pues, Abraham se convirtió en padre de un hijo nacido según la carne (*Gá. 4:29*), Ismael, y de un hijo de la promesa, Isaac. El trazado del futuro mesiánico pasaría por el segundo (*Ge. 17:19*). Si Ismael reconocía esa buena voluntad, tendría un futuro. Al crecer Isaac, se hace evidente que Ismael no tenía la menor intención de someterse a la disposición de Dios. Por eso el Señor manda echar a la sierva Agar y a su hijo (*Ge.21:8 ss.*). Ismael se convertiría en una gran nación y la mano protectora del Señor estaría con él en el árido desierto (*Ge. 21:15 ss.*). Pero al mismo tiempo, Ismael sigue siendo un punto de referencia en la Historia de la iglesia. Pablo lo compara con la sinagoga judía de su tiempo, la Jerusalén actual, que vive con sus hijos en la esclavitud (de querer ser salvos por las obras de la Ley). Y contraponen a esto la iglesia o comunidad, la Jerusalén celestial, que es libre y engendra hijos según el Espíritu (*Gá. 4:21-31*). “Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa”, esto quiere decir: nacidos por el poder de la promesa de Dios.

Esta promesa es más poderosa que la muerte.

Abraham es llamado a creer esto cuando el Señor le manda sacrificar a su hijo Isaac. Y piensa “que Dios es poderoso para levantarlo aun de entre los muertos” (*He. 11:18*). Y Abraham le volvió a recibir de entre los muertos: una prefiguración de la resurrección de Cristo. De nuevo vivía por la fe en la resurrección (cf. *Ro. 4:16-22*).

Por eso su fe le fue contada por justicia. Era evidente que su fe podía resistir la prueba, ¡actuó junto con sus obras y se perfeccionó por las obras (*Stg. 2:22*)! Abraham ya podía convertirse en el padre de los creyentes.

Cuando el ángel del Señor impidió a Abraham sacrificar a su hijo Isaac, al mismo tiempo le hizo ver una ofrenda sustitutiva: una oveja perdida, un carnero trabado entre los arbustos. Lo sacrificó en lugar de su hijo. El Señor se había provisto de un cordero para el holocausto (*Ge. 22: 13, 18*). La providencia de Dios no es sin propósito. Está ligada a la salvación por el Cordero, que nos redimió y que está en pie en medio del trono (*Ap. 5*). “En el monte del Señor será provisto”, sería más tarde un dicho (*Ge. 22:14*). El monte del sacrificio sustitutivo de Abraham era Moriah, donde más tarde se iba a erigir el templo (*2 Cr. 3:1*). Recordemos esto: Dios provee – ¡pero siempre a través del Mediador del Pacto, el Cordero, que reina desde Sión!

Cuando murió Sara, Abraham mostró una vez más que su fe se aferraba a las promesas de Dios, que son más poderosas que la muerte. Aunque en cierto sentido era un extranjero sin

derechos, fue a comprar un sepulcro a los gobernantes hititas de Hebrón. No quería usar el sepulcro de otra persona. El sepulcro de Macpela, que sería el lugar de descanso de los patriarcas, era la primera heredad en posesión en Canaán. Una tumba... garantía de la promesa de la vida (*cap. 23*).

Para que continuara el linaje santo, Isaac tenía que casarse. La gran tentación era conseguir por medio de un matrimonio una posición con arraigo entre los habitantes, lo cual pondría fin a la extranjería. Pero esto implicaría seguramente una ‘cananeización’ de la simiente de la promesa. Por eso Abraham hizo traer una mujer para su hijo desde la tierra de su parentela, lejos en el noreste. Rebeca, la hermana de Labán, de quien oiremos también más adelante, estaba muy dispuesta a ir. Así que Abraham podía morir, lleno de años y satisfecho de la vida. El linaje santo de unos extranjeros iba a continuar bajo condición de la gracia de Dios. Y las promesas, más fuertes que la muerte, brillaban.

### **Las generaciones (*toledot*) de Ismael (25:12- 18)**

Se prometió a Ismael que habitaría cerca de sus hermanos (*Ge. 16:12*). Este *toledot* muestra que el Señor cumplió sus palabras. Por ‘hermanos’ no hay que pensar solamente en los hijos de Isaac, sino también en los hijos que tuvo Abraham con Cetura, que fueron enviados por el patriarca hacia el oriente (*Ge. 25: 1 ss.*). Ismael, su nombre significa ‘Dios oye’. Dios cumplió lo que le había jurado. Doce príncipes engendró Ismael, tal como el Señor había prometido a Abraham (*17:20*).

Hay que señalar que la descendencia de Ismael no llegó a construir ciudades. Serían siempre nómadas, viviendo en tiendas. Juan Calvino comenta: “A todo esto es notable, que por el gobierno de Dios, Ismael, aunque vivía cerca de sus hermanos, fue retenido en su territorio, por lo que no se mezclaba con ellos, sino que vivía delante de ellos o frente a ellos.” Esta separación tiene lugar para que el remanente pueda seguir existiendo y algún día tomar posesión de la herencia. Las doce tribus de Israel, que se formaron más tarde que las doce tribus de Ismael y que vivían igual que aquellas en tiendas, iban a entrar luego en la herencia reservada para ellas, las tierras y las ciudades. Y a partir de este pasaje Génesis calla sobre el pueblo de Ismael, que pronto llegó a su destino. Toda la atención se concentra en la iglesia o comunidad de Dios; y la pregunta empieza a hacerse insistente: ¿cómo conseguirá la herencia?

Lo que sigue arroja más luz sobre la realización de la promesa del Pacto de Dios.

### **Las generaciones (*toledot*) de Isaac (25:1 – 35:29)**

Desde los cuarenta hasta los sesenta años, Isaac tuvo que esperar la bendición de tener hijos. Experimentó los mismos sufrimientos que Abraham. Parecía que no fuera solamente cosa de una familia, sino que la iglesia o comunidad misma estuviera en vía muerta. De esta forma el Señor quería enseñar que el futuro de su iglesia no dependía de los esfuerzos humanos, sino de su gracia soberana.

Esa soberanía del Señor es el tema principal en las historias siguientes. Ya en el momento en que el Señor acepta las oraciones de Isaac y Rebeca se queda embarazada, le revela el futuro:

“Dos naciones hay en tu seno,  
Y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas;  
El un pueblo será más fuerte que el otro pueblo,  
Y el mayor servirá al menor.” (25:23)

El nombre del mayor, Esaú, está relacionado con una palabra que significa ‘marrón rojizo’. El niño tenía un aspecto sano y era completamente velludo. Al crecer eligió la caza como profesión, y evitó así el tradicional habitar en tiendas. Se convirtió en el patriarca del pueblo de Edom, que vivía en las montañas.

El nombre de Jacob tiene dos explicaciones posibles. Se puede relacionar con la palabra ‘engañar’. Esaú hace más tarde alusión a ello (*Ge. 27:36; Os. 12:3*). No obstante, Isaac pensó en el otro significado de la palabra ‘Jacob’: afanarse por algo, ser ambicioso. ¿Acaso no le pisaba los talones a Esaú cuando nació?

Por eso no hay que dar enseguida un significado negativo al nombre de Jacob. Aunque recibió el nombre honorífico ‘Israel’ (príncipe de Dios), el nombre de Jacob se sigue utilizando después (*Ge.32:28, 29*).

En *Isaías*, al pueblo de Dios se le llama tanto ‘Jacob’ como ‘Israel’ (p. ej. *Is. 44:21, 23; 48:12*; cf. *Sal. 147:19,20*). Como pueblo, Jacob es el siervo de Yahvé (*Is. 48:20*) y Yahvé es el Dios de Jacob (*Sal. 146:5*), el Santo de Israel (*Is. 1:4*) y el Santo de Jacob (*Is. 29:23*).

No tenemos que figurarnos a Jacob como alguien enfermizo que sale poco de casa; en *Ge. 29:10* y *32:24-25* se ve que poseía una fuerza física considerable. En su profesión sin embargo, eligió conscientemente vivir en la comunidad del culto a Dios, mientras persiguió por todos los medios el recibir la bendición patriarcal del primogénito. En cuanto tuvo la oportunidad, compró la primogenitura de Esaú que no tenía ningún interés en ella. Jacob

quería conseguir con su propia astucia la promesa de Dios a Rebeca: el mayor servirá al menor...

Mientras tanto, leemos en el capítulo 26 que también Isaac vivió temporalmente como extranjero en la tierra de los filisteos, durante una hambruna. El Señor le prohibió ir a Egipto y le hizo la misma bendición que a Abraham; una bendición que, más tarde, después de muchos acontecimientos, repitió otra vez (*Ge. 26:2 ss., 24*), y entonces Isaac construyó un altar cerca de Beerseba.

Tenía Esaú cuarenta años cuando reveló su deseo de terminar con su extranjería: se casó con dos mujeres hititas, y así se hermanó con los habitantes de aquel lugar, causando gran dolor a sus padres. Sin embargo, Isaac siguió teniendo una especial predilección por él (*Ge. 25:28*), y por eso le quería dar la bendición del primogénito. Esaú, aunque había perdido su derecho, accedió de buena gana. Pero había un decreto del Señor. Y Rebeca, que siempre había preferido a Jacob, intentó conseguir esta bendición para su hijo con artimañas. Efectivamente lograron engañar a Isaac de tal manera que bendijo a su astuto hijo Jacob, y le llamó señor sobre sus hermanos. Y aunque Esaú, con lágrimas, quiso obtener aquella bendición, no lo consiguió. Lo único que Isaac le podía prometer era que en el futuro se aligeraría el yugo que Jacob le iba a imponer. Lo que él mismo había escogido, esto lo iba a heredar su descendencia: sin primogenitura, lejos de la herencia paterna y viviendo por la espada.

En medio de todos esos planes humanos que se cruzaban se revela aquí el favor de Dios: “el mayor servirá al menor”.

Pero no debemos pensar que para Jacob comienza ahora automáticamente una época dorada y brillante. La herencia de Abraham se consigue solamente por el camino de la fe. Jacob tiene que pasar primero por un profundo valle de purificación. El que recibió la bendición del heredero, tiene que volver por el camino para salvar su vida. El plan asesino de Esaú empuja a Rebeca a pedir el permiso de Isaac para enviar a Jacob a la casa de su hermano, con el cometido de casarse con una de sus hijas (y no con una de las hijas de los cananeos).

Y allí va el ‘bendito’. Le acompaña una bendición renovada de Isaac (*Ge. 28:1- 4*). El hecho de que Jacob recibiera otra bendición al marcharse, estimuló a Esaú y ‘rectificó’ al tomar, también él, una mujer de entre la familia: una hija de Ismael. Pero difícilmente podemos hablar aquí de una verdadera conversión; pues Ismael se había salido de la senda de la iglesia o comunidad de Dios.

Y ¿cómo le iba a Jacob?

En lo que sigue no encontramos su biografía. No preguntes: ¿Qué pasó con ese Jacob caminante? Más bien di: ¿Cómo iba el Señor a edificar su iglesia o comunidad a partir de él, según la promesa?

Y lo primero que entonces destaca es: la misericordia del Dios que elige. Cuando Jacob descansa en Betel, el Señor le revela que también quiere ser el Dios de Jacob. A su tiempo le volverá a traer a esta tierra y multiplicará su descendencia. ¡Jacob es partícipe inmerecido de la bendición mesiánica! “Porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho.”

Jacob tuvo una visión de una escalera por la que subían y descendían ángeles (o sea, mensajeros) de Dios. ‘Cielo’ y ‘tierra’ unidos, como ha llegado a ser una realidad completa por medio de Cristo (*Jn. 1:51*). Toda la creación está pendiente del cumplimiento de las promesas de Dios a Abraham, Isaac y Jacob. “No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo.” Betel (que significa casa de Dios), así llamó Jacob este lugar. Si leemos la historia posterior, vemos que este nombre aparece con frecuencia. La piedra que Jacob untó con aceite, fue reemplazada en los días del rey Jeroboam por un santuario que competía con el templo de Jerusalén y que estaba dedicado al culto del becerro de oro. La casa de Dios, Bet-el, se convirtió en Bet-avén, casa del desastre, de la mentira (*Os. 4:15; Am. 5:5*).

Para citar otra vez a *Oseas* en relación con la continuación del relato:

“Pero Jacob huyó a tierra de Aram,  
Israel sirvió para adquirir mujer,  
Y para adquirir mujer fue pastor.” (*Os. 12:12*)

La continuación trata efectivamente de la simiente de la iglesia o comunidad, de la descendencia. Jacob se enamora a primera vista de Raquel y ofrece su trabajo como dote. Pero, ¡cómo es engañado aquí el engañador! A aquel que tanto anhelaba ser el primogénito, Labán le da una novia substitutiva en la persona de su hija primogénita Lea, aunque luego Jacob recibe también a Raquel por mujer después de la semana de bodas, y por la que tenía que servir otros siete años (*29:28*). Como consecuencia se desata una gran competición entre las mujeres de Jacob.

Lo que sigue, no ofrece en absoluto una historia agradable. Los celos y la pasión envenenan las tiendas de Jacob. Pero no olvidemos que por un lado se trata de la simiente, la descendencia, mientras que por otro lado se impone el favor de Yahvé. Porque el Señor muestra aquí una vez más que no es la preferencia humana la que hace de alguien una madre

de la iglesia o comunidad. Lea, que no era la amada por excelencia, es madre muchas veces, mientras la querida Raquel sigue siendo estéril, por lo que recurre a una esclava para obtener una descendencia legítima (¡comparad con Agar!), ejemplo que Lea sigue más tarde. Solo después de mucho tiempo, las oraciones de Raquel son escuchadas y nace José. Está claro que el ‘derecho’ de Raquel no era decisivo aquí. La despreciada Lea va antes que ella y Judá, el hijo de Lea, recibirá luego la promesa mesiánica. “Lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte,... a fin de que nadie se jacte en su presencia.” (1 Co. 1:27, 29). ¡Una y otra vez: sola gracia! Los comienzos del pueblo de Israel proclaman ya la gracia que se completaría en Cristo. Génesis sigue llamando todavía a los judíos a dejar de apoyarse en derechos o descendencia, y a inclinarse ante el favor ‘tropezadero’, revelado en la locura de la Palabra de la cruz.

En su relación con Labán, Jacob sigue siendo el mismo listillo que antes. Aparenta ser humilde, pero entretanto logra enriquecerse gracias a una serie de trucos (*cap. 30*). Esto desemboca finalmente en una huida que Jacob emprende con la colaboración de sus esposas. Un sueño juega en ello cierto papel, pero no sabemos hasta qué punto Jacob da aquí un fiel reflejo. En todo caso, es cierto que el Señor le manda marcharse (*31:3*). Al final llega a un arreglo con Labán y hacen un pacto.

Pero entonces tiene miedo a un encuentro con Esaú.

Jacob, con todo lo que tiene, entra en crisis, porque su hermano le viene a recibir. Y entonces, ese gran Jacob se vuelve muy pequeño. Empieza a orar al Dios del Pacto y apela a las promesas hechas: “Líbrame ahora de la mano de mi hermano...; tu has dicho: Yo te haré bien, y tu descendencia será como la arena del mar, que no se puede contar por la multitud” (*32:11-12*).

Después de mandarle un regalo a Esaú y dividir a los suyos en dos grupos, se quedó solo atrás a orillas del Jaboc. Y allí luchó con un hombre, a quien no soltó hasta que éste le bendijo y le cambió su nombre por el de Israel, que ya hablaba de un afán por ser el primero, luchador de Dios. Durante mucho tiempo Jacob quiso conseguir la bendición con armas carnales; ahora ha aprendido a luchar con armas espirituales. El ángel del Señor, con quien luchó, le hirió además en la cadera: un Jacob debilitado iba a heredar las promesas. Peniel, rostro de Dios, así llamó Jacob a este lugar, porque vio a Dios cara a cara, y siguió con vida.

“Y con su poder venció al ángel.

Venció al ángel y prevaleció;

Lloró, y le rogó” (*Os 12:3-4*).

Gracia... El Señor ha quebrado a Jacob, para que por el camino de prescindir de la ayuda de la carne, por el camino de la fe, llegara a ser el heredero legítimo.

No pensemos sin embargo, que después de Peniel la casa de Jacob estaba limpia de todos los pecados. Después de que se hubo reconciliado con Esaú, no se dirigió a Betel para cumplir su promesa, sino que se estableció cerca de Siquem. Compró tierra allí y erigió un altar. Pero mientras, su familia experimentó la influencia perniciosa de la ciudad. Su hija Dina fue deshonrada por el hijo del jerarca de aquella tierra y de ahí surgió la propuesta de emparentarse con ellos, para que así la posición de forastero ya no se aplicara a la familia de Jacob. Los hijos de Jacob aceptaron esta propuesta engañosamente, y pusieron como condición la circuncisión. Acto seguido, Simeón y Leví se aprovecharon de la debilidad causada por el dolor y la fiebre para matar a los hombres de Siquem, saquear la ciudad y vengarse por Dina (*cap. 34*).

Este suceso fue la causa de que el Señor mandó a Jacob a irse a Betel y construir allí un altar.

Jacob entendió que no podía ir allí sin prepararse. Haría falta ‘una mortificación del viejo hombre’. En sus tiendas había amuletos e ídolos (cf. *31: 34 ss.*). Jacob los reunió y los tiró, y también hizo que todos se pusieran ropa limpia, pues iba a tener lugar un encuentro solemne con el Dios que le había contestado en el día de su angustia, y que estaba con él en sus viajes (*35: 1 ss.*). Al llegar a Betel, Jacob recibe una nueva revelación, una garantía para la herencia y los herederos; sí, recibió la seguridad de que de él saldrían reyes.

De Betel a Betel fue un largo camino. Pero ahora se puede concluir el *toledot* de Isaac. Porque de él trataban también los capítulos que describieron la vida de Jacob. Nos fue mostrado cómo el Señor cumplió sus promesas a Isaac. El anciano patriarca, que tuvo que esperar veinte años hasta tener hijos, pudo vivir la vuelta de Jacob y saber que le habían nacido doce hijos (*35: 27, 22*). Entonces, satisfecho de la vida, podía morir en Hebrón, donde también Abraham había vivido como extranjero. Y allí en la cueva de Macpela le enterraron sus dos hijos, Esaú, mencionado el primero, y Jacob. El Señor había cumplido sus promesas.

### **Las generaciones (*toledot*) de Esaú (*36:1 – 37:1*)**

A primera vista este capítulo puede parecernos algo aburrido. ¿Qué hace esta porción en la Biblia?

Bien, no nos precipitemos en llegar a conclusiones. Es perfectamente lógico que se dedique atención aquí a Esaú. Pues, ¿acaso no era el hijo primogénito de Isaac? Además, a

menudo Esaú/Edom iba a desempeñar un papel bastante oscuro en la historia de Israel. La familia de los Herodes descendía de Edom. Los Edomitas se alegraron de la primera destrucción de Jerusalén, y en la rebelión contra los romanos contribuyeron a aumentar la confusión en Jerusalén. La figura de Esaú continúa siendo un enigma: “¿No era Esaú hermano de Jacob? dice el Señor. Y amé a Jacob, y a Esaú aborrecí” (*Mal. 1:2-3*; cf. *Ro. 9:13*). Lo que está en juego es la elección de Dios, que decide el destino de las naciones.

Y esa es la razón por lo que esta porción es importante.

Vemos que, según el consejo de Dios, Esaú deja Canaán, la tierra de la herencia; pero al mismo tiempo vemos que actúa por su propia voluntad. Esaú se marcha de la tierra de la extranjería (*36:7*). Luego se casa con mujeres cananeas, emparenta con la población indígena, y también se casa con una hija de Ismael. Sigue así el camino de Canaán y Egipto (cf. *Lv. 18:3*). Esaú se aparta de la tierra de la promesa y elige para sí una tierra para vivir de forma permanente. Del listado genealógico queda claro que sus descendientes se mezclaron completamente con los horeos de Seir. Esto significaba también que cada vez más se iban olvidando del Dios del Pacto, y que la práctica de la circuncisión quedó en desuso.

Por otro lado hay que señalar que el Señor cumplió su Palabra también para con Esaú. Llegó a ser una gran nación. Sí, este pueblo tuvo antes que Israel una tierra propia y un gobierno propio de reyes. Y nos podemos imaginar cómo el florecimiento tanto de Esaú/Edom como el de Ismael fue una prueba para Israel (*36: 31*; cf. *1 S. 8:5*). Esaú ya tenía reyes y tierra en propiedad (*36:43*) cuando Israel todavía vagaba por el desierto.

Sin embargo, si Dios cumplía sus promesas con respecto a Esaú, ¿cuánto más lo haría con Jacob! Aunque no se cumplieron enseguida, no había razón para desesperar. “Los idumeos empiezan ahora a reinar los primeros, y la situación de Israel parece ser la peor. Mas el tiempo ha enseñado finalmente que es mucho mejor echar profundas raíces, arrastrándose por la tierra, que por un corto momento tener una grandeza equivocada, que desaparece enseguida.” “Porque fuera del reino de Dios no hay ningún estado de larga duración, y por eso, la gloria que le es concedida es corruptible, y cuando, para así decirlo, sube el telón, todo ese esplendor desaparece” (Calvino). absorber la iglesia o comunidad. Pero Dios gobierna todo para bien. En su soberanía se sirve del atentado a un hermano y de una hambruna para guardar y multiplicar su iglesia o comunidad. Dios ha encaminado el mal a bien para mantener en vida a mucho pueblo (*50:20*). Y al final les espera la tierra de la promesa: “Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob” (*50:24*).

No se trata pues de una novela interesante sobre José: ‘De Esclavo a Rey’, sino de la gracia de Dios contrapuesta al pecado en la iglesia o comunidad.

La complejidad de la familia de Jacob no ayudaba precisamente a tener buenas relaciones entre ellos. Jacob extendió su amor a Raquel también a José, y le regaló una túnica de gala. José se aprovechó de su posición de confidente para delatar las cosas malas que hacían sus hermanos. También les contó sus sueños, en los cuales él mismo aparecía como un señor. Todo esto le hizo odioso ante sus hermanos, que decidieron matarle. Rubén, el mayor, intentó salvarle echándole a un pozo con la idea de sacarle más tarde. A propuesta de Judá sin embargo, fue malvendido a unos mercaderes que llevaron al ‘soñador’ a Egipto donde lo vendieron a un funcionario del faraón, el capitán de la guardia (*cap. 37*). A Jacob le es mandada la túnica de su amado hijo.

Antes de relatar qué le sucede a continuación a José, siguen algunos detalles acerca de Judá y de su descendencia. Ya que también en esto encontramos una descripción de las generaciones de Jacob. Precisamente la tribu de Judá ganará en gloria al nacer de ella algún día el Mesías. No obstante, que nadie piense que la tribu de Judá debe su nobleza a la actuación del patriarca. Aquí vemos de nuevo la elección de Dios, que se realiza a pesar del pecado de los hombres. Vemos que Judá se aparta de sus hermanos, y se mezcla con los cananeos por medio de su matrimonio y el de su hijo. El espíritu de Canaán empieza a prevalecer en su familia, un espíritu que distorsiona la vida sexual. La Biblia habla de ello muy abiertamente. Si esta vida es un don de Dios, hay que mencionar el pecado que hay en ella. Finalmente llega hasta tal punto, que Judá no desposa a su nuera Tamar (que significa palmera) con su ya crecido hijo Sela, según manda la tradición, a pesar de que ella no había tenido hijos en los anteriores matrimonios con sus otros dos hijos. Entonces Tamar, de una manera cananea, logra seducir a Judá y concibe gemelos. Judá tiene que reconocer que ella era más justa que él. Este elogio de la actuación de Tamar nos puede extrañar. Pero tenemos que considerar que en su acto se reveló un deseo de tener descendencia, una simiente, un intento de alcanzar la promesa. Con énfasis se menciona a Tamar en la genealogía de Jesucristo en *Mateo 1*.

La actuación de Judá es fuertemente contrastada con la actitud de José en casa de Potifar, la cual le lleva a la cárcel. La vida de José pasa por altos y bajos (*cap. 40*). Debido a su capacidad de interpretar los sueños, un día es introducido al faraón, que encuentra problemas en la interpretación de sus sueños reales. José, sacado de la cárcel, los puede explicar con la ayuda de Dios; además da buenos consejos en relación con una hambruna que se avecina. El faraón le eleva al rango de virrey (*cap. 42*). (2)

La hambruna que llegó, lleva a los hermanos de José a Egipto a comprar trigo. En trazos vivos nos es dibujado un ambiente exótico y a veces algo misterioso. La sombra del hermano perdido vuelve de repente: un hermano no aparece (42:13). Los visitantes se comportan torpemente en el palacio; no pueden ocultar su confusión. José retiene a Simeón y les obliga a traer la próxima vez con ellos también a Benjamín (este era muy joven cuando José fue vendido). Cuando finalmente, obligados por la necesidad, tienen que volver (ya que siendo extranjeros no podían esperar ninguna ayuda por parte de los Cananeos), José les pone a prueba arrestando a Benjamín (44:11-13). ¿Entregarán a otro hijo de Raquel?

Pero de la boca de Judá, quien había tomado la iniciativa de vender a José, escuchamos ahora una confesión de culpa (44:16). En casa ante su padre, Judá se había hecho ya fiador de su hermano (43:9; 44:32). Y ahora, ante José, mantiene su compromiso: “te ruego, por tanto, que quede ahora tu siervo en lugar del joven por siervo de mi señor, y que el joven vaya con sus hermanos” (44:33).

Cuando José ve el arrepentimiento de los actos pasados, se da a conocer. Como el hambre continúa, invita a toda la familia a ir a Egipto (*cap. 45*). Y así vemos al anciano Jacob preparándose para el viaje. En Beerseba, donde Abraham en su día construyó un altar y donde también ofreció sacrificios Isaac, él hace sacrificios. Otra vez se le aparece el Señor (¡y ahora en los límites de Canaán!). Él recibe la promesa segura de que Yahvé le acompañará y le volverá a llevar (por su descendencia) a la tierra de la promesa (46:1-4). En la tierra de Gosén es donde van a asentarse los setenta, bien provistos gracias a las medidas tomadas por José (*caps. 46-47*).

Este asentamiento en Egipto había llegado a ser necesario para la subsistencia de Israel. La historia de la familia de Judá y lo ocurrido en Siquem mostró claramente que a la larga ‘la simiente santa’ no resistiría a la tentación cananea del culto a la ‘sangre y la tierra’, a Baal y Astarot. Repito de nuevo, no se trata de ofrecer un relato a tenor de: ‘Yo era un pastorcillo y un esclavo y ahora soy el ministro de Alimentación’. Aquí se retrata a Yahvé que protege a su pueblo y que cumple sus juramentos.

Por eso *Génesis* termina con bendiciones proféticas que determinan el futuro. Primero bendice Jacob a los dos hijos de José, los cuales acepta como hijos propios (48:5; Rubén y Simeón eran sus hijos mayores). Jacob empieza con recordar la promesa que recibió en Betel, y también recuerda la muerte de Raquel en Belén/Efrata (48:3-7; cf. 35:16-20). Curiosamente la ley de la elección se hace evidente en las bendiciones de los dos hijos de José: el más joven Efraín recibe la bendición del primogénito (48:13-20). La fe de Jacob se muestra muy fuerte aquí cuando formula la bendición patriarcal:

“El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham e Isaac,  
 el Dios que me mantiene desde que yo soy hasta este día,  
 el Ángel que me liberta de todo mal,  
 bendiga a estos jóvenes;  
 y sea perpetuado en ellos mi nombre,  
 y el nombre de mis padres Abraham e Isaac,  
 y multiplíquense en gran manera en medio de la tierra” (48:15-16).

¡En medio de la tierra! Jacob no dudó de ello. “Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón” (*He. 11:21*)

Al dirigirse con sus últimas palabras a todos sus hijos, no le abandonó esta fe profética.

Aquí también tenemos que estar atentos a la elección soberana de Dios. Porque no era Rubén quien fue bendecido como primogénito, ni tampoco Simeón o Leví recibieron la bendición del primogénito. Sino que era Judá, en absoluto alguien sin mancha, quien escuchó: “Judá, te alabarán tus hermanos”. El más importante no iba a ser Rubén, que había pecado al dormir con la concubina de su padre (35:22). Ni tampoco Simeón o Leví, que se excedieron en la matanza y el saqueo de Siquem (*cap. 34*). Judá recibió la promesa del rey. El cetro no le sería quitado hasta que viniera Siloh, para tomar el poder sobre el mundo definitivamente. La traducción de Siloh no está clara: ¿Descanso, Paz, Aquel que tiene derecho, Señor? De cualquier forma, con ello es señalado el Mesías. Él sería el León de Judá (*Ap. 5:5*). En la sinagoga actual podemos encontrar aún el motivo del león; pero en Cristo esta promesa se realizó. Él trae la gloria paradisíaca profetizada por Jacob (49:11-12; *Ap. 19:13, 15*). Él iba a traer también la salvación mesiánica para todo el pueblo, que esperaba Jacob (49:18).

En las palabras sobre las demás tribus fue dibujado como en un solo trazo el futuro destino de aquellas tribus. Zabulón llegó a vivir efectivamente en el norte, al lado del mar, y de Dan descendió el juez Sansón (49:13, 16, 17). El territorio de José en lo que era más tarde Samaria sería muy fértil (49:22 *ss.*). Fijémonos que también se hacen comparaciones con animales y plantas. Solamente de manera comparativa se puede pensar aquí en animales totémicos. Dios, por medio de la creación, habla de su favor para con las tribus. Y las bendiciones ‘naturales’ no se deben contraponer a las bendiciones ‘espirituales’. Los dones de Dios son uno; no se debe separar naturaleza y gracia.

Después de sus profundas palabras Jacob dio orden de que tenía que ser enterrado en la antigua tumba de Macpela. Y esto es lo que sucedió después de su muerte. Al final de *Génesis*, la mirada está puesta en Canaán. También José, a quien sus hermanos le piden perdón otra vez, ordena que lleven su sarcófago más adelante, en el éxodo que vendrá, a la tierra prometida. “No tengáis miedo,... Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob” (50:21, 24). Dios es fiel a su Palabra.

“Es simplemente incomprendible que todavía se siga considerando la doctrina de la salvación cristiana como una guía para transitar por esta vida difícil.” Así habló Goebbels, que curiosamente también se llamaba José (Joseph). Las generaciones de Génesis nos han mostrado cómo el Dios del Pacto y de la elección, precisamente por medio de la doctrina de un futuro mesiánico, sostuvo a su iglesia o comunidad en medio de esta vida difícil. “Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (He. 11:13, 16). El Dios de *Génesis* será el Dios de la entrada al nuevo Paraíso y la nueva Jerusalén. Bienaventurado aquél cuyo Ayudador en esta vida es el Dios de Jacob.

(1) *Dagboek van Joseph Goebbels*, (Diario de Joseph Goebbels) traducido al neerlandés y adaptado por C. van Rij, Ámsterdam, 1948, pág. 319

(2) Normalmente, en Egipto el rey era bastante generoso al regalar diferentes títulos a una persona. También José, a sus treinta años, después de su ascenso, participa de ese honor. Aparte del nombre Zafnat-panea (en el cual se esconde en todo caso la palabra egipcia *ankh* =vida) parece que recibió también los siguientes títulos:

- guardián del sello real (*Gn. 41:42*)
- padre del faraón (*45: 8*)
- señor de toda la casa (palacio) del faraón (*41:40; 45 8*)
- gobernador sobre toda la tierra de (Bajo y Alto) Egipto (*41:41; 45:8*). Este título no implica necesariamente que José era el único virrey de Egipto. El título ‘visir’ se concedió a varias personas de alto rango. José era uno de ellos con un cometido especial:
- administrador de los graneros del faraón (*41:34, 40, 43, 56; 42:6, etc.*). Podríamos decir: apoderado del faraón, su ministro, en relación con la provisión de alimentos.

Las excavaciones han sacado a la luz que los notables egipcios a menudo recibieron muchos títulos del faraón, sea para subrayar el favor concedido, o sea para subrayar su propia responsabilidad. Véase el *Journal of Semitic Studies V* (Revista de Estudios Semíticos V) (1960), pág. 144-150. Los títulos que ostentaba José eran comunes, según se desprende de las excavaciones. Que la casa real no mostrara una actitud negativa respecto a José y más tarde a su familia, está relacionado probablemente con el hecho de que en esa época Egipto estaba gobernado por una dinastía de origen asiático. Después cambió, cuando vino otra dinastía, que no conocía a José (*Ex. 1:8*).

## ÉXODO

### **Libro de la primera liberación del pueblo del Pacto, Israel**

Ahora vamos a dedicar nuestra atención al segundo libro de la Biblia, *Éxodo*. Por supuesto nos centraremos en los grandes rasgos. La idea es que sigamos viendo la totalidad a pesar de los detalles, y que seamos consolados y fortalecidos como hijos del nuevo Pacto al leer este libro. A veces se ha señalado que *Éxodo 12-24* fue usado por la antigua iglesia o comunidad cristiana como enseñanza fundamental. Durante los primeros siglos de la iglesia o

comunidad primitiva, *Éxodo* 12 era el texto por excelencia sobre el que se predicaba en el día de la Pascua. En todo caso, es un hecho que hay multitud de enlaces entre *Éxodo* y el Nuevo Testamento.

*Éxodo* significa partida, salida. Ahora bien, no es casualidad que Moisés y Elías, en el monte de la transfiguración, hablaron con Cristo acerca de su ‘partida en Jerusalén’ (*Lc. 9:31*). En la salida de Egipto la sangre del cordero de Pascua tuvo un papel muy importante. Se instituyó la Pascua para mantener viva en Israel la memoria de la gran liberación de la casa de servidumbre. Y ¿qué es lo que dice ahora el Nuevo Testamento?

Esto, que Cristo es el Cordero Pascual definitivo, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (*Jn. 1:29, 36*). “Nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (*1 Co. 5:7*). Cristo murió precisamente en la fiesta de la Pascua, e igual que con el cordero de la Pascua, no le rompieron ningún hueso. Somos rescatados, no con oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (*1 P. 1:18, 19*).

Se puede señalar más. *Éxodo* relata el establecimiento del Pacto, al pie del monte Sinaí, el cual se hizo con sangre. “He aquí la sangre del pacto”, dijo Moisés (*Éx. 24:8*). Si recordamos bien la institución de la Santa Cena, entendemos enseguida que Cristo, en la institución de la Cena, se refiere a esa primera celebración del Pacto. Él levantó la copa, y dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada” (*Mt. 26:28*). Conscientemente, Cristo ha sacado su programa de trabajo de la historia del antiguo pueblo. Y las epístolas del Nuevo Testamento (p. ej. *Hebreos*) nos aseguran una y otra vez que Cristo ha consumado la antigua Historia de salvación. Con su sangre ha confirmado el nuevo Pacto.

Parémonos un momento a pensar: lo que leemos, pues en *Éxodo* es la liberación provisional del pueblo de Dios, de la iglesia o comunidad. A la luz de la revelación posterior, tenemos que añadir siempre en nuestra mente: en Cristo todo esto se consumó, lo que estoy leyendo trata de la salvación de la iglesia o comunidad, entonces... y ahora. Los judíos suelen usar todavía en la celebración de la Pascua esta alabanza: “Alabado eres, Rey del universo, que libraste de Egipto a nosotros y a nuestros padres.” Nos libraste,... Vemos que los judíos entienden muy bien que la liberación de Egipto también tiene que ver con ellos mismos.

Y porque el antiguo Israel continua en la iglesia o comunidad de hoy, el nuevo Israel, por eso podemos decir con toda naturalidad: “yo era esclavo en la tierra de Egipto, pero el Señor me ha sacado con mano poderosa”.

Cuando leemos el libro de *Apocalipsis*, encontramos allí a primera vista muchas cosas extrañas. Pero conociendo *Éxodo*, enseguida nos llamará la atención una cosa: que

*Apocalipsis* vuelve una y otra vez a *Éxodo*. El Cordero, Jesucristo, está en el centro. La mujer, la iglesia o comunidad, es sustentada en el desierto, igual que Israel esos cuarenta años en el desierto inhóspito. A orillas del mar de cristal la iglesia o comunidad canta el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero (*Ap. 15:3*); y nos acordamos de la canción que cantaron Moisés y los hijos de Israel a orillas del Mar Rojo, en el que se ahogaron Faraón y su caballería. Y luego sigue con el muy castigado faraón: las plagas descritas en *Apocalipsis* recuerdan muchísimo a las de Egipto. Podemos comparar lo que dicen *Apocalipsis* 8, 9 y 16 con el relato de las diez plagas en *Éxodo*.

Antes de entrar en el texto de *Éxodo* propiamente, señalo la relación que tiene este libro con el Nuevo Testamento para hacer ver que nosotros mismos estamos implicados en el éxodo. No se trata de historias de un pueblo que nos es ajeno, que nos puedan interesar más o menos. Por ejemplo, la historia del Tíbet nos puede entretener durante un rato quizás, cuando la leemos. Pero no nos afecta. En cierto sentido lo mismo ocurre con la historia de nuestro propio país. Lo que hicieron todos aquellos antiguos antepasados realmente no nos interesa demasiado. Pero con la historia bíblica tiene que ser completamente distinto. Ya lo vimos en *Génesis*: la historia de la creación (*toledot*) del cielo y de la tierra es la historia de nuestro cielo y nuestra tierra. Y los orígenes de Adán forman la historia de nuestro antepasado; y estamos implicados con él en un vínculo muy estrecho. Lo mismo vale por el éxodo de Israel y el Pacto de Yahvé con su pueblo. Se trata de nuestra salvación de la casa de servidumbre y de nuestro Pacto con el Señor.

### **Envió a su siervo Moisés (*Sal. 105:26*)**

Primero leemos sobre la situación difícil de los Israelitas en Egipto. Siendo una minoría, aquellas personas ‘desplazadas’ fueron duramente oprimidas. Pero el Señor levantó un salvador: Moisés.

Si hay una cosa que queda claro en *Éxodo*, es esto: que toda salvación viene del Señor. Una vez tras otra se encuentran en callejones sin salida. Y una vez tras otra el Señor abre nuevos caminos.

Fijémonos en Moisés. Su vida pendía de un hilo. Y aunque sus padres urdieron un plan astuto para salvar su vida, fue el Señor quien hizo que aquel ardid tuviera éxito. Podemos leer en el capítulo 2 acerca de Moisés en la canastilla de juncos. Y cuando Moisés fue llevado al palacio y enseñado en la sabiduría de los egipcios, el Señor lo utilizó para capacitarle para su futura misión. Pero esa misión llegó en la hora que Dios había fijado. Ya que, cuando

Moisés mismo intentó actuar como salvador (2:11 ss.), falló en su intento y tuvo que huir; su propia gente desconfió de él.

Así llega a Madián, y vive con el sacerdote Jetro. Se queda allí durante cuarenta años, como pastor de ovejas en el desierto: también esto es una preparación para su ministerio posterior. Y cuando un día apacienta las ovejas cerca del Horeb, en la punta meridional de la península del Sinaí, se le aparece el Señor en una zarza ardiendo. El Señor le recuerda la vieja promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob (3:6, 15; cf. 6:2-7). El Señor descendió para redimir a Israel, librarlo de la mano del opresor egipcio y llevarlo a Canaán. Y Moisés tiene que ser el medio para sacar al pueblo de Israel.

Pero ¿qué es lo sorprendente ahora? Moisés hace todo lo posible por zafarse de su misión. Viene con objeciones y preguntas. Para mayor claridad las enumero:

1. “¿Quién soy yo?” Es decir: ¿Cómo puedo llevar a cabo tal cometido?

Respuesta del Señor: Estaré contigo, y te doy esta señal: después de sacar al pueblo me adorarás en este monte.

2. “¿Quién eres tú?” ¿Cómo es tu nombre, tu ser?

Respuesta: YO SOY EL QUE SOY. Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros. Es a esta declaración por parte de Dios que corresponde el nombre con el cual el pueblo le puede llamar: JHWH, Yahvé (también escrito como Yahvé), que significa: ÉL ES. Con ello no se refiere a su existencia eterna, sino a su estar con Israel, a su presencia para bendición o castigo. Este nombre viene a decir que Él es fiel; Él no cambia y mantiene sus promesas a los patriarcas. Moisés tiene que anunciar su misión a los ancianos de Israel y al faraón.

3. “No me creerán.”

Respuesta: Moisés recibe la autoridad para hacer señales (4:1-9).

4. “No sé hablar.”

Respuesta: Yo estaré con tu boca; ¿no soy Yo quien te ha dado el habla?

5. “¡Ay, Señor! Envía a otra persona.”

Respuesta: Aarón, tu hermano, será a ti en lugar de boca.

Ya vemos que Israel no tiene en absoluto el derecho de hacer de Moisés una especie de superhombre que sacó al pueblo gracias a su fuerza mental. Porque la Biblia, que es honrada, no nos muestra el lado más fuerte de Moisés. Él se atreve a inventar, delante del Señor, todos los pretextos posibles. A pesar suyo Moisés se convierte en el liberador. Toda jactancia (en lo que hacen los hombres) queda excluida, escribirá Pablo más tarde.

Y ¿el pueblo? Moisés ya temía que no iban a escucharle (4:1). Y pronto, cuando Moisés y Aarón hacen un intento de liberación, se hace evidente que el pueblo no posee en absoluto el don de la perseverancia (*cap. 5*). Moisés y Aarón piden al faraón permiso para que Israel celebre en el desierto una fiesta para Yahvé. Ni siquiera hablan de una liberación completa de Israel. Pero esto ya es motivo para que el faraón aumente la carga del pueblo. Faraón es como el Herodes del Antiguo Testamento; él representa la descendencia de la serpiente que quiere matar a la descendencia de la mujer. Pero, como falla el intento de liberación, los capataces israelitas les reprochan a Moisés y Aarón que no han hecho otra cosa que darle una espada en la mano al faraón para que les mate. El profeta Moisés no es respetado en su tierra, por lo visto. Esto le ha pasado a todos los profetas. Su propio pueblo los echaba fuera. Lo veremos más adelante con Jeremías; y sabemos que lo mismo pasó con Cristo. No, Israel no tiene derecho a sacar pecho y decir: ¡Nosotros mismos nos hemos librado de Egipto! Una y otra vez, también más tarde en la historia, se rebelaba contra el liderazgo de Moisés. El pueblo ha conjugado el verbo murmurar en todos los tiempos posibles. Ya antes de llegar al Mar Rojo empiezan a quejarse: “¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?” (14:11). Y durante toda esa larga travesía por el desierto siguen quejándose. Se pueden buscar muchos ejemplos más de ello. No, el Señor sacó a su pueblo; y actuó por su amor soberano en esto, aunque el pueblo no lo mereció. “No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón..., sino para confirmar la palabra que el Señor juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob” (Dt. 9:5).

Otra vez: toda jactancia queda excluida.

Antes de continuar viendo a grandes rasgos la Historia de salvación descrita en *Éxodo*, quiero que prestemos atención a la revelación que se relata en el capítulo 6. Ahí hay algunas expresiones que a lo mejor no se entienden tan fácilmente. El Señor se revela de nuevo a Moisés, que acaba de sufrir un fracaso con el faraón. Se presenta con el nombre YAHVÉ, (Yahvé), y añade: “aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente (en hebreo: *El Shaddai*), mas con mi nombre YAHVÉ no me di a conocer a ellos”. Cuando lees esto, enseguida piensas: ¿cómo es esto? *Génesis* 4:26 ya menciona que en los días de Set los hombres invocaron el nombre de Yahvé; y leemos en *Génesis* 12:8 que Abraham lo hizo. ¿Era el nombre desconocido en tiempos anteriores? No, pero cuando aquí pone ‘nombre’, esto significa nada menos que la revelación de su Ser. La palabra ‘Yahvé’ le era conocida a Moisés; su madre se llamaba Jocabed, un nombre compuesto con Yah(vé). La palabra era conocida. Pero ahora el Señor revelaría que Él era Yahvé, el que es fiel e inmutable. Comparemos esto con la palabra de Cristo en la oración sacerdotal, que era también una

oración de un rey y profeta: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste” (*Jn. 17:6*). Aquí también el nombre no es solamente la palabra ‘Padre’, sino lo que contiene, lo que el Padre hace y da.

En esta parte vemos otra vez lo que ya constatábamos antes: Moisés tiene objeciones, “es torpe de labios” (*6:12, 30*). Y cuando Moisés anuncia a los israelitas el mensaje de la salida de Egipto y la entrada en Canaán, ellos no le escuchan, ya que estaban embotados y abatidos a causa del trabajo forzado (*6:9*). Pero el Señor continúa animándolos. Moisés tiene que seguir actuando e ir a hablar con el faraón. El corazón del faraón será endurecido, pero el Señor castigará a Egipto con grandes señales y plagas para que Israel pueda salir.

### **Y pasaré de vosotros...**

Primero hace Aarón una señal preparatoria en el palacio: la vara que se convirtió en una serpiente y que devoró a las varas de los hechiceros que también se habían convertido en serpientes. ¡Realmente era una señal muy propia del ambiente egipcio, en el cual las serpientes tienen un papel importante!

Pero cuando esta señal no tiene el efecto deseado, vienen las diez plagas que afectan a todo el pueblo egipcio.

Se puede constatar una escalada en estas plagas. Las dos primeras pudieron ser imitadas por los hechiceros egipcios. Pero las siguientes ya no (*8:18, 19*). Yahvé se muestra más fuerte que los dioses de Egipto. Las plagas en su totalidad tienen que ser consideradas como un juicio contra aquellos dioses (*Éx. 12:12; Nm. 33:4*).

Vemos que el Señor endurece cada vez más las plagas. Pero el faraón también se endurece más. Una y otra vez Moisés tiene que orar pidiendo que cese la plaga. Algunas veces el faraón admite que está equivocado. Bajo ciertas condiciones está dispuesto a dejar marchar al pueblo. Pero cuando la plaga ha cesado, se retracta de su palabra. El hecho de que los israelitas no sufrieran algunas de estas plagas, no le dice nada tampoco. Su corazón se endurece y el Señor endurece su corazón.

Finalmente viene la última plaga. En *Éxodo 4:22-23* el Señor había dicho a Moisés que tenía que hablar así al faraón: “Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva, mas no has querido dejarlo ir; he aquí yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito.” A la luz de esta palabra tenemos que ver ahora la décima plaga. El faraón atenta contra el hijo de Dios, Israel. ¿No dice *Oseas 11:1*: “De Egipto llamé a mi hijo”? Ya que Egipto no quiere dejar ir a ese hijo primogénito, va a tener que guardar duelo por sus propios primogénitos.

Esta última plaga no afecta a Israel, que es el hijo primogénito de Dios. Pero no podemos decir: ¡Claro que no! Porque Israel podía llamarse hijo de Dios, pero lo era por gracia, por el favor que perdona la culpa. Si el Señor entrara en juicio con su pueblo, entonces merecería también las plagas más intensas. Y para expresar esto, el Señor instituyó la Pascua (que significa ‘pasar’). Cada padre de familia tenía que tomar un cordero (o un macho cabrío joven). El cordero tenía que ser un macho, de un año y sin ningún defecto. Tenía que ser sacrificado y su sangre untada sobre los dinteles y los postes de cada casa. El Señor iba a golpear a los hijos de Egipto aquella noche. Pero,... “cuando vea la sangre, pasaré de vosotros.” ¿No había sido sacrificado un día un carnero en lugar de Isaac? Pues ahora correría otra vez la sangre propiciatoria en lugar de la de Israel. Y el Señor quería que cada año, en aquella fecha concreta (el 14 de Nisán), se repitiera la fiesta de la Pascua. Igual que nosotros tenemos el bautismo y la santa cena como los dos sacramentos que son sello de los actos de salvación de Cristo, así Israel tenía la circuncisión y la Pascua como sacramentos. El pueblo tenía que comer entonces el cordero de la Pascua y con él panes sin levadura en recuerdo a la salida apresurada. Todavía hoy se pueden comprar esas tortas judías, *matzes*. La levadura era una imagen del pecado (cf. *Lc. 12:1; Mc. 8:15; Mt. 16:11*). Pablo dice en *1 Corintios 5:7-8*, que nuestro cordero de Pascua, Cristo, ya fue sacrificado por nosotros, y que por eso tenemos que quitar la vieja levadura de malicia y de maldad.

Cada año, Israel tenía que celebrar la Pascua, para no olvidarse de las grandes obras de Dios. La fiesta tenía que durar siete días (siete es un número santo). El padre de familia, que actuaba como sacerdote, tenía que dar explicaciones (véase *12:26, 27; 13:8-10*). Cuando hoy en día los judíos celebran la Pascua, es costumbre que uno de los niños haga las preguntas, y que el padre de la familia conteste. Israel ha guardado el mandato de la tradición. Pero desgraciadamente no ve que Cristo es la Pascua, que quita el pecado del mundo por su sangre.

Antes de seguir hablando de la salida, tenemos que prestar atención al mandato. El Señor quiso enseñar a Israel con mucho énfasis que tenía que vivir de la gracia, pero no solamente por medio de la Pascua, pues Él ha mandado además otra cosa para mantener viva esa noción. Los primogénitos de los hombres y de los animales domésticos, en el caso de ser machos, tenían que ser consagrados al Señor. En cuanto a los animales: los primogénitos tenían que ser sacrificados. Tratándose de un asno, se podía sacrificar un cordero en su lugar; si no, tenían que romperle el cuello al pollino. Del caballo, que tampoco era animal de sacrificio, no se dice nada aquí, ya que los israelitas no tenían caballos. En cuanto a los primogénitos de los hombres ¿también tenían que ser sacrificados? No, estos podían ser redimidos. Eso quiere decir que en realidad tenían que ser consagrados al Señor, sea como

sacrificio, o como siervos en el santuario. Pero también podían ser eximidos de ello por el pago de un rescate. Más tarde el Señor escogió a la tribu de Leví para que le sirviese en lugar de los primogénitos. *Números 3:12-13*: “He aquí, yo he tomado a los levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todos los primogénitos, los primeros nacidos entre los hijos de Israel; serán, pues, míos los levitas. Porque mío es todo primogénito.”

Conocemos la presentación de Jesús en el templo (*Lc. 2:22-24*). El pintor Rembrandt hizo un cuadro muy famoso de ello. Cuando se le pregunta a la gente, qué es lo que ocurrió entonces, la mayoría contesta que Jesús fue circuncidado. Pero eso no es verdad; la circuncisión ya tuvo lugar el octavo día. No, aquel día se ofreció el sacrificio de purificación por María, y... Cristo fue redimido. Esto quiere decir que fueron pagados cinco siclos por Él, como primogénito, para eximirle del servicio en el templo. De esta forma Cristo fue eximido del servicio según el orden de Aarón, para que pudiera ser sacerdote según el orden de Melquisedec. ¡Qué pensamiento más conmovedor: Aquel, que vino para redimirnos, primero ha sido redimido Él mismo del servicio en el templo terrenal!

Por desgracia Israel no ha entendido siempre la intención de todas estas ordenanzas, que resaltaban la gracia del Señor. Guardaban escrupulosamente la Pascua y todas las leyes relacionadas con ella. Pero pensaban que al guardar la Ley podían conseguir su salvación. Y así ya no podían comprender el significado de la Pascua. Hasta que Cristo arrojó de nuevo una luz clara sobre la Pascua. Queda excluida toda jactancia, disfrutamos bendiciones inmerecidas de nuestro Dios. Nos gloriamos en la gracia sola. El *Salmo 103* hace eco de esto: “Bendice, alma mía, a Yahvé, Él que rescata del hoyo tu vida.”

### **Pero Dios es mi Rey desde tiempo antiguo (*Sal. 74:12*)**

El camino de Dios no es siempre el camino más corto. Esto lo experimentó Israel también cuando salió de Egipto. El faraón lo había dejado marcharse, por fin. Pero no fue directamente a la tierra de la promesa, Canaán. Para evitar batallas con los pueblos alrededor, el pueblo se desvía por el mandato de Dios en dirección del Mar Rojo, armados para la guerra y llevando consigo los huesos de José (*13:17-19*). El Señor va delante, como un pastor, en una columna de nube que por la noche irradia un resplandor de fuego. Sin embargo, llegaron a estar en un aprieto. Se encontraron atrapados entre el mar y el desierto al lado. El faraón se enteró de su situación y ello fue motivo para intentar recuperar a aquel pueblo de esclavos huidos. Para Israel, que le ve acercarse, es espantoso. Pero justo entonces se muestra la fidelidad del Señor. Moisés extendió su vara sobre el mar, y un viento que sopló del este abrió un camino por el cual Israel pasó. El faraón fue tras ellos. Pero los carros se hundieron en

el barro. La columna de nube se pone entre Israel y el faraón, que pronto se da cuenta de que Yahvé lucha por Israel (14:25). Así alcanza el pueblo la otra orilla, está a salvo. Y otra vez, Moisés extiende su vara sobre el mar. Las aguas vuelven y el ejército del faraón perece. Israel se ha librado definitivamente de él, no tiene que volver a él después de la fiesta. Este acontecimiento significa la liberación completa de la casa de servidumbre, de Egipto. El Señor ha mostrado su poder como Rey.

Y allí suena el cántico, de María, la hermana de Moisés, y de Moisés mismo:

“Cantaré yo a Yahvé, porque se ha magnificado grandemente;  
Ha echado en el mar al caballo y al jinete.”

Y el final del cántico de Moisés:

“Yahvé reinará eternamente y para siempre.”

Podríamos traducirlo también así: Yahvé es Rey, eternamente y para siempre. Así se expresa más claramente la idea de la realeza de Yahvé. Sobre todo porque esta idea sigue siendo un motivo de alabanza en Israel. Es entonces cuando, con las maravillas en Egipto y el paso por el Mar Rojo, comenzó la revelación asombrosa del reinado del Esposo de Israel, Yahvé. El cántico de Moisés continuó luego, cuando el culto en el templo necesitó de cánticos. Pensemos en los *Salmos* que hablan de Dios como Rey (93, 95-99). Allí leemos una y otra vez: “el Señor reina, se vistió de poder”. Se oye el eco del cántico de Moisés (1). Israel era consciente de que la salida de Egipto y el paso por el Mar Rojo formaban el fundamento de su propia existencia. “Dios nos abrió un camino por en medio de las recias olas y de las muchas aguas, Él reinará para siempre” (*Sal. 66:6-7*). Aquella liberación llegó a ser un consuelo para Israel más tarde: el Señor lo hará así de nuevo:

“Despiértate, despiértate, vístete de poder, oh brazo de Yahvé;  
despiértate como en el tiempo antiguo, en los siglos pasados.  
¿No eres tú el que cortó a Rahab (= Egipto), y el que hirió al dragón?  
¿No eres tú el que secó el mar, las aguas del gran abismo;  
el que transformó en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos?  
Ciertamente volverán los redimidos; volverán a Sion cantando,...”

Así canta *Isaías* 51:9-11 para el pueblo en el exilio en Babilonia, y así proclama el antiguo evangelio de *Éxodo*: ¡tu Dios es Rey! (*Is. 52:7*).

Como en el *'Libro del Bautismo'* de Lutero de 1523, la oración en el formulario para el bautismo dice: “Y sepultaste al endurecido Faraón y todo su ejército bajo el Mar Rojo, y llevaste a tu pueblo en seco por el mismo – lo que prefiguraba el bautismo...” (2).

¿Cómo se han llegado a relacionar estas cosas? Pues bien, en *1 Corintios* 10:2 Pablo escribe que todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar. Las aguas abrieron un camino para la iglesia y a la vez destruyeron a los enemigos anticristianos. Así es el bautismo en Cristo, el Mediador del nuevo Pacto, una señal del lavamiento de los pecados y del paso a la salvación. Sólo, y esto nos lo enseña la historia de Israel y también *1 Corintios* 10, tenemos que vivir del Dios de nuestro bautismo. El Israel ‘bautizado’ pereció en el camino hacia Canaán a causa de su murmuración. Solamente aquellos que perseveran, están a las orillas del mar de cristal y cantan el cántico de Moisés y el cántico del Cordero (*Ap. 15:3*):

“Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso;  
justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos.”

El primer destino de la travesía por el desierto que ahora comienza, era conocido: Sinaí. Pero también ahora Israel tenía que aprender a vivir de la gracia, precisamente ahora, en el desierto, donde estaba privado de cualquier confort. El Señor iba a probar a su pueblo, para afligirlo. Para saber si quería vivir solamente de su Palabra (*Dt. 8:2-3*). *Éxodo* 15:26 lo dice de forma tajante: Si Israel guarda los estatutos del Señor, no les enviará ninguna enfermedad de las que sufrieron los egipcios. “Yo soy Yahvé tu sanador.” Bajo esa luz hay que ver todos los acontecimientos. Mara (*15: 23 ss.*); la alimentación por el maná (*16:1-36*); Masah y Meriba (*17:1-7*); la batalla contra Amalec (*17:8-16*). Y podríamos mencionar lo que ocurre después del paso por el Sinaí. Recordemos lo descrito en *Números* 11, 13, 14 y 16. Repetidas veces se hizo evidente que Israel no quiso vivir de la gracia, se rebeló contra la dirección paternal de Yahvé y no le reconoció como Rey y Sanador.

Para no perder de vista la relación con el resto de las Escrituras hay que decir algo más sobre el maná y sobre Amalec. Cristo multiplicó los panes, como también lo hizo una vez el profeta Eliseo (*2 R. 4:42-44*). Pero para los judíos, que querían una señal, este milagro era demasiado insignificante. Después de la alimentación de los cinco mil, le piden simplemente: “¿Qué señal haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer” (*Jn. 6:30-31*). En otras palabras: ¡haz una señal como hizo Moisés, entonces te creeremos! Y a esta petición impertinente de una señal, para mostrar quién es, Cristo contesta diciendo: “Mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo” (*Jn. 6:32, 49, 51*). Cristo se autoproclamó como

Alguien mayor que Moisés: “si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre.” El maná era símbolo de Cristo. Con razón Pablo dice que los israelitas en el desierto comieron un alimento espiritual (*1 Co. 10:3*).

Y ahora Amalec. Ese pueblo del desierto atacó a Israel en la retaguardia. Por Moisés que, mientras alzaba la vara, apeló al milagroso poder de Dios, Israel obtuvo la victoria bajo el liderazgo de Josué. ¡La mano (de Moisés y de Israel) en el trono del Señor (que ayudó a su pueblo y lo ayudará) (*17:8-16*)! En relación con esta actuación de forma tan traicionera por parte de Amalec, el Señor manda a Moisés ponerlo por escrito en una crónica (así que Moisés llevaba un diario del viaje), para que Josué y las siguientes generaciones siguiesen haciendo la guerra contra Amalec sin piedad (cf. *Dt. 25:17-19*). Más tarde, Saúl y David han luchado contra este pueblo (*1 S. 15; 27:8; 30; 2 S. 8:12*). Y más tarde aún encontramos otra vez a Amalec en la historia de Ester. Ella y su tío Mardoqueo eran del linaje del rey Saúl (*Est. 2:5*). Pero el gran adversario Amán (*3:1*) era un agagueo, un descendiente de la casa real de los amalecitas, puesto que el rey de los amalecitas llevaba el título ‘Agag’. La vieja lucha contra Amalec se avivó de nuevo; en realidad era la lucha de la simiente de la mujer contra la simiente de la serpiente. Teniendo esto en cuenta, el significado del libro de *Ester* es más fácil de entender.

### **Ha manifestado sus palabras a Jacob (*Sal. 147:19*)**

Quien atravesase en barco el Mar Rojo, ve en un momento dado la silueta del macizo del Sinaí dibujarse en el horizonte. La tradición señala allí el monte Horeb o Sinaí. En la Biblia, el Sinaí también se llama ‘el monte de Dios’. Moisés vio allí al Señor en la zarza ardiente. Allí ocurrió el milagro: el Señor descendió para establecer un pacto con su pueblo. Más tarde, cuando el profeta Elías está profundamente dolido por la apostasía de Israel bajo el rey Acab, huye al monte de Dios, y allí le confía sus penas (*1 R. 19:8 y ss.*). El Sinaí es el lugar donde Yahvé se relacionó solemnemente con su pueblo: “Yo soy el Señor, tu Dios.” Allí en Horeb fueron proclamados los Diez Mandamientos; y Moisés, como un verdadero mediador, habló con el Señor, cara a cara, en ese monte.

Cuando Israel acampó delante del Sinaí, el Señor mandó señalar límites al monte, para que nadie se acercara. El pueblo tenía que santificarse, porque el Señor mismo iba a descender. Esto ocurrió en medio de una tremenda manifestación de las fuerzas naturales. El monte humeaba y temblaba y el sonido de una bocina llenaba el cielo. En otras partes de la Escritura encontramos continuamente recuerdos de esta revelación en el Sinaí. Por ejemplo en el *Salmo 68:7-8*, donde se nos recuerda el terremoto en el Sinaí. El impresionante cántico de

*Habacuc* 3 muestra al Señor como Alguien que mueve la naturaleza. Por cierto, en el *Salmo* 18 vemos lo mismo: la liberación del acoso de los enemigos se refleja en la imagen de una tremenda catástrofe natural, obra del Señor. Es el Dios del Sinaí, un Dios terrible. Así se reveló a Elías en Horeb en un huracán, un terremoto, un fuego y un silencio apacible (*1 R. 18:11-12*). Y cuando leemos los profetas, y encontramos allí la descripción del día del Señor, el día del juicio, llama la atención que esto se haga cada vez en términos que recuerdan la revelación en el Sinaí. También encontramos algo similar en lo que ocurre al morir Cristo (*Mt. 27:51*), y en la descripción que Él hace de su juicio sobre Jerusalén. Para terminar, en el maravilloso libro de *Apocalipsis* leemos varias veces acerca del trono de Dios del que salen relámpagos y truenos (*Ap. 4:5; 6:1; 8:5; 10:3; 11:19; 14:2; 16:18*). Yahvé sigue siendo el Dios de la aparición en el Sinaí. Él es el Dios que se reveló a Abraham en un horno humeante y una antorcha de fuego, que pasaba por en medio de trozos de animales sacrificados (*Gn. 15:17*). En aquella aparición ya se le profetizó a Abraham la travesía por el desierto (columna de fuego) y lo que sucedió en el Sinaí.

¿Es Dios entonces un Dios de la naturaleza? Podríamos decirlo así: Él no es un dios de la naturaleza como Baal o Hadad o como se llamen los dioses cananeos de la lluvia o de los truenos, sino que Él es un Dios que está por encima de la naturaleza, que domina la creación, y que puede convocar a los fenómenos de la naturaleza para servirle en su revelación a los hombres acompañando a su Palabra.

Porque esto fue lo maravilloso: que el Señor habló a su pueblo en el Sinaí (cf. *He. 12:8 ss.*).

Y... el pueblo no fue consumido por esa Voz, sino que siguió vivo. Aunque el Señor es terrible en su santidad, también es el Dios misericordioso que se dirige a su pueblo con amor. Como Moisés, que siguió vivo cuando escuchó hablar a Dios desde la zarza ardiente en Horeb, así ocurrió con Israel: “Desde los cielos te hizo oír su voz, para enseñarte; y sobre la tierra te mostró su gran fuego, y has oído sus palabras de en medio del fuego... Aprende pues hoy, y reflexiona en tu corazón que Yahvé es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay otro” (*Dt. 4:36,39*).

Y ¿cuál era el significado de estas palabras?

Esto se aclara en *Éxodo* 19:3-9, que se podría añadir a cada lectura de los Diez Mandamientos en nuestro culto de adoración. Es una ganancia, cuando la congregación ve la relación entre la Ley y la introducción a la Ley en el capítulo 19. Porque ¿acaso no son palabras hermosas y llenas de consuelo, las que pronuncia el Señor allí?: “Habéis visto cómo os tomé sobre alas de águilas y os he traído a mí (es decir, al monte de Dios, el Sinaí). Si

guardaréis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos... Me seréis un pueblo de sacerdotes, y gente santa (eso quiere decir: consagrada a Dios).”

¿Acaso no es hermoso? Con ‘la ley’ siempre pensamos en un negrero, mandato tras mandato, regla tras regla. ‘La ley’ da la impresión de algo que oprime. Pero en realidad, la Ley (*Torá*, en hebreo) para el israelita significa enseñanza, dirección para la vida. Y esa dirección viene del buen Dios, el Libertador de la esclavitud, el Salvador de la vida. En las reproducciones de pinturas del antiguo Egipto se ven a menudo alas de águila, a veces a ambos lados de un sol. Por cierto, este motivo aparece también en imágenes de Asiria. Seguramente sabe usted por experiencia que los motivos con águilas aparecen en muchos escudos de ciudades o países. En el desierto, Israel ha podido observar muchas veces cómo las águilas y buitres ayudaban a sus crías a aprender a volar. Pues bien, con esta imagen se revela el Señor. Moisés cantó al final de su vida este cántico:

“Como el águila que excita su nidada,  
 Revolotea sobre sus pollos,  
 Extiende sus alas, los toma,  
 Los lleva sobre sus plumas,  
 Yahvé solo le guió,  
 Y con él no hubo dios extraño (*Dt. 32:11-12*).

En el Nuevo Testamento vuelve esta imagen otra vez: la mujer, la iglesia, en *Apocalipsis 12* recibe alas de águila, para que pueda huir de delante del dragón al desierto. De esto último podemos desprender hasta qué punto la introducción a la Ley tenía importancia en el Nuevo Testamento. La iglesia o comunidad cristiana primitiva conocía esta parte. Esto es evidente por el hecho de que también se citan otras frases de esta introducción. Pensemos en la expresión: ‘un reino de sacerdotes’. Y en el nuevo nombre de Israel: tesoro especial (del Señor). ¡Qué contenido más precioso se esconde en ello!

La iglesia es la posesión del Señor, su pueblo en exclusiva. *Deuteronomio* se expresa una y otra vez en estos términos (*7:6; 14:2; 26:18*); también los *Salmos 74:2* y *135:4*. Pablo, en su discurso de despedida, habla a los ancianos de Éfeso acerca de la iglesia, que el Señor ganó (como posesión) por su propia sangre (*Hch. 20:28*). Y en *Tito 2:14* dice, que Cristo purificó para sí un pueblo propio. También en *1 Pedro 2:9* encontramos que se habla de este pueblo en propiedad, y a la vez del ‘reino de sacerdotes’:

“Mas vosotros sois linaje escogido,  
 Real sacerdocio,  
 Nación santa,  
 Pueblo adquirido por Dios.”

Las palabras de Dios que forman la introducción a la Ley han sido llamadas “el centro y tema de los cinco libros de Moisés, que revelan la esencia y el propósito del Pacto de Dios” (3). Por eso el nuevo Pacto puede volver a usarlas. Y cuando se pronuncia la salutación de *Apocalipsis* 1:5-6, escuchamos la siguiente doxología:

“Al que nos amó,  
 Y nos lavó [redimió] de nuestros pecados con su sangre,  
 Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre;  
 A Él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.”

El Nuevo Testamento ha entendido que en la introducción a la Ley, que es su centro y su tema, resonaba el Evangelio puro.

Esto es lo que tiene que determinar nuestra visión de la Ley. Efectivamente, el Señor se reveló entonces en toda su abrumadora majestad (cf. *He. 12:18 ss.*). Pero al mismo tiempo se reveló como el Redentor y Salvador de Israel. Él no es el tirano caprichoso, el esclavizador, sino que Él es el Padre fiel, que acaba de rescatar a Israel de la esclavitud y de adoptarlo como hijo. Por eso, la Ley comienza de esta forma tan evangélica:

“Yo soy Yahvé, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre.”  
 (*Ex. 20:2*).

La Ley está fundada en la gracia de Dios. “Haced esto por gratitud.” El Señor muestra a su iglesia o comunidad, cómo podemos y debemos corresponder a su amor.

Podemos resumir las Diez Palabras, los Diez Mandamientos, en ‘amor a Dios’, y ‘amor al prójimo’. Desde luego, la forma en que esta Ley ha sido dada, tiene relación con la situación en que Israel vivía como pueblo del antiguo Oriente. Nosotros no adoramos a imágenes esculpidas, no tenemos esclavos, y no suele haber peligro de que deseemos el asno de nuestro prójimo. Pero sí tenemos que ver con las cosas a las que señalan: un culto caprichoso (segundo mandamiento sobre las imágenes), obligaciones sociales (esclavos) y

codiciar lo que es de nuestro prójimo. Las Diez Palabras nos muestran cómo podemos servir al Señor en concreto, en las diferentes áreas de la vida. Los profetas y los apóstoles vuelven continuamente a estos Diez Mandamientos (4). Ellos forman el fundamento de los estatutos del Pacto de Dios.

### **El Libro y el establecimiento del Pacto**

Que los Diez Mandamientos siguen estando vigentes para nosotros, está bastante claro. Pero ¿qué pasa con todas esas leyes que siguen a *Éxodo 20*? Todas esas ordenanzas acerca de sacrificios y lavamientos, ¿seguro que hoy en día ya no tienen validez? Ya no celebramos el día de la expiación, ni tampoco la fiesta de los tabernáculos, ¿no?

Estas preguntas se suelen resolver diciendo: los Diez Mandamientos tienen validez para nosotros, pero todas las leyes en relación con el culto y lo civil eran solamente para Israel.

Pero la solución no es tan fácil. No podemos levantar un tabique impermeable entre los Diez Mandamientos (decálogo) y las demás leyes. Al contrario, hay una relación muy estrecha entre ambos. Podríamos reflejar esquemáticamente la relación de esta manera:

Las palabras de Yahvé en 19:3-6 forman, por así decirlo, el centro de la Ley. Israel es el sacerdocio real del Señor. El Señor, en su gracia soberana, ha tomado a Israel sobre sus alas. Y ahora el pueblo es llamado para mostrar su obediencia al Dios del Pacto.

Estrechamente unido a esto, como un círculo que lo rodea, están allí los Diez Mandamientos, las Diez Palabras del Pacto.

Pero con esto último está relacionado a su vez el ‘libro del pacto’, que encontramos en 20:22 – 23:33. En base a este libro, el Señor estableció su Pacto con Israel. Y lo más importante ahora es: que el libro del Pacto no sólo guarda relación con los Diez Mandamientos, sino que antes ofrece una elaboración de esos mandamientos enfocada al Israel de aquellos tiempos. El libro del Pacto forma como si fuera un gran círculo alrededor del círculo de los Diez Mandamientos. Después de ese viene otro círculo, el del ‘segundo libro’ de la Ley, dado después del pecado al pie del Sinaí (*cap. 34*).

Y ¿el resto de las leyes? Las podemos considerar pues como el subsiguiente círculo concéntrico. También en ellas los Diez Mandamientos son elaborados de forma concreta y actual con respecto al culto, la vida social, la vida familiar, etcétera.

Esto no quiere decir por supuesto, que hoy en día tenemos que cumplir todavía todas esas leyes. Ya ni siquiera es posible. Algunas leyes tenían que ver solamente con el periodo del peregrinaje por el desierto. Otras se referían a situaciones de aquellos tiempos (p. ej.

poligamia). Los decretos acerca de los sacrificios ya no podemos cumplirlos, porque Cristo los ha cumplido con su sacrificio. Muchas ordenanzas tenían el propósito de educar al pueblo y ser su ayo para llevarlo a Cristo, una sombra que señalaba al Mesías. Pero sin embargo, todas estas leyes nos ofrecen una predicación valiosa. Nos muestran cómo exigía el Señor obediencia a sus mandamientos. Y todos aquellos estatutos que hoy en día han quedado sin efecto proclaman la venida de Aquel, que vino para cumplir hasta el último punto.

Pero ahora volvamos al libro del Pacto. La mayoría de los más aplicados lectores de la Biblia ni siquiera conoce su contenido, ya que esas leyes no son populares en absoluto. Pero uno no debe saltarse estas Palabras de Dios, hay que leerlas con atención, preferiblemente con un lápiz a mano, pues la Biblia es un libro para trabajar. Se podría marcar, o indicar con un número en el margen, de cuál mandamiento ese estatuto en cuestión ofrece una elaboración.

Puedo imaginar cómo su lápiz subraya 22:21 ss. ¡Cuán bueno es el Señor, que sostiene a la viuda y al huérfano en sus aflicciones y en las disputas! Y ¡qué regla más hermosa hay en 23:1-3! No hay que seguir a la masa, la mayoría no siempre tiene razón. Y tampoco hay que dejarse llevar por la compasión al dar la razón a ese hombre pobre. No, es la justicia, la que tiene que prevalecer. Cuando leemos en 21:32 acerca de treinta siclos de plata, el precio de un esclavo, podemos pensar en que pusieron este precio a Cristo; era la paga de Judas (cf. también *Zac. 11:12-13*).

Aparte de tratar de la vida civil, el libro del Pacto también trata del culto de adoración. Israel tenía que celebrar tres fiestas. Ya conocemos la fiesta de la Pascua. A ella se añadieron la fiesta de las primicias de la cosecha (Pentecostés), y una fiesta al final del año (para Israel, en octubre), la fiesta de los tabernáculos (23:14 ss.). Más adelante hay leyes que elaborarán estas ordenanzas con más detalle. Posiblemente 23:20-33 pertenece también al libro del Pacto; esta porción contiene promesas con respecto al resto de la travesía por el desierto y la conquista de Canaán. Si Israel, por lo menos, obedeciera al Señor y no hiciera alianzas con el enemigo...

Moisés escuchó el contenido del libro del Pacto en el monte. Luego descendió y lo refirió al pueblo, que prometió guardar las palabras y los derechos del Señor. También dejó todo escrito en un libro; su educación en Egipto seguramente le sirvió de mucho en esto.

Y ahora iba a ocurrir lo grandioso: al pie del Sinaí el pueblo entraría en una alianza con el Señor. Se construyó un altar con doce piedras levantadas a su alrededor. Cuando leemos ese número doce, podemos pensar inmediatamente en las doce tribus. ‘Doce’ representa el pueblo de Israel. Por eso Cristo tenía doce discípulos; por eso la nueva Jerusalén del *Apocalipsis* tiene doce puertas; por eso Elías construyó un altar de doce piedras.

Y a continuación se ofrecieron sacrificios. La sangre de los animales se recogió. La mitad fue esparcida sobre el altar. Ese altar representaba al Señor. Alrededor estaban las doce columnas, representantes de todas las tribus. Por medio de la sangre el altar quedaba consagrado. El Señor quería tener comunión con su pueblo pecaminoso a través de la sangre expiatoria de los sacrificios.

Y ¿qué pasó con el resto de la sangre? Primero, Moisés leyó otra vez el contenido del libro del Pacto. Lo había registrado todo en un código. ¿Seguía Israel estando de acuerdo? Le dieron la misma respuesta de nuevo: “Haremos todas las cosas que el Señor ha dicho, y obedeceremos.” Entonces Moisés tomó el resto de la sangre del sacrificio y lo arrojó con toda su fuerza sobre el pueblo: “He aquí la sangre del Pacto que el Señor ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas” (es decir, las leyes dadas). Por medio de las leyes el pueblo estaba vinculado a su Dios. Pero... el ser rociado con sangre significa a la vez que sólo a través de la sangre expiatoria puede haber una comunión continua. ¡Con sangre se ha inaugurado el Antiguo Pacto!

Todo esto apunta a la obra de Cristo: ¡por medio de su sangre santa Él ha inaugurado el Nuevo Pacto! El texto que se cita al tomar la copa de la Santa Cena se refiere directamente a este acontecimiento al pie del Sinaí: “Esta es mi sangre del nuevo Pacto, que por muchos es derramada” (*Mt. 26:28*; cf. *He. 9:18-28*; *1 P. 1:2*: “ser rociados con la sangre de Jesucristo”) Del Sinaí hasta el Gólgota hay una sola línea. Y en ello podemos ver que también en el Antiguo Pacto la gracia y la expiación formaban el fundamento para la existencia de Israel.

Y fue en base a esta expiación, que una delegación del pueblo se podía acercar al Señor: Moisés, Aarón con sus dos hijos, y los setenta ancianos. Ellos tuvieron un encuentro con la gloria del Señor. La piedra de zafiro es azul, con motas doradas: así vieron el embaldosado bajo los pies de Dios. Y lo asombroso fue que no murieron, aunque vieron algo de la majestad del Señor. La gracia, y la expiación, apartaron el juicio. Por eso confirmaron su encuentro con el Señor con una comida. Así como nosotros tenemos en la Santa Cena comunión con el Señor de forma espiritual, ellos experimentaron la comunión comiendo y bebiendo con el Rey del Pacto recién estrenado (*24:11*).

Mientras tanto, Moisés subió al monte, solo. Él iba a recibir instrucciones acerca del culto y la construcción de un santuario. El Señor habló con él, durante cuarenta días y cuarenta noches, de en medio de la oscuridad.

**He aquí vengo, y moraré en medio de ti (*Zac. 2:10*)**

Se podría decir que la descripción del santuario que Israel tenía que erigir, es una elaboración del primer mandamiento. Si el Señor quiere que le sirvan sólo a Él, el pueblo tiene que saber dónde y cómo Él quiere ser servido. También el hecho de que el Señor manda construir un tabernáculo es una muestra de su gran favor: con ello dice que Él quiere habitar en medio de su pueblo (25:8). También vemos en ello claramente una profecía acerca del Cristo. En Él Dios ha venido a su pueblo. Él habitó entre nosotros, hizo su tabernáculo entre nosotros (*Jn. 1:14*). Y un día, el Padre y el Hijo estarán con nosotros para siempre: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (*Ap. 21:3*) (5).

Para hacernos una idea de la distribución del tabernáculo (se utiliza ese término antiguo que significa ‘tienda’, para que todo el mundo comprenda que estamos hablando del santuario de Israel en el desierto), lo mejor es pensar en una sala de audiencias de un rey del Oriente antiguo.

El rey está sentado en su trono. Delante de él se queman especias. Su guardia le rodea. Los visitantes se le pueden acercar en una sala bien iluminada. Depositán sus ofrendas delante de él. Fuera del palacio se extiende el jardín, en el que hay una fuente. Allí se celebran los banquetes.

Algo similar se ve en el tabernáculo. Este consiste del ‘lugar santísimo’ y del ‘lugar santo’. En el primero se tenía que colocar el arca (que en latín significa caja). En ella iban a ser depositadas las dos tablas de piedra de la Ley. Cubriendo el arca se pondría el propiciatorio, que de alguna manera estaba unido a dos querubines. Ya en la historia de la Caída aparecen los querubines (*Gn. 3:24*); ellos son ángeles que guardan el trono de Dios y se afanan por su santidad. En *Ezequiel* y en *Apocalipsis* los conoceremos más de cerca. Estos ángeles del trono muestran que el Señor considera al arca como su trono terrenal. En el arca se depositó la Carta Magna del Pacto. Sobre el arca estaban los símbolos de la santidad del Señor. El propiciatorio servía para que una vez al año, en el día de la expiación, se rociara con la sangre. La expiación es también aquí la base del encuentro entre el Señor y su pueblo pecaminoso. ¿Lo ven? La Ley predica claramente a Cristo. Allí, sobre el propiciatorio, el Señor quería reunirse con Moisés (25:21-22).

Pero ahora entramos en el llamado ‘lugar santo’. Mientras que en el lugar santísimo solamente podía entrar el sumo sacerdote una vez al año, en el día de la expiación, en el lugar santo también podían entrar los sacerdotes. Allí había una mesa donde tenían que poner los panes de la proposición. Israel expresaba con esto que debía su sustento diario al Señor; estas

dádivas de pan (por supuesto sin levadura) representaban la gratitud del pueblo hacia el Creador de la vida.

El capítulo 25 relata que había que hacer también un candelero. Aunque el Señor mismo habitaba en oscuridad, ya que el lugar santísimo estaba separado por una cortina del lugar santo, sin embargo, Él quería que su sala de audiencia tuviese luz. Había que hacer un candelabro de siete brazos, labrado en oro puro. La forma sería semejante a un árbol: con ramas, copas, manzanas y flores como de un almendro. Este árbol florece temprano, los israelitas le dieron un nombre adecuado: El vigilante. Así vigila el Señor sobre su pueblo y hace desaparecer la oscuridad para su iglesia. ¡Cuán hermoso debió aquel candelero en el tabernáculo: un almendro luminoso, brillando con un esplendor dorado! El Señor hace resplandecer su rostro sobre su pueblo.

Sí, es por eso que el pueblo de Israel mismo puede ser una luz para el mundo. El Israel de hoy en día lleva el candelabro, la *menorá* en su escudo; pero no ha reconocido la Luz del mundo, el Mesías Jesús. Y por eso ya no tiene el derecho a poner la *menorá* en su escudo. Las iglesias reciben cada una su candelero en el templo celestial, alrededor de Jesucristo (*Ap. 1:12, 20; 2:5*). Al menos, si perseveran en guardar la Palabra.

Hay aún otro objeto que tenía que ser colocado en el lugar santo: el altar del incienso (*30:1-10*). Iba a estar justo delante del arca; cada mañana y cada tarde tenía que ser quemado el incienso ante el rostro del Señor, como símbolo de las oraciones de Israel. El día comenzaba con la oración y también acababa con ella; en la ofrenda aromática Israel traía de forma simbólica sus necesidades y su gratitud delante del Rey de toda la tierra.

En el capítulo 26 podemos leer acerca del tabernáculo mismo. Estaba hecho para transportarlo fácilmente; un santuario del desierto. Posteriormente, bajo el reinado de Salomón, un templo ha tomado su lugar. En la descripción del arca y del altar del incienso se nota que tenían que tener en cuenta el transporte. Todo tenía que ser hecho de tal modo, que podía ser llevado por medio de varas. Pues Yahvé, a quien servían, era Aquel que iba delante del pueblo como un Pastor.

El material con el que el tabernáculo tenía que ser construido era madera de acacia, la misma que la de los otros muebles. Hay que imaginarse la península sinaítica como una estepa de arbustos. Unos pequeños arbustos y aquí y allá alguna acacia. Se supone que Israel usó el material de su entorno. A esto se añade todo lo que recibieron al salir de Egipto. Además, con toda certeza pasaban caravanas por allí. Así podían recubrir toda la madera con oro. Sí, aquí empieza seguramente un nuevo capítulo en la Historia del arte. Pero lo que es más importante, es que aquí empieza un nuevo capítulo en la Historia de la revelación. Por

muy bonito que fuese el tabernáculo, seguro que los tesoros de Babilonia y Egipto le superaban en belleza. A los ojos del mundo civilizado era solo un santuario de nómadas. Y sin embargo,... el Señor quería habitar en él, morar en medio de su pueblo, y profetizar acerca de la morada definitiva, en medio de su iglesia, un día, en la nueva creación.

Si pasamos ahora al atrio, entonces encontramos allí primero la fuente de bronce (30:17-21). Su significado está claro: los sacerdotes tenían que ser limpios y puros cuando cumplían su servicio; el Señor es un Dios santo.

Finalmente estaba también el altar del holocausto, cubierto de bronce. En realidad era un envoltorio portátil: de cuatro lados, que se podía rellenar con tierra o piedras sueltas. En ese altar se ofrecieron los sacrificios. Cada mañana y cada tarde tenía que ser sacrificado un cordero. Así que el sacrificio de la Pascua y el sacrificio para Isaac tenían que ser repetidos diariamente. Y a eso se añadieron los otros sacrificios, privados o generales. El altar en el cual se ofrecían a diario los sacrificios se encontraba justo a la puerta del tabernáculo, delante del rostro del Señor (27:1-8; 29:38-46). Lo que predica, se puede entender: Por la sangre expiatoria el Señor puede tener comunión con su pueblo. Y lo repite con las mismas palabras que cuando se nos habla del arca: “Allí me reuniré con los hijos de Israel,... Y habitaré entre los hijos de Israel, y seré su Dios” (29:43, 45). Gracias al altar, Israel podía acercarse al trono, al arca. Y esto apunta a la obra de Cristo en la cruz, gracias a la cual podemos acercarnos al trono de gracia para hallar el oportuno socorro. No, no estoy espiritualizando nada, solo repito lo que dice la Biblia (*He. 4:14-16; 10:19 y ss.*).

En los capítulos 28 y 29 podemos leer a continuación sobre las vestiduras y la consagración de los sacerdotes. Cuando leemos sobre las piedras preciosas engastadas en el pectoral del sumo sacerdote, nos hacen pensar enseguida en los doce fundamentos de la nueva Jerusalén de *Apocalipsis* 21. Tal vez uno se extraña de los rituales que se llevaron a cabo en la consagración sacerdotal. No obstante, todas esas ceremonias no son tan difíciles de entender si tenemos en cuenta otros textos de la Escritura. El lavamiento y la investidura hablan por sí mismos. El becerro va destinado a la ofrenda para el pecado; en sustitución lleva el pecado de los sacerdotes, por eso ponen sus manos sobre su cabeza. Aquí vemos a la vez cuán imperfectos eran los sacrificios en realidad. Porque estos sacerdotes mismos eran hombres pecadores, cuyas culpas tenían que ser pagadas. ¡Cómo clamaba todo esto por el Sacerdote perfecto, que era santo y sin pecado! ¡Y leamos aquí entre líneas el nombre de Jesucristo!

Además, se destina un carnero para el holocausto. Y un segundo carnero es sacrificado como la ofrenda propia de la consagración. Con su sangre tocan la oreja, la mano y el pie de Aarón y de sus hijos: su oído, sus actos y su caminar tienen que ser consagrados a Yahvé. Esa

sangre y el aceite de la unción también se rociaban sobre las vestiduras oficiales: otro símbolo de la consagración al Señor. Finalmente, partes de este último carnero tenían que ser ofrecidas juntamente con unas tortas, meciéndolas, delante del Señor. Pero no hay que extrañarse al leer a continuación que los sacerdotes están autorizados a comer ellos mismos de este sacrificio. Precisamente en esta ceremonia de consagración, que duró siete días, los futuros sacerdotes tienen que hacer aquello que luego será su tarea diaria, pues una parte de los sacrificios sería para ellos. Como siervos de Yahvé podían comer en su mesa. Ya veremos más adelante que había también ofrendas de las cuales el pueblo mismo comía una parte de la carne, en el atrio. Incluso aquellos de Israel que no habían sido consagrados como sacerdotes, se les permitía a veces saciarse en la mesa del Señor.

### **Quebrantamiento y renovación del Pacto**

Solemos llamar a Cristo el Mediador del nuevo Pacto, y a Moisés el mediador del antiguo Pacto. Un mediador interviene entre dos partes. Pues bien, en la porción que comienza en 32:11, vemos a Moisés actuar como mediador, y... detrás de él vemos de nuevo a Jesucristo, un Mediador mejor.

Moisés es un mediador. Esto ya queda claro por el hecho de que solo él recibe las leyes en el monte Horeb. El Señor mismo le entregó las dos tablas de piedra con la Ley escrita con el dedo de Dios.

Sin embargo, el pueblo no se sentía demasiado vinculado a él. Mientras estaba en el monte, se olvidaron de él; tardaba demasiado tiempo en volver. Además, Moisés había hablado tanto ante el faraón de ‘una celebración para el Señor en el desierto’, que ya era hora de que empezara aquella fiesta. No era difícil hacerse con un sustituto para Moisés como mediador. Aarón tenía que hacer una imagen de un dios. Y así ocurrió. Con una colecta recaudó material suficiente, y Aarón hizo el becerro de fundición.

Llama la atención que el pueblo diga: “este es tu Dios que te sacó de la tierra de Egipto” (32:4). Aarón dice: “Mañana será fiesta para Yahvé” (v. 5). Así que la multitud que estaba festejando no tenía la intención de abandonar al Señor, que es el Libertador. Al contrario, van a celebrar una fiesta para Él. Pero lo hacen de una manera que contradice el segundo mandamiento. Así hacen los paganos. No pueden prescindir de una representación visible de sus dioses. Pero el Señor es el Dios de la Palabra; de modo que quiere ser adorado como el Invisible, que no permite imágenes ante su presencia.

Ni qué decir tiene que el Señor estaba irritado por este acto, y lo hizo saber a Moisés. Quería destruir a Israel y hacer de Moisés un gran pueblo, para así cumplir su promesa a los patriarcas.

Pero he aquí, Moisés se moviliza. El mediador olvidado por su propio pueblo apela a la impresión que causaría en Egipto la destrucción de Israel. A los ojos de las naciones ¿no sería la salida de aquel país una entrada al reino de los muertos? Y ¿qué hay de la alianza con Abraham? ¿No había hecho Dios grandes promesas acerca de este pueblo? (32:13).

Leemos que el Señor escuchó la voz del intercesor Moisés.

Entonces Moisés descendió, y cuando escuchó los cánticos y vio el becerro (quizás era un pequeño modelo colocado en una peana), arrojó al suelo las tablas de piedra, los estatutos del Pacto, y las rompió. ¿Acaso no había quebrantado el pueblo el Pacto con el Señor? Por fin Moisés se dio cuenta de lo que había pasado. Había que actuar y castigar. Por eso gritó: “¿Quién está por el Señor? Júntese conmigo.” Entonces se juntaron con él todos los levitas. Y Moisés les ordena matar sin acepción de personas a cualquiera que se les pusiera delante. Y así lo hizo Leví.

Aquí debemos recordar por un momento lo que cierto día había hecho el patriarca Leví en Siquem: había cometido una verdadera masacre, y para ello había abusado de la señal de la circuncisión. Por eso, Jacob en su lecho de muerte, le había maldecido (*Gn. 34; 49:5 ss.*). Pero ahora parece como si Leví se rehabilitara; su violencia no la usa para su propio interés, ya no para la familia con minúscula, sino para la Familia con mayúscula, para la causa del Señor. Él llegó a ‘aborrecer’ a padre y madre por el Señor. Por eso, Moisés le bendice en sus últimas palabras de bendición:

“Quien dijo de su padre y de su madre: Nunca los he visto;

Y no reconoció a sus hermanos,

Ni a sus hijos conoció;

Pues ellos guardaron tus Palabras,

Y cumplieron tu Pacto...

Bendice o Yahvé, lo que hicieren,

Y recibe con agrado la obra de sus manos (*Dt. 33:9, 11*).

La bendición que recibió Leví era el sacerdocio. Podría servir al Señor en el santuario. Hasta... hasta que Leví sería relevado por nuestro gran Sumo Sacerdote Jesucristo.

A pesar del castigo de Israel – Moisés había molido además el becerro de fundición y esparcido el polvo sobre el agua para beber – no se había producido todavía la completa reconciliación con el Señor. En realidad, el Pacto había sido quebrantado radicalmente en la primera fase. El vínculo tenía que ser restaurado de nuevo. Y ¿quién sino el mediador Moisés, podría intentar llevar esto a cabo? Lo vemos pues subir al monte para rogar por el perdón (32:30 ss.). Perdón sin más, o: si el Señor quiere recibir una ofrenda sustitutiva, que quite a Moisés del libro de la vida. Pero esto lo rechaza el Señor. No, Moisés, aunque es un mediador, no puede morir por el pueblo. Eso lo podrá hacer solamente el otro Mediador, Cristo. Lo único que puede hacer Moisés es abogar por el pueblo.

El resultado de su ruego es que el Señor promete enviar a su ángel para ir delante del pueblo. Él mismo no irá con ellos; de otro modo, su santidad consumiría a Israel. Pero Moisés insiste: “Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí” (33:15). También este ruego de Moisés es contestado. El Señor mismo va con ellos.

Con esto, la relación por parte del Señor ha sido restaurada. Tenemos que enterarnos bien del significado de este acontecimiento. Es evidente, que Israel no tenía ningún derecho a la gracia del Señor. Es por la más pura gracia que el Señor renueva el Pacto con el pueblo; en realidad es un adelanto de la obra de Jesucristo. Cuando el Señor cumple la antigua promesa, no es que paga lo que debe; tiene pleno derecho a dejarlo todo como está. Pero Él actúa según su libre voluntad divina, según su amor soberano. Una y otra vez: la Biblia no es el libro del hombre que puede hacer valer sus derechos; ningún israelita tiene derecho a hacer de la descendencia carnal la base para sus exigencias especiales. Toda jactancia queda excluida. El Pacto sigue siendo un Pacto de gracia.

El Pacto de gracia.

Seguro que Moisés mismo se asombraría de que el Señor mostraba tanta gracia. Por eso pidió una señal. Al establecerse el Pacto por primera vez había visto la gloria del Señor. Y ahora la quería ver una vez más: “Te ruego que me muestres tu gloria, tu resplandor” (33:18). En el capítulo 34 leemos que efectivamente el Señor le mostró esa gloria resplandeciente. Es más, Moisés no sólo vio algo, también oyó. Yahvé pasó delante de él y con su propia voz proclamó:

“¡Yahvé! ¡Yahvé! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.”

Esto lo dijo el Señor mismo. Por lo que Moisés cayó de rodillas, y volvió a rogar por el pueblo: “Vaya ahora el Señor en medio de nosotros; perdona nuestra iniquidad, y tómanos por tu heredad.”

La respuesta del Señor fue alentadora: “Yo hago un Pacto.” El Señor volvería a hacer maravillas. Pero demandó del pueblo que guardase su Ley. Por eso resumió brevemente lo que ya estaba escrito en el libro de la Ley. Llama la atención aquí que el énfasis está puesto en el culto de adoración. Esto no nos ha de extrañar. Ya que fue precisamente respecto al culto, que Israel había pecado con el becerro de oro. Y ahora el Señor recalca a propósito las reglas para el culto de adoración.

De nuevo escribió el Señor las Diez Palabras, el decálogo, sobre dos tablas de piedra. Moisés no las iba a quebrar otra vez: el pueblo estaba convencido de su culpa y anhelaba la comunión con Yahvé. Más tarde, Moisés depositaría estas tablas, el ‘testimonio’, dentro del arca (40:20).

Cuando Moisés descendió del monte, su cara resplandecía de tal manera a causa de la gloria del Señor, que la gente tuvo miedo de acercarse a él. Entonces llamó a los príncipes y al pueblo, y así, rodeado de una aureola, proclamó las Palabras del Señor. Después tapó su rostro con un velo. Pablo nos recuerda esto cuando habla de la gloria del antiguo Pacto, que es menor que la del nuevo, porque en el nuevo Pacto vemos sin velo la gloria del Señor. Se refleja en nuestra cara. Por eso es tan tremendo que los judíos hacen como si viviesen todavía en la época de Moisés. Están cubiertos por un velo, y no ven que todo se ha cumplido en Cristo. Ellos leen la Biblia, sí. Pero sobre su lectura está puesto el velo, y no perciben el resplandor del Evangelio de la gloria de Cristo (2 Co. 3:12 – 4:6).

Al final de *Éxodo* leemos cómo se prepara Israel para poner en práctica el primer mandamiento: se construye un santuario. Todos los objetos son fabricados por artesanos. Se hacen las vestimentas de los sacerdotes. El tabernáculo queda erigido y el culto instaurado (caps. 35-40). De los sacrificios de ese culto nos habla el siguiente libro. Lo último que vemos es la nube, la gloria del Señor, que llena el santuario. El Señor habita en medio de su pueblo.

(1) Algunos textos, en los que se cita el cántico de Moisés, según W. H. Gispen en el *Korte Verklaring* (Breve Comentario) de *Éxodo*:

v. 1: *Sal.* 66:6; 68:17; 106:12; v. 2: *Sal.* 118:14, 21, 28; v. 3: *Sal.* 24:8; V. 4: *Sal.* 136:15; vv. 5-17: *Sal.* 78:52-54; vv. 5-13: *Sal.* 77:13-20; vv. 5-10: *Sal.* 106:11; v. 7: *Sal.* 78:49; v. 8: *Sal.* 78:13; v. 11: *Sal.* 66:3, 5; 78:4, 12; 86:8; vv. 13-17: *Sal.* 44:1, 3; 74:2; v. 17: *Sal.* 80:8, 15; v. 18: *Sal.* 146:10.

(2) *Decentemente y con orden*, Formularios litúrgicos (FELiRe, 1967), pág. 10, 19.

(3) W. H. Gispen, op. cit. Tomo II, Kampen 1939, pág. 54.

(4) *Jer.* 7:9; *Os.* 4:2; *Zac.* 5:3; *Ro.* 7:7; 13:9; *1 Jn.* 2:7-11.

(5) Comp. además: *Ex.* 29:45, 46; *Núm.* 5:3; 35:34; *Ez.* 43:7; 48:35; *Zac.* 2:10, 11; 8:3; *2 Co.* 6:16.

## LEVÍTICO

### **Habéis, pues, de serme santos, porque Yo el Señor soy santo**

Hay una historia sobre el conocido líder indio Gandhi, que le relaciona con la Biblia. Durante sus estudios en Londres, decidió leer la Biblia. Los primeros dos libros, *Génesis* y *Éxodo*, de verdad le entretenían. Después se quedó ‘dormido’. Hasta que llegó al evangelio de *Mateo* y en concreto al Sermón del Monte, el cual logró cautivarle.

En este comentario hemos llegado más o menos al punto en que Gandhi ya no podía mantener su interés en el Libro de los libros. Todas esas leyes tampoco son demasiado favoritas entre cristianos convencidos. Y sin embargo, si juntos queremos entender el mensaje de la Biblia, es necesario que estudiemos con detenimiento todas aquellas leyes. En primer lugar, porque es la Palabra de Dios. Esta exige nuestra atención. Y luego, también porque en aquellas leyes resuena el Evangelio de Cristo. El hecho de que la carta a los *Hebreos* no se puede entender realmente sin el conocimiento de un libro como *Levítico*, ya dice suficiente. En las leyes de los sacrificios y en las ordenanzas acerca de los sacerdotes y en las fiestas resuena la buena noticia de Aquel que va a cumplir todo esto mejor de lo que un sacerdote de

Leví podría hacerlo nunca. Por eso tendremos que esforzarnos en hacernos una idea de lo que leemos, y entender su significado. Por supuesto, no podemos repasarlo todo punto por punto; pero lo que quiero es mencionar algunos rasgos destacables.

Primero, el contenido. Los capítulos 1-7 tratan de los sacrificios; 8-10 del comienzo del culto de los sacrificios. Estos se relacionan sin fisura. Los capítulos 11-15 contienen leyes acerca de la pureza, seguidas por las ordenanzas acerca del día de la expiación (*cap. 16*). Finalmente, la ley de la santidad (*cap. 17-26*) y los preceptos sobre los votos (*cap. 27*).

Es posible encontrar un tema bajo el que se juntan todas estas partes. Lo leemos en 20:26: “Habéis, pues, de serme santos, porque Yo Yahvé soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos.” En esto se resume la idea principal que domina todo el libro. Y este tema nos recuerda lo que encontrábamos como tema central de los cinco libros de Moisés en su conjunto: “Vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (*Ex. 19:6*).

Israel era un pueblo santo. Esto no quiere decir, como podríamos pensar bajo la influencia de las ideas que tiene Roma sobre la pureza, que sea un pueblo sin grandes pecados. Cuando leemos la historia de Israel, sabemos que no es así. ‘Santo’ significa: apartado para servir a Yahvé. Israel, como pueblo santo, es requerido totalmente por el Señor. Su vida social, su liturgia, su vida sexual, en suma, toda su conducta, está sometida a la insistencia de estas palabras del Pacto: “Sed santos, porque Yo soy santo” (*cf. 1 P. 1:16*).

Ahora bien, tenemos que tener en cuenta que Israel era como si fuera un niño; había que educarle. Sus pensamientos se encontraban en un nivel en el que están también los pueblos primitivos, por ejemplo. Por eso, el Señor en su revelación se ha adaptado a ellos. Los eruditos han señalado que en las leyes de Moisés se pueden encontrar muchos estatutos que Israel compartía con otros pueblos. Esto no se puede negar. El Señor se ha acercado a la forma de pensar de Israel. Pero, por otro lado, tenemos que tener presente que la Ley, en primer lugar, no era vinculante para Israel porque respondía a su sentimiento religioso, sino porque fue dada por el Señor, el Dios del Pacto. Además, en muchos puntos resulta que la Ley se distancia de las costumbres paganas.

Para mencionar un ejemplo: los paganos dan mucha importancia al poder de la sangre. Y basta una mirada para ver que en la Ley de Israel la sangre jugaba también un papel importante. Pero el pagano tiende a concluir: si la vida está en la sangre, entonces hay que beber la sangre del sacrificio para así poder recibir la vida de la divinidad. *Levítico* se opone a esto. La sangre es dada por el Señor como medio de expiación. Por eso nunca se puede ingerir (*3:7; 7:26; 17:10,14; cf. Gn. 9:4 y Hch. 15:20,29*). En los sacrificios tenía que ser derramada al pie del altar; pertenecía al Señor. Aquí vemos pues, un típico decreto antipagano.

Otro ejemplo: entre los paganos, el rey como hijo de los dioses, era muchas veces también sumo sacerdote. ¡No hay nada de eso en Israel! Los sacerdotes no forman una casta elevada por encima del pueblo, de magos o brujos con un ritual secreto. No, igual que el rey era un hombre del pueblo, retratado por la Escritura con todas sus faltas, así es el sacerdocio de Israel un mero instrumento en la mano de Yahvé para actuar de mediador entre Él y el pueblo. No se trata de una enseñanza secreta u otro tipo de abracadabra; los sacerdotes tienen que instruir al pueblo en la Ley. Y el que trae la ofrenda está activamente involucrado, por ejemplo, cuando pone su mano en la cabeza del animal. *Levítico* muestra claramente que la tribu de Leví es igual a sus hermanos. Ya con el primer sacrificio de Aarón y sus hijos las cosas salen mal, porque Nadab y Abiú ofrecen fuego extraño en el altar, y son consumidos por la santidad de Yahvé (*10:1-2*). Desde el principio se muestra la debilidad del sacerdocio según el orden de Leví.

Además, justo en el día de la expiación esto se hacía evidente. Porque el sumo sacerdote no sólo tenía que rociar la sangre por los pecados del pueblo, sino también por sus propias transgresiones litúrgicas del año transcurrido, y por las de sus familiares. Aquí predica la Escritura con mucha claridad que tiene que venir otro Sacerdote. El servicio de Leví es sólo provisional. En esto se ve lo propio del culto de los sacrificios de Israel. En ello no se enaltece el hombre, al ofrecer con benevolencia un sacrificio a su dios, sino que en ese culto es el Señor el que se acerca a su pueblo, al enseñarle un camino que lleva a la reconciliación y comunión con Él.

### **Los diferentes tipos de sacrificios prescritos por el Dios del Pacto**

Al leer el Antiguo Testamento, encontramos una y otra vez diferentes tipos de sacrificios. Por eso es bueno conocerlos. Y que nadie diga que el lector medio de la Biblia tampoco conoce mucho del tema. Porque, con toda la razón que pueda tener, es su responsabilidad de conocer la revelación que se expresa a través de aquellos sacrificios. Al fin y al cabo, los demás no son la norma; y hay que ser consciente de que nosotros, los miembros de la iglesia cristiana, muchas veces no valoramos suficiente nuestras riquezas.

Nos ayudará este breve resumen.

#### 1. Ofrendas voluntarias (*caps. 1-3*).

##### a. *El holocausto (cap. 1)*.

Se mencionan tres posibilidades para la ofrenda: un ‘orgullosa’ becerro; del ganado menor una oveja o cabra dócil, y la ofrenda de los pobres: palominos.

Esta ofrenda destaca el ofrecimiento de uno mismo al Señor, porque aquel que trae la ofrenda tiene que poner su mano en la cabeza del animal para el sacrificio. Con este acto se quiere decir: el animal toma el lugar del que lo ofrece según la ley de la sustitución. La vida del animal es ofrecida en lugar del alma, de la vida, del hombre. En realidad tendría que ser derramada sangre humana para expiar el pecado. Pero ahora el Señor permite que en su lugar se derrame sangre animal.

Después de que el oferente degüella el animal, sigue una acción a la cual hay que prestar especial atención: la manipulación de la sangre. Los sacerdotes tienen que recoger la sangre del animal degollado y rociarla sobre el gran altar del holocausto, que está en el atrio. Por medio de este gesto se ofrece la sangre en la cual está el ‘alma’, la vida, al Señor; y de esta forma el pecado es expiado, cubierto ante el rostro de Dios. Por supuesto que esa sangre en sí no hace nada, no se hace magia con la sangre, sino que el Señor acepta la sangre del sacrificio como sustituto de la vida del hombre que le ofrece el sacrificio.

El oferente desuella luego el animal, y lo parte en trozos como para una comida. En el fondo, es como si con sus propias manos ejecutara el juicio sobre sí mismo, porque por la imposición de su mano ha manifestado la unidad entre ofrenda y oferente.

Luego se acercan los sacerdotes, lo ponen todo encima del altar, y así lo ofrecen a Yahvé. Los intestinos y las piernas, impuros, son lavados, ya que hay que ofrecer un sacrificio puro. Entonces, atizan el fuego, y el humo del holocausto sube como un olor grato para el Señor; en realidad, una mejor traducción es: como un olor apacible. Se emplea una expresión semejante con la ofrenda de Noé; el nombre de Noé por cierto está relacionado con aquel apaciguar. El sacrificio trae descanso, consuelo, reconciliación. Claro que no es, como piensan los paganos, que a Dios le guste el olor como si fuera un hombre. Pero el Señor acepta el sacrificio, le agrada.

#### b. *La oblación (cap. 2).*

Esta se llama también ‘memorial’ (2:2). Posiblemente significa que esta ofrenda traía a la memoria las buenas obras del Señor, y obligaba al oferente a confesar el nombre del Señor con acción de gracias.

En este capítulo hay diferentes ‘recetas’ para la ofrenda. Fíjense en que no se podía usar ni la levadura, ni la miel, ya que causan la putrefacción y son por eso una imagen del pecado y de la impureza. Por el contrario sí había que añadir sal, que preserva (2:11-13). Recordemos lo que dijo Cristo a sus discípulos: “Vosotros sois la sal de la tierra”.

Hay lugar tanto para ofrendas más sencillas como más elaboradas. En la oblación uno trae su existencia, su ‘pan diario’, ante el Señor. Y porque es ofrecido al Señor, aquello que

sobra de la ofrenda no se lo puede comer el que lo ofrece, sino solamente los sacerdotes, como representantes de Yahvé, pueden comérselo.

c. *La ofrenda de paz u ofrenda de gratitud (cap. 3).*

El ritual de este sacrificio es igual al del holocausto. En la primera parte, poner la mano, degollar y rociar con sangre (vv. 1-2). La grasa y los riñones son ofrecidos luego como holocausto al Señor. Los riñones simbolizan los pensamientos íntimos del hombre. Es evidente que este simbolismo se muestra en la ofrenda. También hay que prestar atención al hecho de que la grasa y los riñones tienen que ser puestos “sobre el holocausto que está sobre la leña que hay encima del fuego”. Con ello se refiere seguramente al holocausto de la mañana.

Aquello muestra que el holocausto es la base de la comida que acompaña a la ofrenda de paz. La paz, *shalom*, la comunión con el Señor, descansa sobre el sacrificio perfecto de Cristo.

Sería bueno leer aquí también 7:28-38. Allí vemos que del resto del animal el pecho y la espaldilla derecha tienen que ser ofrecidos al Señor. El sacerdote tenía que ‘mecer’ estas partes delante del Señor; como representante suyo las recibe como su porción.

Y ¿lo que queda del animal? Nos puede extrañar, pero para el oferente era la cosa más normal del mundo que se coma la parte restante de la ofrenda de paz. Por eso aquí no se hace ninguna mención aparte de ello (cf. *Lv. 19:6; Dt. 14:23,26; 1 S. 1:4*). Las primicias en particular, se solían comer en el atrio del santuario o cerca de él. Yahvé era el Anfitrión invisible, que en base a la ofrenda de la expiación ofrecía a su pueblo la comunión de su mesa. Pensemos aquí de nuevo en la Santa Cena.

2. *La ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa (4:1-6:7,24-30; 7:1-10)*

Estos dos tipos de sacrificios tienen mucho en común. Por eso los mencionamos juntos. En primer lugar la *ofrenda por el pecado*.

Esta subraya el pecado, que da rienda suelta a su fuerza destructiva en nosotros, y la necesidad de reconciliación. Tiene que ser ofrecida después de una trasgresión involuntaria (los pecados deliberados eran castigados normalmente con la pena capital); y también después de la contaminación relacionada con el nacimiento o la muerte (p. ej. después de un parto, *12:6-8*; después de sufrir la lepra, *14:10 ss.*)

El ritual del sacrificio por el pecado se asemeja en parte al de la paz (y por consiguiente también parcialmente al holocausto). En lo que sigue después, y sobre todo en el rociar la sangre, se aprecian las diferencias. La sangre tiene que ser rociada siete veces dentro

del santuario, delante del velo que separa el lugar santo del lugar santísimo. Asimismo los cuernos (símbolo de fuerza) del altar del incienso tenían que ser cubiertos con la sangre. El resto de la sangre tenía que ser echada al pie del altar del holocausto. Así la sangre era llevada ante la presencia del Señor.

En el día de la expiación (*cap. 16*) vemos que la sangre expiatoria, llena de fuerza vital, es llevada aún más allá: es esparcida sobre el arca, el trono del Señor.

Y ¿qué pasa con el animal mismo? Está como si fuera cubierto por el pecado. Mientras que la grasa y los riñones son quemados en el altar del holocausto, el resto del animal tiene que ser quemado en un lugar limpio, fuera del campamento. Por la imposición de las manos el animal era uno con el oferente. Así por lo menos es el procedimiento con la ofrenda por el pecado de un sumo sacerdote y del pueblo (*4:1-21*). El animal para el sacrificio era un becerro.

De las ofrendas de menor rango, la sangre era puesta sobre los cuernos del altar del holocausto, y los sacerdotes podían comer la carne. Se habla de un sacrificio por el pecado de un jefe (*vv. 22-26*), y de cualquier persona del pueblo (*v. 27 ss.*). Los animales de estos sacrificios eran cabras o corderos; o dos tórtolas en el caso de los pobres.

*La ofrenda por la culpa* tenía que ser ofrecida cuando uno tenía una culpa ante el Señor, en el sentido de que uno se había apropiado de algo que pertenecía a Él o a su prójimo. Al sacrificio de un carnero había que sumar la restitución de lo que uno se había apropiado, y añadir a ello la quinta parte (*5:16*).

En 6:8 – 7:38 encontramos varios preceptos para los sacerdotes en relación con los sacrificios. Ahora que ya conocemos algo más acerca de los diferentes sacrificios, notaremos que *Levítico* no es tan aburrido como aparentaba. ¡Cómo ha provisto el Señor para su pueblo y sus sacerdotes en la ley de los sacrificios! Y ¡cómo ha sido educado Israel en la necesidad de la expiación del pecado, y en la posibilidad de vivir con gozo gracias al perdón! Vemos aquí de nuevo a Cristo predicado, Aquel que es nuestra ofrenda expiatoria, que se dedicó por completo a Dios como holocausto, y que también nos da esa comunión con Dios de la cual nos habla la comida de la ofrenda de paz en el atrio.

### **Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico,... (*He. 7:11*)**

Después de los sacrificios viene la consagración de los mediadores litúrgicos del antiguo Pacto. De ello ya nos habló *Éxodo 29*. En *Levítico 9* se profundiza más en ello. Había que celebrar una semana de consagración; cada día se iba a ofrecer una serie de diferentes

sacrificios. Reconocemos enseguida los tipos de ofrendas. La ceremonia daba comienzo con la vestidura de Aarón y sus hijos. Aarón llevaba, como sumo sacerdote, una túnica de lino blanco, luego un manto azul, hecho de una pieza; el *efod* que iba sobre los hombros. Encima de ello el pectoral, que era como una bolsa. Por delante estaba decorado con doce (el número de las tribus de Israel) piedras preciosas. Dentro estaban los *Urim* y *Tumim*, las piedras que se usaban para conocer la voluntad del Señor. Sobre su cabeza llevaba el sumo sacerdote una mitra con una lámina de oro, en la cual se leía “santidad a Yahvé”. Las ropas le daban aquí al hombre su estatus, eran la señal de la gracia, que le llamó para este ministerio santísimo.

A la semana de consagración (*cap. 8*), sigue, en el octavo día, la investidura. Se ofrece el sacrificio por el pecado, el holocausto, el sacrificio de paz y la oblación. Y después el pueblo es bendecido por Aarón. Moisés y Aarón entran a continuación en el tabernáculo. Cuando salen, bendicen otra vez al pueblo, después de lo cual el Señor dice “sí” a las ofrendas: su gloria se aparece (según la promesa del 9:6) y consume el sacrificio (9:24).

Pero ese mismo día, la gloria del Señor se aparece también de otra forma. Porque a los dos hijos mayores de Aarón, Nadab y Abiú, que acababan de ser consagrados como sacerdotes, se les ocurre de repente añadir un punto extra al programa de aquella fiesta. Sin que nadie les mande van a ofrecer una ofrenda aromática. ¿Acaso se sentían importantes, estos jóvenes? Pues habían estado en el monte Horeb, después de la confirmación del Pacto (*Éx. 24*). ¿Se encontraban quizá bajo la influencia de una bebida alcohólica, a causa de la ceremonia? Hay quien deduce esto de la prohibición que proclama Moisés inmediatamente después de este suceso: los sacerdotes que están de servicio no pueden tomar alcohol, porque si no, pierden la facultad de discriminación (*10:8-9*).

En todo caso, aquellos jóvenes sacerdotes cometieron un acto arbitrario en el día de su investidura; ofrecen fuego ‘extraño’, prohibido, en el altar. Con ello hundieron en una crisis al sacerdocio según el orden de Aarón, puesto que ya desde el más pronto comienzo se muestra que Aarón no va a traer el sacerdocio perfecto. La institución de sacrificios por el pecado de los sacerdotes tiene una base muy sólida. Si Aarón en el futuro ejerce el sacerdocio, es por la pura gracia del Señor, porque ha perdido todo derecho a ello.

Por eso podemos entender que este grave delito contra la orden de Yahvé tiene que ser castigado. El fuego del Señor mata a los dos sacerdotes transgresores (que tenían la mano levantada). Una ofrenda por el pecado no podrá solucionar nada aquí, ya que pecaron con intención. Además, tiene que quedar claro desde el principio que el culto caprichoso a Dios no está permitido.

La gloria del Señor puede consumir el holocausto, como señal de su favor (9:24). Y puede consumir los sacerdotes, como prueba de su ira (10:3).

Fue un día horrible para Aarón. Podría haber sido muy hermoso. Y su sufrimiento aumentó por la prohibición por parte de Moisés de mostrar señal de luto alguna. El padre no podía asistir al entierro. Que los muertos entierren a sus muertos. El sacerdote estaba cubierto por el aceite vivificante de la unción; no podía entrar en contacto con la muerte impura (10:6, 7; 21:11, 12). Ser ministro significa también llevar la cruz; estar dedicado totalmente al Señor.

### **Puro / impuro = vida / muerte = salvación / pecado**

Acabamos de hablar de discriminación, discernimiento. El israelita, como miembro del pueblo santo, tenía que aprender a discernir entre puro e impuro. Para nosotros, los occidentales, estas cosas nos pueden sonar un poco extrañas. Pero tenemos que tener presente que:

1. el Señor tenía en cuenta situaciones existentes (p. ej. ya hubo distinción entre animales puros e impuros en los días de Noé);
2. Israel aún tenía que ser educado y el Señor lo quería convencer de esta manera de su santidad, que aborrece por completo la muerte y el pecado;
3. muchas leyes se pueden explicar en vista de las deplorables condiciones higiénicas en Oriente (purificaciones, lavamientos, derribar las casas de los leprosos); y finalmente
4. algunos decretos pueden tener como trasfondo la antítesis frente al paganismo (p. ej. el cerdo jugaba un papel en el culto de tanto Babilonia y Siria, como de Egipto).

Podemos leer en *Hechos* 10:9 ss.; y 11:5 ss., cómo el Señor explicó a Pedro que en el nuevo Pacto ese muro de separación entre lo puro y lo impuro había desaparecido. Hoy en día ya no estamos literalmente bajo esas leyes de *Levítico*, pues la iglesia ya no está en su infancia; se ha hecho adulta. Junto con la exención de la iglesia, también ha desaparecido la ley ‘ceremonial’ con todas aquellas ordenanzas de pureza. Cristo las ha cumplido. Sin embargo, esto no quiere decir que todo lo que está escrito en *Levítico* no tenga valor alguno para el presente. Al contrario. Una revelación de Dios exige nuestra atención. Vemos cómo el Señor enseña a su pueblo la idea de ser un pueblo santo (según *Éx. 19:6*). La iglesia o comunidad neotestamentaria es igualmente santificada, purificada por la sangre de Cristo, aunque esto se muestra de otra forma. Todas las expresiones ‘sacerdotales’ (lavar, purificar, etc.) son aplicables a la iglesia de nuestro Señor Jesucristo. El bautismo (que es un lavamiento con agua) es la prolongación de la línea de *Levítico*. “Así que, teniendo un gran Sacerdote

sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (*He. 10:19-22*).

En *Levítico* 11 encontramos disposiciones sobre los animales puros e impuros. Lo que llama la atención es que los animales que se arrastran por el suelo, son impuros. También los peces que se parecen a una serpiente.

Cuando se producía un nacimiento había que ofrecer un sacrificio por el pecado (*12:6-8*). María también hizo esto después de dar a luz a Jesús (*Lc. 2:24*); la ofrenda de los pobres: un par de tórtolas. Los magos de oriente probablemente no habían llegado todavía. Aquella norma quería inculcar que no puede nacer alguien puro de alguien impuro, a menos que Dios mismo intervenga. El ser humano ya es impuro al nacer.

Los capítulos 13 y 14 tratan de la lepra, una enfermedad terrible, que bien se podría llamar la muerte viviente. Como pueblo santo, Israel tenía que observar ciertas reglas; para la purificación de un leproso había que ofrecer sacrificios. Por eso Cristo envió los leprosos que había sanado al sacerdote. Éste tenía que controlar si su sanidad era realmente un hecho, y también tenía que cumplir el ritual de la ofrenda para la purificación.

Con el capítulo 15 como fondo, entenderemos la historia que se nos relata *Mateo 9:20-22*, la de la mujer enferma de flujo de sangre. Aquella mujer quedaba excluida de la participación en el culto. Cristo la devuelve a la vida plena. En ello encontramos a la vez la clave a un capítulo tan difícil como *Levítico* 15. La ley acentúa el poder destructivo del pecado, que también afecta precisamente a la vida sexual. Pero Cristo nos redime también justamente de aquello.

### **Porque ¡la sangre se redime con sangre!**

Cristo salva, nos limpia,... ¿No lo vemos indicado claramente en el día de la expiación? Ya hemos hablado de ello. Era un día de un sacrificio extra por el pecado. Ya que la carta a los *Hebreos* continuamente hace referencias al ritual del día de la expiación, sólo por eso es necesario conocerlo a grandes rasgos.

Una vez al año el sumo sacerdote tenía que hacer expiación en el lugar santísimo, tanto para sí mismo y su casa, como para la ‘congregación de los hijos de Israel’. Para sí mismo y su familia tenía que ofrecer un becerro como sacrificio por el pecado, igual que cuando fue consagrado como sacerdote, y un carnero para el holocausto. En esta ocasión no tenía que vestirse pontificalmente (1), sino que tenía que llevar sólo la túnica de lino blanco;

era un día de expiación. Para el pueblo tenía que tomar dos machos cabríos para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto.

Primero se ofrecía el sacrificio por la casa sacerdotal. El sumo sacerdote tomaba la sangre del becerro, entraba en el tabernáculo, tomaba fuego del altar del incienso y lo empleaba para que el incienso que había traído despidiese un olor agradable. Así, envuelto en una nube de humo, entraba en el lugar santísimo, y salpicaba una parte de la sangre sobre el lado frontal del propiciatorio que está sobre el arca; asimismo la rociaba siete veces (número santo) delante del arca. Luego hacía lo mismo con la sangre del macho cabrío, degollado por el pueblo. Ponía la sangre del becerro y del macho cabrío sobre los cuernos del altar del holocausto, a lo que seguía otra vez un esparcimiento de la sangre en el suelo, repetido siete veces. Echar la sangre al suelo no era un simple acto superfluo. Puesto que en el día de la expiación no solamente el pueblo era purificado, sino también el santuario era limpiado de todas las impurezas, por medio de la manipulación de la sangre (16:20).

Y ¿qué ocurría pues con el otro macho cabrío? Aarón tenía que poner sus dos manos sobre la cabeza de este animal y “confesar sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío” (16:21). Aquel chivo era llevado luego al desierto, cubierto de las iniquidades de Israel, y allí lo soltaban. La ceremonia expiatoria había terminado; el sumo sacerdote se lavaba y vestido con su traje de ceremonia ofrecía el holocausto: el ardor de la ira de Dios quedaba apaciguado. “En un día ha sido quitado el pecado de la tierra” (Zac. 3:9). Aarón había recibido el privilegio de penetrar hasta el trono de Dios y los santos ángeles (cf. Zac. 3:7) para obtener la reconciliación.

La epístola a los *Hebreos* señala que Cristo celebró el último gran Día de la Expiación. Se comparan el uno con el otro:

Aarón	Cristo
Ofrece sangre sustitutiva	Derrama su propia sangre
Repite los rituales de los sacrificios	Se ofrece una vez para siempre
Entra en un modelo del templo celestial	Entra en el santuario celestial mismo
Ofrece sacrificios por tradición y en virtud de la sucesión	Se sacrifica por pura obediencia, llamado por el Padre

En todo ello debemos pensar en la misa católica-romana. Roma hace como si el sacrificio definitivo no se haya realizado; cada día juega al ‘día de la expiación’, aunque sea con una, así llamada, ofrenda sin sangre. Pero el sacrificio ya ha sido ofrecido en el Gólgota; y la sangre ha sido derramada, ofrecida al Padre. ¿Sabes cuándo? En la ascensión. Entonces se puso fin al último gran Día de la Expiación: Cristo como Sacerdote y Cordero se acercó al trono de Dios (compárese el arca del tabernáculo terrenal), y podía sentarse en el trono (cf. *Jer. 30:21; Sal. 110:1; He. 10:11-13; Ap. 3:21*).

Quizá hayas visto alguna vez, en una carnicería o un restaurante judío, el rótulo *kosher*. Esto quiere decir que allí se puede comprar carne de animales sacrificados ritualmente. Puesto que el templo fue destruido, el culto de los sacrificios ya no se puede continuar. Pero donde las ordenanzas de la Ley se puedan aplicar a la vida cotidiana, ahí el judío ortodoxo observa la *Torá*. Y es que la Ley también contenía estatutos acerca de la matanza ordinaria de animales. Porque la sangre era portadora de la vida (el ‘alma’), y cumplía un importante papel en la expiación, por eso nadie podía comer esa sangre (*17:10 ss.*). Durante la travesía por el desierto tenía que ser derramada sobre el altar; cada matanza significó en realidad traer un sacrificio de paz (*17:5*). La sangre de un animal cazado tenía que ser derramada en el campo (*17:13*). Naturalmente, las costumbres paganas de sacrificar a los demonios, los espíritus del campo, también estaban prohibidas (*17:7*). De esta manera protegía el Señor la santidad de Israel durante su travesía por el desierto. *Deuteronomio 12*, que también trata sobre los sacrificios, se adapta más a la situación en Canaán. Quien vivía demasiado lejos del santuario, podía derramar la sangre en el campo. Y esto lo mantienen todavía los judíos que matan bajo la supervisión de un rabino. Pero es que ellos leen la Ley con un velo sobre su rostro. ¡El Cordero, Jesucristo, fue sacrificado de forma *kosher*, y se ha cumplido *Levítico 17*! El Cordero lleva la señal de haber sido degollado (*Ap. 5:6*).

### **Dios exige santidad en la vida cotidiana**

Hoy día no vemos la vida como una totalidad, sino que todo lo encasillamos en diferentes apartados. Pero en la Biblia es distinto. La vida se contempla como una unidad. Por eso leemos en las leyes de santidad de *Levítico* tanto sobre ordenanzas acerca de la vida sexual (*cap. 18*), como sobre la ofrenda de paz (*19:5-8*) y sobre el cuidado de los pobres y extranjeros (*19:10*). Casi lo habíamos perdido de vista, pero aquí también encontramos otra vez una elaboración del decálogo. E igual que éste comienza diciendo: “Yo soy Yahvé tu Dios”, y aquí también encontramos esas mismas palabras poderosas repetidas una y otra vez

(las puedes subrayar en tu Biblia, para comprobarlo). Los mandamientos están fundados en la obra de salvación del Señor. Esto recibe más atención, porque muchos mandamientos estaban dirigidos especialmente contra ciertas prácticas que eran comunes entre los cananeos. El culto de la fertilidad a Baal y Astarot llevaba consigo a veces una desvergüenza ‘religiosa’ y en consecuencia un desbarajuste de la vida en su totalidad. “No profanéis mi santo nombre, para que yo sea santificado en medio de los hijos de Israel. Yo Yahvé que os santifico, que os saqué de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Yo Yahvé” (22:32,33). En vista de la gran atracción que ejercían las religiones cananeas, encontramos pues también una prohibición enfática de adorar a Moloc (que significa rey), sacrificándole los hijos primogénitos (18:21; 20:1 ss.). ¿No era Yahvé el Rey, que hizo un camino en medio del mar para Israel (Éx. 15:18), y que perdonó la vida a sus primogénitos en aquella noche de desgracia para Egipto?

Puesto que Israel fue enseñado por medio de las ceremonias a ser un pueblo santo, también los sacerdotes tenían que someterse a leyes especiales de santidad. No podían tener defectos físicos, no podían casarse con cualquiera, y no podían acercarse a ningún muerto (Lev. 21-22). Incluso los sacrificios tenían que llevar el sello de la santidad; lo defectuoso no se podía ofrecer (22:17-25; cf. Mal. 1:6-14), (2). El Señor no se contentaba con los artículos invendibles. Además, un sacrificio imperfecto, y lo mismo, un sacerdote con defectos, ¿cómo podían ser una prefiguración de nuestro perfecto Sumo Sacerdote?

Antes de despedirnos de las leyes de santidad, hay que destacar que los profetas hacen referencia a ellas continuamente. Por ejemplo: las ordenanzas sobre la medida justa en 19:36 tienen eco en *Ezequiel* 45:10 y en *Proverbios* 11:1, y forman la base para la admonición de *Amós* 8:5 y *Miqueas* 6:10. Además, nuestro mayor Profeta y Maestro, ¿acaso no se ha basado en las leyes de santidad cuando dio el mandamiento de amar al prójimo? No pensemos que Cristo dio un mandamiento nuevo, cuando habló de “amar al prójimo como a ti mismo”. ¡Ya lo encontramos en *Levítico* 19:18! ¡La *Torá* llega incluso hasta el corazón malo: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón” (19:17)! Gandhi se quedó dormido leyendo *Levítico*, y volvió a estar interesado cuando leyó el Sermón del Monte (Mt. 5-7); pero de verdad esto no tendría que haber sido así, porque ya encontramos el germen del Sermón del Monte en el tercer libro de Moisés.

**He aquí sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz. Celebra, oh Judá, tus fiestas, cumple tus votos. (Nah. 1:15)**

Ya leímos sobre las fiestas; en el capítulo 23 se profundiza en ellas partiendo del tema de *Levítico*, que es la santidad (cf. *Éx. 23:14-17; 34:18 – 24; Nm. 28:16 – 29:39; Dt. 16:1-17*). Se mencionan aquí las siguientes fiestas:

- el *shabbat* (cada séptimo día de la semana);
- la *Pascua*, la fiesta de los panes sin levadura; duración: siete días; se ofrecen las gavillas de la primicia;
- siete semanas después, en el día cincuenta: la *fiesta de las semanas* o *shabuot* (lo llamamos Pentecostés porque se celebra en el quincuagésimo día, que es *pentekostè* en griego);
- el día de la *conmemoración al son de trompetas* en el primer día del mes séptimo (más o menos octubre); en el séptimo mes se celebraban tanto el día de la expiación como la fiesta de los tabernáculos. El son de las trompetas puede ser un símbolo de juicio; así se conmemora la santidad del Señor. Este día se convirtió más tarde en el Año Nuevo judío.
- el *día de la expiación* (23:26-32): un día para humillarse;
- la *fiesta de los tabernáculos* o *sukot* (23:33-43). Esta fiesta recordaba la travesía por el desierto, cuando Israel vivió en tiendas. Duración de la fiesta: siete días.

Coincidía con el final de la cosecha de frutos y la vendimia y se caracterizaba por la alegría. Sobre la base de la propiciación (día de la expiación) la verdadera vida puede prosperar (la fiesta de los tabernáculos es la fiesta por excelencia entre los judíos). En *Apocalipsis 7:9* la “gran multitud que nadie puede contar” agita ramas de palma, como en la fiesta de los tabernáculos.

El ciclo de las fiestas no sólo reclamaba días, sino también años. Cada siete años había un *año sabático*, en el cual la tierra tenía que descansar. No se podaba ni se cosechaba. Y así como Pentecostés estaba a siete semanas de la Pascua, así también el año sabático se celebraba después de siete ‘semanas de un año’, o sea, siete años sabáticos, en el año cincuenta, el así llamado *año del jubileo*; o mejor dicho: el año del *yôbèl*, (hebreo por carnero) porque al comienzo de este año hacían sonar los cuernos de carnero.

El año del jubileo traía gran alegría para aquellos israelitas que se habían convertido en esclavos, o que habían tenido que vender sus tierras o su casa por falta de dinero. Volvían a ser libres y se les devolvía sus propiedades automáticamente (*cap. 25*). Se entiende que, por tanto, el comercio estaba condicionado en torno al año del jubileo ya que, si alguien compraba un campo a otra persona que había venido a menos, solamente pagaba el valor estimado de un cierto número de cosechas... hasta el año del jubileo. Porque entonces el campo volvía a ser del propietario original. Así que solamente pagaba el usufructo.

Está claro que el año del jubileo era una institución tremendamente misericordiosa del Señor. No es de extrañar que *Isaías 61:1-2* introduce a Cristo, el Siervo del Señor, diciendo: “me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos,... a proclamar el año de la buena voluntad de Yahvé”. ¡El Mesías trae el año de jubileo! En su primera predicación en Nazaret, Cristo expuso el Evangelio basándose precisamente en este texto. En la Ley de Israel resplandece la luz mesiánica.

Esa luz se abre camino también en los decretos sobre el rescate (25:23-55). La familia tenía el derecho, o más bien, la obligación de redimir al pariente empobrecido, esto es pagar el precio de su rescate cuando había tenido que venderse como esclavo; o rescatar sus tierras y casa. Aquí brilla claramente la luz mesiánica: Cristo es el gran Redentor. Él es nuestro Hermano, nuestro pariente más cercano, que nos redime con alma y cuerpo del poder de Satanás.

El último capítulo de *Levítico* (27) también aborda brevemente el tema del rescate. Existía la posibilidad de rescatar algo que uno ya había consagrado o prometido al Señor; siempre que se pagaba el precio establecido para ello. Sabes lo que son los votos, ¿no? Uno pasa necesidad, y promete darle algo al Señor si oye su oración. Y ¿qué es lo que pasa muchas veces? Cuando hay necesidad, uno promete cualquier cosa, y cuando llega la hora de la salvación, uno intenta olvidarse de lo que ha prometido. La *Torá* quería dar una buena enseñanza aquí: “¡Paga tus votos al Señor, oh Israel!”

### **Bendición y vindicación del Pacto**

Antes del pasaje sobre los votos, leemos en el capítulo 26 acerca de la bendición y la maldición. En *Deuteronomio 28* (que se tuvo que leer en Canaán, en Siquem) encontramos algo similar. Israel puede elegir entre el camino de la vida y el camino de la muerte. Quebrantar el Pacto significa traer el juicio sobre uno mismo. Enemigos, sequías, epidemias, hambre. “Yo Yahvé, vuestro Dios.” La obediencia al Pacto significa prosperidad y comunión con Yahvé. “Andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. Yo Yahvé vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto...” (26:12-13). Y ¡en los libros de los profetas no vemos otra cosa que una elaboración de este mismo tema! Leemos ahí acerca de las maravillosas perspectivas de salvación, del descanso mesiánico, pero también del hambre, de la espada y de la peste. Los profetas continúan hilando el mismo hilo de la bendición y vindicación del Pacto (cf. *Is. 1:19,20; Is. 5; Am. 4:6-11*). Hasta en *Apocalipsis* podemos escuchar el eco de la amenaza de un castigo multiplicado por siete (*Lv. 26:18-39*): en los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas. La Biblia tiene una unidad mucho más grande de

lo que pensamos; si nuestros ojos se abren a ella, una y otra vez nos llama la atención la coherencia entre la Ley y los Profetas.

(1) *Pontifex* significa sumo sacerdote, pontifical: como un sumo sacerdote, o sea con las vestimentas del sumo sacerdote.

(2) En la práctica de ofrecer animales con defectos para el sacrificio, con el fin de que salga lo más barato posible, podía haber cierta dosis de conformidad con el mundo. ¡Así engañaban los paganos a sus dioses! Para ilustración damos a continuación una cita de un artículo de Bertus Aafjes, “*Dagboek van Paestum*” (Diario de Paestum), publicado en la revista *Elseviers Weekblad* del 8 de diciembre 1962. Vemos en ello también la actualidad de la Ley de Moisés. Por eso, la historia que se nos relata aquí sobre la *pecora zoppa* en el templo dedicado a Hera en Paestum (en el sur de Italia), merece más que risa, nos tiene que poner serios.

“Estoy sentado en lo que queda de un muro y miro a los excavadores que dan vueltas a cada fragmento como si fuera una moneda de oro. ¿Cuál es el botín de una tarde excavando así? Algunos pedazos de cerámica, un trozo de hierro herrumbroso, un hueso. El laico no sabe leer nada en estos residuos de los siglos. Sin embargo, para el arqueólogo estas nulidades son las páginas de un libro emocionante que él tiene que descifrar. La *Signora Zancani* se ríe cuando cuenta la historia del hombre que visitó las excavaciones y que sabía todo sobre huesos de animales, pero de huesos humanos en cambio, sabía poco o nada. Se llamaba Nobis, y era un científico oriundo de Kiel, Alemania. Se acercó a la colección de huesos que había en el terreno de las excavaciones, y que eran de los animales que un día habían sido sacrificados a la diosa en los pozos para el sacrificio, los *boetroi*. *Herr Nobis* vio un hueso que no podía identificar en absoluto, y sospechó que era de un hombre. Para estar seguro de ello, pidió permiso para llevarlo consigo a Kiel, con el objeto de examinarlo en su laboratorio.

Un mes más tarde, llegó una carta a Paestum, dirigida a la *Signora Zancani*. El hueso era el de una oveja, el animal se había roto la pata, el campesino la había arreglado, pero la pata no se había curado bien. De ahí la forma misteriosa del hueso.

La *Signora Zancani* se rió entonces de buena gana porque de repente vio con una claridad absoluta qué había ocurrido hace veinticinco siglos en aquel lugar de peregrinación. Un campesino, para que le saliera por una ganga, había ofrecido a la diosa Hera una oveja coja. La *pecora zoppa*, la oveja coja, se rió la *Signora*. Esto parece una comedia de Plauto, de la cual se perdió, salvo un hueso deforme, todo el texto.”

## NÚMEROS

### **Libro de murmuraciones y crónica evangélica**

Mientras que los nombres de los otros libros de Moisés son de origen griego, luego latinizado (*Génesis, Éxodo, Levítico y Deuteronomio*), *Números* viene directamente del latín. El nombre no cubre todo el contenido; pero es un hecho que *Números* nos da una cantidad considerable de números para leer. Hablando de números: en el mundo de la investigación hay bastante polémica sobre este tema, porque parece ser que la cifra ‘mil’ (*'elef* en hebreo) originalmente no indicaba exactamente ‘mil’, sino un clan, un grupo familiar. Es difícil ahora de determinar el valor numérico de *'elef*, pero seguro que era menos que mil.

Los judíos a veces han llamado a este libro por la cuarta palabra con que comenzaba: *Ba-midbar*, “En el desierto”. Ese nombre refleja mejor el contenido, ya que el libro trata de la travesía por el desierto. No hay que esperar una crónica muy precisa. El Señor hizo escribir aquello que era importante en la Historia de salvación. Lo mismo vale para toda la Biblia. No se trata de satisfacer nuestra curiosidad, sino de la proclamación del Evangelio.

Y ¿cuál es el evangelio en *Números*? ¿Acaso no está lleno de juicios sobre los pecados de Israel? Efectivamente. La descendencia de Abraham ha conjugado el verbo murmurar en todas las formas posibles; *Números* bien se podría llamar el ‘libro de las murmuraciones en el desierto’. No obstante, en medio de todo ello vemos la paciencia de Dios. Como un Pastor seguía guiando a su pueblo. Les hizo marchar por el Sinaí. Les llevó a través del desierto. Eran ciertamente señales del castigo. Y las generaciones de entonces murieron en el camino; no conocieron el ‘descanso’ en Canaán.

Pero el pueblo, como tal, no desapareció. Una y otra vez, el Señor escuchó las oraciones de Moisés. Una nueva generación se hallaría poco después a las puertas de la tierra prometida. Y ¿no habla esto del Evangelio poderoso de la bondad de Dios? “No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados” (*Sal. 103:10*).

**Vaya ahora el Señor en medio de nosotros (*Éx. 34:9*)**

El número y la fuerza no determinan todo en la iglesia o comunidad de Dios. David cometió un gran pecado al hacer un censo para contabilizar la magnitud de su reino (2 S. 24). Sin embargo, esto no quiere decir que todo censo estaba prohibido. *Números* empieza con un censo que fue ordenado por el Señor. Posiblemente estaba relacionado con un impuesto (*Éx. 30:11-16*), pero en todo caso este censo tenía que ver con la organización del ejército, con el orden durante la marcha y al acampar alrededor del tabernáculo. Porque esto era lo hermoso: durante la marcha, el arca iba delante; al desplegar las tiendas, el tabernáculo era el centro. Alrededor del santuario acampaban los levitas. Alrededor de ellos las demás tribus tenían su sitio. Judá acampaba al este, y al comenzar la marcha, esta tribu (¡de la cual iba a venir el Mesías!) tenía prioridad.

¿No encontramos aquí algo del Evangelio? Aquí suena otra vez “Yo habitaré en medio de vosotros”. Y también la última página de la Biblia: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres”. El trono de Dios y del Cordero estará en la nueva Jerusalén (*Ap. 21:3; 22:3*). Sólo los levitas y sacerdotes tienen en *Números* un lugar privilegiado. Los sacerdotes tienen que servir en el tabernáculo; y los levitas (que no son descendientes de Aarón, sino de Leví) pueden transportar los objetos santos (*Nm. 1:50-51*). Pero en *Apocalipsis* las diferencias entre las tribus han desaparecido; ahora hay un sacerdocio universal: “serán sacerdotes de Dios y de Cristo”; “sus siervos (del templo) le servirán” (*Ap. 20:6; 22:3*).

### **Consagrados y bendecidos**

El capítulo 3 relata cómo los levitas son contados por separado. La razón para ello era esta: cuando Israel salió de Egipto, el Señor santificó todos los primogénitos de Israel para sí (*3:13*). En realidad, todos los primogénitos tendrían que servir en el tabernáculo. Pero luego se arregló de tal manera que los levitas tomaron el lugar de aquellos primogénitos (*3:41*). Dado que hubo 273 primogénitos más que levitas, había que pagar un rescate de cinco siclos por los primeros (*3:46 ss.*). Y esto se ha mantenido siempre así en Israel: también por Jesús fue pagado un rescate por su padre José; el que fue y es sacerdote según el orden de Melquisedec, ha sido rescatado del servicio según el orden de Aarón; ¡el Redentor rescatado! (cf. *Lc. 2:23*; la ofrenda mencionada en el v. 24 era el sacrificio para la purificación de María).

A partir del capítulo 5 siguen varias ordenanzas que están relacionadas con la santidad de Israel. A la luz de lo anterior, no hacen falta demasiadas explicaciones. Pero queremos destacar dos cosas.

En primer lugar, se nos habla del *nazareo*. No podía tomar alcohol, ni afeitarse o cortarse el pelo, ni tampoco contaminarse con un muerto (igual que el sumo sacerdote).

Normalmente, pensamos en los nazareos como nazareos de por vida, como Samuel y Sansón. Pero la Ley tiene en cuenta la posibilidad de que uno podía consagrarse a Dios por un tiempo determinado (6:4 ss.). Al término de su nazareato había que llevar ofrendas. Leemos en *Hechos* que también Pablo ofreció semejante sacrificio (21:23 ss.), que fue el pago de su libertad (también en *Hch. 18:18* se habla de un voto de nazareo).

*Números 6:22-26* nos transmite la bendición sacerdotal. Seguramente la conocemos por nuestros cultos:

“El Señor te bendiga, y te guarde;

El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti; y tenga de ti misericordia;

El Señor alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.”

Si en el caso del nazareato se trata de una ofrenda de consagración del hombre a Dios, con la bendición es a la inversa, se trata de un don de Dios para el hombre. La bendición es lo contrario de la maldición. Por supuesto que no hay que entenderla como algo mágico. El Señor bendice por medio de su Palabra, y la fuerza vital que Él otorga, la sujeta a la obediencia a aquella Palabra. El ‘guardar’ (que es una expresión típica para el velar durante la noche; cf. *Sal. 121* y *Lc. 2:8*) no se cumple si uno no se toma en serio la Palabra del Guardador de Israel. Y si uno tiene otros dioses delante de su rostro, no va a poder contar con la misericordia de su rostro alzado; más bien significa que Él esconderá su rostro y muestra su espalda (*Jer. 18:17*). A través de Isaías, el Señor azota al pueblo apóstata: “Cuando extendáis vuestras manos (en oración), yo esconderé de vosotros mis ojos” (*Is. 1:15*). ¡Ay, mejor nos sería morir, que el Señor escondiese su rostro! (*Job 13:24; Sal. 27:9; 69:17; Is. 64:7*). Y cuando la paz, la felicidad completa, no se esperan de Dios, entonces: “No hay paz para los impíos” (*Is. 48:22; 57:21*).

Algunos han señalado la estructura armoniosa de la bendición sacerdotal. Las tres frases consisten en su versión hebrea de 2+1 (= 3), 3+2 (= 5) y 4+3 (= 7) palabras y 3x5, 4x5 y 5x5 caracteres.

No es por casualidad: la pulsación de la bendición va en aumento; el oyente tiene que saber que el brazo del Señor no se acorta y que su gracia no es limitada. El Señor es una fuente rebosante de todo lo bueno. No es de extrañar que los *Salmos* citen continuamente la bendición de Aarón (*Sal. 4:6; 31:16; 43:3; 44:3; 67:1; 80:1, 3, 7, 19; 89:15; 118:27; 119:135*; cf. también *Ap. 22:4-5*). “Todo depende de la bendición del Señor.” Este refrán es más que sabiduría popular.

**¡Levántate, oh Yahvé, al lugar de tu reposo! (Sal. 132:8)**

Después de que los levitas fueron consagrados (8:5 ss.) y la Pascua se celebró por segunda vez (9:1 ss.), llegó el gran momento de la partida de Israel del Sinaí. Las trompetas dieron la señal (10:1 ss.). En una nube, que por la noche se convertía en una columna de fuego, el Señor acompañaba al pueblo (9:15-23). No era Israel, sino el Señor quien dio cada vez la señal de acampar o de partir (9:22-23). Delante iba el arca del Pacto (10:33). Leemos también las palabras que habló Moisés cada vez que el arca se movía:

“Levántate, oh Yahvé, y sean dispersados tus enemigos,  
y huyan de tu presencia los que te aborrecen” (10:35).

El conocido *Salmo 68:1* cita también estas palabras (igualmente el *132:8*). Probablemente se compuso este Salmo con motivo de traer el arca a Jerusalén. El Dios de Israel era un Dios poderoso en la lucha, que iba delante de su pueblo.

Las palabras que pronunciaba Moisés al detenerse el arca son, según la R.V.: “Vuelve, oh Yahvé, a los millares de millares de Israel”. El profesor Noordtzijs da la siguiente traducción: “Desciende, oh Yahvé, y bendice a los ejércitos de los tribus de Israel”.

El significado está claro en todo caso: se rogaba por la presencia permanente del Señor entre su pueblo.

Leemos acerca de Hobab, probablemente el cuñado de Moisés, que viajó con él como guía (10:29-32). ¿Era una muestra de debilidad humana por parte de Moisés, al pedirle que les acompañase? Es verdad que la Biblia no retoca los puntos débiles del carácter de Moisés. Pero la cuestión es si Moisés se mostró aquí calculador. El Señor obra siempre a través de los medios; y aunque la nube daba cada vez la señal de quedarse o de partir -el desierto tenía sus problemas propios. Había que buscar manantiales y pastos; había que contactar ocasionalmente con tribus nómadas y caravanas. Y para ello Hobab podía ser de considerable ayuda. Por otra parte, no tenemos que imaginarnos el desierto como una llanura de arena; quizás sea mejor llamarlo estepa; con pequeños arbustos, insignificantes matorrales, generalmente con un alto valor nutritivo para las ovejas, esto era más o menos el escenario de la peregrinación de Israel. Volviendo a Hobab: su familia se integró más adelante en Israel; Jael, la mujer famosa por haber matado a Sísara, descendía de él (*Jue. 4:11-23*).

**Donde me tentaron vuestros padres (Sal. 95:9)**

A Israel Dios le había mostrado una gracia inmensa; pero ¡cuán grande fue su caída una y otra vez!

*Números* 11:1-3 comienza a hablar de la murmuración en general. El fuego de una tormenta incendió un extremo del campamento. A petición del pueblo, Moisés oró al Señor y el fuego se extinguió.

Pero más tarde se repite: el grupo de gentes que habían venido con ellos, empezó a idealizar a Egipto; el pescado y los melones, y no se sabe cuantas cosas más, ejercían una gran atracción y hacían sombra al maná que Dios les daba. Y todo Israel se dejó arrastrar por esas quejas ingratas y también injustas; e se pudieron a llorar a la entrada de sus tiendas: ¿quién nos dará a comer carne? ¡En Egipto no nos faltaba de nada!

Pero entonces la ira del Señor se enciende. Al mismo tiempo, Moisés experimenta un gran desánimo. Quiere tirar la toalla. Piensa que el Señor le quiere mal, pues ha puesto la carga de todo este pueblo sobre él.

El Señor le contesta que aligerará su carga, poniendo una parte del espíritu que está en él en setenta ancianos. Además, el Señor les dará carne, tanto, que la aborrecerán. Moisés, incrédulo, hace muchas preguntas, igual que los discípulos más tarde con la multiplicación de los panes y los peces, pero la mano del Señor no se queda corta. Los ancianos profetizan al lado del tabernáculo. Incluso sobre dos que están todavía en el campamento, reposa el Espíritu. Y cuando Josué, con un celo demasiado grande, quiere prohibírsele, Moisés pronuncia un ruego digno de Pentecostés: “Ojalá todo el pueblo de Yahvé fuese profeta, y que Yahvé pusiera su Espíritu sobre ellos.” ¿Y la carne? Venía en forma de codornices (como perdices pequeñas), que en su migración, forzadas por un fuerte viento, volaban a poca altura sobre el campamento, y así podían ser capturadas fácilmente. Pero este don fue causa de otra caída de Israel. Llenos de codicia, se abalanzaron sobre los pájaros como si estuvieran muertos de hambre por culpa del maná. Por eso el Señor los hirió con una plaga muy grande: el lugar fue llamado después ‘Tumbas de los codiciosos’.

Pero no se acabaron aquí los problemas. María y Aarón entraron en conflicto con Moisés a causa de su matrimonio con una mujer cusita. ¿No toleraban a aquella extranjera? ¿Salieron en defensa de Séfora? ¿O solamente era una excusa para poder sermonear a Moisés? De todas formas: tanto María, la hermana mayor, como Aarón, el intérprete de Moisés, le disputaron su monopolio como profeta. “¿No ha hablado el Señor también por nosotros?”

Todo esto provocó la intervención del Señor mismo. Desde el Tabernáculo de reunión reivindica a Moisés: si hubiese profetas, el Señor se revelaría a ellos de forma indirecta en sueños y visiones.

“No así a mi siervo Moisés,  
que es fiel en toda mi casa.  
Cara a cara hablaré con él,  
y claramente, y no por figuras;  
y verá la apariencia de Yahvé” (12:6-8)

Por eso ¡nada de recriminaciones a Moisés! A causa de esto, la orgullosa María fue castigada: Se convierte en leprosa; y Moisés tiene que hacer de mediador para lograr que sea sanada.

El Nuevo Testamento hace dos referencias a este episodio. Primeramente *Hebreos* 3:1-6 compara a Cristo con Moisés. Ambos eran fieles en la casa de Dios (la iglesia o comunidad). Pero cada uno a su manera: Moisés como siervo, pero Cristo como el Hijo que mantiene la ‘casa’ Él mismo.

El otro texto es *1 Corintios* 13:12: “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido”. En Corinto había personas que se enorgullecían de sus capacidades como profetas y profetisas. Pablo dice: Bien, esto es muy bonito y maravilloso; pero estas cosas son temporales. No hay que pensar que sabemos y conocemos todo. En esta vida conocemos solo en parte. Sólo en la segunda venida de Cristo conoceremos al Señor, igual que Moisés, sin oscuros reflejos, ni misterios.

La historia de las murmuraciones no ha llegado todavía a su fin. Ya se han acercado a la tierra prometida. Mandan doce espías. El resultado: Por un lado un informe mayoritario; se desaconseja una invasión ante la superioridad de la fuerza militar cananea; por otro lado, un informe minoritario de Josué (de Efraín) y Caleb (de Judá); se recomienda la invasión en base a las promesas de Dios. El pueblo se rebela: “Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto”. La ira del Señor se manifiesta: Él quiere hacer de Moisés un pueblo grande. La súplica de Moisés (que según *Deuteronomio* 9:25 duró cuarenta días, igual que al recibir la Ley, e igual que la súplica después del pecado con el becerro de oro, *Dt.* 9:9,18). Moisés aduce los siguientes argumentos:

1. ¿Qué dirán los pueblos? Que el Señor no pudo cumplir lo que había jurado y prometido.

2. El Señor se describe a sí mismo “tardo para la ira y grande en misericordia”, después del pecado en el Sinaí (*Éx. 34:6-7*).

Entonces el Señor oyó, y perdonó. Pero al mismo tiempo juró con un juramento muy fuerte, que aquellos hombres que prefirieron morir en el desierto, recibirían lo que merecieron (*Nm. 14:2, 28-29*). Aparte de Josué y Caleb, toda la generación del desierto moriría antes de llegar a Canaán. Y el intento de entrar en la tierra a pesar de todo, no iba a tener éxito (*14:39 ss.*). Los espías habían estado fuera durante cuarenta días; y ahora Israel tenía que pagarlo, un año por cada día (*14:34*). Grande era la gracia mostrada a Israel, sí. Pero, dice *Hebreos 3:19 ss.*: “Vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.”

No ir acompañada de fe... ¿No vemos eso continuamente en aquella historia del desierto? Ahí tenemos la rebelión de Coré, Datán y Abiram (*caps. 16-17*). Coré era un levita; él opinó que los levitas también podían ser sacerdotes. Datán y Abiram descendían de la tribu de Rubén, el primogénito de Jacob. Y ellos apelaron al ‘oficio de todos los creyentes’, es decir ‘el sacerdocio de todos los creyentes’. Porque ¿no eran todos ellos ‘santos’ según la Palabra del Señor en *Éxodo 19:6*? ¿No era Israel un reino de sacerdotes? Coré por un lado, y Datán y Abiram por otro, tenían propósitos diferentes. Pero se unen en oposición a Moisés y Aarón estos hombres; un fenómeno que sigue produciéndose en las revoluciones hasta el día de hoy. A todo eso, también se sumó una insatisfacción por el largo peregrinaje sin resultados visibles. Datán y Abiram hablaron incluso de Egipto como una tierra que destilaba leche y miel; esta expresión tuvo que ofender bastante: por cuanto Canaán era descrito así en las promesas del Señor y en los in formes de los espías.

Un juicio de Dios iba a ser decisivo: Coré y sus seguidores trajeron una ofrenda aromática, y Aarón también (*16:16-18*). Pero el fuego del Señor consumió al séquito de Coré (*16:35*). Su nube de incienso no les protegió contra el furor del fuego del Señor. La congregación, entretanto, fue llamada a separarse del círculo de Coré, y de las tiendas de Datán y Abiram. Porque estos revolucionarios con sus familias fueron tragados por la tierra (*16:25-34*). Lo que quedó claro fue que el llamado de Moisés era de Dios. Se había mostrado: el Señor había hecho saber quién era suyo, quién le pertenecía de forma especial, y quién era el santo, es decir, el sacerdote consagrado (*16:5*).

En este contexto conviene cerciorarse de las alusiones que hace el Nuevo Testamento a este episodio. Pablo escribe en *2 Timoteo 2:19* (precisamente cuando habla también de

herejes que destruyen la iglesia o comunidad) estas poderosas palabras: “Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello:

“Conoce el Señor a los que son suyos;

y:

Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo.”

La referencia a la rebelión bajo Moisés es clara: El Señor mantiene a los que son sus siervos fieles en la iglesia (*Nm. 16:5*), Él conoce al que le pertenece; pero por otro lado, la iglesia tiene el llamado de apartarse de herejes tanto como Israel tenía que apartarse de Coré, Datán y Abiram, para no perecer junto con ellos. Así también la epístola de *Judas*, v. 11, nos dice: “perecieron en la contradicción de Coré”; hablando precisamente de los herejes.

Coré... pero ¿no tienen muchos de los salmos, por ejemplo 42, 84, 85, 87 – por mencionar algunos de los más conocidos – el epígrafe ‘de los hijos de Coré’? Efectivamente, pero es que los hijos de Coré no murieron (*Nm. 26:11*). Los hijos, por lo visto, no eligieron el lado de su padre, y no formaron parte de sus seguidores.

Ahora uno podría pensar que después de este juicio se habría puesto punto final a todo esto, pero la resistencia es tenaz. Al día siguiente se oía el reproche ‘piadoso’: “Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Yahvé”. Pues, ya se sabe que los herejes son gente encantadora ¿no?

Se dirigieron todos juntos al tabernáculo. Entonces, otra vez apareció la gloria del Señor. Si Aarón, como sumo sacerdote investido en el ministerio, no hubiera tomado el incienso, Israel hubiera sido consumido. Y para enfatizar una vez más ante el pueblo el ministerio de Aarón, Moisés invita, por orden de su Portavoz, a todos los príncipes a entregar sus varas para guardarlas en el tabernáculo de reunión, delante del testimonio. Y mira, al día siguiente la vara de Aarón había florecido: flores de almendro y frutos. Ya encontramos el almendro como motivo en el candelabro: un árbol de floración temprana, símbolo de que el Señor guarda a su pueblo y que Él es fiel. La vara tenía que ser guardada delante del arca, como señal permanente del llamado de Aarón.

Más adelante encontramos otra vez aquella vara que estaba delante del Señor. Por enésima vez hay una rebelión (*20:2-13*). No hay agua. Moisés, con Aarón, tiene que reunir la congregación, tomar la vara en cuestión, y mandar a la peña que dé agua. Pero entonces comete el error de su vida. En lugar de hablar a la roca, y mostrar así el poder de la Palabra y destacar la fuerza de Yahvé, golpea la peña con la vara de Aarón. Con este gesto, y su

pregunta: “¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?”, Moisés (con Aarón) se erigió en causante de la salida de agua de la roca. Moisés había actuado como un brujo. Y el castigo no se hizo esperar. Ni él ni Aarón podrían entrar en Canaán. María ya había muerto (20:1); la muerte de Aarón seguiría poco después (20:22-29). Le sucedió Eleazar; y antes de la entrada en Canaán Moisés moriría en el monte Nebo.

### **¡Así el Hijo del Hombre!**

#### **¡Cuánto más la sangre de Cristo!**

En los límites de Canaán, después de haber luchado contra puestos avanzados de los cananeos (21:1-3), empezaron otra vez las quejas. Al maná lo llamaban ahora pan liviano (21:5). El Señor contesta a esta murmuración enviando serpientes ardientes. No hay salvación hasta que Moisés hace una serpiente de bronce y la monta sobre un asta, a la vista de todos. Aquel que la mira, después de haber sido mordido, salvará su vida.

Cuando Cristo habló con Nicodemo acerca del nuevo nacimiento, hizo una referencia a este suceso. Nicodemo preguntó, cómo podía hacerse el nuevo nacimiento (*Jn. 3:9*). Jesús le contesta señalando a la serpiente de bronce. Así es necesario que el Hijo del Hombre (el Cristo) sea levantado (en la cruz y por medio de la ascensión), para que todo aquel que en Él cree, tenga vida eterna, y también el nuevo nacimiento. ¿No hemos sido mordidos todos por Satanás, la gran serpiente?, y ¿no nos da el Mesías alzado una vida nueva?

Tenemos que vivir de esta gracia. A esto nos llama el ‘libro de las murmuraciones’, según el comentario de Pablo:

“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar (1), y todos comieron el mismo alimento espiritual; porque bebían de la roca espiritual que les seguía, y la roca era Cristo. Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto.

Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron... Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.

Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (*1 Co. 10:1-6, 9-12*).

El Evangelio en *Números* no se nos puede ocultar. Todas aquellas murmuraciones, aquellos ataques al ministerio de Moisés, nos hacen ver el camino que tiene que recorrer un

profeta; y la dificultad del camino por el que tenía que andar el gran Profeta Jesús, puesto que como Moisés, Él era poderoso en palabras y en obras; Él era el Mediador del nuevo Pacto. Pero ¡cuán grande oposición tuvo que soportar de su propio pueblo! *Números* marca el camino de la cruz. ¿No es esto el Evangelio?

Evangelio es también, cuando leemos en el capítulo 19 sobre el agua de la purificación hecha con la ceniza de una vaca alazana. Como una especie de ofrenda por el pecado, aquella vaca alazana (roja como el color de la vida) era degollada fuera del campamento; la sangre se rociaba siete veces frente al tabernáculo de la reunión; y la ternera se quemaba, junto con madera de cedro, hisopo (probablemente algún tipo de romero aromático) y escarlata, hasta quedar reducida a cenizas. De aquella ceniza se hacía el agua de la purificación, que se rociaba el tercer y el séptimo día sobre todo aquel que se había contaminado al tocar un muerto. Y *Hebreos* 9:13-14 se refiere a esta ceremonia cuando dice: “Porque si... las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

### **Pueblo mío, acuérdate ahora qué aconsejó Balac, y qué le respondió Balaam (*Mi. 6:5*)**

También escuchamos el Evangelio en la profecía de Balaam. El motivo de ella fue lo siguiente: Israel no podía pasar por las tierras de Edom, ya que este pueblo hermano rehusó sencillamente darle paso. Sehón, rey de los amorreos, también les negaba el paso. Él fue derrotado, y su tierra conquistada. Una parte de las tribus se establecería allí más tarde. Og, rey de Basán, también fue vencido (*cap. 21*). Luego Israel acampa en las llanuras de Moab, frente a la entrada a Canaán. Si consultamos un mapa, se verá la situación más claramente. Israel, acampado en aquel lugar, fue considerado una amenaza por Balac, el rey de los moabitas. La noticia de la derrota de Sehón y Og le llegó. Balac pudo ver con sus propios ojos lo numeroso que era Israel. ¿Qué podía hacer? El que no es fuerte tiene que ser astuto; lo iba a intentar, no por la fuerza, sino por medio de la magia. Junto con los ancianos de Madián envía mensajeros a un cierto Balaam, que vivía en algún lugar a orillas del Éufrates, para pedirle que vaya a maldecir a Israel.

Es la codicia del dinero, la que por lo visto mueve a Balaam. Pero el Señor se impone de tal manera a él, que no puede decir otra cosa que lo que el Señor le pone en la boca. Toda aquella historia del asna que habla (*22:23 ss.*) tenía únicamente como objetivo forzar a Balaam, hablándole en su propio ‘idioma’ por medio de sucesos milagrosos, a hablar sólo la Palabra de Yahvé, y no actuar según los deseos de su patrón Balac. Y cuando Balaam por fin,

después de mucho abracadabra (23:1 ss.), empieza a hablar, no sale ninguna maldición de sus labios, sino una bendición. Desde una altura, el vidente ve el campamento de Israel. Las promesas a Abraham y Jacob se han cumplido: “¿Quién contará el polvo de Jacob, o el número de la cuarta parte de Israel?”

Al constatar que fue una bendición, Balac no queda satisfecho, por supuesto. Por lo que le lleva de una cumbre a otra. Pero entonces Balaam le dice rotundamente: “He aquí, he recibido orden de bendecir; Él dio bendición, y no podré revocarla” (23:20). El júbilo por el Rey, el Señor, está en Israel (23:21). Por eso no se ha notado iniquidad en Jacob. Israel es comparado con un león. Y cuando Balaam habla por tercera vez, utiliza esa imagen de nuevo (24:9). “Benditos, los que te bendijeren, Israel.”

Naturalmente, Balac está enormemente disgustado. Pero Balaam va hablar por cuarta vez, y esta vez sin hacer sacrificios. Ahora se trata del futuro de Israel. El adivino ve la figura de un rey:

“Lo veré, mas no ahora;  
Lo miraré, mas no de cerca;  
Saldrá ESTRELLA de Jacob,  
Y se levantará cetro de Israel (24:17)

En general, uno puede decir que aquí profetiza la monarquía israelita. Los otros pueblos ya tenían reyes mucho antes que Israel (*Gn. 36:31; 1 S. 8:5*). David subyugó a Moab y a Edom. Pero la profecía no llega a su cumplimiento con David. Eso no sucede sino en Cristo. Recordemos los sabios de Oriente. Eran, por así decirlo, compañeros del sacerdotal adivino Balaam. Ellos vieron una estrella nueva, y relacionaron este hecho con el nacimiento de un Rey en Israel; ‘estrella’ y ‘cetro’ van unidos. Cristo es la estrella resplandeciente de la mañana y rige con vara de hierro a todas las naciones (*Ap. 22:16; 12:5*). ¡El Evangelio en *Números* y *Apocalipsis* se encuentran!

### **Entonces se levantó Finees e hizo juicio (*Sal. 106:30*)**

Por otra parte, en las llanuras de Moab Israel llegó a hacer cosas horribles. El pueblo bendito se dejó inducir a la fornicación y la idolatría, dos cosas que en el mundo cananeo siempre iban de la mano. De *Nu. 31:16* se puede deducir que Balaam aconsejó a Balac que quebrantase la fuerza de Israel llevándolo al culto lascivo de Baal-Peor. En el Nuevo Testamento, este comportamiento de Balaam se compara con el de los herejes que llevan la

iglesia a la fornicación espiritual e idolatría, a un acuerdo con la sinagoga de Satanás. También se señala el castigo que vino a causa de esta apostasía (*1 Co. 10:14*). A los príncipes se les castigó ahorcándoles. Sobre el pueblo vino una plaga no especificada (*25:9*). Finees, el nieto de Aarón, atravesó con una lanza a un jefe de la tribu de Simeón y a una princesa madianita. Esto no sólo significó el final de la plaga, sino que también trajo para Finees una promesa hermosa. Por su celo por el Señor le fue prometido a él y a su descendencia el sumo sacerdocio; le fue ofrecido un ‘pacto de paz’ (*25:12-13*). Y el Señor ha mantenido este pacto. Siempre hubo un descendiente de Finees, que ofrecía el sacrificio de la expiación. Hasta que Cristo por medio de su sacrificio lo hizo redundante.

El engaño por parte de los madianitas motivó la proclamación de una guerra de exterminio contra Madián (*25:16-18*). Igual que Amalec, este pueblo peligroso tenía que ser erradicado. Durante un ataque a Madián también cae Balaam (*31:8*), que así no muere en absoluto la muerte de los rectos (*23:10*; cf. *2 P. 2:15*; *Jud. 11*).

### **Y dio la tierra de ellos en heredad (*Sal. 136:21*)**

No es difícil encontrar el Evangelio también en lo que queda de *Números*. Se tienen que tomar medidas en relación con la tierra conquistada de Sehón y Og, al este del Jordán; y en relación con el todavía no conquistado Canaán. Josué es designado como sucesor de Moisés, y por imposición de manos es confirmado (*27:15-23*). Entre aquellos que reparten la nueva tierra, encontramos también a Caleb (*34:19*). A los levitas les son designadas sus ciudades; también hay ciudades donde aquel que accidentalmente matara a alguien, encontraría refugio (*cap. 35*). En el caso de que las hijas sean las únicas herederas, ellas pueden heredar; la mujer no queda excluida de la herencia de la nueva tierra (*27:1-11*). Pero, no pueden casarse con alguien que no sea de su tribu (*cap. 36*). De esta forma, cada tribu mantiene su propio territorio inalienable. El Señor garantiza a su pueblo el derecho a la tierra de la promesa.

En ello se ve la sombra de la obra de aquel otro Josué, también llamado el Cristo. Cuando Israel pierde el derecho a la herencia a causa de sus pecados, Él crea un nuevo Israel en la iglesia o comunidad, que recibe permiso para entrar en el Canaán celestial, los nuevos cielos y la tierra nueva; en Él está anclado de forma inamovible el derecho a aquella herencia.

(1) Compárese aquí otra vez con la oración del formulario para el bautismo de la liturgia reformada.

## DEUTERONOMIO

### Libro de la renovación del Pacto

La palabra *Deuteronomio* significa tanto segunda ley, como repetición de la ley. Pues, en el capítulo 5 se repite el Decálogo, y también se hace un repaso a las demás leyes. Pero no es verdad que este libro sea una mera repetición de la Ley ya conocida. *Deuteronomio* tiene un carácter propio. Comparando este libro con los escritos anteriores, encontramos en realidad una diferencia igual a la que hay entre el evangelio según *Juan* y los demás evangelios. Es difícil decir en qué consiste esta diferencia exactamente. Pero quiero intentarlo. En primer lugar vemos que, aparentemente, no ‘ocurre’ casi nada en *Deuteronomio*. En realidad escuchamos todo un largo sermón de Moisés (en el evangelio de *Juan* hay también muchos discursos de Cristo). Pero en las palabras de Moisés, la historia recibe una luz muy curiosa; empezamos a ver, por así decirlo, la profundidad de los acontecimientos. En el evangelio de *Juan* se puede constatar lo mismo, y este evangelio, igual que *Deuteronomio*, habla constantemente del amor de Dios.

*Deuteronomio* contiene una predicación de Moisés. Del primer versículo ya se desprende que Moisés pronunció este discurso justo antes de su muerte. Israel acampaba entonces en las llanuras de Moab. Canaán se hallaba al otro lado del río Jordán, que había que cruzar. Sehón y Og – atención a la noticia sobre su sarcófago/cama, que se había convertido en una pieza de museo (3:11) – habían sido derrotados. El pecado en Baal-peor (*Nm.* 25) ya había tenido lugar (4:3 ss.). Aquello había mostrado la propensión del pueblo a dejarse atraer por la religión cananea. Dentro de poco se iba a convertir de un pueblo nómada en un pueblo de agricultores. Iba a sufrir un cambio, ¿no aceptaría al mismo tiempo los dioses de aquella tierra? Su culto cautivaba; las fiestas cananeas halagaban los corazones llenos de deseos; los

dioses cananeos habían dado lluvias y fertilidad en el pasado, ¿no tendrían que ser consultados por Israel para tener éxito en sus asuntos agrícolas? De forma muy clara había salido a la luz en Baal-peor, que Israel corría peligro de traspasar los límites bíblicos de la separación; ¿cómo sería luego, en Canaán? Seguro que no todos los pueblos serían exterminados enseguida. Y además, el peligro de que en apariencia mantendrían el culto de Yahvé, pero que de hecho sofocarían su culto bajo las prácticas paganas, era muy grande.

Para hablar de cosas cercanas: vemos en el mundo de los *bantu* (1) todo tipo de sectas, hoy en día hay alrededor de 2.500 en Sudáfrica. Una característica típica de muchas de aquellas sectas es que empiezan a mezclar el ‘cristianismo’ con la antigua religión *bantu*. Apelar vagamente a la Biblia ya es suficiente para volver a aplicar todo tipo de lavamientos mágicos, y establecer toda una jerarquía de ministros y oficiales, igual a la de la tribu. A esta gente no se la puede negar su religiosidad; su *kereke* (iglesia) es todo para ellos; y, sin embargo, cómo se vuelven a hundir en la ciénaga del culto a los falsos dioses. Y esto podía ocurrirle fácilmente a Israel también. Y cuando leemos por ejemplo el libro de *Jueces* y el de *Reyes*, vemos que, efectivamente, esto es lo que pasó. Israel se adaptó a la religión cananea; donde había lugares para sacrificios paganos, allí se había borrado el nombre del dios Baal y cambiado por Yahvé; y la cosa seguía tal cual. O a veces afirmaron, para mayor comodidad, que Yahvé era Baal. Pensemos en este contexto también en las prácticas de Roma, que coloca la imagen de un santo en los lugares de culto antiguo, y he aquí, el culto pagano original puede continuar ahora de forma ‘cristianizada’. No es por nada que Roma lo tenga tan fácil en las misiones; se acopla a la ‘religión natural’, utiliza gustosamente todos los puntos de referencia, y sostiene que el hombre natural no es tan depravado.

Ante este trasfondo peligroso hay que ver el libro de Deuteronomio. Es una apelación continua a seguir fiel al Señor. ¡No hay que hacer ninguna concesión al paganismo! ¡Nada de hacerse amigos de los dioses de la tierra y de los baales de la fertilidad! Sino que ¡mantener la antítesis, ser intolerante! Ser consecuente, eso es mostrarse dócil respecto al Señor. No vivir según una religión caprichosa, sino según la *Torá*, la Palabra del Señor; adorarle a Él, guardar su Pacto, más aún para con el prójimo, el hermano.

Por aquel entonces, el Señor hizo su Pacto con los patriarcas. Después confirmó su Pacto con el pueblo de Israel, en Horeb. Ahora hay una nueva generación dispuesta a entrar en Canaán, aquel Canaán pagano. De ahí que se repita otra vez el establecimiento del Pacto en las llanuras de Moab. Y las palabras de Moisés forman la introducción a ese Pacto; reflejan en qué consiste, describen los derechos y las obligaciones, acentúan la amenaza que contiene. El sermón de Moisés es pronunciado en un momento álgido: Israel como vasallo, va a renovar el

Pacto con Yahvé, su Dios y su gran Rey. La historia futura se medirá según el discurso de Moisés: ¿Es Israel fiel a las Palabras de aquel Pacto?

### **Entrar en un Pacto firme con el Señor de señores**

El Señor inclina los corazones de los reyes, igual como nosotros regulamos el agua para la irrigación. Por eso ha dirigido la Historia de tal manera, que en el tiempo de su Pacto con Israel, entre los pueblos había un cierto método común en uso para concertar un pacto político. Gracias a las excavaciones se han llegado a conocer varios tratados del nuevo imperio hitita (1450-1200 a.C., alrededor de la fecha del éxodo de Israel). Había acuerdos entre reyes que se igualaban en poder (p. ej. entre Ramsés II de Egipto y el rey hitita Hattusilis III): un *pacto de paridad*. Pero también podía pasar que el gran rey hitita imponía tratados a los reyes y pueblos que había sometido, y sobre los cuales quería mantener su derecho como conquistador. Este tipo de pacto con un vasallo o ‘protectorado’ se llama *pacto de vasallos*; aquí no se trataba en absoluto de un acuerdo entre dos partes iguales. El vasallo era el vencido y tenía que elegir entre el exterminio total o aceptar una relación con el gran rey. Ha aparecido un tratado del rey asirio Esar-hadón del año 672 a.C., en el cual éste obliga a sus vasallos a prometer bajo juramento que después de su muerte seguirán reconociendo su dinastía y obedeciendo al príncipe heredero cuando ascienda al trono: un *tratado de sucesión*. En general, las estipulaciones del pacto están formuladas en imperativo: ¡No hagas! ¡Haz!

En su Pacto con Israel, el Señor ha usado las formas diplomáticas comunes de aquella época, que se observaban al concertar un tratado. Él como gran Rey frente a Israel, el vasallo. Puesto que conocer aquellas formas es muy importante para entender la revelación de Dios en la Biblia, quiero destacar aquí los siguientes elementos, que solían aparecer en un pacto de vasallos de los hititas:

- a. *Preámbulo o introducción*, en el cual el gran rey se presenta como Sol y Héroe. Muy común es el comienzo: “Estas son las palabras de...”
- b. *Prólogo histórico*. En él se relatan los actos de benevolencia del gran rey para con su vasallo, cómo le ha concedido poder y tierras. A veces se añaden descripciones de los límites de los territorios.
- c. *Condiciones del pacto*. Aquí se demanda una lealtad absoluta. Ciertos casos son elaborados con más detalle. Tampoco se olvidan de la sucesión. Está prohibido rebelarse contra el sucesor del gran rey.
- d. *Lista de testigos*. Se mencionan dioses, pero también el cielo y la tierra, etc.

e. *Maldición y bendición*. Al quebrantar un tratado, una serie de sanciones serán ejecutadas. El vasallo tiene que confirmar el pacto con un juramento.

f. *Estipulaciones acerca de la lectura regular del tratado y de su depósito correcto*. No se podía cambiar nada en el texto. Las ‘tablas’ del tratado tenían que ser guardadas en un templo. Cada cierto tiempo los vasallos tenían que presentarse en palacio para escuchar la lectura del tratado y volver a jurar lealtad. Los documentos oficiales eran sellados con el sello de la dinastía.

Cuando comparamos ahora la manera en que el Señor trata a su pueblo con lo arriba mencionado, vemos enseguida que Él actuaba al estilo del gran rey. Reconocemos el preámbulo (a) en las palabras: “Yo soy Yahvé tu Dios”. Y tanto *Éxodo* 19:4-6 como el principio de los Diez Mandamientos dan un prólogo histórico (de la salvación) (b): “que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”. La ‘Ley’ contiene las estipulaciones del Pacto (c). Al final del segundo mandamiento y en *Levítico* 26 encontramos la maldición y bendición (e). Las ‘tablas’ del Pacto tenían que ser depositadas en el arca (f). Había que leer la Ley regularmente y cada vez que se renovaba el Pacto (f). Los profetas eran los apoderados del gran Rey, que llamaban a la obediencia al Pacto y que amenazaban con la vindicación del Pacto. Hasta en *Apocalipsis* suena este estilo del gran Rey y Rey de los reyes: “El que... dice esto”, “Si alguno añadiere a las palabras de esta profecía...”.

Y precisamente en *Deuteronomio* se ve este mismo estilo puesto de relieve. El gran Rey hace un tratado de vasallo con Israel, el cual a la vez regula la sucesión de Moisés por Josué. De nuevo podemos señalar los siguientes puntos:

a. *Preámbulo*: “Estas son las palabras...” (1:1).

b. *Prólogo histórico de la salvación*: (caps. 1-4), actualizado desde el Sinaí hasta la fecha.

c. *Condiciones del Pacto*: (caps. 5-26), de las que los Diez Mandamientos forman el punto de partida (tanto la primera parte como la segunda, que comienza en el cap. 12, terminan con condiciones acerca de la bendición y la maldición).

d. *Testigos*: (30:19; 31:21 ss.).

e. *Bendición y maldición*: (caps. 11, 27, 28, 32, 33).

f. *Estipulaciones acerca de la lectura y el depósito del libro del Pacto*: (31:9-13, 26). Véase también 4:2 y 12:32 en relación con la obligación de guardar los estatutos del Pacto correctamente. Igual que hemos visto con el primer Pacto (*Éx.* 24:4) en el Sinaí, y con el segundo (*Éx.* 34:27), vemos aquí también que se enfatiza que todo tiene que ser anotado (27:3, 8; 28:58, 61; 29:20 ss.; 30:10; 31:9, 19, 21, 24). Dios no es caprichoso y para Israel no hay ninguna ‘nueva moral’.

### **Prólogo histórico de la salvación y constitución del Pacto**

En el marco de la renovación del Pacto, Moisés hace un resumen en los primeros capítulos, antes de repetir las Diez Palabras, en el que contempla el pasado, que comienza con la confirmación del Pacto en el Sinaí. Él muestra la gracia del Señor en su forma de actuar con un pueblo, que resulta a menudo recalcitrante. *Sola gratia*, así podemos encabezar *Deuteronomio*: sólo por la gracia. Y esta gracia es un estímulo para Israel, para que luego, llegado su ‘descanso’, no dé la espalda al Señor, y obedezca su *Torá (su Ley)*. “Porque, ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Yahvé nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley (mejor: enseñanza, *Torá*) que yo pongo hoy delante de vosotros? (4:7-8). El capítulo 4 recuerda a continuación la aparición del Señor en el Sinaí: no le podían ver, sino que solamente escucharon su voz (vv. 12, 15). Por lo que Israel no debe adorar imágenes; ni tampoco puede hacer imágenes de Yahvé. Su culto es un culto de la Palabra: “¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer?” (v.33).

Y ¿cuándo escuchó el pueblo la voz del Señor? Fue cuando los Diez Mandamientos fueron promulgados. Es como si estos Diez Mandamientos fueran la Constitución del Pacto y por eso se entiende que Moisés los vuelva a repetir (5:6-21). Cuando leemos en 5:3 que el Señor no hizo un pacto con los padres, sino “con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos”; esto no quiere decir que no haya hecho un pacto con los patriarcas, sino que quiere acentuar la actualidad del pacto sinaítico para todas las generaciones. Ningún niño puede decir que “el Pacto (y las palabras del Pacto) del Sinaí no tienen nada que ver conmigo.”

Mientras que en *Éxodo* 20 el cuarto mandamiento se basa en el descanso después de la creación en seis días, encontramos en *Deuteronomio* 5 un argumento tomado de la ‘recreación’, la liberación de Egipto. Israel ha sido liberado de la esclavitud de aquella tierra, y por lo tanto, por gratitud tiene que conceder a sus propios siervos también el descanso sabático. Aquí nos encontramos un rasgo social de *Deuteronomio*; que a continuación vamos a ver una y otra vez.

### **Condiciones que concretan la Constitución con más detalle**

Quizá el lector ha oído hablar alguna vez de la oración judía llamada ‘*shema*’. Según la tradición judía, cada varón adulto tiene que recitarla cada mañana y cada noche. Está

compuesta por 6:4-9, más 11:13-21 y Números 15:37-41. Comienza así: “Oye (o sea *shema*), Israel, Yahvé nuestro Dios, Yahvé uno es”.

En el Nuevo Testamento notamos claramente lo conocidas que eran aquellas palabras. Cristo las repite al formular el resumen de la Ley (*Mr. 12:28 ss.*). Y en muchos otros lugares encontramos un recuerdo de ellas (*Jn. 8:41; Ro. 3:30; Gá. 3:20; Éf. 4:6; 1 Ti. 2:5; Stg. 2:19*). Dios es el único Dios. No permite *baales* al lado suyo. A la luz de *Deuteronomio* esto se entiende perfectamente. ¡Oye, Israel! El Señor habla por medio del culto de la Palabra. Y Yahvé es uno; no se le puede dividir en multitud de *baales* locales. Sin embargo, hay otro significado más en ese ‘uno’. Yahvé no sólo es el único Dios, sino que Él es único en su revelación, en su ser. A Él, el Libertador y Rey de Israel, no se lo puede comparar con los seudo libertadores paganos. “Así dice Yahvé Rey de Israel, y su Redentor, Yahvé de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (*Is. 44:6*). “Y Yahvé será Rey sobre toda la tierra. En aquel día Yahvé será uno, y uno su nombre” (*Zac. 14:9*). No basta con que seamos monoteístas, es decir, que confesemos que hay un solo Dios. Los musulmanes tienen como base de su confesión: no hay otro dios que Él (Alá). Así que ellos creen en un solo dios. Pero no por eso es que tengan la fe verdadera. Hay que creer en aquel Dios, que se ha revelado en la Historia de salvación, en Egipto y en Gólgota. Hay que creer en aquel único Redentor, ‘único en su género’. También la iglesia o comunidad del nuevo Pacto escucha el mismo llamado: “Oye Israel, el Señor nuestro Dios; el Señor es uno y único. Amarás al Señor tu Dios...”

A partir del capítulo 6, Moisés muestra a Israel de muchas maneras, que debe servir a ese único Dios. Mejor dicho: puede servirlo. Israel no tiene de qué presumir. Ellos no han elegido un dios, no, ha sido el Señor quien los ha elegido para ser su pueblo. Y ¿por qué?

Porque ¿Israel era tan numeroso?

“No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Yahvé y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos” (*7:7*).

Porque ¿el pueblo era tan fuerte?

“No suceda... que digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Yahvé tu Dios, porque Él te da el poder para hacer las riquezas...” (*8:17-18*).

Porque ¿era tan íntegro?

“No pienses en tu corazón cuando Yahvé tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído Yahvé a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas naciones Yahvé las arroja de delante de ti. Por tanto, sabe que no es por tu justicia que

Yahvé tu Dios te da esta buena tierra para tomarla; porque pueblo duro de cerviz eres tú” (9:4, 6).

¿Por qué entonces mostró el Señor tanta gracia?

“Por cuanto Yahvé os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Yahvé con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que Yahvé tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (7:8-9; cf. 8:18b; 9:5).

Aquí habla el favor soberano. El Señor es esclavo de su Palabra prometida. Él quiere acordarse del pacto de salvación, de aquel juramento que hizo a Abram, de su Pacto inquebrantable (cf. *Lc. 1:55, 73; 2:14*).

Yahvé probaba su pueblo, para saber si le quería servir, sí o no (8:2 ss.). Pero Israel mostraba continuamente su rebeldía (9:7 ss.). Moisés les refresca la memoria a propósito con algunos detalles. ¡El pecado con el becerro de oro! Pero el Señor les mostró su gracia una y otra vez. La eterna misericordia es el fundamento de la existencia de Israel.

“Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Yahvé tu Dios de ti, sino que temas a Yahvé tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Yahvé tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; y que guardes los mandamientos de Yahvé y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?

He aquí, de Yahvé tu Dios son los cielos, y los cielos de los cielos, la tierra, y todas las cosas que hay en ella. Solamente de tus padres se agradó Yahvé para amarlos, y escogió su descendencia después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos, como en este día. Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz.” (10:12-16; cf. *Mi. 6:8; Jer. 4:4*).

Ahora, hay que entender bien el ‘temer’: no significa que hay que tener miedo del Dios de misericordia, sino que hay que tenerle en cuenta, respetarle, vivir según su Ley. *Deuteronomio* es una apelación continua a corresponder al amor de Yahvé con el corazón y no en apariencia. Si Israel oye este llamado, entonces el Señor dará su bendición. Pero si responde con desobediencia, se inflama su ira. Se expone tanto la bendición como la maldición delante del pueblo (*cap. 11*). Por eso tienen que ser proclamadas de nuevo con insistencia en Siquem, después de la entrada en Canaán (11:29 ss.; *cap. 27 ss.; Jos. 8:30-35*).

### Condiciones que concretan la Constitución (continuación)

Puesto que en el capítulo 12 comienza un nuevo apartado, resumiré brevemente algunos puntos de la parte anterior. Vimos que el tenor del libro de *Deuteronomio* es anticananeo. Es un libro que predica a Yahvé, que por su libre elección ha adoptado a Israel como herencia. Era por su amor soberano, porque este pueblo rebelde no suscitaba amor alguno. Pero el Señor, en su gran misericordia, lo hizo su pueblo y lo libró de la casa de servidumbre. Él era fiel al juramento que hizo a los patriarcas. Y en el Sinaí renovó aquel pacto. Y así, después del largo peregrinaje por el desierto volvió a ratificar el Pacto del Sinaí en las llanuras de Moab. *Deuteronomio* ofrece como si fuera la introducción a esta alianza, que exige el amor recíproco total y completo del pueblo; tiene que servir al uno y único Señor en todas las áreas de la vida.

Y aquí, lo que sigue a partir del capítulo 12, mantiene la misma línea. A la vez se radicaliza en cuanto a los centros de la vida de Israel: el culto (el elemento sacerdotal), la profecía, y la política y la justicia (relacionadas más o menos con el oficio de rey). Aquí podemos señalar otra vez el tenor anticananeo, puesto que el paganismo se muestra también en los medios, los mediadores, los ministros. Seguro que recordamos a Balaam; una figura pagana de sacerdote y profeta. Y también sabemos que esos ministros paganos son muy presuntuosos. Tienen una relación muy especial con los dioses; son inmunes. En gran medida, lo mismo pasa con el rey. El rey (*melek*, en hebreo) es hijo de los dioses. Puede reinar de forma absoluta, como si fuera un dios. El paganismo es muy generoso en reconocer a muchos dioses y todo tipo de seres humanos deificados.

¡Pero, Yahvé, Él es uno! (6:4). Por eso Israel no puede hacer uso de los santuarios y lugares para el sacrificio de los cananeos, así sin más. Aquellos lugares de culto, dedicados a las divinidades, Baal (masculino) y Asera (femenina), tienen que ser destruidos. Sólo el lugar que el Señor escoge, puede ser dedicado al culto de los sacrificios (*cap. 12*). Los levitas tienen que ser reconocidos, entregándoles los diezmos (*12:17 ss.*). En cambio, hay que escuchar críticamente lo que dicen los profetas o soñadores de sueños. Si instigan a servir a otros dioses, no se les debe hacer caso. No hay que pensar que porque lo dicen ellos, será verdad. Porque cada revelación tiene que concordar con las revelaciones anteriores de Yahvé. Incluso cuando un profeta anuncia un prodigio como prueba de su misión, y se cumple esta señal, aún así aquello no servirá de prueba para su llamado de ir en pos de otros dioses. Porque el Señor quiere probar así a su pueblo, ponerlo a prueba para saber si le será fiel (*13:1 ss.*). Por eso Israel tenía que comparar siempre profecía con profecía, algo que también nosotros, en nuestro tiempo tolerante, somos llamados a hacer; compárese *1 Juan 4:1*: “Amados, no creáis

a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo”. Israel tenía que ser consciente del peligro continuo, que por medio del profeta, el predicador con autoridad, podía introducir furtivamente otra vez el paganismo. De ahí que había que matar al falso profeta (*13:15*), había que quitar el mal de en medio de Israel. Pablo, hablando de la disciplina en la iglesia, emplea una expresión similar en *1 Corintios* 5:13. Al mismo tiempo vemos que, según el Nuevo Testamento, la pena capital como castigo eclesial, ha dado paso a la excomunión, hasta que se produzca arrepentimiento. Por la continuación de *Deuteronomio* 13 se desprende que había que aplicar la disciplina también en el caso de una relación íntima (vv. 6-11) y una multitud (vv. 12-18).

En el resto del libro encontramos estipulaciones más detalladas acerca del culto y la administración de justicia. Aquí se puede constatar lo mismo que antes: un tenor antipagano, un énfasis en la liberación de Egipto. En cuanto a las disposiciones jurídicas, hay añadido un rasgo explícitamente social. Para empezar por este último, 15: 7 – 11 nos proporciona un buen ejemplo de ello. Hay que abrir la mano liberalmente al hermano pobre. La comunidad forma una hermandad que tiene obligaciones para con el prójimo. La perspectiva de que el año de restitución esté próximo (el año sabático), no debe impedir la generosidad.

Además, la justicia no se debe torcer. No hay que aceptar regalos; no hay que hacer acepción de personas. Más tarde los profetas vuelven a insistir en ello. La regla de los dos o tres testigos necesarios, que también encontramos en el Nuevo Testamento (*Mt. 18:16*), ya la vemos aquí (*17:6; 19:15*). Sin testigos no se puede juzgar a nadie; además, los acusadores y testigos tienen que tirar ‘la primera piedra’ (*17:7; cf. Jn. 8:7*); ellos son a la vez ejecutantes de la sentencia, y responsables de su propio testimonio. En cuanto a las leyes sobre la guerra, llama la atención que se dan unas posibilidades muy amplias para ser eximido. También hay que tomar nota de que a los enemigos primero se les ofrece ‘la paz’ (*20:10*). Hasta se incluye a los árboles frutales en las medidas sociales; en una guerra no pueden ser talados, no se puede aplicar la táctica de la tierra quemada (*20:19*) (2). Cuando Eliseo más tarde da un consejo semejante, esto es una ‘falsa profecía’, que no beneficia a la campaña de guerra (*2 R. 3:19, 25-27*).

En *Deuteronomio* 17:14-20 encontramos las leyes relativas a la monarquía. El rey no puede ser un extranjero; según la elección de Dios tiene que ser uno de entre sus hermanos. Aquí vemos el retrato ideal de un rey mesiánico. El rey no debe competir con los reyes paganos alrededor suyo, como si fuera un hijo de los dioses, un autócrata. No, le son impuestas ciertas limitaciones: Nada de comercio de caballos con Egipto, de donde fueron liberados (cf. *30:16; 31:1*; y hay que pensar también en la cuadra de caballos de Salomón);

nada de formar un harén con multitud de princesas extranjeras (otra vez Salomón, que a causa de sus mujeres perdió el rumbo); y nada de querer amontonar grandes riquezas. Por otro lado, es sometido a la Ley de Moisés. El rey no debe enaltecerse sobre sus hermanos. Igual que ellos, él tiene que doblegarse bajo la profecía, la voluntad de Dios, expresada en la *Torá*. En la historia posterior lo vemos una y otra vez: el rey que guarda el testimonio y se deja enseñar por la profecía, ese es un hombre conforme al corazón de Dios. El ‘testimonio’ ha jugado más tarde un papel en la ceremonia de la coronación (2 Cr. 23:11). Repito, el rey, que había de ser una sombra del Mesías venidero, tenía que sentirse uno con sus hermanos, y separado de los pueblos en alrededor suyo. Por eso tenía que guardar el Pacto de Yahvé. Y justo en Cristo se ve claramente el cumplimiento de todo ello. Él no tenía oro o plata. En su entrada en Jerusalén iba montado en un asno, Él vino para hacer la voluntad de Dios hasta el final (He. 10:7). ¿No era Él mismo nuestro Sumo Sacerdote y Rey?

A propósito, el hecho de que Cristo sería además de Rey también Profeta, lo vemos anunciado ya en 18:15: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Yahvé tu Dios; a él oiréis” (cf. Jn. 6:14; Hch. 3:22; 7:37; Mt. 17:5). Por supuesto que esta palabra no solamente se refiere a Cristo; el Señor quiere decir que habrá siempre un profeta en Israel, para que nadie tenga que acudir a los videntes paganos. Entre ‘tus hermanos’, en el círculo del propio pueblo de el Pacto, suena la voz del Señor a través del profeta. ¡Oye, Israel! Y esta voz somete tanto el pueblo como a los sacerdotes y reyes, a la Palabra, a la Ley establecida. Nada de una religión caprichosa. Encima de Israel está el Señor, que como Rey es el Legislador supremo: “hoy has venido a ser pueblo de Yahvé tu Dios. Oirás, pues, la voz de Yahvé tu Dios, y cumplirás sus mandamientos y sus estatutos, que yo (o sea, Moisés como profeta y mediador) te ordeno hoy” (en la confirmación del Pacto en Moab) (27:9-10).

Bajo este aspecto se unen todas las demás estipulaciones, que siguen hasta en el capítulo 26. Israel, como pueblo santo, en sus fiestas y su vida privada, es puesto bajo la Ley del reino de aquel Dios, que protege la hermandad de Israel frente a toda mezcla pagana. Y todo eso no porque el pueblo como ‘raza’ fuera mejor que los demás pueblos; sino porque el Señor lo ha escogido, para la gloria de su nombre. ¡Oye, Israel!

### **Bendición, maldición y testigos del Pacto**

¿Y si Israel no quiere oír? Moisés anuncia que luego, en medio de Canaán, tienen que ser proclamada la maldición desde el monte Ebal, y la bendición desde el monte Gerizim. Llama la atención lo ampliamente elaborado de la maldición (*cap.* 27 y 28). Lo mismo destaca en la propia confirmación del Pacto (*cap.* 29). En los profetas se encuentra el eco de la

maldición de Moisés; parece como si se abrieran las puertas del infierno; las maldiciones del Pacto significan lo opuesto del *shalom*, la paz (29:19). Ya vemos aquí anunciada la destrucción de Jerusalén, que se repitió dos veces en la Historia. Bien es cierto que después del arrepentimiento hay restauración (30:1-10); es decir, si este arrepentimiento consiste también en oír la voz del Señor. Porque esta es la gracia grandiosa: que aquella voz sigue sonando; la profecía no se apaga. No hay que cruzar grandes mares, o subir al cielo, para escuchar la Palabra del Señor. Porque está muy cerca, en la boca y en el corazón (30:11-14; cf. Ro. 10:6-10). Así que esto sigue siendo una norma para la iglesia o comunidad del Señor: ¡*Shema*, oye!; la fe es por el oír; pero también por gracia; el oír es por la predicación de la Palabra. “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Yahvé, tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a Él; porque Él es vida para ti” (30:19-20). Igual que en un tratado del antiguo Oriente entre un gran rey y sus vasallos se designan testigos, así también el Señor le nombra testigo a la Creación. Muy cerca de ti está la Palabra (*Sal.* 19). El firmamento es testigo acusador en el Pacto (*Ro.* 10:8, 18).

En el caso de rebelión, había otro testigo más que se dejaría oír: un cántico, que todos los aliados habían aprendido de memoria.

El cántico de Moisés está dominado por el tema de *Deuteronomio* 32:4:

“Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en Él;  
Es justo y recto.”

Yahvé ha sido bueno para con Israel. Lo llevó sobre alas de águila (buitre) (*vv.* 6-14; cf. *Ap.* 4:7; 12:14). Pero ¿se lo agradeció el pueblo? Le ha devuelto mal por bien (*vv.* 5-6, 15-18). Cuando “Jesurún engordó, tiró coces”; no honró demasiado ese título, que probablemente guarde relación con la idea de ‘recto’. Por eso Yahvé se encendió en ira (*v.* 19 *ss.*); ¿no era esto ser consecuente con sus amenazas? Y Él hubiera extinguido completamente a Israel por medio de sus enemigos, si no fuera porque aquellos adversarios sacarían la conclusión de que Yahvé era impotente (*vv.* 26-31). Respecto al significado de los siguientes versículos, ya entre los rabinos judíos había diferencia de opiniones. Uno opinaba que seguían hablando de los paganos, amenazados con el juicio. Otro estimaba que trataban del Israel apóstata, que no escaparía al castigo. Yo creo que esta última idea merece preferencia. Dentro de Israel se formará una antítesis, un contraste entre fieles e infieles. No obstante, el Señor juzgará a su

pueblo (v. 36), tendrá misericordia de sus siervos. Vengará su sangre (v. 42). Él, Él es; no hay dioses junto a Él; Él hace morir, Él hace vivir (v. 39). De forma neotestamentaria diríamos: aunque el infierno ruja cuanto quiera, Cristo mantiene a su iglesia.

Posteriormente se convirtió en costumbre el cantar este cántico en el templo, por lo que era conocidísimo. En una de las cuevas cerca del Mar Muerto se encontró hace tiempo un fragmento de una copia de este himno. No es de extrañar entonces que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento encontremos repetidas veces alusiones al cántico de Moisés. Seguramente al leerlo se notará que al Señor se le llama de una forma curiosa: Roca. En los *Salmos* esta imagen consoladora vuelve una y otra vez (3). El nombre Jesurún también aparece en *Isaías 44:2*, y la primera parte del v. 39 es reproducido casi literalmente (*Is. 43:10 ss.*) (4). Se cita muchas veces “Mía es la venganza y la retribución” (v. 35) (5). Y finalmente encontramos en *Apocalipsis* una y otra vez exclamaciones que citan tanto el tema del cántico de Moisés (v. 4) como la conclusión (v. 43) (6). Teniendo en cuenta que los ‘enemigos’ en el cántico de Moisés no son solamente los adversarios paganos, sino también los infieles dentro de la iglesia, entendemos el consuelo que emanaba de este cántico para los fieles de Israel en el antiguo y el nuevo Pacto. El Señor venga la sangre de sus siervos. Él es el Dios fiel del Pacto que mantiene a su comunidad.

La bendición de Moisés (*cap. 33*) se puede comparar con la de Jacob (*Gn. 49*). Llama la atención que no se mencione a Simeón (esta tribu recibió algunas ciudades en el territorio de Judá), mientras la tribu sacerdotal de Leví, que actuó con firmeza contra la apostasía, ahora no es maldita (*Gn. 49:5-7*), sino bendita (7). Se habla detalladamente de Efraín y Manasés, los hijos de José. El comienzo de la bendición describe con palabras poderosas una aparición del Señor (8). El final es una alabanza profética:

“No hay como el Dios de Jesurún,  
 Quien cabalga sobre los cielos para tu ayuda,  
 Y sobre las nubes con su grandeza.  
 El eterno Dios es tu refugio,  
 Y acá abajo los brazos eternos;  
 Bienaventurado tú, oh Israel,  
 ¿Quién como tú,  
 Pueblo salvo por Yahvé,  
 Escudo de tu socorro,  
 Y espada de tu triunfo?”

Así que tus enemigos serán humillados,  
Y tú hollarás sobre sus alturas” (33:26-27a, 29)

*Deuteronomio* concluye con la descripción del final de la vida de Moisés. Evidentemente no fue Moisés quien lo puso por escrito, sino que este relato ha sido añadido más tarde. La declaración de que después de Moisés nunca más se levantó profeta como él (34:10-12), deja traslucir una gran añoranza. Una añoranza de tiempos pasados, sí, pero también un anhelo mesiánico por el futuro de Aquel que es mayor que Moisés, como Mediador del nuevo Pacto. Sin embargo, fijémonos en el hecho de que al cierre de este libro sobre el ‘tratado de sucesión’ se menciona con énfasis que el pueblo siguió efectivamente al sucesor que Moisés había designado; sobre todo porque mostró haber recibido el Espíritu (la R.V. no pone mayúscula) de la sabiduría, por medio de la imposición de manos. La obediencia al Pacto firme significa: Someterse a los fieles y legítimos ministros u órganos del Pacto, aunque cambien las personas y varíen los dones. En cuanto a esto, no hay diferencia entre la sucesión ‘mosaica’ y ‘apostólica’. Léanse *Hechos 20:24-38* y las cartas de Pablo a *Timoteo* a este propósito. “Guarda lo que se te ha encomendado.”

(1) Un grupo tribal de Sudáfrica, donde vivía el autor; (nota de la traductora).

(2) Tome nota además, de que tenían consideración para con el pájaro en su nido, el buey que trilla, y la persona que anda en el terrado (22:6- 7; 25:4; 22:8).

(3) Véase aquí por ejemplo los *Salmos*: 18:2; 19:14; 31:3; 71 3; 94 22.

(4) Comparar para *Deuteronomio 32:39b*: 1 S. 2:6 (el cántico de Ana); *Os. 6:1-2*; *Mt. 16:21*; *Lc. 24:26, 27, 44*; *Jn. 5:21*; *Ro. 4:17*; *8:11*; *2 Co. 1:9*; *13:4*; *1 Ti. 6:13*; *1 P. 3:18*; *Ap. 1:18*.

(5) *Ro. 12:19*; *He. 10:30* (allí se cita también v. 36).

(6) *Dt. 32: 4* citado en *Ap.15:3*; *16:7*; *19:2*.

*Dt. 32:43* tiene eco en *Ap. 6:10*; *16:5-6*; *18:20*; *19:2*.

Se podrían mencionar muchos más lugares en el Nuevo Testamento que guardan relación con *Dt. 32* (cf. p. ej. *Mt. 11:16*; *12:39, 41*; *16:4*; *17:17*; *23:36*; *24:34*; *Hch. 2:40*; *Fil.2:15* con *Dt. 32:5, 20* - ¡generación perversa!).

Tanto la sinagoga como la iglesia primitiva conocían y cantaban los cánticos del Antiguo Testamento, que no se encuentran en el libro de los *Salmos*. En el breviario católico-romano se han conservado. Pero han desaparecido de la liturgia para el pueblo laico. Y así sigue siendo en las iglesias protestantes, a pesar de las versificaciones de Marnix (*van Sint Aldegonde, poeta de los Países Bajos del s.XVI*) y Beza (*que vivió y trabajó durante mucho tiempo en Ginebra como profesor y predicador al lado de Calvino; era un fiel seguidor de sus ideas y le sucedió después de su muerte*). Muchos de estos himnos no eran tampoco del gusto de una generación que prefirió componer ella misma himnos acerca de un Dios ‘amable’, a entonar aquellos antiguos cánticos que hablan de un Señor que también puede mostrar su ira al vindicar su Pacto. Las congregaciones, sin embargo, se beneficiarían si dejaran su pobreza voluntaria y volviesen a la práctica de la sinagoga y la iglesia de Pentecostés, con respecto a los cánticos del Antiguo Pacto. Entonces no nos harán falta los himnos inventados y no seguiremos siendo desobedientes al mandato de Dios acerca del último cántico de Moisés (*Dt. 31:19, 21-22, 28, 30; 32:44 ss.; Ap. 15:3*).

(7) Véase *Nm. 25:6-13; Mal. 2:5-7; Jer. 33:19-22*.

(8) Compárese *Sal. 68 y Hab. 3*.

## JOSUÉ

**Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Co. 15:57)**

El libro de *Josué* se puede considerar como ‘el libro de las guerras de Yahvé’. En él se describe la conquista de la tierra de la promesa. El juramento a Abraham no era vano; después de haber recibido la descendencia (el pueblo de Israel), le es dada también la tierra (Canaán). Y todo esto ocurre por pura gracia. Cuando Josué al final de su vida exhorta al pueblo a seguir siendo fiel a Yahvé, les recuerda que sus antepasados al otro lado del Éufrates servían a los ídolos (*24:2, 14 ss.; cf. Dt. 26:5 ss.*). Fue por el favor soberano de Dios que llamó a Abraham

y llevó Israel a Canaán. El libro de Josué muestra de forma evidente que la descendencia de Abraham no obtuvo la tierra gracias a sus propios esfuerzos. Es el Señor, que cada vez da la victoria. Y aunque Josué fue un gran general, también él tuvo que depender completamente de Aquel que cumple las promesas. Sí, leemos también sobre los errores de Josué. Entre líneas divisamos aquí el anhelo de Uno, que llevaría al pueblo a su descanso completo, a la plenitud. Aquel Redentor llevó el mismo nombre: era Josué de Nazaret. Él ganó el reposo sabático que le espera al pueblo de Dios (cf. *He. 3:7 – 4:11*).

### **Oh Dios, cuando tú saliste delante de tu pueblo (*Sal. 68:7*)**

Pero, abramos el libro mismo. Los primeros capítulos nos muestran enseguida cómo obra la libre gracia del Señor. El Señor le hace a Josué aquella gran promesa, que escuchamos tantas veces en las Escrituras: “Yo estaré contigo” (*1:5, 9*). Entretanto, Josué anuncia el paso del Jordán (*1:10 ss.*). También envía espías, que en la ciudad clave de Jericó implican a una prostituta en su espionaje. Esta mujer Rahab, no sólo les esconde de la policía, sino que también hace una especie de profesión de fe, en la cual anuncia la victoria del Dios de Israel. Él es un Dios mundial, que por las señales en Egipto ha mostrado tener su trono por encima de todos los dioses y héroes. Es, pues, en este Dios que Rahab busca refugio, ahora que viene la crisis sobre Jericó. Para ella no supone ningún problema aquello de que “¡fuera de la iglesia no hay salvación!” pues los espías le aseguran que por su fidelidad ella y su familia serán salvadas. Y el milagro que se produjo fue que aquella mujer fue acogida en medio de Israel, e incluso llegó a ser una de las matriarcas del linaje real (*Mt. 1:3*). En el principio del libro de *Josué*, que está lleno del juicio divino sobre Canaán, encontramos también una evidencia de la gracia, mostrada a una de las hijas del pervertido Canaán (*cap. 2*).

Los espías, naturalmente, rinden un informe triunfal puesto que Rahab les contó que el corazón de todos los habitantes desmayaba ante Israel. Por eso había que cruzar ya el Jordán. El arca, el símbolo del trono de Yahvé, va delante. Y entonces se muestra que el Dios que secó el Mar Rojo, sigue siendo el mismo: también las aguas del Jordán se apartan para formar un camino; quizá por un derrumbe de tierras río arriba, un hecho que no quita nada del milagro en sí. Josué hace erigir un monumento en la ribera del Jordán, y otro más en el lugar del primer campamento (Gilgal), de doce piedras. Nuestro libro *Josué* es el ‘libro de las-piedras-que-hablan’ por excelencia. Ya encontraremos más adelante otros monumentos. Fíjense que aquellas piedras eran como una Biblia pétrea para niños. O mejor, eran como un catecismo, tenían que estimular a los niños a hacer preguntas; y los padres tenían que relatarles entonces las maravillosas obras de Yahvé (*4:4 – 7:20-24*).

Luego se disponen a atacar a Jericó, aunque primero pasó otra cosa. Josué circuncidó al pueblo, ya que la práctica de la circuncisión no se había observado durante la travesía por el desierto, que para la mayoría fue un viaje de muerte, y maldito. También celebraron la Pascua. Y esto último es importante en relación con las siguientes celebraciones de la Pascua: la Pascua no solamente recuerda la salida de Egipto, sino que en aquel momento significaba además el paso del Jordán, la entrada en Canaán. ¿No había pasado Israel cuatro días antes de la fecha de la Pascua por el Jordán, el día en que había que escoger el cordero pascual? (4:19; cf. *Éx. 12:3*). La Pascua – ¡Jesucristo! – no sólo habla de la salida, ¡sino también de la entrada!

Igual que leemos en Éxodo acerca de la aparición en la zarza ardiente, con la cual Moisés fue privilegiado, aquí se trata igualmente de una aparición excepcional a Josué. Se encuentra con el Príncipe del ejército del Señor, un ángel con la espada desenvainada. Como Moisés, Josué tiene que quitarse el calzado. Luego se le asegura que Jericó será tomada, y se le explican las curiosas maniobras militares que tiene que ejecutar. Cada día, los soldados tienen que dar una vuelta alrededor de la ciudad, en silencio; seguidos por siete sacerdotes tocando bocinas, y por el arca, el trono de Dios. El séptimo día, a la señal convenida, el pueblo tenía que gritar a gran voz; entonces el muro se derrumbaría y la toma de Jericó sería un hecho. Así era el extraño plan de sitio del ángel. Y así lo hizo Josué; Jericó fue tomada y destruida. Josué pronunció una maldición sobre aquel que volviera a edificar la ciudad. La ciudad tenía que seguir allí como una ruina, un monumento de advertencia para Israel: ¡Velad, para que no perezcáis de la misma manera! (6:26). En su momento, Hiel de Betel reedificó Jericó al precio de las vidas de su primogénito y su hijo menor (*1 R. 16:34*).

### **Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros (*1 Co. 5:13*)**

En la Escritura leemos continuamente acerca de la apostasía de la iglesia. Pues bien, este tema lo encontramos también en *Josué*. Ahí está Acán, que robó varias cosas del anatema de Jericó. Como castigo por este acto el pueblo perdió la batalla contra Hai (literalmente, escombrera, que es tal vez su nombre posterior). Echando suertes, Acán fue señalado como el pecador. Él confiesa y es apedreado junto con todos los suyos y sus posesiones. Con una alusión a su nombre dice Josué: “cómo has turbado a Israel” (*‘akar* es turbar, hundir en la desgracia). El valle donde fue lapidado y donde se erigió un montículo de piedras (¡otro monumento!), se llama valle de Acor (o sea valle de desgracia, turbación). *1 Crónicas 2:7* llama a Acán ‘el que perturbó a Israel’, porque provocó el desastre de Israel. El rey Acab fue ‘tan amable’ de dirigirse a Elías con este título injurioso durante la grave sequía que sufrieron

(1 R. 18:17). Puesto que en el lenguaje cristiano la expresión ‘perturbador de Israel’ se suele utilizar a menudo para indicar a alguien que anima un poco un evento, es bueno conocer el verdadero significado y el trasfondo de esta expresión. Es algo muy grave ser un ‘perturbador de Israel’. Acán atrajo el castigo sobre toda la comunidad. Y la iglesia ha visto en este acontecimiento, con razón, una incitación a mantener la disciplina en la comunidad también hoy en día. Si no, la ira de Dios caerá sobre toda la congregación (véase la respuesta 82 del *Catecismo de Heidelberg*).

Más tarde, el valle de Acor se menciona una vez más en los profetas (*Is. 65:10; Os. 2:15*). Pero esta vez en sentido positivo; esta puerta de acceso a Canaán ya no es una puerta de desgracia, sino una puerta de esperanza. Es Cristo, el que hace posible esta perspectiva: el anatema, el castigo que Él sufrió, es la causa de nuestra salvación.

Anatema... Vemos que esta maldición se pronuncia también sobre Hai, cuando es tomada después de la muerte de Acán. Su rey es colgado de un madero. Al anochecer le quitan del madero, conforme a la ordenanza de *Deuteronomio 21:23*. Esto nos hace pensar inmediatamente en la cruz de Cristo. Nuestro Salvador fue ‘enaltecido’, igual que ocurrió con los reyes cananeos. Él se convirtió en un maldito (cf. *Jos. 8:29; 10:26ss.; Jn. 19:31; Gá. 3:13*). Se convirtió en uno que contamina la tierra, para que nosotros pudiéramos heredar ‘la tierra’, la tierra bendita.

### **A tu descendencia daré esta tierra (*Gn. 12:7*)**

El capítulo 8 narra, a partir del v. 30, que Josué construyó un altar en Siquem, el centro del país, y que luego leyó del estatuto del Pacto acerca de la bendición y la maldición (cf. *Dt. 11:29; 27:12-13*). En el corazón de la tierra de Canaán, donde Abraham escuchó por vez primera la promesa (*Gn. 12:7*), se oía la Palabra de Aquel que reclamaba el corazón de Israel. Es lógico que posteriormente Josué pronunciara su discurso de despedida también en aquel lugar. ¡Cómo habló la voz del Pacto en aquel día nacional en Siquem!

Pero precisamente por este acontecimiento nos llama la atención que Josué y sus príncipes mostraran tal laxitud frente a la astucia de los gabaonitas. ¿No prohibió la Ley, el Pacto con el Rey Yahvé – que acababa de ser recordada – tajantemente una alianza con otros? Y ahora venían unos embajadores supuestamente extranjeros, que en realidad eran representantes de un pueblo en medio de Canaán, que actuaron según el dicho: ‘El que no es fuerte tiene que ser astuto’. Josué no consultó al Señor, sino que se sintió halagado e hizo una alianza muy firme. Cuando después resultó que había sido engañado, tenía que mantener el

juramento (*cap. 9*). Les perdonaron la vida a los gabaonitas, y la influencia cananea que se temía la neutralizaron vinculando Gabaón al santuario (9:27).

En el sur se formó una coalición de cinco reyes de sendas ciudades. Se entiende que querían atacar a Gabaón y sus ciudades confederadas en el centro de la tierra, ya que este, por la alianza con Israel, había dañado seriamente el frente cananeo. Pero Israel acudió en ayuda de Gabaón y la coalición fue derrotada. En aquel día, Josué pronunció estas conocidas palabras:

“Sol, detente en Gabaón;  
Y tú, luna, en el valle de Ajalón” (10:12).

Y a la hora del anochecer había luz (*Zac. 14:7; Ap. 22:5*). La naturaleza parecía simpatizar con la lucha de la iglesia. ¿No fue la Creación maldita a causa del hombre? Y ¿no anhela la grande re-creación, el ser glorificada juntamente con el hombre? (*Ro. 8:19-23*). Será cuando también la noche, como obstáculo, desaparecerá; el milagroso día extra durante la batalla cerca de Gabaón era la profecía de ello.

Después de que el sur había sido conquistado, y tomadas una tras otra todas sus fortalezas, llegó el turno del norte. Allí también se había formado una coalición. Pero en la batalla junto a las aguas (las fuentes) de Merom, el enemigo fue derrotado por completo. De la observación de que había muchos carros y caballos, podemos deducir que el ejército del norte era muy fuerte. No obstante, el Señor le asegura a Josué que obtendrá la victoria. Además le manda quemar los carros y desjarretar los caballos (11:6). Esto último tenía que ver con la ley sobre el rey (*Dt. 17:16*); Israel no debía confiar en los medios de guerra de los paganos; tenía que vivir en completa dependencia del Señor. La ‘oración para la guerra’, el *Salmo 20*, dice acertadamente:

“Estos confían en carros, y aquéllos en caballos;  
Mas nosotros del nombre de Yahvé tendremos memoria” (v. 7).

Y cuando leemos el capítulo 11, tenemos que fijarnos en esa otra característica que enseñó a Israel a ser humilde. El versículo 13 comenta que Israel no quemó las ciudades que estaban sobre las colinas, excepto Hazor. Uno se pregunta ¿por qué no se quemaron estas ciudades de las alturas? Bien, ‘colina’ aquí significa: montón de escombros. Así que Israel no quemó aquellas ciudades que ya habían sido destruidas anteriormente, pero sí las nuevas

ciudades, para que en el futuro toda ciudad conquistada tuviera como fundamento una escombrera. Una señal de advertencia: ¡si no te conviertes, perecerás de la misma manera! Israel vivía en una tierra sobre la cual había soplado el aliento abrasador del juicio. Si iba a servir a los *baales*, entonces se expondría al mismo juicio; y nuestro Dios es fuego consumidor.

*13:1-7* menciona regiones que todavía no habían sido conquistadas. El territorio repartido entre las tribus todavía no había sido limpiado del todo de las fuerzas enemigas. Sólo la fuerza principal del enemigo había sido quebrada definitivamente. Por medio de operaciones de limpieza hubo que quebrantar la última resistencia. Rubén, Gad y la media tribu de Manases recibieron territorios en Transjordania. Caleb, el hombre que un día junto con Josué había entregado un informe positivo aunque minoritario, recibió Hebrón y alrededores como heredad: justo aquella región donde moraban los temidos gigantes (*14:6-15*). El hecho de que Caleb deseó poseer este territorio difícil de conquistar, ilustra la fuerza de su fe (v. *12*). En el capítulo 15 se describe la heredad de Judá, y en los capítulos 16 y 17 la de las tribus de José (Efraín y Manasés). Estas eran las tribus más grandes. También en el futuro irían siempre delante.

Mientras tanto, se levantó el tabernáculo en Silo. Y es aquí, al lado de este santuario, donde tuvo lugar el reparto del territorio entre las demás tribus. Siete tribus, porque la tribu de Leví no recibió ningún territorio específico: el sacerdocio del Señor es su heredad (*18:7*; cf. *Dt. 18:2*). Una comisión de 21 hombres fue designada para levantar un mapa del territorio restante y dividirlo en partes. Ya habían tardado demasiado en tomar posesión de la tierra de la promesa; había que tomar aquella promesa de una vez por todas. Se nota aquí la vacilación de las tribus. ¿Es esto un presagio de la apostasía posterior? En todo caso, Josué lo lleva adelante: cuando la comisión hubo acabado su tarea, él echó suertes para repartir la tierra, delante del Señor junto al santuario de Silo (*Jos. 18:8 ss.*). Él mismo recibió de los Israelitas una heredad en los montes de Efraín (*19:49-51*). Se señalan las ciudades de refugio y las ciudades de los levitas (*caps. 20-21*). Y la crónica concluye solemnemente: “De esta manera dio Yahvé a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres,... No faltó palabra de todas las buenas promesas que Yahvé había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.”

A la luz de esto último quizás empiece el lector a pensar de forma diferente acerca de todas aquellas listas aburridas de nombres de ciudades. ¡En el pasado se sirvieron de estos capítulos para los ejercicios de lectura de los más jóvenes! Está claro que no están ahí en la Biblia para hacerse un nudo en la lengua. Son una prueba de la fiabilidad de Dios. Tales listas son como un júbilo: ¡Alabadle a Él, ahora que la heredad ha sido confirmada conforme a su

Palabra! ¡Porque para siempre es su misericordia! (*Sal. 136*). Quien busque en un *Atlas Bíblico* el mapa del territorio de las doce tribus, y mire la traducción de algunos nombres de lugares, notará cómo en los nombres se muestra el cumplimiento de la promesa: Israel estaba en su casa, en la tierra de leche y miel. Belén significa casa de pan; Rimón, granado; Gat-Hefer, lagar al lado de la fuente; Jabneel es Dios edifica; Naama, agradable; Tapúa, membrillo; Beerot, pozos; Irpeel significa Dios sana. El sentirse en casa se muestra incluso en nombres como: Samir, punta de cardos; Saalabín, paraje de chacales; Soco, cercado de espinas; las consecuencias del pecado seguían estando presentes. Todos esos nombres hay que verlos bajo la luz del gran tema de *Josué*: la gracia del Dios del Pacto; ellos nos hablan del gran Josué, el Mesías, que ha obtenido para nosotros la heredad perfecta y perpetua. En Él tenemos nuestra ‘suerte’ (*kleros* en griego; cf. clero), nuestra herencia, seguro en los cielos; el Espíritu es la garantía, el anticipo de ella (*Ef. 1:11, 14*).

### **Si traspasareis el Pacto... (23:16)**

El libro de Josué también nos dibuja con mucho contraste el peligro de la apostasía. Pensemos en aquella historia de Acán. Aquí y allá se muestra la dejadez de Israel con respecto a echar a los cananeos (véase p. ej. *16:10; 17:12 ss.; 18:3*). Podemos ver en la historia del altar junto al Jordán, que en aquel tiempo también tenían en cuenta la posibilidad de caer en la apostasía.

Cuando las tribus de Gad, Rubén y la media tribu de Manasés, después de la conquista de Canaán regresaron a su heredad, al otro lado del Jordán, edificaron un altar muy grande antes de cruzar el río. Cuando las otras tribus lo oyeron, vieron en ello un acto de traición al Señor. Y según *Deuteronomio* 12 y 13 había que aplicar el mandato del anatema a estas tribus, si de verdad se trataba de apostasía. De ahí que se produjera una movilización de guerreros que se concentran en Silo. Finees, que tiempo atrás se distinguió en Baal-peor como un hombre celoso por Yahvé, fue enviado con una delegación a Transjordania para informarse. En su discurso les recuerda el pecado cometido en Baal-peor y la maldición que cayó sobre todo Israel después del acto de Acán. ¿Acaso tenían miedo de que la tierra al otro lado del Jordán fuera inmunda, y por eso habían construido un altar en un lugar no indicado por el Señor? Esto no es nada más que un culto caprichoso, del cual puede surgir cualquier cosa.

La respuesta muestra que el altar tenía la intención de ser un monumento, para servir de recordatorio para las generaciones posteriores, de que pertenecen a una sola ‘iglesia’, junto con el resto de Israel. No querían usar el altar para sacrificios. Así que todo había sido un

malentendido. Habían erigido una copia del altar de Silo en la frontera como un símbolo de la unidad. Después de haberlo explicado, este asunto eclesiástico quedó concluido (*cap. 22*).

Aún así... el peligro de transgresión, de desobediencia, seguía ahí de forma latente. Cuando Josué, que siendo ya muy mayor se había retirado a su posesión en el monte de Efraín, siente que llega su fin, convoca primero a los ministros. Dónde, no se nos dice. Posiblemente, fue en Silo. Se dirigió a aquellos dirigentes del pueblo hablándoles con mucha insistencia acerca del mandato del Señor: sed fieles a la Ley de Moisés, no os mezcléis en absoluto con los cananeos que habían quedado allí. Al contrario, tenían que ser exterminados por completo; Israel no debía correr el peligro de copiar el estilo del culto a Baal. Porque así como el Señor había sido fiel en cumplir sus promesas, así también sería fiel en vindicar su Pacto, cuando es quebrantado (*cap. 24*).

Igual que Moisés renovó el Pacto con el Señor en los campos de Moab, así también Josué hizo confirmar el Pacto antes de su muerte. Esto tuvo lugar en Siquem. Siquem, el centro del país; antes un baluarte del poder cananeo. Siquem, el lugar de Canaán donde el Señor por primera vez prometió a Abraham que su descendencia recibiría ‘esta tierra’ (*Gn. 12:7*). Siquem, el lugar donde Simeón y Leví jugaron sucio con la circuncisión, pero también el lugar donde Jacob enterró sus ídolos antes de dirigirse a Betel (*Gn. 34; 35:1-4*).

No es por nada que Josué comenzara su discurso en Siquem recordando a los patriarcas. ¿No están sus ídolos enterrados bajo la encina de Siquem? “Así dice Yahvé, Dios de Israel; Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños. Y yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río, y lo traje por toda la tierra de Canaán”.

Ahí aparece otra vez el motivo de la gracia, el favor soberano del Señor, que no nos deja nunca cuando leemos la Biblia. En breves trazos Josué narra lo que el Señor ha hecho; la salida y la entrada. “Y os di la tierra por la cual nada trabajasteis, y las ciudades que no edificasteis, en las cuales moráis; y de las viñas y olivares que no plantasteis, coméis” (*24:13*). ¡Toda jactancia queda excluida! Pero justo por eso destaca el compromiso: ¿qué es lo que quiere Israel ahora? ¿Quiere seguir sirviendo a los antiguos dioses de Mesopotamia, como ocurrió en las tiendas de Jacob? ¿Va a servir a los ídolos de los cananeos? O ¿se va a entregar de todo corazón al Señor? “¡Pero yo y mi casa serviremos a Yahvé!” (*24:15*).

El pueblo responde que no quiere dejar al Señor, porque Él es el gran Salvador. Pero Josué no quiere que su elección sea precipitada: ¿se dan cuenta de que Yahvé es un Dios celoso? Él castiga severamente cualquier rebelión. Sus buenas dádivas en el presente no son garantía para que se repitan indefinidamente en el futuro. Ahí está la vindicación del Pacto.

Pero el pueblo sigue asegurándole que quiere ser fiel al Señor. Josué les toma por testigos contra sí mismos, levanta una gran piedra y la convierte en un testigo mudo del Pacto renovado. “Para que no mintáis contra vuestro Dios” (24:27).

### **Si Josué les hubiera dado el reposo... (He. 4:8)**

Parece que el libro de *Josué* termina en un tono algo sombrío. Después de hacer pacto en el día en que el pueblo se reúne en Siquem, sigue la muerte de Josué. También se nos relata el enterramiento de los huesos de José y la muerte de Eleazar, el sumo sacerdote. Sin embargo, no se oyen aquí solamente elegías. A Josué se le llama el siervo del Señor, un título que también recibió Moisés, y que más adelante llevará Cristo. “Y Josué murió, y le sepultaron en su heredad”, en su posesión. Lo mismo ocurrió con José y Eleazar. El Señor cumplió sus promesas a aquellos fieles. Yahvé no es un Dios de muertos, sino de vivos (*Mr. 12:27*). En estas noticias de funerales, la trompeta de la vida canta victoria. Así puede concluir el libro de *Josué*. Yahvé hace de verdad lo que dice.

## **JUECES**

### **División**

Primero algo sobre la división de este libro, que tiene una doble introducción: 1:1 – 2:5 y 2:6 – 3:4. Luego sigue la parte central del libro: 3:5 – 16:31, con las historias de los jueces. Finalmente sigue un doble apéndice, que tipifica la situación general en la época de los jueces: 17:1 – 18:31; 19:1 – 21:25.

**Se volvieron y se rebelaron como sus padres (*Sal. 78:57*)**

La introducción nos presenta un retrato claro de la situación. Mientras vivían Josué y sus ancianos, Israel sirvió al Señor (*Jos. 24:31; Jue. 2:7*). Después, sin embargo, vino la infidelidad. Israel, el pueblo nómada, se había convertido en un pueblo de agricultores. Y ahora se sintió obligado a aceptar también la religión agraria de los cananeos. O, por lo menos, tenerla al lado del culto a Yahvé. Al fin y al cabo, cada ‘dios’ tenía que cuidar de su propio territorio. Yahvé era el gran Líder en tiempos de guerra. Pero respecto al terreno agrario era mucho mejor que uno se dirigiese a los dioses masculinos y femeninos de los cananeos, *baales* y *astarot*. A ellos se debía al fin y al cabo la fertilidad de la tierra, como fruto de su unión. Por eso, en los santuarios, el hombre tenía que imitar aquello con la piedra santa (*masebe*) y el poste santo (*asera*) dedicados a ellos. Baal era el dios de la tormenta y de la lluvia; Astarte era la diosa de la fertilidad y el ‘sexo’, la ‘Madre Tierra’. Muchos lugares tenían su propio Baal, o su Astarte propia, aquella Venus y Madonna. Al lado de ‘Nuestro Señor’ (Baal significa ‘señor’), estaba ‘Nuestra Señora’.

El capítulo 1 nos muestra que aunque hacían conquistas, sin embargo, muchas de las tribus dejaron de esforzarse. Y peor aún, había israelitas que se casaron con cananeos. En lugar de la antítesis vino la síntesis. Dejaron el Pacto (*Jue. 2:1-3*). Y esto provocó la venganza del Señor. Vinieron enemigos a su tierra, y a continuación Israel clamó al Señor para que viniese a socorrerles. Él les dio jueces que libraron al pueblo de la opresión de los pueblos vecinos y de las hordas nómadas que les atacaban. Pero se olvidaron muy pronto de aquellas liberaciones y volvieron a cometer otra vez los mismos pecados. Aquí encontramos el esquema monótono de las historias de los jueces: apostasía – juicio del Señor – conversión – juez/libertador – y otra vez apostasía.

Nosotros, al oír la palabra juez, pensamos en alguien que pronuncia sentencias en un tribunal. Pero el Antiguo Testamento no sólo piensa en un tribunal; también se puede referir al campo de batalla. ‘Juzgar’ tiene muchas veces el significado de hacer justicia; un juez es el libertador de su pueblo, que ejecuta la sentencia sobre los enemigos. El libro de los *Jueces* nos muestra cómo el Señor, en los tiempos oscuros del medioevo israelita, llamó una y otra vez hombres para ser jueces, les ungió con su Espíritu y les hizo batallar las guerras de Yahvé. Puesto que en aquella época las tribus no mostraban mucha cohesión – cualquier desobediencia a Dios causa desmoronamiento – los jueces trabajaron a veces sólo en medio de algunas de las tribus. Tampoco conocieron la sucesión, por lo que sus obras se quedaron en nada tras su muerte (*2:19*). Así se hizo sentir la necesidad de un rey. Los jueces clamaron por un rey, sí, aunque no hay más Rey que Jesucristo, que hace perfecta justicia a su pueblo, que

lo protege de todos los enemigos, y lo guarda; el Juez, que salva (véase el *Catecismo de Heidelberg, Domingo 19*).

Siguiendo los hechos de los diferentes jueces, vemos cuáles eran los enemigos que les atacaron: Otoniel / tropas de Mesopotamia; Aod / moabitas; Samgar / filisteos; Barac / cananeos; Gedeón / nómadas madianitas y amalecitas; Jefté / amonitas; Sansón / filisteos. Véase en el mapa; la paz de todos los enemigos alrededor, para que Israel viviese seguro debajo de su parra y debajo de su higuera, se turba una y otra vez de forma cruel. También aquí oímos el clamor por el Rey mesiánico, que trae el verdadero reposo, la verdadera seguridad (*Mt. 11:28-29; cf. Is. 28:12; Jer. 6:16*).

Las diferentes informaciones sobre los jueces nos dibujan claramente cómo también ellos mismos estaban más o menos embargados por el espíritu de la época; eran hombres como nosotros. Barac tiene miedo (4:8). Gedeón, después de su victoria formidable – que sería recordada a lo largo de la Historia como el día de Madián –; véase *Isaías 9:4; 10:26* – cayó en el pecado del culto voluntarioso –: hizo confeccionar un *efod* (pectoral sacerdotal con piedras de oráculo) (8:22 *ss.*), y así todo Israel se volvió apóstata. Su hijo Abimelec incluso se proclamó rey en Siquem, ¡el lugar donde el Pacto fue renovado bajo Josué! Y además, el santuario allí fue dedicado de nuevo a Baal-berit, es decir, Baal (Señor) del Pacto. Al hacer matar a sus hermanos a costa del tesoro del templo de Siquem, Abimelec se abrió camino hacia el trono. Pero su reinado terminó en una gran confusión; él mismo sufrió una muerte despreciable (9:50-57; cf. *2 S. 11:21*). Respecto a Jefté, que creció fuera del ámbito del Pacto, uno se puede preguntar si su fe no era demasiado superficial, si no se parecía demasiado lo que hacía a comprar el favor de los dioses como hacían los paganos (11:30 *ss.*). Y ¡fijémonos en Sansón! Era un nazareo de Dios. Pero ¡cuán profunda fue su caída una y otra vez! (16:1 *ss.*).

### **¡Por tu Dios, oh Dan! (*Am. 8:14*)**

Los capítulos finales subrayan la degeneración. Un cierto Micaía del monte de Efraín erigió un santuario con *efod* (pectoral) y *terafines* (dioses familiares). El autor añade aclarando: “En aquellos días no había rey en Israel, cada uno hacía lo que bien le parecía” (17:1 *ss.*). Esta expresión aparece a menudo en los últimos capítulos (17:6; 18:1; 19:1; 21:25). De este modo el autor pone de relieve que estas historias claman por un rey que gobierne en nombre del Señor. Fijémonos en qué le pasa al templete de Micaía. Un levita que estaba ocioso es empleado por Micaía, para ser su sacerdote (17:7 *ss.*). Pero este caso es descubierto por un grupo de espías de la tribu de Dan, que no tenía espacio suficiente (1:34),

y que buscaba una nueva heredad (18:1 ss.). Cuando más tarde los danitas emigran, pasan por la casa de de Micaía, y se llevan a su ‘sacerdote’, que encima era un nieto de Moisés (18:30), y también sus objetos ‘santos’. Después de asentarse en el extremo norte de Canaán, usaron su botín para el ‘santuario’ que levantaron en la nueva ciudad de Dan (18:30-31). Y parece ser que este culto ilegal floreció durante mucho tiempo, porque cuando Jeroboam estableció en Betel el culto del becerro, no supo hacer otra cosa mejor que levantar un sucursal en Dan, para integrar el culto existente de aquel lugar en su religión estatal (1 R. 13:28-29). Y aunque se muestra claramente que no era la intención de Micaía – darle la espalda al Señor – el dinero con el cual todo aquello se hizo, estaba dedicado al Señor (17:3), sin embargo, Micaía junto con su madre estaban pecando contra el segundo mandamiento: nada de rendir culto a las imágenes, nada de religión caprichosa. Y el pecado contra el segundo mandamiento se convierte fácilmente en pecado contra el primero. ¡Recordemos la historia posterior de Israel!

### **Desde los días de Gabaa has pecado, oh Israel (Os. 10:9)**

El capítulo 19 nos da una impresión del deterioro moral, de cómo la ética empieza a asemejarse a la de los cananeos. Sin tapujos el autor nos habla acerca de la situación en la ciudad de Gabaa, en Benjamín, ¡donde nacería más tarde el rey Saúl! Tenemos ahí una descripción de un levita y su esposa, que no nos revela una imagen particularmente bonita. Parece que las tribus todavía formaban una homogeneidad. Dado que la tribu de Benjamín sale en defensa de Gabaa, se origina una guerra civil. Después de haber consultado al Señor (20:18) en Betel – el lugar donde Jacob vio en sueños la escalera con ángeles – porque allí estaba el arca, atacaron a Benjamín. Pero perdieron dos veces. Sólo al tercer ataque Benjamín fue derrotado, gracias a una estratagema. A continuación toda la tribu fue hecha anatema, sin misericordia. Sobrevivieron solamente 600 hombres, pero como Israel había jurado no dar sus hijas por mujer a Benjamín, esta tribu corría el peligro de ser exterminada. Ahora bien, leemos que se quejaron ante del Señor en Betel; pero no leemos que el Señor fuera consultado con respecto a este problema. Ellos mismos buscaban una solución. Durante la movilización, la ciudad de Jabes-galaad no había aportado hombres. Pues bien, la solución estaba servida: matar a todos los habitantes de aquella ciudad menos a las chicas jóvenes, para darlas a los benjamitas. Al final, el resultado no daba un número suficiente, así que se organiza un rapto de vírgenes al lado del santuario de Silo (1). ¡Una fiesta (¿de la Pascua?) tenía que servir para eludir un juramento! Esto es exactamente lo que nos llama de inmediato la atención en todo este proceder: que se vivía de manera tan formalista y tan superficial. Primero ven solamente el negro pecado de Benjamín... como si en sus propias filas no hubieran faltas (recordemos a

aquel levita). Luego lloraron con lágrimas de cocodrilo, cuando el golpe hizo demasiado daño. Y finalmente prefirieron buscar todo tipo de remedios de sabotaje en lugar de reconocer francamente que habían hecho un juramento irreflexivo. Todo esto sucedió al principio de la época de los jueces (todavía vivía Finees; 20:28); pero vemos claramente que se estaba asentando la base para una apostasía posterior. Arbitrariedad, falta de conciencia de pecado y un formalismo superficial nunca dan buenos frutos.

### **Oda de Débora**

Para la buena comprensión de *Jueces* quiero señalar algunos rasgos más. Para empezar, ahí está el cántico de Débora. ¡Qué pena, que no cantemos en la iglesia los salmos que se encuentran dispersos en los diferentes libros fuera del Salterio! El teólogo, político y también poeta Marnix van Sint Aldegonde, en tiempos de la Reforma del s. XVI, ha versificado este cántico, y también el de Moisés y otros; pero apenas tuvo imitadores. Y sin embargo, ¡cuán hermoso es este cántico, que forma parte de la música conmemorativa de Israel! Al leer la primera parte (vv. 1-11), vemos una repetición llamativa de las palabras Yahvé e Israel. En los versículos 3 y 5 estas dos son juntadas en un tipo de coro: “Yahvé, el Dios de Israel”. Y en ello precisamente está descrito el ‘dogmatismo’ del cántico de Débora: Yahvé lucha por Israel; pero Israel tiene que luchar por Yahvé.

El comienzo recuerda a la bendición de Moisés en *Deuteronomio* 33. Allí también se describe al Señor como el Dios del Sinaí. Viene por el antiguo camino para liberar a su pueblo, como en los días antiguos. Pero esta liberación no se efectúa sin la colaboración de Israel. Las tribus tienen que venir “al socorro de Yahvé” (v. 23). Meroz, que no se presentó en la movilización, es maldito. Se habla irónicamente de Rubén, que tuvo muchas resoluciones en su corazón, pero que igual que Manasés (Galaad), Dan y Aser, se quedó cobardemente en casa. A Jael se le bendice en un lenguaje muy expresivo por su valor. Y después de que hayamos visto a la madre del derrotado Sísara esperándole en vano, en el verso final se nos ofrece un breve resumen del cántico:

“Así perezcan todos tus enemigos, oh Yahvé;

Mas los que te aman, sean como el sol cuando sale en su fuerza”

(cf. Mt. 13:43; 17:2; Ap. 1:16).

**Gedeón – una reforma frustrada después del día de Madián –**

En los días de Gedeón Israel sufrió ataques por parte de nómadas. Gedeón está sacudiendo el trigo en el lagar. Un profeta había recordado antes la liberación de Dios: Yahvé les sacó de Egipto, pero a la vez prohibió la idolatría. E Israel no obedeció. Por eso estaban en apuros ahora. No es imposible que Gedeón tuviera conocimiento de aquella predicación. Ya que, cuando el ángel del Señor se le aparece y le dice: “Yahvé está contigo, varón esforzado y valiente”, Gedeón hace referencia a las obras del Señor de antaño. Si el Señor estuviera con él, entonces sucederían todas aquellas maravillas como en los días del éxodo. “Pero ahora el Señor nos ha entregado en mano de los madianitas” (6:11 ss.).

Sin embargo, el ángel le anima: “Vé con ésta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas”. Aún así Gedeón no lo puede creer; por lo que pide una señal. Y ésta le es dada con la ascensión del ángel en medio de la llama que consume la ofrenda de Gedeón.

Pero antes de que actúe como salvador del pueblo, tiene que demostrar que está dispuesto a servir al Señor en todo. Por ello tiene que comenzar la reforma con su propia familia. Tiene que construir un altar para el Señor y sacrificar en él ‘el segundo toro de siete años’. La indicación de aquel toro está formulada de una manera típicamente campesina. Quizás la edad de siete años – en Oriente son más sensibles al simbolismo que nosotros – tenga relación con la opresión durante siete años por los madianitas. Después de siete años, Israel vuelve a servir al Señor. El hecho que Gedeón tiene que derrumbar el altar de Baal y el poste santo al lado, demuestra hasta qué punto había llegado la apostasía, incluso en las ‘mejores’ familias.

Gedeón convocó después varias tribus. Pero aún no estaba preparado para su cometido. Él pidió señales, y Dios se las dio. Por la mañana, un vellón estaba mojado mientras que todo alrededor estaba seco, y al revés (6:36 ss.). Además, el Señor le hace escuchar el relato de un sueño en el campamento de Madián (7:9-14). Un pan de cebada rodó hasta el campamento de Madián, acampado en el valle. El pan de cebada era el pan de los pobres, y la imagen del Israel de aquella época. Pero tenía una fuerza destructiva. Y esta señal fue decisiva para Gedeón.

Fue un ataque curioso. Gedeón había seleccionado sus hombres por medio de una prueba de agua, por orden del Señor. Para que nadie después dijera: mi propia mano me ha salvado. Tenía que quedar excluida por completo toda razón para que los hombres se gloriaran (7:2). Finalmente quedaron trescientos. Tocando trompetas, con gritos de guerra y rompiendo cántaros, aquellos hombres imitaron en medio de la noche el ataque masivo de un gran ejército, y sembraron el pánico entre los madianitas. Obtuvieron una victoria sonada.

No obstante, al leer el capítulo 8, notamos el declive en la vida de Gedeón. Se pavonea de la captura de los reyes, y todo aquello desemboca finalmente en desobediencia al segundo mandamiento; la Escritura lo llama prostituirse en idolatría (8:27; cf. *Ap. 2:14, 20*). Y vemos el triste final de la familia de Gedeón. Fratricidio, culto a Baal, revolución. Todo esto es siempre la consecuencia sombría de la apostasía. ¡Cómo clama también Gedeón por el fiel Juez y Salvador Jesucristo, que completa lo que comenzó su mano! El *Domingo 12 del Catecismo de Heidelberg* dice acertadamente que Cristo nos guarda y conserva la redención que nos ha adquirido. Pues asegurar la salvación era algo que no lo podían hacer los jueces. Sólo Cristo puede hacerlo.

### **Jefté – tu pueblo es mi pueblo –**

Mucho se ha escrito acerca de la ofrenda de la hija de Jefté. Hay quien opina que realmente fue sacrificada, puesto que Jefté habla de un holocausto (11:31). Otros, por el contrario, dicen que esto no hay que entenderlo en sentido literal; la hija de Jefté quiere llorar su virginidad, hubiera querido casarse al igual que todas las demás chicas; pero se dice con énfasis, que esto no iba a suceder (11:37-39). Lo cual da la impresión de que el sacrificio que hizo, tuvo que consistir en quedarse soltera.

Del discurso histórico con el que Jefté se dirige a los amonitas, se desprende que conocía bien la ‘Escritura’. Aunque se crió fuera del ámbito del Pacto (11:2), y no había tenido experiencias demasiado agradables con ‘la iglesia o comunidad de Dios’, sin embargo, el pueblo de Dios era su pueblo; él conocía los caminos del Señor con Israel (11:14-27). Entonces, ¿acaso no sabía lo que ocurrió con Isaac, un día en el monte Moriah, y que Israel no podía hacer pasar sus hijos por el fuego, como hacían los cananeos? Sin duda Jefté lo sabía, y no es muy probable que, siendo juez, diese un ejemplo tan pagano.

También tenemos que tener en cuenta que Samuel menciona a Jefté con honra (1 S. 12:11), y *Hebreos* hace lo mismo (*He. 11:32*). Jefté era un instrumento en la mano de Dios. Un instrumento débil; pero, no obstante, también una sombra que señalaba a Cristo.

### **Sansón – comienzo de la liberación de los filisteos –**

Una sombra que señalaba a Cristo. Sansón también lo era.

Cuando, desde la mente moderna, uno se acerca a su historia, tiende a hacer de él un héroe del Antiguo Pacto. La Escritura le llama nazareo de Dios, salvador (13:5), y juez (15:20). Alguien ha escrito que, aunque a Sansón se le menciona en la lista de ‘héroes de la fe’ en *Hebreos 11*, este testimonio no puede estar basado en lo que *Jueces* relata acerca de

Sansón. Pero sin duda, esto se ha dicho con demasiado atrevimiento. Se nos dibuja la vida de Sansón en tonos oscuros. Pero a la vez vemos que la gracia invencible de Dios usa a este hombre, recurre a él, y le obliga a ir por el camino de la fe. Los muchos pecados del siervo Sansón claman precisamente por Cristo; pero por gracia sigue estando allí el hecho de que esa figura extraña de Sansón puede ser, en su ministerio, una vaga prefiguración de Aquel, que no solamente comenzó a salvar a Israel (13:5), sino que completará la redención de su iglesia en su grandioso futuro.

En el capítulo 13 podemos leer acerca de la anunciación del nacimiento de Sansón. Entre paréntesis: no está para nada prohibido disfrutar de una historia bíblica. Fijémonos en los detalles de la descripción de los padres de Sansón. La mujer da la impresión de ser bastante decidida cuando el ángel – que ella toma por un profeta – se le aparece. Su marido es un hombre que hila fino. Quiere saber todos los detalles y ora para poder conocer él mismo al ‘varón de Dios’ (o sea el profeta). Cuando la oración es contestada y se muestra que aquel varón era un ángel, pues había ascendido en la llama del sacrificio – igual que con Gedeón –, Manoa se siente aterrado, porque el que ve a Dios ciertamente morirá ¿no? Pero su mujer no pierde el temple: ¿por qué les daría el Señor esta revelación, si su intención fuera matarles?

El nombre de Sansón significa *hijo del sol*. ¿Esperaba su madre (¡otra vez la mujer decidida!), que el sol de la salvación brillara sobre Israel? (sol en hebreo es *shemesh*; el pueblo de Bet-semes significa Casa del Sol, que estaba por cierto muy cerca de Zora, el lugar de nacimiento de Sansón), y ¿por eso le dio aquel nombre, mostrando su fe? En aquellos días los filisteos oprimían a Israel, que había sufrido grandes derrotas. Se habían llevado incluso por un tiempo el arca del Pacto. En realidad, los filisteos eran inmigrantes de Occidente, probablemente originarios de Creta (cf. *Am. 9:7*). Aunque en cierta medida se habían adaptado al mundo oriental, una parte de su cultura occidental la habían conservado; y esto se mostraba claramente en el terreno militar; cuando leemos más adelante sobre el filisteo Goliat, encontramos allí una descripción que podía ser tomada directamente del griego Homero. El dios de los filisteos era Dagón. Antes se solía enseñar siempre que era un dios medio hombre y medio pez (*dag* es pez, en hebreo). Pero parece ser que Dagón guarda relación con *dagán*, trigo; y que era un dios babilónico del trigo, adoptado por los colonos filisteos.

Curiosamente, Sansón ataca precisamente las ‘bendiciones de Dagón’, al incendiar las mieses amontonadas por los filisteos (15:5). *Jueces* 14 nos da a conocer el trasfondo de este suceso. Aunque no debemos justificar todos los actos de Sansón, tenemos que tener presente que claramente se dice que el Espíritu se manifestó en él (13:25).

Cuando Sansón se esconde entre sus hermanos de Judá – él era de la tribu de Dan –, Judá está más que dispuesto a entregarle a los filisteos. Se ve que el valor de los israelitas se había desvanecido por completo. Sus hermanos le atan... no hay rastro aquí de la comunión de los santos. Pero justo en este momento viene el Espíritu sobre Sansón para que lleve a cabo su ministerio de salvación. ¡En Ramat-lehi, Colina de la Quijada, mata a mil hombres con una quijada de asno! (cf. *Jos. 23:10*). Puesto que ‘asno’ y ‘montón’ en hebreo son una misma palabra, el canto triunfal de Sansón contiene un juego de palabras, que difícilmente se puede reflejar en una traducción.

Con una quijada de asno, un montón, dos montones,  
Con una quijada de asno herí mil varones.

Sin embargo, justo aquí vemos al ‘héroe’ empedernecerse. Tiene sed, y no hay agua. En una oración reconoce que fue el Señor quien dio la salvación. A aquel mismo Dios le pide ahora que le salve a él también. ¿No es esto un acto de fe? El Señor le dio agua. Y Sansón dio aquella fuente un nombre: Fuente del que clamó.

Y bien, después sigue aquella historia con Dalila. ¡Ay! Sansón tendría que pagar caro el jugar con su ministerio (*16:4 ss.*). Pero al final de su vida, cuando el pelo le había crecido de nuevo, era otra vez nazareo y juez y salvador. Ya no podía ver, aquel hijo del sol. Pero el Señor le dio fuerzas para acallar las alabanzas a Dagón. En las ruinas del templo de Dagón erigió un monumento en honor a Yahvé. Su familia se atrevió a sacar su cuerpo de debajo de los escombros, y en ello encontramos una muestra de que estaba surgiendo un sentido del llamamiento en Israel. Algo empieza a brillar; el gigante muerto moviliza al abatido Israel. Dentro de poco, Samuel inferiría una derrota aplastante a los filisteos (*1 S. 7*).

Y que no se diga ahora: ¿qué tienen que ver todos aquellos actos violentos con Cristo? Hay que recordar que también Cristo trae el juicio sobre sus enemigos. Algo de eso mostró Sansón. Cristo completa toda la obra de los jueces, que una y otra vez fallaron. Él es el principio y el fin de toda obra de salvación. Consumado es.

(1) Puesto que Saúl era originario de Gabaa, se entiende que salió a la defensa de la amenazada Jabes-galaad, de donde provinieron tantas matriarcas de la tribu de Benjamín.

## RUT

### Bajo las alas del Señor

Este pequeño libro comienza diciendo: “Aconteció en los días en que gobernaban los jueces”... Nos acordamos del doble apéndice del libro de *Jueces*, ¿verdad? Los capítulos 17 y 18 relatan la historia de Micaía y su culto caprichoso; y del 19 al 21 trata de lo sucedido en Gabaa, donde reinaba el mismo pecado que en Sodoma, y del castigo aplicado a la tribu de Benjamín, que se puso al lado de Gabaa. Aquel apéndice nos hizo ver lo oscuro que fue la edad media israelita. Pero, con ello no se ha dicho todo sobre la época de los jueces. El libro de *Rut*, lo podríamos llamar el tercer apéndice del libro de *Jueces*. Y ¡qué fuerte es la luz que irradia el rollo de *Rut*!

Admitámoslo: *Rut* se lee como una novela; hay emoción en las palabras; y además un final feliz. Lo que ya constatábamos antes: ¡cuán humana y bella es la Escritura! ¿Cuántos siglos nos separan de aquel suceso en Belén? Sin embargo, todo aquello nos resulta muy cercano: Noemí con su discurso claro, y Rut siendo evangelizada, precede a otros en el reino de Dios; Booz, el campesino de pocas palabras, de carácter confiable e íntegro.

Pero no debemos olvidar que *Rut* forma parte de la Biblia. No se trata aquí de un interesante idilio rural, sino que estamos leyendo una parte de la Historia de salvación. El Señor nos muestra cómo obraba a través de aquel tiempo oscuro de los jueces, de camino hacia el nacimiento del rey según su corazón. El libro de *Rut* concluye en David. No había rey en Israel, cada uno hacía lo que bien le parecía. Pero el Señor estaba cumpliendo la promesa de *Génesis* 3: 15: La llegada del Rey Jesús era inminente; al linaje de las cananeas Tamar y Rahab, se suma ahora también Rut, la moabita que llegaría a ser antepasada de Cristo (cf. *Mt.* 1:5).

Rut, ¡la moabita! En la Historia de salvación Moab no tenía lo que se dice un buen nombre. Moab era fruto de una unión incestuosa (*Gn.* 19:31 ss.). Y aquel mismo Moab resultó ser un peligro mortal para Israel en Baal-peor, donde las jóvenes moabitas indujeron a

Israel a la fornicación y la apostasía (*Nm. 25*). ¿No decía la Ley que un moabita no podía entrar en la congregación de Israel? (*Dt. 23:3*) Moab estaba emparentado con Israel; pero por eso el Señor mantenía a Israel lejos de aquel pueblo, que servía a su dios Kamos en un culto impúdico y sensual. Y ahora ahí está Rut, también una de las ‘hijas de Moab’.

No obstante, ¡de qué forma tan hermosa vence la gracia de Dios aquí! ¡Cómo brillan los colores de Pentecostés en este libro, que por cierto solían leer los judíos en sus sinagogas el mismo día de Pentecostés! Rut resulta ser sencilla, de un solo pensamiento, con un solo objetivo. Cuando ella elige seguir a Yahvé, y con ello reniega de Kamos, lo hace con todo su corazón. Ella elige incluso a pesar de lo que le dice Noemí. Porque Noemí – su nombre significa delicia, encanto – no tiene ni la menor intención de hacerle fácil a Rut el camino a la tierra de Yahvé. Aconseja a sus dos nueras enviudadas que es mejor volver sobre sus pasos. Que el Señor esté con ellas y que les dé ‘descanso’ (eso significa ¡plenitud de vida!) por medio de un segundo matrimonio (*1:8- 9*) ¿Qué tipo de futuro puede ofrecer Israel a una moabita casadera (*1:11 ss.*)? ¿Quién se casaría con una mujer extranjera empobrecida? Y además, la mano de Dios parecía estar contra Noemí, así que todo saldría mal (*1:13*). Pero aunque Orpa vuelve por su camino, Rut se queda, acompañando a Noemí; y subraya su acto con un juramento y una confesión de fe. La tentación para Rut se hace más grande cuando Noemí dice, al llegar en Belén – Casa de Pan – que se fue llena pero que Yahvé la hizo volver vacía; la encantadora Noemí se ha convertido en Mara, amarga. Pero ¿volvió Noemí con las manos vacías? ¿No la acompañaba Rut, como sierva convencida de Yahvé? ¿No negaba Noemí, en su escepticismo, la fidelidad de Rut?

Pero la moabita no se dejó desviar del camino escogido junto a la iglesia o comunidad de Dios. Esto es muy conmovedor, nunca podremos dejar de maravillarnos de ello. Aquella muchacha se tomó en serio su confesión de fe. Empezó a vivir en sus circunstancias particulares la Ley de Yahvé. Lo hizo en la vida práctica, respecto a la cuestión del pan. El Señor había estipulado que las viudas y huérfanos, los extranjeros y pobres podían recoger espigas en los campos segados (*Lv. 19:9*). Y Rut aprovechó aquella ordenanza y así llegó ‘por suerte’ al campo de Booz (*2:1 ss.*).

Y aquí vemos que el guardar la Ley en la vida cotidiana recibe bendición. Rut no tuvo reparos en ir a espigar, una tarea no demasiado agradable entre todos aquellos segadores, que la podrían molestar (véase *2:9*). Sabemos cómo son las cosas en el campo. Pero Rut no se escandalizó por el comportamiento raro y poco delicado de algunos miembros de aquella comunidad. No dice, como muchos dicen: Si así es la iglesia o comunidad, entonces yo me voy. Porque Rut se había inclinado primeramente por el Señor de la iglesia o comunidad, y

por eso perseveró. Es palabra verdadera, la que Booz le dice: ‘Ha venido a refugiarse bajo las alas del Señor’. Allí quiere quedarse, también en su lucha por vivir.

Y por aquel camino entra también la gracia del Señor en su vida.

### **Bajo las alas de Booz**

Booz – su nombre significa *fuerte* – resulta ser familia de Noemí. Sabemos que la Ley amparaba de dos maneras a una familia empobrecida y en vías de extinción. *Levítico 25* habla de la posibilidad del rescate de la tierra; el pariente más cercano tenía que comprar el terreno vendido y devolvérselo a sus familiares empobrecidos. *Deuteronomio 25* habla del matrimonio entre cuñados (levirato). Cuando un hombre muere sin tener hijos, su hermano debe casarse con su esposa. El primogénito llevaría entonces el nombre del hermano muerto, y de esta forma, no se borraría el nombre del muerto de Israel. El hombre que se casara con aquella mujer sin hijos, es en realidad también su redentor, su libertador; él edifica la casa de su hermano. Ya en cuanto a Tamar (*Gn. 38*), o sea antes de que la Ley fuera dada en el Sinaí, se hablaba de este tipo de matrimonio (y curiosamente, también hoy en día lo encontramos entre muchas tribus de África).

Ante este trasfondo hay que leer el capítulo 3. ¡Ah sí! Noemí, que no está ciega y que es astuta como las serpientes, juega aquí cierto papel. Pero Rut no se deja guiar por intrigas. También respecto al ‘amor’ se somete a la Ley del Señor. Ésta es la que determina su acercamiento a la era. Y toma de Booz sus propias palabras. El hombre le había dicho que ella había venido a refugiarse bajo las alas de Yahvé. Y en aquella noche memorable, Rut le contesta: “Extiende tu ala (capa) sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano”. Puesto que Rut se había refugiado bajo las alas del Señor, Booz tenía que extender su ala sobre ella, esto es, hacerla su esposa (cf. *Ez. 16:8*). Porque el Señor también protege por vía de los medios, por el camino de la obediencia a su Ley.

Leyendo entre líneas notamos que Booz y Rut están profundamente enamorados. Pero el vínculo entre ellos no es solamente ‘natural’. Es en el Señor donde se encuentran. Booz se asombra del hecho de que Rut no va a “pescar” un hombre cualquiera, sino que busca solucionar sus problemas por vía de la ley del redentor, aunque Booz por lo visto es mayor que ella (*3:10*). Respetando aquella misma ley del rescate, Booz espera antes de casarse con Rut. Porque hay otro pariente que es el primer candidato para el acto del rescate, y que tiene la primera opción. Mientras tanto, Rut recibe seis medidas de cebada para llevárselas a Noemí; en el lenguaje secreto del amor: todo saldrá bien, ya casi han llegado al ‘número siete’.

El capítulo 4 nos ofrece el episodio final. El pueblo en la puerta se conmueve con ellos. Los ancianos pronuncian un discurso en la ceremonia nupcial, que está sembrado de recuerdos de la historia nacional de Israel. Se menciona a Raquel y Lea, pero también a Tamar (4:11-12). ¿No se trataba con Tamar igualmente de una especie de matrimonio de levirato?, y ¿no había el Señor bendecido aquel camino curioso del nacimiento de la descendencia de Judá? ¿Hay aquí quizás un consuelo para Rut? El origen de la tribu de Judá tampoco es impecable. ¡No hay nada que Moab y Judá puedan echarse en cara! En todo caso, nosotros, que nos hallamos al otro lado de los hechos de la salvación, oímos aquí el Evangelio de la libre gracia. La moabita, que sigue caminando por el mismo camino que la iglesia o comunidad, se convierte en sierva del Advenimiento del Redentor Jesucristo. Para ella se vuelve una realidad el dicho de que ‘fuera de la iglesia o comunidad no hay salvación.’ Y finalmente, también los ojos de Noemí empiezan a brillar. La vida no se acaba, la amargura desaparece, un resplandor mesiánico ilumina la existencia. Amor y destino bajo la bendición del Pacto, la vida cotidiana al servicio del Señor que promete. Eso es el libro de *Rut*: en los días en que los jueces gobernaban, la obra de Dios avanza; brotará un renuevo, el León de la tribu de Judá. Con Tamar y Rut como antepasadas.

## 1 y 2 SAMUEL

### **El ministerio del rey**

Confesamos acerca de Cristo (que significa Ungido), que tiene tres ministerios: los de rey, sacerdote y profeta. Y sabemos que no vino a la tierra sin prefiguración. Ya hubo muchos que, fieles o infieles, habían llevado a cabo su carrera en el ministerio de rey, sacerdote o profeta. Jamás su obra era perfecta. El Cristo, como Ungido del Señor, asumió aquella obra y la completó. Y precisamente por eso el libro de *Samuel* (en su origen uno solo) está tan lleno de la proclamación de Cristo. Porque es justo acerca de aquellos tres ministerios que leemos tanto en este escrito.

Ana entona su cántico en los días en que todavía no había rey en Israel:

“Dará poder a su Rey,  
Y exaltará el poderío de su Ungido” (1 S. 2:10).

Ella comenzó su cántico hablando de su poder, que es exaltado. Dios la había hecho prosperar. Pero no podía terminar así: al final de su cántico ella ve al Rey prometido, el Mesías. Todavía no ve los detalles bien definidos, pero el hecho de que va a venir un rey, y de que su hijo le preparará el camino, es indiscutible para ella.

Y a continuación, *1 Samuel* nos esboza cómo viene un rey: Saúl. El comienzo es bueno; sin embargo, Saúl se niega a vivir de acuerdo a la Palabra del Señor. Por eso es rechazado. Y entonces vemos aparecer a David. Él es el hombre conforme al corazón de Dios. Pronto ocupa el trono y recibe la promesa de que su descendencia, después de él, heredará el trono y la dinastía. Su reinado sería confirmado. Y conocemos al que llegó a ser el Renuevo de aquella vieja dinastía: fue Jesús de Nazaret. Él pudo aplicar a si mismo todas las promesas hechas a la casa de David, su reinado no tendría fin, y para siempre estaría sentado en el trono de David, su padre (Lc. 1:32-33). El Señor hace morir (Saúl), y da vida (David, Cristo), según el tema de los libros de *Samuel* en el cántico de Ana (1 S. 2:6; cf. Dt. 32:39; Ap. 1:18).

*Samuel* muestra también que el llamamiento de David no estaba basado en su carácter inmaculado. Basta pensar en la descripción de aquella terrible trampa que le hizo a Urías. Aquí vemos de nuevo, de qué manera el Señor nos quiere hacer entender su gracia. Esa gracia mantuvo a David en su ministerio, reguló la sucesión y preparó el camino hacia Cristo. Escuchemos el cántico que suena al final de *Samuel*; esta vez es David quien canta, un David moribundo. Él canta sobre el Mesías que vendría después de él:

“Habrá un justo que gobierne entre los hombres,  
Que gobierne en el temor de Dios.  
Será como la luz de la mañana, como el resplandor del sol” (2 S. 23:3-4).

### **El ministerio del sacerdote**

Aparte de la fundación de la dinastía davídica, un lugar importante del libro de *Samuel* lo ocupa también el tema sacerdotal.

Fijémonos en el principio: nos informa acerca del santuario en Silo y de la situación corrupta que reinaba allí. Los filisteos destruyeron Silo y se llevaron al arca, que más tarde fue devuelta. Pero se quedó a medio camino, hasta que David la llevó— después de un intento

fallido – a la recién conquistada Jerusalén. Allí, en la residencia del rey, se estableció la residencia para el Rey de reyes. David no pudo construir el templo. Pero la conclusión de *Samuel* nos informa de que David compró el terreno para el templo al jebuseo Arauna. Allí, en el antiguo monte de Moriah, se levantaría el templo de Salomón. Allí correría de nuevo la sangre del sacrificio, como en aquel día cuando Abraham sacrificó el carnero en lugar de Isaac.

Así se ve la línea que traza el libro de *Samuel*. De un culto deformado en Silo hacia un culto reformado en el centro del país, Jerusalén. Y ahora uno mismo puede continuar esta línea hacia Jesucristo, que ha venido a asumir la liturgia de todos los sacerdotes en Jerusalén. Paz (en hebreo *shalom*, cf. el nombre de *Salomón*) por medio de su sangre.

### **El ministerio del profeta**

Y finalmente, en *Samuel* la profecía también juega un papel importante. En *1 Samuel* 2:27 leemos acerca de un varón de Dios que anuncia el juicio sobre la casa de Elí. Leemos del llamado y de la obra del gran profeta Samuel. Se destacan las figuras de Natán y de Gad. Una y otra vez vemos a los profetas intervenir como órganos del Pacto que actúan con intrepidez junto al sacerdocio y la casa real, a veces enfrentándose a ellos. Ellos preparan el camino a nuestro gran Profeta y Maestro, que es al mismo tiempo Rey y Sacerdote.

Teniendo en mente lo arriba mencionado, entenderemos porqué se saltan períodos tan grandes en la narración histórica. Al fin y al cabo no se trata de producir una biografía de Saúl, David, etc. No, el propósito es mostrar cómo el Señor estaba convirtiendo su iglesia o comunidad en un reino de reyes y sacerdotes (*Éx. 19:5-6*). En la Biblia no se trata de satisfacer nuestra curiosidad, sino de la proclamación de la fidelidad de Dios. La promesa de *Génesis 3:15* se lleva adelante. “He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido” (*Ap. 5:5*).

### **El Señor mata y el Señor da vida**

Veamos ahora más detenidamente el contenido del libro de *Samuel*. Desde luego, es imposible entrar en todos los detalles. Pero espero que este bosquejo ayude a seguir viendo la línea principal, a pesar de los diferentes personajes y situaciones.

El comienzo de *1 Samuel* tiene como protagonista a Samuel. Leemos acerca de Elcana y sus dos mujeres, Penina, la envidiosa, y Ana, que no tiene hijos. Conocemos a Elí, a Silo, y de paso nos presenta la degeneración que hay allí (Elí piensa que Ana está borracha; *1:14*). Nos narra cómo Ana dedica Samuel al Señor, y cómo le lleva ella misma a Elí. En aquella

oportunidad canta su himno de alabanza, un cántico que por un lado conecta con el cántico de Moisés (*Dt. 32*), y por otro lado tiene relación con el cántico de María (*Lc. 1*).

Yahvé mata y Él da vida,... así cantó Moisés también en *Deuteronomio 32:39*. Y ¿no actúa Dios siempre así en la Historia de salvación? ¿No se reveló esto de forma sorprendente en el nacimiento de Samuel de una mujer estéril? El Señor invierte el orden de las cosas, es Aquel que levanta al humilde y al despreciado. Oigamos cómo canta María acerca de estas mismas cosas:

“Espiró a los soberbios en el pensamiento de sus corazones.

Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes.

A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos” (*Lc. 1:51-53*).

¿No es este el tema que se escucha a lo largo de toda la Escritura, y no menos en *Samuel*? ¡Sólo por gracia! El Señor no se compromete con el poder y la fuerza, con las apariencias. El Señor confirma su consejo y prosigue su obra para la venida del Ungido (*1 S. 2:10*).

No obstante, esto lo veía solamente la fe. Los hijos de Elí eran el *summum* de la apostasía, aunque eran sacerdotes en funciones. Por la ley de los sacrificios sabemos que la grasa de la ofrenda era siempre para el Señor, y que los sacerdotes tenían designadas sólo algunas partes de ciertos sacrificios (a saber, el pecho y la espaldilla derecha). Pero a Ofni y Finees esto no les importaba nada. Hacían sacar los mejores trozos, y con más grasa, de las ollas en las que se cocía la carne (*2:12 ss.*). También hacían como si Silo fuera un santuario cananeo con su prostitución (*2:22*). Elí no actuaba apenas en contra de ello, y no es de extrañar que un profeta le acusara de honrar a sus hijos más que al Señor (*2:29*). Por ello vendría el juicio; pero también se ve un rayo de luz: el Señor levantaría un sacerdote fiel, que iría siempre delante de su ungido (*2:35*). Esta profecía se refería a Samuel, pero ciertamente no sólo a él. Aquí tenemos la promesa del sacerdocio permanente, que acompañaría continuamente al reinado mesiánico, hasta que viniera el Sacerdote y Rey Jesucristo.

También el joven Samuel tuvo que escuchar palabras de juicio (*3:1 ss.*), para que pudiera ver cómo Dios cumple sus palabras. Y mientras tanto se desencadena el drama sobre Israel. Cerca del lugar que posteriormente se llamará Eben-ezer se libra una batalla contra los filisteos. Parecía una ventaja tener a Silo cubriéndoles la espalda, pero sufrieron una derrota. Por eso pensaron que harían bien en sacar al arca, el trono de Yahvé, “el arca del Pacto de

Yahvé de los ejércitos”, como dice literalmente. ¿No les defendería el Dios del Pacto, que gobierna sobre los ejércitos de estrellas y ángeles, frente a aquellos filisteos incircuncisos? Pero se equivocaron: el Dios del Pacto también es el Dios que vindica su Pacto. Israel fue vencido de nuevo, los sacerdotes murieron, y peor: El arca fue capturada y como trofeo de guerra iba a recorrer en una marcha triunfal la tierra filistea con sus cinco ciudades. ¿No había sido vencido Yahvé por Dagón?

Sin embargo, el paso por las ciudades no acabó en un triunfo para Dagón. Efectivamente, Israel fue derrotado; pero el poder de Yahvé no había sido quebrantado. Las manos de Dagón fueron cortadas (5:4). La mano fuerte del Señor estuvo contra las ciudades con gran quebrantamiento (5:9). Así que enviaron aquella arca peligrosa de vuelta. Junto con objetos consagrados el arca llegó a Bet-emes, durante la siega del trigo; era un lugar asignado a los hijos de Aarón. Había levitas allí, y ellos colocaron el arca encima de una gran piedra perteneciente a un cierto campesino llamado Josué. Nuestra traducción actual nos relata que el Señor hizo morir una gran cantidad de hombres de Bet-emes porque habían mirado el arca de Yahvé. Sin embargo, la traducción griega (*Septuaginta*) hace mención de que la familia de un cierto Jeconías no se sumó al regocijo del pueblo, y que el Señor, ante aquella indiferencia, hizo morir a setenta hombres de aquella familia (cf. 6:19). No es improbable que esa sea la lectura correcta. Además, es plausible que los castigados pertenecieran a una familia de sacerdotes.

En todo caso, a continuación se instaló el arca temporalmente en el pueblo de Quiriat-jearim, en casa de Abinadab. Posiblemente aquí también se trataba de una familia de sacerdotes.

Desde entonces pasaron veinte años. Elí, Ofni y Finees habían muerto a causa del juicio de Dios, Silo había sido destruido (cf. *Sal.* 78:60; *Jer.* 7:14 ss.; 26:6 ss.). Pero en ese tiempo Samuel había madurado hasta llegar a ser un verdadero reformador. Su llamamiento a servir a Yahvé dio su fruto, y en el día en que el pueblo se reunió en Mizpa, oraron al Señor. Cuando sacrificaron un cordero lechal, el Señor contestó por medio de una tormenta de truenos que causó confusión entre las filas de los filisteos. En el mismo lugar donde un día el arca fue capturada, volvió a librarse una batalla. Pero entonces venció Israel, y en memoria a aquella victoria se erigió un monumento: *Eben-ezer*, que quiere decir: *Piedra de ayuda*; porque, dijo Samuel, hasta aquí nos ayudó el Señor (7:12). Y volvemos a leerlo, pensando en las manos cortadas de Dagón en Asdod: “la mano de Yahvé estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel” (7:13).

## **El Señor es rechazado como Rey soberano**

Lo que sigue luego es un momento crucial en la historia de Israel; cuando Samuel envejece y se ve que sus hijos no son en absoluto aptos para su trabajo, se reúnen todos los ancianos de Israel en la casa de Samuel en Ramá, y le piden que les constituya un rey. Un rey como tienen todas las demás naciones.

Y atención: eso último fue lo decisivo. Israel quería un rey según el modelo cananeo. Un rey, que gobernara de forma autónoma y que impusiera unidad con mano dura, pero que además se enalteciera por encima de sus hermanos y cuya voluntad fuera ley, como si fuera un semidiós. Y es por esta razón que el Señor le dice a Samuel que Israel, en realidad, al hacer esta petición, ha rechazado al Señor. Porque, ... ¿no era el Señor el Rey de Israel? Ciertamente, la historia de Israel realmente exigía un rey, ya que ¿acaso no hacía cada uno lo que mejor le parecía? Hacía falta una autoridad centralizada. Y el Señor había prometido claramente un rey a Israel (*Gn. 35:11*); la Ley había contado con la realeza (*Dt. 17*).

Pero el rey prometido por el Señor no sería un rey como tenían los demás pueblos, un tirano, hijo de los dioses. No, tendría que ser un soberano que se sometería completamente a la soberanía del Señor, un hermano entre hermanos, un siervo de Yahvé. Un rey así construiría un reinado a estilo propio, conforme a la Palabra profética del Señor. Dios no sería destronado por semejante rey ‘teocrático’; su soberanía se abría paso precisamente por medio de aquel virrey. Pero está claro que sería imposible que un rey autónomo, independiente, según el modelo pagano, representara el reinado de Yahvé. Israel no debía desear semejante rey.

Por eso Samuel se esfuerza para hacerles ver cuáles serían las exigencias de semejante rey autónomo (*8:10 ss.*). Pero no le quisieron hacer caso. Pues bien, entonces el Señor iba a dar a Israel un rey. Y ese primer rey iba a ser Saúl, de la tribu menguada de Benjamín. En *1 Samuel 9* y *10* leemos acerca de su llamamiento, y su unción por Samuel. En el capítulo *11* encontramos la descripción de la actuación pública de Saúl de Gabaa. Por la conclusión de *Jueces (21)* conocemos los vínculos especiales que hubo entre Gabaa y Jabes. Podemos leer allí también del aislamiento de la tribu de Benjamín. Por eso entendemos perfectamente el acto simbólico de Saúl, cuando manda los trozos de los bueyes por todo el país, y amenaza a todo aquel que no salga en pos de él con la muerte. El llamamiento de Saúl tiene efecto y es unificador.

A causa de la liberación de Jabes se congrega todo el pueblo de nuevo en Gilgal. Allí se renueva el Pacto con el Rey Yahvé. Como juez saliente, Samuel pronuncia un discurso de despedida. Igual que Josué, en su despedida recomienda al pueblo que siga a Yahvé. ¡Yahvé!,

que ha demostrado ayudar a su pueblo en el pasado, y que ahora habla con voz de trueno. “Solamente temed a Yahvé y servidle de verdad con todo vuestro corazón, pues considerad cuán grandes cosas ha hecho por vosotros. Mas si perseveraréis en hacer mal, vosotros y vuestro rey pereceréis” (12:24-25).

Como una amenaza, estas palabras preceden a lo que sigue. Se nos relata cómo Saúl, después de haber reinado sólo un año, no cumple la ley real. En medio de una situación de guerra se arroga la función de sacerdote. La guerra es una cosa santa. No se puede luchar sin ofrecer sacrificios. Léase el *Salmo* 20, allí se ve. ¿No es el sacrificio lo mismo que la oración de la iglesia o comunidad de Dios? Así que Saúl, que iba a acabar con los filisteos, no podía hacerlo sin la ofrenda, por lo que Samuel iría a ofrecer el sacrificio legal. Pero Samuel, que aparte de funciones proféticas también desempeñaba funciones sacerdotales, no apareció; y mientras tanto el ejército desertaba. Saúl tomó la decisión de ofrecer él mismo el sacrificio. Y con ello se arrogó aires de un soberano oriental de aquellos días. Las naciones de alrededor tenían reyes que también eran sacerdotes. Pero esta figura le estaba prohibida a Israel. Solamente Cristo sería rey y sacerdote al mismo tiempo. El acto de Saúl parecía muy piadoso, pero de hecho era una transgresión de los límites que el Señor le había puesto a su ministerio mesiánico.

Por eso Samuel, cuando llegó, reaccionó de forma tan dura. Como formularía más tarde: Obedecer es mejor que sacrificios. Primero lo dice con otras palabras. Saúl no había sido obediente al mandato del Señor, y esto tendría consecuencias para su reinado. No sería duradero. El Señor había escogido ya un hombre conforme a su corazón, y lo había designado para ser príncipe, y guía para el pueblo (13:14).

Enseguida nos preguntamos: ¿era tan grave, el delito de Saúl? La sucesión de su reinado le fue quitada; para el que conoce la continuación de la historia, está claro que empieza a perfilarse la figura de David como sucesor. Y ¿acaso David era irreprochable? En absoluto; y tal como Saúl nos es retratado, así amamos a este personaje robusto, que se hunde de una forma tan trágica. David también tuvo sus pecados, que no se pueden justificar de ninguna manera. No obstante, en Saúl vemos el principio de la apostasía. Él utiliza a Dios para sus propios intereses; una y otra vez vemos asomarse esta tendencia. A veces es formalista, como en el caso de Jonatán, cuando quebranta un juramento sin saberlo (14:24 ss.). Pero con ello muestra que no había captado el propósito de la Ley. Algo que también se ve en el siguiente acontecimiento.

Cuando tuvo que destruir a los amalecitas, Saúl lo hizo con fervor. Pero cayó en el pecado de Acán; permitió al pueblo que se llevara como botín al ganado, y él mismo perdonó

la vida al rey, Agag (esta palabra es posiblemente un título amalecita para el rey). Por ello, Saúl se convirtió en un turbador de Israel, llevó al pueblo a la desgracia e invocó el castigo del Señor sobre sí mismo:

“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios,  
y el prestar atención que la grosura de los carneros.  
Porque como pecado de adivinación es la rebelión,  
y como ídolos e idolatría la obstinación.  
Por cuanto tú desechaste la Palabra de Yahvé,  
Él también te ha desechado para que no seas rey” (15:22-23).

Así se produce la ruptura entre Samuel y Saúl (15:24-35). Y, lo que es peor, esto ocurre porque hay una ruptura entre Yahvé y Saúl. El Señor se duele de haber puesto por rey a Saúl. Pero ese dolor no es humano, pues éste a menudo dura muy poco (15:29). Yahvé es el Inmutable; que no piense Saúl que la cosa no es para tanto, aunque Samuel mantiene la apariencia, frente a los ancianos, de que hay cierta unidad de culto.

### **Eligió a David, su siervo (Sal. 78:70)**

Seguro que el Evangelio de la Natividad en *Lucas 2* es bien conocido. Llama la atención que allí aparece una y otra vez el nombre de David. La ciudad de David, la casa y familia de David. Y también en boca del ángel: La ciudad de David. Por cierto, *Lucas 1* ya lo hace: La casa de David (v. 27) y el trono de David su padre (v. 32). ¡David! Aquel nombre tiene un eco mesiánico. ¿No lo vimos al final del libro de *Rut*? David es el portador de las promesas antiguas acerca de un rey. De su ‘casa’ (2 S. 7:2 ss.) procederá el Salvador.

A partir de *1 Samuel 16* aparece el nombre de David. El profeta Samuel es enviado a Belén, la ‘ciudad de David’, para ungir por rey a uno de los hijos de Isaí. En contra de lo que espera Samuel, resulta ser el hijo menor el que es elegido. El poeta Joost van den Vondel, del siglo XVII, en su poema “*Gysbrecht van Amstel*”, dice de Aquel, que “descendió desde lo alto para ser acostado (en un pesebre) en el pobre Belén: aquí no se estima la sabiduría, no cuenta ni nobleza, ni estado o magnificencia; el cielo eligió lo insignificante”. Pero lo mismo vale para los comienzos del antepasado del Cristo: David, el hijo menor de Isaí, que apacentaba las ovejas como pastor en los campos de Efrata. Él recibió la unción del Espíritu, él iba a ser el rey conforme al corazón de Dios.

Desde el momento en que el Espíritu vino sobre David, se apartó de Saúl, el cual quedó presa de un espíritu malo de parte de Dios. Por ello, David fue al palacio real para aliviar a Saúl, tocando la lira. David, el pastorcito, también tumba al gigante Goliat. Jonatán y David hacen un pacto; pero Saúl, lleno de envidia contra David, que en la guerra logra grandes triunfos siendo su oficial, intenta alancearlo contra la pared, y también espera que muera en alguna batalla contra los filisteos (18:10-27). Finalmente, David tiene que huir, para lo que su mujer Mical, la hija de Saúl, le ayuda (19:9-17). Y a continuación empieza la triste historia del merodear de David.

A continuación se nos dibujan diferentes momentos de la agitada vida de David como vagabundo. Recibe panes duros, que eran los de la ofrenda de la proposición, de los sacerdotes de Nob, que tienen que pagar este acto con sus vidas (21:1-10; 22:6-19). Tomemos nota de que es un edomita el que traiciona a los sacerdotes, un hijo del pueblo que tantas veces se había regocijado en la desgracia de Israel (véase *Abdías* y los *Salmos 52* y *137*). Un sacerdote logra escapar y huye a David: Abiatar. Hay más gente que huye con David; se convierte así en una especie de cabecilla que vive de su espada. Y entretanto siempre sigue la persecución de Saúl. David no se podía fiar tampoco de sus conciudadanos. Los de Keila ciertamente le habrían traicionado (*cap. 23*). Lo que pensaba Nabal de él, lo vemos en el capítulo 25. Este capítulo muestra claramente que David a veces apenas podía contenerse. ¡Cuán grande era la tentación de actuar contra los partidarios de Saúl! Sí, ¡incluso contra Saúl mismo! ¡Qué ocasión tuvo de matar a Saúl (*cap. 24* y *26*)! Pero el Señor le guardó de hacerse culpable de su sangre, de modo que no extendió su mano contra el ungido del Señor. Al final le vemos buscar asilo con el rey filisteo de Gat, y esperar lo que venga (cf. *Sal. 34* y *56*).

Y el mal que fue profetizado sobre la casa de Saúl finalmente llegó. Mientras los filisteos se disponían a pelear contra Israel, Saúl acudió a una adivina en Endor. Él, el rey ungido, ya no recibe revelaciones por medio de sueños; y el Señor tampoco le habla por el Urim, ni por los profetas (28:6). Estaba dejado de la mano de Dios, y así llegó a la falsa profetisa de Canaán. Este suceso posiblemente tuvo lugar en una doble cueva; la mujer podía encontrarse en otra estancia y hablar con Saúl a través de un agujero en la pared. No hay que descartar el engaño por ventriloquia, etc. por lo que no es absolutamente imprescindible pensar en una verdadera presencia de Samuel. Sea como fuera: Saúl escucha su sentencia de muerte, y el libro de *Samuel* se cierra con la imagen macabra del suicidio de Saúl, siguiendo a sus hijos en la muerte.

“¡Ha perecido la gloria de Israel sobre sus alturas!

¡Cómo han caído los valientes!  
 No lo anunciéis en Gat,  
 Ni deis las nuevas en las plazas de Escalón;  
 Para que no se alegren las hijas de los filisteos,  
 Para que no salten de gozo las hijas de los incircuncisos.”

Así cantó David en su elegía sobre Saúl y Jonatán (2 S. 1:19 ss.).

No se nota ni un atisbo de resentimiento contra Saúl en este cántico, que fue incorporado también al ‘Libro del Justo’, el libro de la música conmemorativa de Israel. Se repite una y otra vez “¡Cómo han caído los valientes!”. Y las últimas palabras son para Jonatán, que reconoció a David como el sucesor legítimo de su padre y el futuro rey:

“Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán,  
 Que me fuiste muy dulce.  
 Más maravilloso me fue tu amor  
 Que el amor de las mujeres.  
 ¡Cómo han caído los valientes,  
 Han perecido las armas de guerra!”

Los habitantes de Jabes en Galaad, a quienes salvó Saúl un día, son los que quitan los cuerpos de la familia real del muro de Bet-sán, un lugar situado en lo alto de una colina, donde estaban colgados (1 S. 31:11 ss.). David reconoció este acto de misericordia en un mensaje especial (2 S. 2:4 ss.); el ‘norte’ mostró fidelidad a la casa de Saúl.

### **Para que apacentase a Jacob, el pueblo de su Pacto (Sal. 78:71)**

Después de la muerte de Saúl, David fue a Hebrón por indicación divina, y allí fue ungido rey por la tribu de Judá. Evidentemente, esto no funcionó por sí solo. Para empezar, la promesa profética hecha a David era conocida; se sabía que Samuel le había prometido que iba a ser rey. Las palabras de Abigail, que detuvo a David antes de que intentara vengarse de su esposo Nabal, lo muestran de forma muy clara: “Y acontecerá que cuando Yahvé haga con mi señor conforme a todo el bien que ha hablado de ti, y te establezca por príncipe sobre Israel...” (1 S. 25:30; véase también 24:20).

A continuación, llama la atención que David en los días en que como cabecilla hacía incursiones entre los pueblos enemigos desde Siclag, mandó parte del botín a los ancianos de

Judá (30:26 ss.). Las relaciones entre David y los líderes de la tribu de Judá ya eran buenas antes de que subiera al trono.

Sin embargo, las otras tribus no siguieron a David. Abner, el general de Saúl, había hecho rey a un hijo aún vivo de Saúl, Is-boset, en el norte. La consecuencia fue una larga lucha contra la casa de Saúl (con Abner como jefe del ejército), que llevó al debilitamiento del último. A causa de una disputa entre Abner e Is-boset, Abner decide pasarse con su ejército al lado de David.

Pero Abner salió muy mal parado: fue asesinado a traición. Joab, el general de David, le mató en venganza de la muerte de su hermano Ásale, que fue víctima de la autodefensa de Abner (2 S. 3:22 ss.; 2:18 ss.). David dejó muy claro que él no tuvo nada que ver con este acto infame: “Caíste como los que caen delante de malos hombres” (3:34). No obstante, mantuvo a Joab, como hizo también después de su cobarde asesinato de Amasa. Aquí se revela un rasgo débil en el carácter de David; ¿temía demasiado las objeciones de su propia tribu? ¿Hizo prevalecer el hecho de que Joab le había ayudado siempre y que podía contar con él también en el futuro?

También Is-boset acabó mal. Fue asesinado en su cama por dos de sus capitanes, que pensaron recibir una recompensa de David. Naturalmente, David les dio su merecido. Pero, sin embargo, la desaparición de Is-boset abrió el camino a la coronación de David por rey sobre todas las tribus. Aquí se destaca otra vez que la razón determinante para este acto era, aparte de las anteriores actuaciones de David en la guerra, la Palabra del Señor: “Además, Yahvé te ha dicho: Tú apacentarás a mi pueblo Israel, y tú serás príncipe (conductor) sobre Israel” (5:2). ¡Cuán bello se caracteriza aquí el ministerio del rey! El rey tiene que ir delante de su pueblo como un pastor. La figura del Buen Pastor tiene que resaltar claramente en el ministerio mesiánico. Este rasgo sigue conservando su actualidad para la profecía posterior: el Rey que esperan será un Pastor para su pueblo (véase p. ej. *Jer. 23:1 ss.*; *Ez. 34:1 ss.*; nótese sobre todo el v. 23: “Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David.”)

Podemos considerar la coronación como rey sobre todas las tribus como un momento culminante en la vida de David. Aquí está la recompensa de la exaltación, que el Señor en su gracia le da, después de un largo tiempo de humillación. Tuvo que aprender a esperar todo, sólo y únicamente del Señor, en medio de la opresión y la humillación (muchos de los Salmos son la prueba de aquel aprendizaje). Sólo en Él hay salvación. A su tiempo Él exalta. Ningún juego diplomático, como las negociaciones con Abner, resultó ser decisivo. Sólo la Palabra del Señor fue la que reunió a las doce tribus, la Palabra mesiánica acerca del buen pastor.

## **Porque Yahvé ha elegido a Sión;**

### **La quiso por habitación para sí (Sal. 132:13)**

Otro suceso importante en la vida del rey David fue la conquista de Jerusalén. Esta ciudad, que estaba en manos de los jebuseos, una tribu hetea, parecía inexpugnable, al menos su fortaleza. Por su ubicación natural, podía ser defendida incluso por incapacitados. Pero David logró conquistar la fortaleza. Si seguimos la traducción de la Reina Valera, parece ser que la conquistaron usando el túnel excavado por ingenieros jebuseos hasta la fuente de Siloam, que se hallaba fuera de la fortaleza, un acueducto que hoy en día todavía existe. Pero en base al texto hebreo y teniendo en cuenta que solamente se podía pasar por el túnel de uno en uno, se proponen también otras traducciones.

En todo caso: David tomó la fortaleza, e hizo de ella su residencia, la Ciudad de David. Y aquello fue adquiriendo una inmensa importancia para la Historia de la revelación de Dios. Porque a partir de entonces, en el pensamiento bíblico, Jerusalén llega a ser el centro de la tierra. Poco después estarían allí el arca y el templo. Ningún profeta silenciaría el nombre de Jerusalén. Cuando más tarde se produjo el exilio, allí estaba la nueva Jerusalén esperando. Jerusalén sería la ciudad que mataría a los profetas, y apedrearía a los que fueran enviados a ella. Cristo se revelaría allí; y allí sería juzgado. Pero allí también sería derramado el Espíritu, y se oiría el primer testimonio de los doce apóstoles. Y aunque luego el templo sería destruido otra vez por las llamas, la iglesia o comunidad sabe que ella misma constituiría la ciudadanía de la nueva Jerusalén, la ciudad que desciende del cielo (*Gá. 4:26; He. 11:10; Ap. 3:12; 21:1-22:5*).

Antes de que me olvide de ti, Jerusalén,  
 Me olvidaré de mi madre y de mi juventud.  
 Dondequiera que vaguemos sin descanso, o alegremente nos sentemos,  
 Nos acordamos de ti, Ciudad, en melancolía y en alegría...

Así escribió el poeta judío, Jacob Israel de Haan (sionista asesinado en 1924 en Jerusalén). Los judíos se quedan con la Jerusalén terrenal. Pero nosotros conocemos la ciudad que tiene fundamentos, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero. ¡Oh Jerusalén, antes de que me olvide de ti, que mi mano derecha se quede paralizada!

No leemos nada acerca de que hubo un baño de sangre entre los habitantes originales. Probablemente habrían sido integrados en Israel. Parece que la ciudad había sido tomada por

sorpresa. Se abrieron los archivos, y seguro que así David tuvo conocimiento de su antecesor, Melquisedec, el sacerdote y rey que un día bendijo a Abram. David mismo no era sacerdote, aunque el culto del Señor recibió toda su atención. Sin embargo David vio de lejos los atributos de su Señor e Hijo, que sería rey y también sacerdote según el orden de Melquisedec (*Sal. 110*). Aunque David fue un gran rey, su servicio reclamaba Alguien mayor, que desde Jerusalén, el centro de la tierra, haría brotar la salvación. En Jesucristo, Jerusalén ha encontrado su último y eterno Rey.

De Saúl se sabe que estaba enemistado con el sacerdocio. No hizo ningún esfuerzo para sacar el arca del Señor de Quiriat-jearim. Cuando leemos en *1 Samuel 14:18* acerca del arca que acompañaba al ejército de Saúl, no tenemos que pensar en el arca famosa, sino en el *efod*, un objeto que el sacerdote usaba para consultar al Señor. Saúl dejó aquel arca peligrosa tranquilamente allá donde se encontraba. Pero David, una vez que su reinado estuvo más o menos confirmado, entendió su llamado. El arca tenía que estar en su lugar de reposo; era el trono de Yahvé, tenía que ir a la Ciudad de David, donde estaba el trono del rey de Israel.

“No entraré en la morada de mi casa,  
Ni subiré sobre el lecho de mi estrado;  
No daré sueño a mis ojos,  
Ni a mis párpados adormecimiento,  
Hasta que halle lugar para Yahvé,  
Morada para el Fuerte de Jacob” (*Sal. 132:3-5*).

Por ello, David equipó una expedición militar para llevar el arca desde la casa de Abinadab a Jerusalén. ¿Acaso no había ido el arca de Dios delante de los guerreros, anteriormente en el desierto? David la hizo transportar sobre un carro nuevo; ¿fue así porque quería que aquel viaje fuera una continuación del anterior regreso de la tierra de los filisteos? Los dos hijos de Abinadab acompañaban el arca. David e Israel iban delante, danzando y festejando. Claro que esto no era un baile como se baila hoy en día, sino que era una danza religiosa, en la que se expresaba de forma espontánea la alegría del pueblo entero.

Esa alegría acabó repentinamente por un accidente con los animales que tiraban del carro, ¿de dos ruedas? Uza agarró el arca, que por lo visto se tambaleaba o se deslizaba del carro. Pero este acto bien intencionado le costó caro; el Señor lo mató. De nuevo se demostró que uno no puede manejar la santidad del Señor como hace con las cosas cotidianas. El Señor quería mostrar además que quería ser adorado a su manera. Los paganos llevaban a sus dioses

en carros. ¿No hacía resaltar David suficientemente, con su modo de transporte, la diferencia entre Yahvé, que en el pasado iba delante de su pueblo en el desierto, y los ídolos de las naciones? Yahvé no quería entrar en Jerusalén de una manera pagana, sino de una manera sacerdotal; Él no quería entrar por las puertas de la ciudad al modo de los filisteos (*1 S. 6*), sino con un ceremonial como en los días de Moisés, cuando el arca fue llevada a hombros a través del caluroso desierto. Por eso fracasó este intento antes de llevarlo a cabo. David hizo llevar el arca a casa de alguien, que probablemente era un filisteo, cerca de Jerusalén, y que llevaba el nombre, no demasiado bonito, de Obed (o sea siervo de) Edom.

Pasados tres meses, sin embargo, se hizo evidente que el Señor bendecía la familia de Obed-edom. Por eso David se atrevió a intentar transportar el arca otra vez. Aquella vez, el arca fue llevada a hombros. Se ofrecieron sacrificios; por un camino ‘nuevo y vivo’ de sangre (cf. *He. 10:19-20*) entró el trono de Yahvé en la Ciudad de David. Para aquella ocasión, David estaba vestido con una túnica de lino, como un sacerdote. No se mostró como el rey altivo, vestido con una vestidura real; no, aquí era el rey teocrático, un hermano entre hermanos, uno con su pueblo. De este modo él fue una prefiguración de Jesucristo, que un día también se vistió con una túnica de lino y que lavó los pies de sus discípulos. Pero precisamente esta característica suscitó el desprecio de Mical, la hija de Saúl. Pues David era aquí la imagen opuesta de su padre, quien no se había interesado por el arca y que, en su corazón, se había enaltecido por encima de su pueblo. Y cuando, después de bendecir al pueblo y repartir alimentos, David volvió a su casa para bendecirla también, Mical se burló vilmente de él (*2 S. 6:20*). ¡Típicamente el espíritu de Saúl! La respuesta que ella recibe, caracteriza a David: “Seré bajo a tus (mis) ojos”. ¿No era esta también la imagen del venidero Siervo del Señor: “No hay parecer en Él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos” (*Is. 53:2*; cf. también *Jn. 13:4, 14*).

El *Salmo 68* se compuso probablemente para la ocasión del traslado del arca. Las primeras palabras ya nos recuerdan las palabras que Moisés pronunció como una señal, cada vez que el arca era levantada: “Levántate, oh Yahvé,...” (*Nm. 10:35*; cf. *Sal. 132:8*) “Subiste a lo alto” (*Sal. 68:18*) se refiere entonces a la subida del arca. Pablo, en su epístola a los *Efesios*, aplica esta palabra con toda razón a la ascensión de Cristo (*Ef. 4:9*). Porque así como la entrada alegre del arca era como si fuera la subida al trono de Yahvé, así la ascensión era una revelación más del reinado del Señor.

**No es así mi casa para con Dios;**

**Sin embargo, Él ha hecho conmigo pacto perpetuo (*2 S. 23:5*)**

¿Qué es un trono sin palacio?

David mismo tenía un hermoso palacio (2 S. 5:11; 7:2), pero el arca estaba colocada en una tienda temporal. Por esta razón, surgió en David el deseo de construir un templo. Pero el profeta Natán, que al principio simpatizó con esta idea, recibió la orden del Señor de disuadir a David de aquello. No sería David el que construiría una casa para el Señor, sino que el Señor edificaría una ‘casa’ a David. Lo último no se refiere por supuesto a un palacio, sino a una dinastía, al reinado de ‘la casa de David’ en Israel. “Yo afirmaré para siempre el trono de su reino” (7:13). David abre luego su corazón en acción de gracias (7:18-29).

En el *Salmo 89* a este acontecimiento se le llama *hacer pacto con David*. Y en el conjunto de la revelación de Dios, este hecho ha sido muy importante, puesto que entonces se vinculó la venida del Mesías a la casa de David. Al principio, en el Paraíso, se habló en términos generales de una simiente de la mujer. Después, el linaje mesiánico se dibujó más claramente: Sem, Abraham, Isaac, Jacob, Judá. Y ahora: La casa de David. Muchos profetas volverán sobre este tema: “Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces” (Is. 11:1). Y cuando el ángel Gabriel viene a anunciar el nacimiento de Jesús a María, suena en sus palabras el eco de 2 Samuel 7: “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reinado no tendrá fin” (Lc. 1:32-33). Incluso en la *Confesión de Nicea* (325 d.C.) escuchamos una referencia a la profecía de Natán, cuando se dice de Cristo: “cuyo reino no tendrá fin”.

David se encontraba en aquellos días en su momento cumbre. Había derrotado a muchos pueblos (*cap. 8*). Supo hacer bien a la casa de Saúl (*cap. 9*). Sus ejércitos derrotaron a los amonitas y arameos (*cap. 10*). Pero a pesar de lo grande que fue David, no pudo, de ninguna manera, llevar a su pueblo a la gloria. Esto lo haría sólo su gran Hijo, Jesucristo, que era sin pecado.

Aquello se hizo evidente cuando procuró que Urías heteo, su oficial jefe, cayera en batalla para poder tomar por esposa a su mujer Betsabé. Fue preciso que viniera el profeta Natán para convencerle de su culpa; el rey no podía prescindir de un profeta a su lado, y en ello mostró su pobreza como rey mesiánico.

No obstante, en David vemos – a diferencia de Saúl – una verdadera conciencia de culpabilidad: “pequé contra Yahvé” (12:13). El Salmo 51 nos descubre lo más profundo del alma de David. Y puede ser que también el Salmo 32 se refiera a este episodio. En este último Salmo suena la seguridad del perdón de los pecados. Por medio de Natán, el Señor anuncia que quiere perdonar el mal que David ha hecho. Este no va a padecer el juicio que había

dictado sobre sí mismo (12:5). Sin embargo, el hijo que tuvo con Betsabé sí moriría, y la espada no se apartaría jamás de su casa, cosa que se cumple claramente en el futuro. Pero en medio de todo ello vemos brillar la gracia incomprensible del Señor. Cuando a David y Betsabé les nace otro hijo, David le llama Salomón; un nombre en el que escuchamos la palabra *shalom*, paz; había otra vez paz entre David y el Señor. Y leemos expresamente que el Señor amó a Salomón, y que por medio de Natán le hizo llamar Jedidías, Amado de Yahvé. Es asombroso, este niño, más joven que todos los demás príncipes, iba a ser el sucesor de David; y su madre, que en modo alguno llegó al palacio como hija de rey, fue destinada a ser madre del linaje real que termina con Jesucristo (véase *Mt. 1:6*). ¿No hay en ello una profecía acerca de muchos últimos que serán los primeros? También en el árbol genealógico de los antecesores de Cristo se oye el susurro: “En la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”.

Precisamente con respecto a la sucesión se pondría de relieve esta buena voluntad de Dios para con Salomón. Pues Mical, la reina, no tenía hijos. Amnón era el mayor de los príncipes, mas éste violó a su media hermana Tamar. Por este motivo su hermano Absalón, dos años más tarde, asesinó a Amnón. Por lo visto, David no había actuado contra Amnón, y en cuanto a Absalón, tampoco se atrevió a tomar medidas serias. Finalmente, pasados siete años, tuvo que intervenir Joab para procurar una reconciliación entre David y su hijo pródigo. Estaba claro que a David le faltaban las fuerzas para actuar enérgicamente. Y Absalón, que ahora era el mayor de los príncipes herederos, lo supo aprovechar perfectamente. Se granjeó el favor del pueblo, y adquirió una gran popularidad. Que esto fuera posible, seguramente tiene que ver con el hecho de que David no se había hecho querer demasiado por su pueblo, debido a lo ocurrido con Betsabé; pues el Señor perdona generosamente, pero para los hombres eso es mucho más difícil. Al final Absalón logró llegar tan lejos, que la revolución parecía inminente.

David se hizo proclamar rey en la ciudad histórica de Hebrón y consiguió muchos seguidores, e incluso le apoyó el consejero Ahitofel, quien tal vez era abuelo de Betsabé y padre de Eliam, compañero de Urías. Y la revolución se extendió. Por eso David tuvo que actuar rápidamente. Salir de Jerusalén fue la única solución posible. La guardia real, los cereteos y peleteos, le acompañó. También nuevas tropas venidas desde Gat (David tenía soldados mercenarios extranjeros, comparables a la guardia suiza del papa, y los soldados mercenarios alemanes de la guerra de España con Flandes de los siglos XVI-XVII) se juntaron a él. A los sacerdotes con el arca del Pacto los mandó de vuelta (15:24 ss.). Si el Señor le mostraba su gracia, volvería a ver al santuario y el arca.

Y así subió David, como un penitente, la cuesta del Monte de los Olivos, llorando. Allí mismo oyó que su consejero Ahitofel le había abandonado. “¡Entorpece ahora, oh Yahvé, el consejo de Ahitofel!” Afortunadamente, otro consejero, Husai, le siguió siendo fiel, y recibió la orden de formar una ‘quinta columna’ en la corte de Absalón, para contrarrestar el consejo de Ahitofel y mandar informes a David acerca de los planes de Absalón.

Posteriormente, un hijo de David también subió la cuesta del Monte de los Olivos; y allí fue traicionado por uno de sus consejeros. Pero ¡qué diferente era el Getsemaní del Nuevo Pacto que el del Antiguo! David huyó de Jerusalén, cargado con su propia culpa y sus propios reproches. Pero Cristo volvió a entrar en Jerusalén, atado y cargado con los pecados de los suyos. David trajo la desgracia sobre su pueblo, lo arrastró a la miseria. Cristo obtuvo sólo gracia para los suyos.

En este mismo contraste pensamos también cuando escuchamos a Simei, el hombre de la casa de Saúl, que maldecía a David. Cristo también fue maldecido, a pesar de que era inocente. Pero David lo sabía: el Señor le hizo sufrir aquello con razón (*16:10 ss.*). Por ello no dio orden de matar a Simei, que caminaba por el otro lado del monte.

Husai pudo desbaratar el complot de Ahitofel, y así los hombres de David pudieron luchar contra el ejército de Absalón bajo condiciones favorables. En contra de la petición de David, Joab mató al revolucionario hijo del rey, y su ejército fue destruido. Tan grande fue el duelo de David por Absalón, que Joab, soldado desapasionado, tuvo que animar al rey a que prestara atención al éxito obtenido por sus propios soldados y oficiales (*19:1 ss.*). “¡Absalón, hijo mío, hijo mío!”

El rey escuchó aquí demasiado la voz de su sangre. No tenía ojos para ver la buena voluntad del Señor, que había rechazado al fanfarrón Absalón como príncipe heredero. En el pueblo de Dios, el parentesco espiritual va antes que los vínculos naturales. “El que ama a padre o madre más que a Mí”... Y este mismo error cometió David, cuando quiso volver a Jerusalén. Cuando fue coronado rey, todas las tribus reconocieron: “hueso tuyo y carne tuya somos” (*5:1*). Pero, luego, David iba a cambiar esa amplia relación con todas las tribus por una más estrecha con la tribu de Judá sólo (*19:12*: “Vosotros sois mis hermanos; mis huesos y mi carne sois. ¿Por qué, pues, seréis vosotros los postreros en hacer volver al rey?”). David no actuó en esto de un modo mesiánico, pues, por más cercana que le fuera Judá, en medio de la cual vivía, él era el rey de todas las tribus y no podía hacer distinciones, debía actuar sin acepción de personas. Obviamente, las otras tribus se sintieron ofendidas por el trato a favor de Judá, más aún porque ellas tenían ya planes de volver a traer a David antes que Judá (*19:9 ss.*; *42 ss.*). No es de extrañar entonces, que se produjera otra sublevación. Aquí ya se perfiló

la posterior escisión, que vendría después de Salomón. Seba, un benjamita, hizo tocar la trompeta y decir:

“No tenemos nosotros parte en David,  
ni heredad con el hijo de Isaí.  
¡Cada uno a su tienda, Israel!” (2 S. 20:1; cf. 1 R. 12:16)

Por este motivo otra campaña de guerra fue necesaria, en la cual Joab, de paso, asesinó vilmente a Amasa, el antiguo general de Absalón (*cap. 20*).

### **Una vez más: el Señor mata y Él da vida**

El final de 2 *Samuel* nos presenta varios relatos más. Primero, aquella historia curiosa de los gabaonitas y la casa de Saúl. Al matar a los gabaonitas, Saúl quebrantó el pacto hecho Tiempo atrás con Josué (*Jos. 9:19*), y así trajo sobre su casa una deuda de sangre. Por ello vino una hambruna sobre Israel que duró tres años. De ahí que David diera permiso a los gabaonitas, para que ellos mataran a siete hombres de la casa de Saúl, y los ahorcann en el pueblo de Saúl, Gabaa, delante del Señor. Rizpa montó guardia al lado de los cadáveres, con una fidelidad conmovedora. Y la lluvia volvió a caer, el Señor mostró su misericordia sobre el país.

¿Cómo se puede conciliar este suceso con la promesa de David de hacer misericordia a la casa de Saúl, y con el mandato del Señor de quitar los cuerpos de los muertos de los maderos antes del anochecer? Para estas preguntas tendremos que tener en cuenta que el Señor mismo, en su soberanía, quería castigar el pecado del padre en los hijos. Además, el Señor quería librar el reino de David de culpa y maldición.

Lo mismo vemos por cierto también en 2 *Samuel* 24. David lleva a cabo un censo del pueblo, en contra del consejo de Joab, que normalmente no era tan sensible. Seguramente, la soberbia fue la razón: ¡el gran Israel, que yo he edificado! pensaría David. El profeta Gad fue entonces, después del censo, a amonestar a David. Le dio a elegir entre tres cosas malas. David eligió la epidemia – el pueblo fue víctima de su orgulloso corazón –. Cerca de Jerusalén, el Señor detuvo al ángel de la muerte. Y David confesó su culpa: “Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas?... Te ruego que tu mano se vuelva contra mí, y contra la casa de mi padre”. Aquí se despierta el sentido de pastor en David; el pastor consciente de su culpa. Y donde hay culpa, se necesita reconciliación. La muerte de todos aquellos súbditos no podía pagar su culpa; eso sólo lo podía hacer un sacrificio. Por orden de

Gad, David construyó un altar en la era que compró del jebuseo Arauna. Y allí el rey ofreció sacrificios. “Y Yahvé oyó las súplicas, y cesó la plaga”.

Así concluyen los libros de *Samuel*.

Hemos leído acerca de muchos pecados, de cosas muy humanas.

Pero, sobre todo hemos leído acerca del favor de Dios, que se abre camino a través de un rey, un sacerdote y un profeta. El Señor estaba obrando, acercando la llegada del Mesías. Encontramos que el tema que compuso Ana: “El Señor mata y Él da vida”, persiste a lo largo de toda esta obra. Saúl cae, y Amnón y Absalón. Yahvé mata. Los impíos perecen en tinieblas. Pero Él hace revivir también. Los débiles son ceñidos de poder. David, el hombre que era imposible que fuera el ungido, por ser el hijo menor de Isaí, fue aceptado por la gracia del Señor. Y al pasar por alto los otros príncipes herederos, se abre el camino para Salomón, nacido del matrimonio con Betsabé, la mujer de Urías. “El Señor da poder a su Rey, Él exaltará el poderío de su Ungido”.

Aquí resplandece el favor soberano, la pura gracia, que se destaca en ofrenda y santuario. Gracia en el Cristo que viene. ¿No es el último capítulo una predicación de la venida de Aquel que acabaría la obra de todos los ministros que le precedieron? Obsérvese cómo actúa David al comprar la era de Arauna: Por orden del profeta el rey edifica un altar allí y ofrece un sacrificio en el mismo lugar donde Abraham mucho tiempo antes quiso sacrificar a su hijo, y donde Salomón más tarde edificaría el templo. La pregunta de por qué el Señor pudo mostrar tanta gracia para con David, encuentra su respuesta cuando pensamos en el gran Hijo de David.

“El que aún me exalta sobre los que se levantan contra mí;

Me libraste del varón violento.

Por tanto, yo te confesaré entre las naciones, oh Yahvé,

Y cantaré a tu nombre.

Él salva gloriosamente a su rey,

Y usa de su misericordia para con su ungido,

A David y a su descendencia para siempre” (2 S. 22:49-51).

\* \* \* \*

